3 1761 08695443 5

Digitized by the Internet Archive
in 2011 with funding from
University of Toronto

http://www.archive.org/details/obrascet01ceti

OBRAS

DE

GUTIERRE DE CETINA

4236

OBRAS

DE

GUTIERRE DE CETINA

CON

INTRODUCCIÓN Y NOTAS

DEL DOCTOR

D. Joaquín Hazañas y la Rua

de la Real Academia Sevillana de Buenas Letras
y Profesor auxiliar de la Facultad de Filosofía y Letras en la
Universidad de Sevilla.

TOMO I

SEVILLA

Imp. de Francisco de P. Díaz, Gavidia, 6.

1895

40219
27/10/97

Es propiedad.

Queda hecho el depósito que marca la Ley.

Al Ilmo. Sr.

Don Marcelino Menéndez y Pelayo

Al término de mis estudios universitarios, las enseñanzas de V. decidieron mi vocación y aficionáronme á escudriñar las grandezas de nuestra antigua literatura. Fruto de estos trabajos es el presente libro: si en él hay algo bueno, quiero que redunde en honor de V., merced á cuyos consejos se escribió y coleccionó; si, por el contrario, sólo es digno de severa censura, mía será toda la culpa: atribúyaseme, pues, y paguen así mi atrevimiento y arrogancia.

He escuchado de labios de V. en muchas ocasiones (y por si la memoria pudo serme infiel, lo ha repetido V. en una de sus obras) que «un libro de erudición, aun incompleto y mal hecho, es siempre más útil que los preliminares, *y los* conceptos *y las* síntesis, *sartas empalagosas de lugares comunes, humo y polvo que el viento se lleva.....; que sin noticias no se juzga, ni se generaliza.*

como no sea á tientas y dando por las paredes.» Leo en su misma obra, y dirigiéndose V., al parecer, á sus discípulos: «Vulgaricemos nosotros la erudición española en monografías especiales sobre cada materia;» (1) *y ciñéndome á estos consejos, preceptos para mí, ofrezco á V. este libro de erudición, siquiera ésta sea empalagosa, lleno de noticias lo más exactas que me ha sido dado reunirlas, y escrito sin género alguno de pretensiones, que de ningún modo puedo ni debo tener.*

Entre los muchos asuntos que solicitaban mi atención, escogí la vida y los escritos de GUTIERRE DE CETINA, *por ser sevillano, por enamorarme las pocas poesías suyas que conocía y por atender á una justa queja del docto hispanófilo Morel Fatio.* (2) *Si he acertado en la elección, no me toca decirlo; pero sí que los resultados obtenidos han superado á mis esperanzas, y que la tesis doctoral que desarrollé acerca de este poeta puede considerarse sólo como un esbozo del trabajo que hoy se publica.*

---

(1) *Horacio en España*, tomo 2.°, *Ultilogo*.

(2) *L'Espagne au XVI*[E] *et au XVII*[E] *siècle*, pág. 495.

«Quant à Cetina, qui méritait un meilleur sort, c'est à peine si nous pouvons juger son œuvre d'apres les extraits publiés par Sedano, le compilatèur des *Poetas líricos del siglo XVI* dans la bibliothèque Rivadeneyra et les éditeurs de l'*Ensayo de una biblioteca española de libros raros y curiosos*. Voilá un oubli que devraient réparer les *Bibliophiles* de Séville.»

Réstame, después de lo dicho, rogar á V. que me perdone, si, abusando de nuestra buena amistad, me he permitido poner su nombre al frente de este libro.

Su siempre afmo. discípulo

Q. L. B. L. M.,

JOAQUÍN HAZAÑAS Y LA RUA.

Sevilla, 15 de Junio de 1895.

GUTIERRE DE CETINA

Gutierre de Cetina

SU VIDA.—SUS OBRAS

I.

Realizada la unidad nacional por los Reyes Católicos y pasados los efímeros reinados de D. Fernando de Aragón, como regente del reino, y de su desgraciada hija doña Juana, ocupó el trono uno de los más grandes príncipes que ha conocido la historia, el invicto César Carlos I, en cuyo tiempo, *levantóse la majestad del reino de España á la mayor alteza que jamás alcanzaron fuerzas humanas*, según la feliz expresión del maestro Medina. Las armas imperiales pascaron triunfantes las costas africanas, el imperio alemán y los campos de la culta Italia, asentando por doquiera su dominación y cubriendo de gloria nuestras banderas. Para los estados italianos, objeto de las ambiciones de todos los

monarcas, el ejército imperial era el amigo y aliado natural, que, respetando la soberanía de la República de Génova, auxiliando al Duque de Saboya y reponiendo en sus estados al anciano duque de Florencia, tenía á raya la influencia romana y refrenaba el poder de Francia, que, ansiosa de poseer el Milanesado y de reducir los estados de Saboya, en odio á España, su eterna enemiga, no reparaba en aliarse al turco, alentándole á lanzarse sobre Europa, ó protegía abiertamente á los protestantes alemanes, favoreciendo su rebelión.

Preciso es hacer esta corta excursión por el campo de nuestras antiguas glorias para comprender cuánto habían de simpatizar los dos pueblos, el italiano y el español, y cuánto había de influir en el uno la mayor cultura y buen gusto del otro. Los poetas italianos fueron considerados como los maestros, y los autores castellanos, imitando sus obras, trajeron á nuestra literatura las formas métricas de la italiana, llegando á igualar y aun á sobrepujar á sus modelos.

No era ésta la primera vez que la poesía italiana ejercía su influencia sobre las musas españolas: ya venía determinándose desde el siglo XIII y aumentó en los siguientes, siendo Dante el primer poeta italiano que la tuvo de una manera trascendental. En el siglo XV el sevillano Micer Francisco Imperial, transformó el gusto poético con la adopción de la *alegoría dantesca*, introducida en nuestra patria algunos años antes, y sus discípulos la esparcieron por toda Castilla,

produciendo una revolución literaria, que no dejó de luchar, como todas las innovaciones en materia de arte, con poderosos enemigos; pero que triunfó, al fin, porque influencias poderosas determinaban ese rumbo á nuestra literatura. Fueron estas influencias el resultado de nuestras relaciones con Italia, religiosas con el Pontífice, comerciales con los puertos de aquella península, científicas y literarias, por medio del Colegio de San Clemente de Bolonia, fundado para españoles por nuestro cardenal D. Gil Carrillo de Albornoz, y políticas, por poseer la corona de Aragón los ricos y extensos territorios de Nápoles y Sicilia. Un noble prócer, D. Enrique de Aragón, Marqués de Villena, que á la influencia consiguiente á su nombre y posición unía la de su genio y buen gusto, mostróse seguidor de los discípulos de Dante, y fué la principal figura del movimiento literario en aquel tiempo, en el cual descollaron el cordobés Juan de Mena, Fernan Pérez de Guzmán, Lando y los discípulos de Imperial, D. Íñigo López de Mendoza, y el desgraciado doncel Macías.

La fama de los vates italianos, el roce y la amistad de ambos pueblos, como consecuencia de la dominación española, fueron parte á que un siglo después de la aparición de la alegoría dantesca volviese la poesía italiana á ejercer mayor influencia sobre las patrias letras, naciendo la escuela que desde sus primeros días fué apellidada *petrarquista* y que había de cambiar la faz de la literatura española, produciendo

una revolución transcendentalísima y de mayores resultados que la iniciada por Micer Francisco Imperial. Dícese comunmente que un simple consejo de un embajador veneciano á un poeta su amigo dió origen al *petrarquismo* en España. No hubiera bastado que el embajador italiano fuese persona de tan buen gusto y fama literaria como Andrea Navagiero, ni el poeta su amigo hombre tan docto y de tan claro ingenio como Boscán: á no venir las corrientes del gusto del lado de Italia, inútiles habrían sido los esfuerzos de ambos para aclimatar la nueva poesía; ésta se propagó, porque si con nuestras armas vencíamos en Italia, el genio artístico y la mayor ilustración de aquél pueblo seducía, nuestro ánimo é imprimía, direcciones al gusto nacional, llegando á ser uno de los héroes de aquella guerra Garcilaso de la Vega, quien ha merecido el dictado de príncipe de la poesía castellana.

Residía Boscán en Granada, cuando Andrea Navagiero visitó aquella población y le aconsejó y aun rogó, como nos dice el mismo Boscán, que probase de hacer en lengua castellana sonetos y otras artes de trovas usadas por los buenos autores de Italia; siguió nuestro poeta el consejo de su amigo y, aunque la manera de las trovas italianas era más grave y de mayor artificio que las que hasta entonces había compuesto siguiendo la escuela castellana, pareciéndole que comenzaba á sucederle bien, metióse,—dice él mismo—con calor en ello.

Incontinenti levántase la antigua escuela española á

protestar contra la innovación y al frente de aquélla debemos colocar á Cristóbal de Castillejo, paje, y más tarde secretario del principe Fernando, hermano del César. Toda la gracia y el ingenio de Castillejo, si bastaron á su autor para que sus obras alcanzasen gran celebridad y hayan llegado hasta nosotros acompañadas de justos loores, no fueron suficientes á atajar el torrente de la escuela italiana, que cada día reclutaba nuevos y más valiosos adeptos. Villegas unió sus esfuerzos á los de Castillejo; pero sus cualidades eran inferiores á las de éste y nada consigue; y el lusitano Gregorio Silvestre, decidido campeón de la antigua escuela, entre cuyos partidarios se distingue, viene en sus últimos años á dar la razón á sus contrarios, escribiendo según los cánones del petrarquismo.

Laméntase Boscán de las luchas que tuvo que sostener con los defensores de la antigua poesía española, y en sus quejas encontramos todos los reparos que á la nueva escuela opusieron los defensores de la nacional: «topé—dice Boscán—con unos hombres que me cansaron; los unos se quejaban de que en las trovas de arte italiano los consonantes no andaban bien descubiertos, ni sonaban tanto como en las castellanas; otros decían que este verso, no sabían si era verso ó si prosa; otros argüían diciendo que éste principalmente había de ser para mujeres, y que ellas no curaban de cosas de substancia, sino del són de las palabras y de la dulzura del consonante.» Nada consiguieron los detractores de Bos-

cán sino aficionarle más y más al cultivo de esta poesía, y hacerle ver más claramente la sinrazón de sus contrarios, la liviandad de sus argumentos, y el poco fundamento con que pretendieron infundirle miedo con sus escrúpulos.

Acaso Boscán pecó de inmodesto en su epístola dirigida á la Duquesa de Soma y que precede al libro segundo de sus obras, de la cual hemos tomado los datos antes apuntados; pero sea de ello lo que quiera, importa dejar consignado que antes que Boscán, el Archipreste de Hita había usado el verso endecasílabo en aquella *Cantiga en loores de Santa María*, que comienza:

Quiero seguir á tí, flor de las flores,
Siempre decir cantar de tus loores, (1)

y el Marqués de Santillana había intentado con buen éxito acomodar á nuestra lengua el mismo verso, y escrito *sonetos* que admiraba el gran Fernando de Herrera. Otro tanto se debe al genio de Ausias March, figura de gran significación é influencia en el desarrollo que alcanzó la poesía petrarquista en las regiones orientales de nuestra península, según afirma uno de nuestros más diligentes escritores de historia literaria. De todos ellos prescinde Boscán en su narración ya citada, circunstancia que es tanto más de extrañar, cuanto que Boscán ha-

(1) Estrofa 1650 del *Libro de Cantares*.

bía nacido en Barcelona, en la capital de Cataluña, llena de las glorias y del nombre de Ausias March, había recibido su educación literaria, y en sus obras *imitó la llaneza de estilo y las mismas sentencias de Ausias.* como dice Fernando de Herrera en sus *Anotaciones á las obras de Garcilaso.* (1)

Boscán creía que, andando el tiempo, el verso italiano sería preferido á todos los versos vulgares, «porque ya—dice,—los buenos ingenios de Castilla, que van fuera de la vulgar cuenta, le aman y le siguen y se ejercitan en él tanto, que si los tiempos con sus desasosiegos no lo estorban, podrá ser que antes de mucho se duelan los italianos de ver lo bueno de su poesía transferido en España.» No se engañaba Boscán en estas predicciones y á darle la razón vinieron años adelante Herrera, Fray Luis de León, Rioja, y los demás poetas del siglo de oro de nuestra literatura.

Garcilaso de la Vega logró dar cima á una empresa que parecía irrealizable, en los pocos años de su vida, dedicados los mejores al servicio de las armas: amigo de Boscán y alentado por éste, se entregó á la corriente del gusto italiano, y sus poesías, aunque pocas en número, aún son consideradas como modelos: siendo contadísimos los ingenios que alcanzaron la alteza de sus pensamientos y la dulzura de su dicción.

Muy pocos pasos había dado la nueva escuela, y es-

---

(1) Pag. 76.

tos ya en el camino de la gloria, cuando se presenta como paladín de las recien importadas formas una de las más hermosas figuras de nuestra literatura: D. Diego Hurtado de Mendoza. Noble, militar y hombre de profundos estudios, su *Historia de la guerra contra los moriscos del reino de Granada*, le ha conquistado el nombre de *Tácito español:* el *Lazarillo de Tormes* le coloca entre nuestros mejores novelistas y, como poeta, figura en primera línea entre los imitadores de Horacio. Distínguese Mendoza, muy especialmente, entre los poetas de su tiempo, por haber sido cultivador de ambas opuestas escuelas; en efecto, sus poesías, ora están hechas á la manera castellana, ora son epístolas, canciones y sonetos escritos *more italico.*

La nueva escuela que Boscán y Garcilaso extendían por Castilla tuvo en Portugal entusiasta defensor en Francisco Sáa de Miranda, uno de los más grandes poetas del vecino reino. En 1527 escribió en castellano su preciosa *Fábula del Mondego:* pasaron algunos años y cierto amigo entregó á Sáa un rico presente: un manuscrito de las poesías de Garcilaso y Boscán, cuya lectura bastó para decidir al poeta lusitano á que siguiera la reforma comenzada años antes y á que produjera excelentes obras, en una de las cuáles se reconoce Sáa como discípulo del insigne toledano.

Hernando de Acuña, soldado y poeta como Garcilaso, siguió las huellas de éste, escribiendo según los cánones petrarquistas la mayor parte de sus poesías, y su

ejemplo fué imitado por otros, entre los cuales se cuenta á D. Luis de Haro, conocido solamente por la famosa cita de Castillejo, hasta que Morel-Fatio insertó en su libro *L' Espagne au XVI et au XVIII siècle* (Heilbronn, 1878) el interesantísimo *Cancionero general de obras nuevas nunca hasta ahora impresas assi por ell arte española como por la toscana &*, impreso en 1554 por Esteban de Nájera, en Zaragoza, y del cual sólo se conoce el ejemplar que se conserva en la Biblioteca ducal de Wolfenbüttel. En esta antología se copian cuatro composiciones del Capitán D. Luis de Haro, todas ellas escritas á la antigua española, sin que nos sea posible juzgar hoy de su mérito como petrarquista.

Al lado de Boscán, Garcilaso, Sáa de Miranda, Hernando de Acuña, D. Luis de Haro y D. Diego Hurtado de Mendoza, figura otro poeta de gran mérito: el sevillano Gutierre de Cetina, objeto de este estudio.

II.

Lo hemos dicho antes de ahora, al hablar de otro insigne escritor: no parece sino que la desgracia, que suele ser compañera del ingenio, se empeñó siempre en perseguir á muchos de nuestros más ilustres vates, aun después de su muerte, haciendo olvidar las noticias de

sus vidas, ó extraviando sus más peregrinas composiciones y dificultando extremadamente la averiguación de sus vidas y la crítica de sus obras, estudios, por lo común, inseparables, y más tratándose de escritores cuyas producciones suelen reflejar los accidentes de su existencia, hasta en los pormenores más nimios. Entre ese número hay que contar, desgraciadamente, á Gutierre de Cetina, ingenio apenas conocido, y que debe la buena fama que disfruta á unos cuantos, sólo á unos cuantos, de sus muchos escritos.

Al excelente pintor y poeta Francisco Pacheco, sobrino de aquel sabio varón del mismo nombre, canónigo de la catedral sevillana, debemos las pocas noticias biográficas que se conocen de Cetina: sin la diligencia de que tan buenas muestras dió Pacheco al preparar su curioso *Libro de descripción de verdaderos Retratos de Illustres y memorables varones*, (1) avalorado con curiosas aunque sucintas biografías, y con poesías encomiásticas de los hombres eminentes de que se dan noticias en tan interesante obra, la vida de Gutierre de Cetina estaría envuelta en el más profundo misterio. Según las colegidas por el erudito pintor, nació nuestro poeta, de padres nobles y acaudalados, en Sevilla, en los primeros

(1) De tan inestimable libro hemos tomado el retrato que va al frente de esta primera edición de sus obras. Damos las gracias al excelentísimo Sr. D. José María Asensio y Toledo, propietario del *Libro de los Retratos* de Pacheco, por la generosidad con que nos ha autorizado para reproducir el de Gutierre de Cetina.

años del siglo XVI, cuando esta ciudad era el emporio de Andalucía y cuando el arcediano de su catedral, Rodrigo Fernández de Santaella, acababa de fundar el Colegio Mayor de Santa María de Jesús.

Á más del dicho, siempre respetable, de Francisco Pacheco, hay en las obras de Cetina algunos pasajes que nos lo indican, bien á las claras, como sevillano. En la canción *al río Betis*, dice el poeta:

Oye en el canto mío
Las quejas de un pastor desventurado,
De un hijo, que algún tiempo ha celebrado
(Apesar del grosero y bajo estilo)
Del Indo al Tago y del Danubio al Nilo.

Don Jerónimo de Urrea dice al poeta en una epístola:

Tu celebrado Betis contemplando...
. . . . . .

y Cetina, cuyo nombre poético era *Vandalio*. añade en uno de sus sonetos:

Mirando cómo va turbio y furioso
Betis corriendo al mar, dijo lloroso
Vandalio, del vivir desesperado:
«Recibe, ¡oh *caro padre!* este cansado
Cuerpo de *un hijo tuyo*, deseoso.....

No son éstos los únicos versos de Cetina que pudiéramos citar á nuestro intento y muchos son también los de otros poetas, por donde consta la patria de *Vandalio*.

Que fueron nobles y acaudalados es cuanto de los padres de Cetina nos dice Pacheco; pero la casualidad, auxiliando por esta vez á la propia diligencia, puso en nuestras manos un documento precioso: el testamento de doña Francisca del Castillo, mujer de Beltrán de Cetina y madre de nuestro biografiado. Son tantas las circunstancias de este documento que deben referirse al poeta, que no creemos ni por un instante que pueda atribuirse á otra familia que á la del vate sevillano.

La señora Francisca del Castillo, mujer de Beltrán de Cetina, vecina de Sevilla, en la collación de Santa María la Blanca, en su casa, lindera de las del jurado Alonso Vanegas, (1) otorgó testamento el día 13 de Febrero de 1550, ante Hernán Pérez, dejando por herederos á *Gutierre de Cetina*, Mencía y García del Castillo, Beltrán de Cetina, Leonor de Cetina, María del Castillo, doña Andrea del Castillo y Gregorio del Castillo, hijos de la testadora y de Beltrán de Cetina.

No existen en el archivo de la parroquia de Santa María la Blanca de esta Ciudad las partidas correspondientes á la primera mitad del siglo XVI. pero con los datos que facilita Pacheco y que citaremos después, podemosfijar el nacimiento del poeta en el año de 1520. En el estudio de la Ciudad hubo de dar sus primeros pasos

(1) Calle de Madre de Dios, esquina á la de San José, propia hoy del Excmo. Sr. D. Enrique de Cisneros. Debo el conocimiento de estos documentos á la amabilidad de mi buen amigo el Sr. D. José M. de Valdenebro y Cisneros.

en la carrera de las letras, en la cual sus adelantos debieron de ser grandes, como inducen á creerlo sus obras, tanto las originales como las traducidas, en las cuales cita con frecuencia á Aristóteles, y habla de la historia militar de Roma, y vierte á nuestra lengua no sólo á los vates toscanos, sino también á Marcial y á Ovidio. revelando asímismo conocer á Juvenal, etc., etc.

Mozo era el poeta, cuando un tío suyo llamado Gonzalo López, hijo del veinticuatro de Sevilla Diego López y marido de D.ª Antonia del Castillo, hermana de la madre de nuestro biografiado, pasó á Méjico en unión de Nuño de Guzmán, á la conquista de la nueva Galicia, (1) en 1530. (2)

Cinco años más tarde, en 1535, pasó á Nueva España García del Castillo, hermano de Gutierre de Cetina (3)

---

(1) Archivo General de Indias. 1.—1.— $\frac{2}{21.}$

Á la bondad de mi ilustrado amigo D. Francisco Javier Delgado, oficial de aquel archivo, debo la nota de este documento y las demás que se citarán de la misma procedencia.

(2) Nuño de Guzmán fué el primer presidente de la Real Audiencia de Méjico, y antes, gobernador en Pánuco. Cuando Hernán Cortés vino á España en 1527, fué conquistado Xalisco, por otro nombre, Nueva Galicia. Véase Bernal Diaz del Castillo, *Conquista de Nueva España*, capítulos CXCVI y CXCVII.

(3) Archivo General de Indias, 45—1— $\frac{1}{17.}$ L.º 3. (Registro de pasajeros.) En este asiento se dice ser García del Castillo hijo de Beltrán de Cetina y de Francisca López, vecinos de Sevilla. Hacemos notar esta equivocación de apellidos, porque la volveremos á encontrar al analizar documentos del siglo XVII, y entonces tendremos ocasión de demostrar cómo la D.ª Francisca del Castillo y la Francisca López son una misma persona.

y en el mismo año, aunque algo después, en la *nao Juan Manuel*, fueron á la misma provincia sus hermanos Beltrán de Cetina y Andrea del Castillo.

Terminada su educación literaria, dedicóse Gutierre de Cetina al arte militar, *en que no fué menos soldado que extremado poeta, siéndole tan agradable la caja de Marte como la vihuela de Apolo*, al decir de Francisco Pacheco. Antes de pasar á Italia, hubo de seguir á la corte, según nos inducen á creer varias de sus poesías; así, lamentándose de sus amores en la canción *al río Betis*, dice:

Pisuerga sabe bien que fué testigo
De mi dolor primero;
También lo sabe Duero;
Tormes lo sabe bien, sábelo Tago....
. . . . . .

y de sus amores en Castilla nos ha quedado como recuerdo un *soneto de Gutierre de Cetina siendo enamorado en la corte, para donde Montemayor se partía*, y otro de éste, *siendo enamorado en Sevilla, adonde Gutierre de Cetina quedaba*, impresos ambos entre las obras del vate portugués. También se lamenta de que los hados le priven de la vista de las riberas del Pisuerga, en dos sonetos escritos á orillas del Po y del Reno, que llevan los números V y CXL de esta colección. Ignoramos las causas que le indujeran á ser soldado; acaso no fuesen otras que la creencia, corriente en aquella época y que tan bien comprendió su amigo Jorge de Mon-

temayor, de que *los fijosdalgo armas y amores son su profesión.* Con ella Cetina no hubo de estar, á las veces, bien avenido, pues exclama, en la epístola dirigida á D. Diego Hurtado de Mendoza:

¿Por qué no viviría yo contento,
Y el que mejor que yo vivir podría
En casa y del paterno nutrimiento?

Fuese ésta ú otra la causa, ello es lo cierto que abrazó la carrera de las armas y que marchó á Italia, teatro de las hazañas y heroicidades de nuestros ejércitos, si bien ignoramos cuánto tiempo permanecería en la península italiana, pues no conocemos otra fecha de este período que la de 24 de Abril de 1545, puesta al pie de una epístola dirigida desde Vigere á la princesa de Molfeta. En Italia y Alemania, durante los ocios de la guerra, entregóse Cetina al cultivo de la poesía, como él mismo dice en una de sus canciones, escrita

Sobre las ondas del furioso Reno...
. . . . . .
Mientras Marte al furor daba un desvío.

También hubo de dedicarse entonces al estudio de los poetas toscanos, y especialmente al de Petrarca, á quien imitó frecuentemente y glosó y tradujo en alguna ocasión, identificándose con él acaso más que ningún otro poeta español, si bien el amor que fué el principal, por no decir el único sentimiento que cantó su lira, es más

mundano, menos ideal en el poeta de Sevilla que en el vate de Arezzo.

III.

De la vida de Cetina en Italia tenemos abundantes recuerdos en sus propias obras. Ignoramos cuál sería su empleo en la milicia, pues han sido infructuosas cuantas gestiones hemos practicado en busca de este dato; pero que debió de ser de alguna importancia nos lo demuestran las relaciones de amistad que el poeta sostuvo con los más famosos personajes de aquella época. En la epístola dirigida á don Diego Hurtado de Mendoza dice que primero le estuvo unido por *humilde servitud* y luego por abierta amistad, llegando á expresarle así su cariño:

..... os amo tanto,
Que casi como á un ídolo os adoro.

Suplícale más adelante que le perdone por no haberle escrito....

Como os prometí, cuando de Trento
Partísteis tan mohino y tan aflito.

Estos dos versos pudieran hacer sospechar si la epístola sería escrita en 1547, año en el cual Mendoza, que se encontraba de embajador en Trento durante el Conci-

lio, fué enviado á Roma precipitadamente para asuntos de la Corona de España; pero continuando la lectura de sus hermosos tercetos adquirimos el convencimiento de que se escribió en 1543, como lo declara su autor en estos otros versos:

Será el sujeto, pues, de aquella honrosa
Empresa que *en este año ha César hecho*,
Tanto como difícil, gloriosa.

. . . . . .

Allí se vió en el sitio de una tierra
Dura de nombre, asaz dura y extraña,
Si en ánimo español virtud se encierra.....

en donde se refiere Cetina al asalto y toma de Dura, que se verificaron el 24 de Agosto de 1543 y que dice realizados por el Emperador *este año*, fijando así el en que fué escrita la interesante epístola. Carlos V consideró esta victoria como una de las más grandes de su vida militar, y nuestro poeta dice hablando de ella:

Con razón memorar puedes, ¡oh España!
Entre las tantas otras memorables,
Ésta que no será menor hazaña.

Antes de esto, expresa Cetina el temor que tiene de escribir á Mendoza cosa que pueda desagradarle, y dícele:

La imagen de Boscán, que casi viva
Debeis tener, hará en vuestra memoria
La más hermosa parecer esquiva.
Y el Lasso de la Vega, cuya historia
Sabeis, de piedad y envidia llena,

Digo, de invidïosos de su gloria.
Yo, que á volar he comenzado apena.
Apenas oso alzarme tanto á vuelo,
Que no lleve los pies por el arena.

Es notable este trozo por ser el único de las obras de Cetina en que hallamos los nombres de Boscán y Garcilaso, y más aún si se tiene en cuenta que en una epístola de Mendoza á Boscán le habla de varios amigos. entre los cuales se menciona á Cetina, y en la constestación de Boscán, á todos, exceptuando á éste, se dedica alguna frase.

Otra prueba de la grande é intima amistad que unió á nuestro poeta con el gran político la tenemos en los pasajes de esta misma epístola, en que le da cuenta de los hechos de armas del ejército imperial, censurando á Carlos V por haber dejado escapar al rey Francisco I de Francia; le habla de la corte y termina pidiéndole nada menos que un cuadro del Ticiano, de quien el poeta declara haber sido siempre aficionado.

Sus relaciones con el Príncipe de Áscoli, el señor Antonio de Leyva, fueron aún más familiares que las sostenidas con el grave D. Diego Hurtado de Mendoza. La epístola dirigida al de Áscoli, que empieza:

Señor, más de cien veces he tomado
La pluma y el papel para escribiros,
Y tantas no sé cómo lo he dejado....

respira muy franca amistad; más adelante, revelando a espontaneidad de su carácter, dice:

Yo no escribo, señor, delicaduras;
Escríbalas quien es más delicado;
Yo soy loco y me agrado de locuras....

en los cuales versos parece vislumbrarse una picante alusión á Garcilaso, á quien con equívocos conceptos nombra en la epístola á Mendoza y á quien imitó en alguna de sus poesías, ó, como dice Herrera, con quien quiso contender en algunas obras. Acaso pueda ser también alusión á Garcilaso lo que á continuación escribe:

Ya no pretendo más ser laureado;
Antes por sólo el nombre tomaria
De andarme sin bonete y trasquilado.

Es animadísimo el cuadro que traza para describir á Áscoli el estado en que se hallaba el ejército imperial:

Tornando, pues, señor, á la moderna
Manera de vivir, digo que estamos
Como le place á aquel que nos gobierna.
Paz y salud hay más que deseamos,
Mil cosas que comprar, pocos dineros,
Aunque tantos, que basta que vivamos.
Las damas al amor, los caballeros
Andan hechos tasajos.....

Hace después graciosas caricaturas de Juan del Río, D. Manuel, D. Jorge, D. Antonio y Gonzalo Girón, personajes á los más de los cuales volveremos á encontrar en las poesías dirigidas á la Princesa de Molfeta, y termina describiendo un torneo celebrado en Milán.

Además de esta epístola, encontramos entre las obras de Cetina diez sonetos dirigidos á Áscoli, ya con motivo de su llegada á Italia, ya animándolo á que, olvidando antiguas quejas, se entregue al amor, ora reconviniéndole porque se muestra tan avaro de sus producciones, ya lamentándose de su pastora, ó ensalzando sus glorias militares, y llorando, por último, su temprana muerte, causa, quizás, del regreso de Cetina á España. Áscoli, que también cultivó la poesía, dedicó á Cetina algunas de sus obras, habiéndose conservado entre las de éste un soneto de aquél. El nombre poético del príncipe era *Lavinio.*

No menos íntima amistad que con Áscoli le unió con la Princesa de Molfelta, á quien dedicó un soneto y dos epístolas, haciéndola en una confidente de sus amorosas quejas y felicitándola en otra por el nacimiento de una hija, con estas palabras:

Aquí nos ha cabido á todos parte
Deste contentamiento, y á mí solo,
Sin duda, mucho más que á todos juntos,
Porque *amo y debo más* que lo que todos
. . . . . .
El príncipe está bueno y tan contento;
. . . . . .
Dice que se irá presto. ¡Dios lo haga!

y ofreciendo ir con él y otros amigos, ruega que le tengan preparada una gran *olla podrida*, cuyos componentes designa en culta y sabrosísima poesía festiva, tra-

yendo á colación los nombres y cualidades personales de los amigos de la princesa, lo cual arguye una gran familiaridad; y el estar exenta esta poesía de todo servilismo da á conocer el noble carácter de Cetina. La epístola á que nos referimos, que es la única escrita en verso suelto, es tambien la única fechada (24 de Abril de 1545), y entre las muchas personas nombrada en ella, encontramos á varias de las ya citadas en la epístola al príncipe de Áscoli, y á otras, á quienes dedicó Cetina algunos sonetos, *verbi gratia*, la Condesa Laura Gonzaga y Lucía Harriela.

Dos sonetos escribió Cetina al Conde de Feria, elogiando sus hechos de armas y excitándolo á perpetuar sus propias hazañas por medio de la poesía. Ya en la epístola á Mendoza dice:

Pensé deciros del novel de Feria
Cómo con su valor ha desterrado
Desta corte los vicios y miseria,
Y cómo en cuatro pasos ha alcanzado
Los que primero dél corrieron tanto,
Y algunos, ó los más, atrás dejado.

También encontramos sonetos dirigidos al Duque de Alba, de quien dice en la tan citada epístola á Mendoza, hablando de la toma de Dura:

Allí era de notar del nuevo Marte
Fernando, capitán de aquesta guerra,
El ánimo, el valor, ingenio y arte.

Otras poesías dedicó al Duque de Sessa, nieto del Gran Capitán, recordándole en una de ellas las glorias de su ilustre abuelo, y escrita la otra con motivo de la venida del Duque, llamado poéticamente *Sesenio,* á las riberas del Betis, donde Cetina dice que siempre está y á donde quisiera ir. Á la Marquesa del Vasto dirigió un hermoso soneto, en su llegada á Liguria, celebrando en él las acciones militares del Marqués D. Alonso de Ávalos, muerto en 1546, y grande amigo de Garcilaso; y aun creemos que está dirigido á este magnate otro soneto que empieza:

Aquella luz que de la gloria vuestra,
Invicto Alfonso, tanto resplandece...,

en el cual le invita á que imite á César, escribiendo sus propias hazañas é inmortalizando así su nombre.

En otras composiciones, los nombres de ríos y localidades indican los lugares donde fueron escritos, como la canción que comienza:

Sobre las ondas del furioso Reno. (1)

y el soneto CCXXIV, que dice:

..... el Alpe, de terror y fieras lleno.

y muchos más, en que se citan el Po, el Tesino y varios

(1) Canción XI, tomo I de esta colección, pág. 262. *Reno*, por *Rhin*.

lugares de Italia. Suiza, Alemania, Hungría y Francia. (1)

Además de sus amigos ya nombrados, muchos otros merecieron que les dedicase composiciones, entre ellos el Maestre de Campo Luis Pérez de Vargas, el Pabordre Gualves, D. Luis de Cotes, Obispo de Empurias, D. Juan de Guevara, bravo militar, D. Juan de Rojas, con quién consultaba sus versos, Gonzalo Pérez, también poeta, padre del famoso secretario de Felipe II, D. Pedro de Sosa, D, Diego de Esquivel, cuya muerte lloró en su sepulcro, la Marquesa de la Pádula doña María de Cardona, tan celebrada por Garcilaso, y doña Marina de Aragón, cuya hermosura cantó el gran Mendoza.

Durante las guerras de Alemania debió de visitar á Castelnovo y la contemplación de los huesos de los tres mil soldados españoles que fueron sacrificados por los turcos en aquella población de la Bosnia, hubo de inspirarle un hermoso soneto, como inspiró tres al poeta italiano Luis Tansilo. (2)

---

(1) En la *Paradoja* habla, como testigo presencial, de las costumbres de los señores en Alemania, Francia, Flandes, Hungría é Italia, y, más particularmente, en el reino de Nápoles y en la ciudad de Génova.

(2) El soneto de Cetina y los tres de Tansilo van impresos en esta colección, en las páginas 100 y siguientes del tomo I.°, donde por olvido no se dijo que Knapp, en la de *Poesías de D. Diego Hurtado de Mendoza* (tomo XI de los *Libros españoles raros ó curiosos*, soneto XXXII, página 22), lo incluye entre las obras de aquel docto escritor, con las variantes que se subrayan en la siguiente copia:

Dicen algunos de sus biógrafos que Cetina estuvo en África, en la jornada contra Túnez y la Goleta, con Garcilaso de la Vega; pero no encontramos fundamento serio en que basar esta creencia, pues su soneto *á Cartago*, citado por algunos á este intento, bien pudo ser escrito lejos de las ruinas de aquella ciudad y de las costas africanas, siendo, como es, traducción ó imitación de otro soneto de Baltasar Castiglioni, ó de Guidiccioni. (1)

Al hablar de las amistades de Cetina en Italia, no debemos pasar en silencio la que le unió con el noble

---

Á LOS SOLDADOS QUE MURIERON EN CASTIL-NOVO

¡Hechos gloriosos! pues el *alto* cielo
Os da *la* parte que os negó la tierra,
Bien es que por trofeo de *la* guerra
Se muestren vuestros huesos por el suelo.
Si justo desear, si honesto celo
En *ánima gentil se anida ó cierra,*
Ya me parece ver *que se atierra*
Por vos la Hesperia *vuestra* ó se alza *al cielo.*
No por vengaros, no, que no dejastes
Á los vivos gozar de tanta gloria,
Que envuelta en vuestra sangre *os* la llevastes;
Sino *es por mostrar* que la memoria
De la *gloriosa* muerte que *ganastes*
Es (aun) más de envidiar que la victoria.

Advertimos que en las ediciones de las poesías de Mendoza de 1610 y 1854 no figura este soneto y que en el códice de Álava, que pronto citaremos, se atribuye á Cetina.

(1) Véase el soneto CVIII de esta colección, tomo 1.°, pag. 96 y su nota.

aragonés D. Jerónimo de Urrea, militar y poeta como nuestro biografiado y cuya obra poética más notable está dedicada á Cetina. Urrea había nacido algunos años antes que éste y, siguiendo los ejércitos imperiales, distinguióse en varios hechos de armas y muy especialmente en la toma de Dura, acción tan elogiada por nuestro poeta, que la describe como testigo presencial. Fué Urrea autor de varias obras y traductor de otras italianas y francesas, entre ellas *El Caballero Determinado*. traducción de la cual se burla con singularísimo donaire Hernando de Acuña, en su parodia de *la Lira, de Garcilaso* dirigida á un buen caballero y mal poeta (Urrea), y que empieza:

De vuestra torpe lira
Ofende tanto el són, que en un momento
Mueve al discreto á ira
Y á descontentamiento,
Y á vos solo, señor, os dais contento.

Hay que notar, sin embargo, que Acuña había vertido al castellano la misma obra. Tradujo Urrea el *Orlando Furioso* y no fué más afortunado, pues D. Diego Hurtado de Mendoza se burla de este trabajo en la carta *respuesta al capitán Salazar:* y, para que nada faltase al infeliz Urrea, Cervantes perpetuó su desdichada fama en el escrutinio de la librería de D. Quijote. Las mejores obras de Urrea son las que escribió según los antiguos metros nacionales y las que, siguiendo la nueva escuela, dirigió á Cetina, quien le correspondió dedicándole una epístola,

un soneto, y dos octavas. (1) El nombre poético de Urrea fué *Iberio*.

Entre las poesías que Urrea escribío según los antiguos cánones de la escuela castellana, son notables las que se contienen en el cancionero de la biblioteca ducal de Wolfenbüttell, ya citado, del cual copiamos la que sigue:

VILLANCICO Á UNA PARTIDA

Yo me parto y no me aparto,
Y partiendo no me vó,
Porque con vos quedo yo.
Y aunque me parto no parte
Lo que yo só propiamente
Porque vó dellalma ausente
Y no só yo, quella es mas parte
Y queda con vos presente.
Es yo mi alma, que os vió
Y con vos queda penada,
Ella es yo y yo no nada
Y essa á vos de mí partió:
Assí que yo no só yo.
No soy aquel que vos veys

(1) D. Jerónimo Borao, Catedrático de Literatura de la Universidad de Zaragoza, escribió un curioso libro con el título de *Noticia de D. Jerónimo Jiménez de Urrea y de su novela caballeresca inédita D. Clarisel de las Flores*. Zaragoza, 1866.=En esta obrita dice haber dedicado Cetina á Urrea dos epístolas y tres sonetos; pero en esto padeció el docto catedrático una equivocación, al leer el índice que del códice de la Biblioteca de D. José M.ª de Álava copió Gallardo. En dicho códice sólo se contienen una epistola y un soneto dedicados á Urrea, y en otro códice, que no conoció el Sr. Borao, dos octavas.

XXXV

No soy cosa en que pensais,
No só yo quien vos mirays
Mas soy el que ver querreys
Mas lexos de donde estays.
Soy una sombra ó hechura
Del que solía ser yo,
La figura de aquel só
Sin ser mas que sepultura
Donde ellalma se enterró.

IV.

Vimos á Cetina en Italia siguiendo las victoriosas banderas de Carlos I, pero, *llamándole su divino ingenio.* —dícenos Pacheco,—*se volvió á su patria á la quietud de las Musas.* Acaso por este tiempo escribiera la *Paradoja en alabanza de los cuernos,* compuesta, según el parecer del doctísimo D. Aureliano Fernández-Guerra, para ser leída en casa del marqués del Valle, Hernán Cortés, al que se nombra en dicho trabajo. Añade el mismo biógrafo que Cetina residió en una aldea, que no nombra, y que no podemos precisar cuál fuera entre las muchas y pintorescas del extenso reino de Sevilla; bien pudo ser Castilleja de la Cuesta, residencia de D. Martín, hijo de Hernán Cortés; acaso los Molares, de cuyo castillo fué alcaide por los Duques de Alcalá el festivo

Baltasar del Alcázar, amigo de nuestro poeta; ó Alanís, de donde era natural su otro amigo el desconocido poeta Baltasar de León, y donde poseía bienes el padre de Cetina, como se deduce del testamento de doña Francisca del Castillo. que publicamos en los *apéndices* de esta obra. Á esta época de la vida de Cetina hemos de referir su amistad con Baltasar del Alcázar, de quien nos han quedado cuatro sonetos en elogio de aquél.

Algún tiempo después de esta residencia en Sevilla, —dice el mismo Pacheco,—pasó Cetina á las Indias de Nueva España, llamado de un hermano suyo que había sido conquistador con el Marqués del Valle y era de los más poderosos que había en la Ciudad de Méjico. Tres hermanos del poeta y su tío Gonzalo López habían pasado á Méjico en los años que median entre 1530 y 1535; pero no sabemos á cuál de ellos referir la cita del docto pintor sevillano. Que esta familia debió de alcanzar en Méjico próspera fortuna nos lo demuestran no sólo los nombres de los Cetinas ya citados que pasaron al nuevo mundo, sino también los muchos más que se encuentran, examinando en el Archivo de Indias los interesantes registros de viajeros. En 1542, y previa información de *no ser de los prohibidos*, (1) según juraron Francisco de Alcocer y Francisco Duarte, se concedió licencia para pasar á Nueva España á Beltrán de Cetina y á doña Fran-

(1) De aquellas personas á quienes estaba prohibido por la ley pasar á las Indias.

cisca del Castillo, padres del poeta, (1) pero su estancia en aquel reino no sería muy larga, pues en 1544 hacía Beltrán de Cetina, desde Sevilla, cierta reclamación que fué resuelta por Real Cédula fechada en Valladolid á 3 de Octubre del mismo año (2) y en 1550 otorgaba la doña Francisca, también en Sevilla, su ya citado testamento, haciéndose mención en este documento de Andrea y Alonso del Castillo, hermanos de la testadora, que habían muerto en las Indias.

En 1546, por Real Cédula de 24 de Agosto, fechada en Guadalajara, se manda á los Oficiales de la Contratación de Sevilla que dejen pasar á la Nueva España á García del Castillo y á un criado suyo, *soltero por casar*. (3) Á este García del Castillo, hermano del poeta, ya le vimos salir para Méjico, por primera vez, en 1535. En 1544 y en la nao de Diego López, llegó á Sevilla Gonzalo López, con su mujer doña Antonia del Castillo, dos muchachas y dos negras; y ~~de~~ conquistador que salió en 1530, vuelve este año de procurador general de Méjico (4) y con tal carácter obtiene en 1546 Real Cédula fechada en Guadalajara á 21 de Septiembre, para pasar á Nueva España con dos sobrinos suyos, á quienes

---

(1) Archivo General de Indias—45—1—$\frac{1}{17}$ L.º 5.º

(2) *Ibid.* 148—2—4 L.º 9, fol. 129.

(3) *Ibid.* 148—2—5, L.º 10, fol. 78 vto.

(4) *Ibid.* Licencia de pasajeros de 1516 á 1556.

no se nombra, y seis criados. (1) Tal vez entre estos sobrinos pasase el dulcísimo poeta.

Por otra Real Cedula de 13 de Abril de 1549, dada en Valladolid, se autoriza á Gregorio Cetina, otro de los hermanos de nuestro poeta, á pasar á las provincias del Perú (2) y en el siguiente año se autoriza nuevamente á este Gregorio Cetina y á Pedro y Diego López, sobrinos todos del procurador general Gonzalo López, para pasar á Nueva España.

En 1553 pasa á la misma provincia un sobrino del poeta, Beltrán de Cetina, hijo de Beltrán de Cetina y de doña Isabel de Velasco (3) y desde este año hasta el de 1575, ó sea quince después de muerto nuestro poeta, no volvemos á encontrar entre los documentos referentes á Nueva España mención alguna del apellido Cetina, siendo de lamentar que, entre tanta noticia referente á la familia como nos proporcionan estos cuadernos de pasajeros, no encontremos ninguna referente á Gutierre. (4)

---

(4) Archivo General de Indias, 146—2—5— L.º 10, fol. 99 vto.

Entre otros beneficios, obtuvo Gonzalo López uno de repartimiento de indios, acerca del cual existe una información en el archivo citado, 2—2—3. A.

(2) *Ibid.* 148—2—5—L.º 11, fol. 205.

(3) *Ibid.* 45—1 $\frac{2}{18}$

(4) Según un asiento del libro 1.º de pasajeros, Archivo de Indias, 45—1— $\frac{1}{17}$ fol. 441 en 1516 pasó á Indias, en la carabela de Juan Garrido, Antón de Cetina, hijo de Gil de Sayas, y Catalina Pérez, vecinos de Sevilla, en la calle de la Sierpe. Ignoramos si pertenecia á la familia del poeta.

Al testamento. ya mencionado, de la madre del poeta, acompañaban otros documentos y de ellos se deduce que la doña Francisca del Castillo debió de morir poco tiempo después de otorgado su testamento (13 de Febrero de 1550), pues en 26 del mismo mes su hermana doña Antonia, mujer de Gonzalo López, *vecino de la ciudad de Méjico*, donó á sus sobrinas Mencía del Castillo, Leonor de Cetina y María del Castillo las tres quintas partes de la casa antes mencionada, como solar de esta familia, mandando que si dichas sus sobrinas no se casasen ni tuviesen hijos, pasase lo donado á García del Castillo su sobrino y á sus hijos y sucesores.

Tampoco debió de sobrevivir mucho tiempo á su esposa el padre de nuestro biografiado, pues, en 4 de Diciembre de 1553, por escritura otorgada en Sevilla ante Luis de Medina. renunciaba Beltrán de Cetina sus legítimas paterna y materna en su hermana doña Mencía. Murieron doña Mencía y sus hermanas sin sucesión, según resulta de una información practicada en 1639, también en Sevilla, por el P. Fr. Isidoro Caballero, en nombre de García del Castillo Villaseñor. descendiente del García del Castillo hermano de Gutierre de Cetina. En este curioso expediente, en el cual declaran Francisco de Ortuña, nacido y criado en las casas de doña Mencía del Castillo, Catalina de Espinosa y Catalina de Madrid, se dice que dichas tres hernanas *tenían hermanos en Indias con quien se correspondían* y que todas murieron solteras y se enterraron en la iglesia de Madre de Dios, donde tenían su entierro.

Todavía subsiste éste: en el centro de la anchurosa nave de la Iglesia de Religiosas domínicas de Madre de Dios se ve una lápida con un escudo con cuatro cuarteles y esta leyenda debajo:

ESTA SEPVLTVRA ES
DE BELTRAN DE CETINA
Y DE SV MVGER Y HEREDE
ROS.

No son éstas las únicas noticias de la familia de Cetina que hemos podido allegar. García del Castillo, hermano del poeta, otorgó testamento y codicilo en Méjico, ante Pedro Sánchez de la Fuente, á 27 y 28 de Diciembre de 1563. En 1575 se hizo, por Beltrán y Gregorio de Cetina y Velasco, información de los servicios de su padre Beltrán de Cetina, natural de Sevilla, que vivió en Mérida de Yucatán y en San Francisco de Campeche. (1) En el mismo año se incoó pleito sobre una encomienda de indios, dejada en Mérida de Yucatán por Gregorio Cetina; (2) y en el archivo parroquial de Santa María la Blanca no se dejan de hallar noticias de

(1) Archivo General, de Indias, 2—1—8 vto.

(2) *Ibid.* 47—6—$\frac{34}{29}$

esta familia, pero ninguna de ellas aporta datos de interés para la biografía de Gutierre de Cetina (1).

Afírmase por algunos escritores que la muerte de Cetina ocurrió en su patria, conviniendo todos, no obstante, en la fecha de 1560, fijada por Pacheco, quien dice que tal muerte ocurrió en Méjico. Parécenos que debemos creerle, por ser un verídico narrador el biógrafo de nuestro poeta y por haberlo conocido personalmente, legándonos el único retrato que de él tenemos.

V.

Habiendo residido Cetina en Méjico los últimos años de su vida, importa estudiar los comienzos del desarrollo literario en aquella provincia española, para rastrear la participación que en él pudo corresponder á nuestro

---

(1) Entre las noticias que en este archivo se encuentran de las familias de Cetina, López y Castillo, se halla la siguiente partida, al folio 50 del libro de Bautismos:

«En quatro días del mes de enero de M. D. xxxv años baptizó ju.º moreno clerigo a mencía esclava de gonçalo lopez. fueron sus padrinos pedro pastor e su mujer cathalina de cobarrubias y Ju.º del Castillo e beatriz de torres.»

Los libros de bautismos de esta parroquia comienzan en 1533; los de desposorios y defunciones en 1572.

poeta y apreciar la influencia que hubo de ejercer en la literatura hispano-americana.

Los últimos tiempos que podemos conjeturar de la estancia de Cetina en Italia alcanzan á poco después de 1547, y suponiendo que, como afirma Pacheco, residiese algunos años en Sevilla, debió de pasar á Nueva España después de 1550. En esta época habíase colocado España al frente del movimiento intelectual y la cultura se desbordaba por los extensos dominios de la corona española: los grandes y los prelados se dedicaban á los estudios de literatura, ó fundaban academias en sus palacios, y es natural que en las extensas regiones del Nuevo Mundo, donde evangelizaban frailes sapientísimos, donde las iglesias estaban regidas por eminentes varones y donde los más ilustres representantes de la nobleza desempeñaban los gobiernos ó virreinatos, se dejase sentir bien pronto aquella civilización, aquella cultura que el pueblo español había alcanzado. Entre los conquistadores los había tan literatos como Ercilla, y las Catedrales, Chancillerías y Universidades se dotaban con hombres de vasto saber, salidos de las florecientes Universidades y Cabildos de España. Momento solemne es éste en la historia patria, «porque,—como dice un escritor extranjero, (1) cuyo testimonio á nadie podrá parecer sospechoso—florecían entonces las brillantes cortes del majestuoso Carlos, del *Rè galant 'uomo* Francisco I, y de los

(1) El Dr. William I. Knapp, en el prólogo del tomo XI de la *Colección de libros españoles, raros ó curiosos.*

fastuosos pontífices Paulo y Julio; en Oriente, Suleimán, con su Barbarroja; en Poniente, el Emperador, con Andrea Doria. En todas partes batallas campales y navales; luchas de la fe y de la disidencia; poetas como Boscán, Garcilaso, Castillejo y Cetina; oradores sagrados como Fray Luis de Granada y el Maestro Juan d' Ávila; catedráticos como Hernán Nuñez y el Brocense; Zurita en Aragón, Ocampo y Morales en Castilla; un ejército de caballeros, en fin, cuyos gloriosos apellidos brillan en los folios de Sandoval, y á que ninguna nación ofrecía por entonces paralelo.

«No nos extrañe, pues, que, resumiendo las glorias de la primera mitad del siglo XVI, don Hernando de Acuña dirigiese á Carlos V aquel grandioso soneto, que respira el celo patriótico y religioso de sus tiempos:

«Ya se acerca, Señor, ó ya es llegada
La edad gloriosa en que promete el cielo
Una grey y un pastor solo en el suelo,
Por suerte á vuestros tiempos reservada.
«Ya tan alto principio en tal jornada
Os muestra el fin de vuestro santo zelo,
Y anuncia al mundo, para más consuelo,
Un Monarca, un Imperio y una Espada.
«Ya el orbe de la tierra siente en parte,
Y espera en todo, vuestra Monarquía
Conquistada por vos en justa guerra;
«Que á quien ha dado Cristo su estandarte,
Dará el segundo más dichoso dia
En que, vencido el mar, venza la tierra.»

En los albores literarios de Méjico, encontramos el nombre de Francisco Cervantes de Salazar, quien debió de pasar á Nueva España en la misma época que Cetina. Cervantes de Salazar había sido secretario del Cardenal Loaisa y había publicado en Alcalá de Henares, en 1546, su *Diálogo de la dignidad del hombre*, dedicado á Hernán Cortés, un *Apólogo de la ociosidad y el trabajo*, que dirigió al arzobispo Siliceo, y la *Introducción de la Sabiduría*. obra que puso bajo el patrocinio de la infanta doña María, hija del César y emperatriz de Alemania, y reina de Hungría más tarde. No obstante estos méritos, pasó á las Indias á la ventura, sin empleo alguno, y enseñó gramática en una escuela particular, hasta que en 1553 obtuvo la cátedra de Retórica, al inaugurarse la Universidad, en la cual estudió hasta obtener el título de doctor en Cánones, dejando su Cátedra por la de Decretos. En 1560 disponía el *Túmulo imperial*, descripción de las honras que se hicieron al Emperador. logrando en recompensa de este trabajo una canongía de aquella iglesia y el diploma de Consultor del Santo Oficio; ya, antes de esto, había sido nombrado cronista de la ciudad y aclamado dos veces por rector de dicho plantel de enseñanza. Los versos de Cervantes de Salazar contenidos en el *Túmulo* han pasado hasta hoy por los primeros que en Méjico se escribieron en lengua castellana; pero, publicado este libro en 1560, en el mismo año de la muerte de Cetina, hemos de vindicar para nuestro poeta, si no la gloria de haber sido

el primero que dejara oir en el Imperio de los Aztecas las dulces melodías de la Musa castellana, la de haber sido, cuando menos, uno de sus más antiguos introductores. Cetina, en los años de su residencia en Méjico, escribió varias obras, entre ellas, dos libros de comedias, de que nos da noticia Pacheco, y que debieron de circular manuscritas entre aquella naciente sociedad, y tal vez se representarían en el palacio de los Virreyes, el primero de los cuales era hermano de D. Diego Hurtado de Mendoza. Si la muerte no hubiera arrebatado á Cetina en este año, acaso hubiese correspondido á nuestro poeta la gloria de perpetuar los funerales del César; y dado que ningún poeta de más alto vuelo que él pisó, antes de su llegada á Méjico, las playas de Nueva España, hemos de admitir que su influencia allí debió de ser grande y que acaso en la empresa poética que llevó á cabo Cervantes de Salazar se note esa influencia del ya muerto sevillano.

Otro escritor y poeta, Eugenio de Salazar y Alarcón, el autor de la famosa carta de *los Catarriberas*, pasó á Méjico de oidor después de 1580 y á él, en unión de Cetina y Cervantes de Salazar, corresponde el honor del patriarcado de la poesía castellana en aquella región del Nuevo Mundo.

Es de lamentar que las obras líricas y dramáticas que Cetina escribió en Méjico se perdieran, por su temprana muerte, como afirma Pacheco; pero, por fortuna, no todas tuvieron la fatal suerte que indicó el docto pintor, pues si bien las dramáticas no han llegado

hasta nosotros, se han conservado muchas de las líricas, merced á un celoso colector, cuyo nombre no hemos podido averiguar. Consérvase en la riquísima Biblioteca Nacional de Madrid un precioso códice manuscrito titulado *Flores de varia poesía* y recopilado en Méjico en 1577. Cierto es que no está completo; pero, aun así, consérvanse en él 330 composiciones de 31 autores, ofreciendo la particularidad de que el mayor número de ellas corresponde á Cetina, de quien hay 69 sonetos, 2 canciones, 2 estancias, una elegía, un madrigal y 3 octavas; en junto, 78 composiciones. Los más de dichos poetas, fueron coetáneos y camaradas de Cetina, ya de sus mocedades en Sevilla, ya de su vida militar y literaria en Italia, y sólo Fernando de Herrera y Juan de la Cueva son posteriores; bien puede, pues, aventurarse, como lo hace nuestro docto amigo D. Juan Pérez de Guzmán, en escritos con que nos ha favorecido (1) que el códice fuese formado por Juan de la Cueva, que á su llegada á Méjico, después de la muerte de Cetina, encontrara las obras de éste y de sus amigos, agregándoles algunas de Fernando de Herrera y otras propias, pues tam-

(1) Después de escritas estas líneas, hemos tenido el gusto de ver impreso, con notables aumentos, el trabajo de nuestro querido amigo, en *La Ilustración Española y Americana*—año 1890—con el título de *Cervantes Salazar, Salazar de Alarcón, Gutierre de Cetina, los tres patriarcas de la poesía castellana en Méjico.* Agradecemos al docto escritor las cariñosas frases que nos dedica en el último de sus tres artículos.

bién es de notar que, después de Cetina, es Cueva el que alcanza mayor número de composiciones, á saber: 26 sonetos, 2 odas, 2 madrigales y una sextina. Tal opinión tiene á su favor otra circunstancia: la de que la mayor parte de los poetas cuyas obras forman este cancionero, y que, como dejamos dicho, son contemporáneos de Cetina, no habían alcanzado la popularidad necesaria para que sus poesías llegasen allende los mares, en aquellos tiempos en que tan difíciles eran las comunicaciones, y sólo se les conocía y celebraba en el círculo cortesano en que nuestro poeta pasó su juventud.

VI.

Pocos autores han trazado rasgos biográficos del ilustre poeta sevillano, y casi todos lo confunden con otro Gutierre de Cetina que vivió algunos años después: por eso dicen que en los últimos años de su vida abrazó el estado de la Iglesia y que desempeñaba, á principios del siglo XVII, el cargo de Vicario eclesiástico de Madrid. Vivió, en efecto, en aquella época un Doctor ó Licenciado, pues de ambas maneras firmaba, llamado Gutierre de Cetina; pero indudablemente es persona distinta de nuestro escritor. No se concibe de otro modo que el diligente Francisco Pacheco, que alcan-

zó aquella edad, nos dijese que el poeta había muerto en Méjico en 1560, conociendo, como no podía menos de conocer, el nombre del Vicario eclesiástico de la corte, que, como tal, había dado licencia para la impresión de las *Novelas* y de la segunda parte de la obra inmortal de Miguel de Cervantes, de las *Sagradas Rimas* del sevillano Luis de Ribera, de las *Novelas* de Salas Barbadillo y, en una palabra, de cuantos libros más notables se publicaron en aquella época, entre ellos el de las *Rimas* de D. Juan de Jáuregui, en el cual, pocas páginas después de la *aprobación del Doctor Gutierre de Cetina, Vicario de Madrid por el illustríssimo Cardenal de Toledo*, se inserta un soneto de Pacheco en elogio del autor: es, pues, visto que se trata de dos personas distintas que llevaban el mismo nombre. Argote de Molina, que escribió antes de 1575 su *Discurso de la Poesía*, corrobora este aserto, pues, hablando de Cetina y de otro poeta, dice que *en lo que escribieron tenemos buena muestra de lo que pudieran más hacer, y lástima de lo que se perdió con su muerte.*

Al Cetina clérigo llaman también algunos autores Diego Gutierre de Cetina y en el *Cancionero y Romancero Sagrados* de la *Biblioteca de Autores Españoles*, de Rivadeneyra, se incluye un soneto suyo, por el cual sabemos que también fué poeta.

Guárdase en la Biblioteca del Excmo. Cabildo Eclesiástico de Sevilla un curioso manuscrito que contiene la genealogía de los Díaz de Alcocer, y en ella se hace

referencia de Mencía de Alcocer, quinta hija de Hernando Díaz y de doña María Ortiz, fundadores de la casa, y que casó con Gutierre de Cetina, vecino de Alcalá de Henares, siendo padres de Constanza Díaz de Alcocer ó de Cetina, que, casada con Diego Díaz de Toledo, tuvo por hijos á Melchor Díaz de Toledo, y al canónigo Cetina, fundador en 1564 del monasterio de Santa Úrsula de Toledo, en Alcalá de Henares, en la cual Iglesia se conserva su sepulcro, con estatua y esta inscripción: *Aquí yace el Illtre. Sr. Gutierre de Cetina. Canónigo de Alcalá y fundador de este monasterio. Murió año 1578.* Su hermano Melchor Díaz fué padre del canónigo Diego de Ávila, de la abadesa doña Laureana y del *Dr. Zetina*, que acaso fuera el Vicario de Madrid.

No cita fechas esta relación genealógica; pero la de la fundación del monasterio de Santa Úrsula y la de la muerte del Canónigo nos permiten creer que su sobrino el *Dr. Zetina* vivió por los mismos años que el célebre Vicario y acaso no sean diferentes personas.

Hace algunos años, hacia 1883, publicaron los periódicos de Andalucía la noticia de haberse descubierto en la pintoresca villa de Puerto Real, perteneciente al obispado y provincia de Cádiz, el sepulcro del celebrado cantor de los *ojos serenos;* pero, á semejanza de lo ocurrido con el Vicario de Madrid, habíase nueva vez confundido á nuestro poeta con otro su homónimo y acaso pariente. Existe, en efecto, en la Iglesia Parroquial de San Sebastián de Puerto Real, en la capilla de

Ánimas, una lápida sepulcral que mide dos metros y veinte y tres centímetros de largo, por uno y quince de ancho, en la cual, por debajo de un escudo ovado, partido de izquierda á derecha por una banda, y cuyos cuarteles superior é inferior ocupan respectivamente cinco estrellas y una flor de lis, se lee la siguiente inscripción: *Del honrado Caballero Gutierre de Cetina regidor de esta Villa y de sus herederos.* (1) No podemos referir este sepulcro al poeta, porque nos consta que el Gutierre de Cetina regidor de Puerto Real desempeñaba este cargo en el año de 1635, ó sea 75 después de la fecha fijada unánimemente al fallecimiento de aquél, y aún en ese tiempo debía de ser jóven el regidor, si, como creemos, es un Gutierre Francisco de Cetina que testó en Cádiz en 1673, dejando, sin reserva alguna, los bienes que poseía en la Villa de Puerto Real al convento de la Victoria, con la obligación de enseñar á leer y escribir á los *muchachos del lugar*, disponiendo que la justicia y el ayuntamiento celasen y tomasen las providencias oportunas para que por ningún motivo dejase de cumplirse esta fundación.

El Sr. D. E. Gautier y Arriaza, en un artículo publicado

(1) Con estas noticias, me dirigí al ilustrado párroco de Puerto Real D. Baldomero Enrique García, quien me proporcionó cuantos datos estuvieron á su alcance. Sírvale esta nota de testimonio de mi agradecimiento.

No tuve igual fortuna con el Sr. Abad ó Presidente de la Magistral de Alcalá de Henares, á quien escribí, sin obtener contestación.

en *La Ilustración Española y Americana* (1) bajo el epígrafe «*Gutierre de Cetina, apuntes biográficos comparativos*,» confunde lastimosamente al poeta con el Vicario de Madrid, si bien sospecha que ninguno de los dos es el sepultado en Puerto Real. Este trabajo, como ya notó, en la misma publicación, mi amigo el Sr. D. Juan Pérez de Guzmán, (2) contiene errores de mucho bulto; pero, bien mirado, disculpables en quien sostuvo en 1890 la autenticidad del *Buscapié* y arremetió contra la memoria de D. Bartolomé José Gallardo, reproduciendo los antiguos argumentos de D. Adolfo de Castro. Da el Sr. Gautier curiosas noticias de las familias de los apellidos Cetín y Cetina en Cádiz y su provincia, mencionando el sitio denominado *Puntas de Cetina* en la *Dehesa de las Yeguas*. de Puerto Real. Á aquellos datos podemos agregar otro: el de la existencia en Cádiz de un capitán Gutierre de Cetina, caballero del hábito de Santiago, y casado con doña Leonor González Albelda, según declaró ésta en su testamento, otorgado en aquella ciudad á 30 de Enero de 1689, ante el escribano Juan de Serra.

No debe extrañarnos el encontrar tantas familias del apellido Cetina, que acaso provengan todas de un lugar así llamado, perteneciente á la provincia de Zaragoza.

---

(1) 15 de Septiembre de 1890.

(2) 5 de Octubre de 1890.

VII.

El amor fué el sentimiento que principalísimamente inspiró á Cetina: al amor están dedicadas la mayor parte de sus composiciones y, si hemos de dar crédito á lo que Vadillo nos dice en el soneto dedicado á la muerte de *Vandalio*, una pasión amorosa lo condujo al sepulcro.

Lamentándose el poeta de sus desgracias de amor con la bella *Amarílida*, escribe:

«No me valió hüir, no el alejarme.»

En otras ocasiones se queja de *Dórida* y si no se hablase de ambas en alguna composición, las tendríamos por una sola persona, objeto de los amorosos pensamientos de nuestro poeta. Debió de ser esta dama de elevada alcurnia, pues sólo así se atrevería Cetina á rogar á la Princesa de Molfeta que interviniese en sus asuntos amatorios, y sólo así pudo escribir:

Amor mueve mis alas y tan alto
Las lleva el amoroso pensamiento,
Que de hora en hora, así subiendo, siento
Quedar mi padecer más corto y falto.

. . . . . .

Que si otro puso al mar perpétuo nombre
Do el soberbio valor le dió la muerte,

Presumiendo de sí más que podía,
De mí dirán: «Aquí fué muerto un hombre
Que si al cielo llegar negó la suerte,
La vida le faltó, no la osadía.»

De las poesías se deduce que el poeta amó á *Dórida* nueve ó diez años, y á ella dedicó sus más tiernas composiciones, como aquella anacreóntica que empieza:

De tus rubios cabellos,
Dórida, ingrata mía,
Hizo el amor la cuerda
Para el arco homicida....

que es una de sus más gentiles inspiraciones.

Reconvenido por *Amarílida*, cuéntanos la historia de sus amores y pretende excusar su falta de constancia con estas palabras:

Villanía no fué, no fué flaqueza
Mudar de voluntad, mas fué el mudarme
Pasar de un alto grado á más alteza.
¿Quieres, pues, *Amarílida*, culparme?
¿Sientes tú lo que *Dórida* debría
Sentir, por ella no, mas por matarme?

. . . . . .

Rompió el Amor, señora, la cadena
Que ató mi libertad *nueve ó diez años*,
Y á morir en la tuya me condena.

. . . . . .

Dórida está en mi alma así presente
Como estuvo jamás, mas de tal arte,
Á nuevo posesor cede y consiente.

No está olvidada, no, salvo que, en parte,
Viéndote en su lugar tirana hecha,
Parece que se enoja y que se parte.
Vive en mi alma *Dórida* en sospecha...
. . . . . .

En otro de sus sonetos dice que al pie del Pirineo,

Cerca de do perdió el francés famoso
La gloria de que aun hoy soberbio viene.
. . . . . .
No lejos de la fuente por quien Roma
Dió nombre á la región que en torno baña...

allí nació la causa de su mal, añadiendo:

Después la crió el Tago, y, de envidioso,
Pisuerga la robó; Betis la tiene...
Intendame chi può, che m' intend'io.

Jerónimo de Urrea, en la epístola que dedicó á Cetina, acaso la mejor de las obras del vate aragonés, se lamenta de lo alto que puso nuestro poeta su amor, y de su inconstancia, y le dice:

Asentaste tan hondo el fundamento,
Tan alto fabricaste tu quimera,
Que estoy temblando acá del escarmiento.
Hízote Amor, Vandalio, de una cera
Que imprime en sí la imagen que le plaza
Y déjate ansí estar con la primera.

Mostró Cetina especial empeño en decir que sus amores fueron hijos de su elección, y no del destino.

> Amé por elección y no por suerte,

dice en un soneto, y en otro añade:

> Esto me dicta aquel que á amar me tira
> Por pensada elección, no por destino.

Muchas son las composiciones dedicadas á *Amarílida*, acaso las más tiernas; pero no alcanzan el grado de pasión que domina en muchas de las dedicadas á *Dórida,* de quien dice que

> . . . . ha sido causa que muriese
> El más lëal y el más sufrido amante.

Á los ojos de *Dórida* ó de *Amarílida* dedicó Cetina más de diez de sus mejores composiciones, entre ellas el conocido madrigal que lo ha inmortalizado, los sonetos XLIII, LXXVI, CVI, CXLIV, CXLVII, CLVII, CLVIII, CLXII y CXCII, la canción VII, la epístola XIII y algunas otras poesías.

Siguiendo la costumbre adoptada por casi todos los poetas de su tiempo, tomó Cetina un nombre pastoril: *Vandalio*, en recuerdo de Andalucía, su patria, y dió á sus amadas los de *Dórida* y *Amarílida*. En la colección de sus obras dan testimonio de la extensión que alcanzó este *arcadismo* poético los nombres de *Lavinio*, usado por el Príncipe de Áscoli; *Sesenio*, por el Duque de

Sessa; *Iberio*, por D. Jerónimo de Urrea; *Damón*, por Baltasar del Alcázar; *Caritheo*, por un poeta desconocido, del mismo modo que Francisco de Aldana usó el de *Aldino*, Rey de Artieda el de *Artemidoro*, y así todos los demás poetas castellanos.

Costumbre general fué también en los poetas designar á la señora objeto de sus pensamientos con un nombre poético, pudiendo citarse á este propósito lo que escribió el erudito Mayans en el prólogo de *El Pastor de Filida*, de Gálvez de Montalvo: «Montalvo tuvo por objeto de sus escritos amorosos á *Filida*, así como Manuel de Faria y Sousa á *Albanisa*; Portillo á *Alcida*; Juan Yagüe de Salas á los *Amantes de Teruel*, *Marcilla* y *Segura*; Cristóbal de Mendoza, Manuel Bocanó y don Jerónimo Fernández de Mata á *Amarilis*; Cristóbal de Castillejo á *Ana*; Bernardo Ribeiro á *Aónima*; Lope de Vega y Luis Salado de Otalora á *Belisa*; Vasco de Lobera á *Briaranja*; Garcilaso de la Vega á *Camila*; Gil Vicente el Mozo á *Clara*; Juan de Barros y Pedro de Montesdoca á *Clarinda*; Vicente Espinel á *Célida*; Jorge de Montemayor y Gaspar Gil Polo á *Diana*; Pedro de Soria á *Dafne*; Joaquín Romero de Cepeda á *Filena*; López Maldonado y D. Tomás Tamayo de Vargas á *Fili*; D. Francisco de Borja, Príncipe de Esquilache, Francisco de Figueroa, Francisco de Sáa y Miranda, Francisco de la Torre y Jerónimo de Lomas Cantoral á *Filis*; Luis, Infante de Portugal, á *Flérida*; Antonio de lo Frasso á *Fortuna*; Garcilasso de la Vega, Miguel de

Cervantes y Damasio de Frías á *Galatea*; Jerónimo Cortereal á *Leonor*; Hernando de Herrera á *Luz*; Fernando Correa de la Cerda á *Lisis*; Fernando Roïz Lobo Surrepita á *Leusina*; Cristóbal Falcam á *María*; D. Diego Hurtado de Mendoza y Juan Boscán á *Marfira*; el capitán Francisco de Aldana á *Merisa*; Luis de Camoens á *Natercia* y *Violante*; Pedro de Cartagena á *Oriana*; Bernardo de Brito, Pedro de Padilla, Pedro de Andrade Carminha y Diego Bernaldes á *Silvia*; Francisco de Montanos á *Tirrhena* y Ausias March á *Teresa Bou.*»

La constante ocupación de nuestro poeta fué el amor y aunque sus contrariados amores le hicieron proferir tiernísimas quejas, lamentándose de que no agradasen sus tristes cantos, se propone morir amando y ruega que sobre su sepulcro, á orillas del Betis, se escriba:

Aquí yace un pastor que amó viviendo:
Murió entregado á Amor con pensamientos
Tan altos, que, muriendo, á más espera...

Amó y el amor le condujo al sepulcro y, por si sus mismos versos no lo demostraran, su amigo Vadillo nos lo testifica en este hermoso soneto que dedicó á su muerte:

Vandalio, si la palma de amadores
Presumiste llevar, como has llevado,
Amando más que cuantos han amado,
¿Cómo podías morir sino de amores?
Tu dulce muerte lloran los pastores
Que por el patrio Betis traen ganado:

Yo me lamento y quejo de mi hado,
Pues no me han dado muerte mis dolores.
Si no me faltó amar como tú amaste,
Ni sufrir los tormentos que sufriste,
Ni de celos rabiar, como rabiaste;
Si en esto fuí yo amante cual lo fuiste,
¿Por qué en la muerte, dí, te aventajaste?
¿Faltóme á mí el sentir lo que sentiste?

VIII.

Gutierre de Cetina debe su fama como poeta á un corto número de composiciones, y muy principalmente á una de ellas: al precioso madrigal de los «*Ojos claros, serenos*,» no superado ni igualado por nuestros mejores poetas; pero al renombre de su autor han contribuido los elogios que en todo tiempo le han sido tributados.

Juan de la Cueva, en el *Viaje de Sannio*, publicado por primera vez en Lund (1887), por el docto hispanófilo F. A. Wulff, dice:

Este que con semblante ufano muestra
No admirarse del Tebro laureado,
Es Cetina, por quien la gloria nuestra
Será eterna, y de España el nombre honrado.
Harán su tierna lira y fuerte diestra
Contento á Amor y al Tracio Dios pagado
Que será causa que el amor lo adore,
Marte lo estime y por su igual lo honore.

Baltasar del Alcázar, que, según asegura Pacheco, comunicaba con nuestro poeta sus obras, le dedicó los cuatro sonetos siguientes:

Si donde estás, Vandalio, estar pudiera
Tu mísero Damón (¡ay, duro hado!)
Gozando el fresco viento, y sol templado
Que hace eterna ser tu primavera,
Hasta el célebre Tago se extendiera
El són de mi zampoña, mejorado
Sobre cuantos pastores han pisado
De nuestro claro Betis la ribera.
Pero, pues quiso el cielo esquivo y grave
Formarnos tan diversos en la vida,
Canta, Vandalio, tú, tu alegre suerte;
Yo cantaré mi mal, conforme al ave
Que al triste final punto conducida,
Celebra las exequias de su muerte.

—

Si subiera mi pluma tanto el vuelo,
Que al deseo igualara que la inclina
Á celebrar, carísimo Cetina,
Cuanto bien sobre vos derrama el cielo,
Viérades, en honor del patrio suelo,
La clara fama, que la rueda empina,
Del gran hijo de Tetis, como indina,
Cubierta á vuestros pies de negro velo.
Mas ya que el hado le negó esta palma
Al tardo ingenio, porque tal supuesto
Pide más alta y numerosa suma,
Yo os celebro, Señor, dentro en mi alma,

Donde os vereis en aquel punto puesto
Que no llegó el ingenio, ni la pluma.

—

Entre los verdes sauces recostado,
Ido el rigor del caluroso día,
Y el corazón más lleno de alegría
Que por Abril de flor el verde prado,
Vandalio estaba, el casto enamorado,
Celebrando la gloria que en sí vía;
Y assi con dulce acento encarecía
La indomable firmeza de su estado:
«De liberal tendrá inmortal renombre
El rico avaro, y la raudal corriente
Del Nilo volverá contra do corre;
«El curso cessará del sol ardiente,
Primero que de Fili el claro nombre
Vandalio de su pecho raiga ó borre.»

—

Si el llanto, Febo, á tu deidad indino,
Que los desiertos Thésalos oían,
Si los ojos de amor que te hacían
Quedar en este mundo por vecino,
Si los rubios cabellos de oro fino
Que con el fresco viento se esparcían,
Si aquellas blancas manos, que tenían
Presa tu libertad, siendo divino,
Está ya obscurecido en tu memoria,
Ó por el tiempo, ó grave inconveniente
Vuelve á la vida tu amorosa historia:
Y honra de hoy más tu lauro eternamente;
Pues le vemos ceñir con nueva gloria
Del gran Cetina la ingeniosa frente.

Cristóbal de Mesa, en sus *Rimas,* dirigiéndose á Luis Barahona de Soto, exclama:

Cuando fué nuestra musa celebrada
De Pacheco y Hernando de Herrera,
En aquella dichosa edad dorada
De Cobos y Cristóbal de Mosquera,
Del Marqués de Tarifa y de *Cetina*,
Cristóbal de las Casas y Cabrera.

El gran Fernando de Herrera dice de Cetina que *es tan generoso y lleno, que casi no cabe en sí:* Saavedra Fajardo sigue las opiniones de Herrera, que más adelante examinaremos; Sedano, en su *Parnaso español*, laméntase de lo poco conocido que es el poeta, no obstante ser de los de primera clase; Quintana lo incluye entre los buenos seguidores de Garcilaso, y D. José Amador de los Ríos, á quien tanto deben los antiguos poetas sevillanos, desconocidos hasta que él los sacó del polvo de las bibliotecas al mundo de las letras, alaba en Cetina la pureza de lenguaje y la facilidad, delicadeza y ternura de sus versos, y le asigna lugar muy distinguido entre los primeros vates españoles; Ticknor encomia sus poesías y, en una palabra, cuantos han escrito de literatura, hablan de Cetina con mucha alabanza, superando á todos el erudito D. Adolfo de Castro, quien asegura que sus poesías se leerán siempre con aprecio, mientras se hable la lengua castellana, así por el buen gusto que respiran como por la delicadeza en la expresión de los afectos.

Interminable sería el catálogo de las obras en que se elogia á Cetina, máxime si entre ellas hubiesen de citarse todos los manuales didácticos de literatura y todas las antologías de poetas castellanos. Mencionaremos sólo, para no pecar de pesados, la colección titulada *Poetas sevillanos de los siglos XVI y XVII: Herrera, Rioja, Arguijo, Cetina, Jáuregui, Pacheco, Medrano, Quirós, Alcázar, Salinas* (París, Baudry, 1867), que trae algunos rasgos de Cetina, firmados por D. Carlos de Ochoa, y que copia algunas de sus poesías; (1) el curioso librito que lleva el extraño título que sigue: *La Naturaleza sobre todo, si es cierto que en nada se pudo equivocar, el cabello hace una parte de la hermosura humana.* (Madrid, Repullés, 1807), que publica como inédita la única *Anacreóntica* del poeta, y por último, *La pluma y la espada: Apuntes de un diccionario de militares escritores*, por Manuel Seco y Shelly (Madrid, 1877), que sólo se refiere al madrigal *Ojos claros, serenos....*

---

(1) Las poesías de Cetina comprendidas en la antología de París, sin que, por olvido, se haya hecho notar tal circunstancia en esta colección, al pié de cada una, son: los *madrigales* números 1, 2, 3 y 4, la *estancia* 4, y la *anacreóntica*.

IX.

Las obras poéticas de Gutierre de Cetina andan esparcidas en varios códices, en unión de las de otros poetas sus compañeros de infortunio; algunas, aunque pocas, fueron publicadas por Sedano en el *Parnaso español*. otras por D. Adolfo de Castro en la *Biblioteca de autores españoles* de Rivadeneyra. y por los ordenadores del *Ensayo de una Biblioteca Española de libros raros y curiosos*, en aquella interesantísima bibliografía. Aparte de esto, en cuantos libros se ha tratado de la literatura en España, se contienen versos de Cetina, desde las *Anotaciones* de Herrera á las obras de Garcilaso, hasta la novísima colección de trozos que, con el título de *Literatura española*, han publicado los señores Al-deguer y Giner. Las más de las obras de Cetina permanecen, no obstante, inéditas y han llegado hasta nuestros días en los siguientes curiosos manuscritos:

I. *Manuscritos de la Biblioteca del Sr. D. José María de Álava, hoy de sus herederos.* Es acaso el más interesante para nuestro estudio, aunque no tanto, en general, para la literatura española como algunos de los que hemos de mencionar después. Lleva el siguiente tí-

tulo: *Todas las poesias de Gutierre de Cetina, sacadas de su propio original que el dexó de su mano escrito. Parte primera*, leyéndose de letra algo más moderna la palabra *algunas*, sobre la primera del encabezamiento. Consta este códice de 258 hojas en 4.°, foliadas, y faltan algunas, arrancadas bruscamente, como ya notó el diligentísimo Gallardo, cuando lo examinó, observando también las dos diferentes letras con que está escrito, si bien ambas parecen ser de la misma época. El manuscrito está lleno de incorrecciones, falto de sílabas y aun de palabras en unos versos, sobrado de ellas en otros y conteniendo voces que evidentemente no son las que el autor escribió, razón por la cual se notan variantes de importancia entre las poesías contenidas en este códice y algunas de las publicadas, cuyos colectores las corrigieron.

Bien se echa de ver, porque el mismo título nos lo indica, que el códice no es autógrafo, pero acaso fuese copiado del autógrafo, en Sevilla, pues Pacheco, al hablar de sus obras perdidas, especialmente, de las colecciones dramáticas, dice: *quedando las obras sueltas que el emendó y puso en orden*, y en otro lugar menciona estas obras como si le fuesen conocidas.

II. *Flores de varia poesia, recogidas de varios poetas españoles. Divídese en cinco libros, como declara en la tabla que inmediatamente vá aquí escripta. Recopilose en la ciudad de Mejico, anno del nascimiento de nuestro Salvador Jesu Cristo de 1577 annos.* (Biblioteca Nacio-

nal, Sala de Manuscritos, M. 268.) (1) Esta interesantísima colección, que, según se desprende de su índice, constaba de cinco partes, que trataban de lo divino, lo amoroso, lo misivo, lo de burlas y lo indiferente, no contiene hoy, por desgracia, sino la primera de tales secciones y parte de la segunda. Según se desprende de una nota escrita en una de las hojas del manuscrito, éste perteneció en 1612 á Andrés Faxardo, vecino de Sevilla. De las 330 composiciones contenidas en este interesante cancionero, corresponden 78 á Cetina, y no llegan á tan crecido número las de ninguno de los demás poetas cuyas obras contribuyeron á formar la rica colección. Entre las 78 hay algunas que no están en el manuscrito de la Biblioteca de Álava.

III. *Obras de Don Diego Hurtado de Mendoza.* (Biblioteca Nacional, manuscrito M. 223.) Aunque este códice se titula como dejamos indicado, contiene, además de varias obras del gran Mendoza, algunas de Eugenio de Salazar, Góngora, Figueroa y otros, entre ellos, Cetina. En esta colección se atribuye á Mendoza la epístola *á la pulga*, de que hablaremos más adelante.

IV. Cancionero manuscrito que se conserva en la Biblioteca Nacional de Madrid (M-258). Carece de título y parece haber sido encuadernado en el siglo XVIII.

---

(1) El mal estado de este interesante manuscrito ha obligado á hacer una fiel copia, que se guarda en la misma Biblioteca, V-366.

Contiene poesías de varios autores, entre ellas, algunas de Cetina.

V. En la misma Biblioteca y registrado M-86, se custodia otro cancionero, en el cual hay dos sonetos de nuestro poeta.

VI. *Primera parte de las obras de Gutierre de Cetina.* (Biblioteca Nacional, M-321.) Copia bastante esmerada y hecha, al parecer, sobre el manuscrito de la Biblioteca de Álava. Tiene en la portada la indicación de que en el original había un sello con las iniciales L. S. (Don Luis de Salazar.)

VII. Códice registrado Q.-21, en la misma Biblioteca. Contiene una epístola de Cetina.

VIII. Biblioteca Nacional, M.-381. Escaso en obras del poeta sevillano.

IX. Archivo Municipal de Sevilla. Papeles del Conde del Águila, Libros en 4.º, Letra M., Volumen 10, número 7. Letra del siglo XVIII.

X. Biblioteca de la Dignidad Arzobispal de Sevilla. Estante 33, número 180. *Poesías* ms., en 4.º, letra del siglo XVII. Contiene composiciones de Barahona de Soto, Juan de la Cueva y otros. En este códice se atribuyen á Cetina varias epístolas. Según Gallardo, el erudito sevillano D. Justino Matute y Gaviria copió buena parte de esta antología para sus *Opúsculos de varios ingenios sevillanos*, que dejó mss. y deben de parar en la biblioteca sevillana de Fuenmayor. Años pasados, el diligentísimo D. Juan Quirós de los Ríos hizo copiar íntegra-

mente y con gran esmero el ms. de la Biblioteca Arzobispal, conservando hoy esta copia en su selecta librería mi buen amigo D. Francisco Rodríguez Marín, quien se propone publicar las obras de *el divino Soto*, precedidas de un estudio bio-bibliográfico, para el cual ha allegado datos curiosísimos.

XI. Museo Británico. *Add.*, *20790*. Papeles en 4.º Consta el códice de 498 hojas, XVIII de preliminares: Perteneció á D. Miguel de Espinosa, Conde del Águila, y formó parte de la excelente librería que este prócer reunió en Sevilla. El número 42 de dicho ms. comprende cinco epístolas y una canción de Gutierre de Cetina. D. Pascual de Gayangos habla de este códice en la pág. 127 del tomo 1.º de su *Catálogo de los mss. españoles en el Museo Británico.*

XII. Biblioteca Capitular-Colombina de Sevilla. El códice AA. 145-5 contiene una canción de nuestro poeta.

De las obras que escribió en prosa Cetina existen pocas copias: sólo tenemos noticia de los manuscritos siguientes:

XIII. Biblioteca Capitular-Colombina de Sevilla, códice AA.-141-4. Contiene la *Paradoja en alabanza de los cuernos* y de este ms. la copió D. Aureliano Fernández-Guerra, quien la reprodujo, en parte, en el *Ensayo de una Biblioteca española de libros raros y curiosos.*

XIV. Biblioteca de Campomanes. Ms. de la *Paradoja* antes citada. Copia hecha en Sevilla, en 1590. Descríbela Gallardo, núm. 1805 del *Ensayo.*

XV. Biblioteca de D. José Sancho Rayón. Este doctísimo bibliófilo posee ms. el *Diálogo entre la cabeza y la gorra*. Es copia antigua, hecha en Sevilla en 1590, y descrita en el *Ensayo*, bajo el número 1806. He podido examinarla, merced á la bondad de mi docto amigo, y se reproduce en esta colección.

X.

Entre las obras poéticas de Gutierre de Cetina merecen especialísima mención los madrigales, y al frente de las cinco composiciones de esta clase que de él nos quedan, hay que colocar siempre el bellísimo que comienza:

Ojos claros, serenos.....

al lado del cual los demás palidecen, á pesar de su belleza y dulzura. Faltábale á Cetina aquel brío, espíritu y vigor de cuya ausencia en sus obras lamentábase el divino Herrera; en cambio, era más dulce y más elegante que casi todos los poetas contemporáneos suyos; por eso precisamente se distingue entre todos por sus madrigales, composiciones delicadísimas para las que son necesarias estas cualidades.

Las más de las poesías de Cetina son sonetos. Nótase en algunos cierto conceptismo, si bien no tan alambicado como el que años adelante había de invadir, al par del culteranismo, el campo de nuestra poesía. De

estos sonetos dice Fernando de Herrera en sus *Anotaciones á las obras de Garcilaso*, que en ellos se conocía la hermosura y gracia de Italia, y que si en cuanto á número, lengua, terneza y afectos, ninguno negaría á su autor lugar entre los primeros, faltábale el espíritu y vigor que tan importante es en la poesía, y así, decía muchas cosas dulcemente, pero sin fuerza, aunque á veces, efecto de la imitación ó de cualquiera otra causa, era tan generoso y lleno, que casi no cabía en sí; y si acompañase la erudición y destreza del arte al ingenio y trabajo, y pusiera intención en la fuerza como en la suavidad y pureza, ninguno le fuera aventajado. Y era natural que el fundador de la Escuela sevillana formase este juicio del dulce Cetina, que, poco dado á la metáfora, y sobrio en el uso de los epítetos, tiene muchos puntos de contacto con los poetas de la Escuela castellana y muy pocos con los de su patria.

Excepción hecha de algunos dirigidos al Emperador y á otros personajes, ó á sucesos de la guerra, el asunto de sus sonetos es amatorio; en ellos ya se duele de la ausencia del objeto amado, ya canta sus contrariados amores, ó la hermosura de una dama, ó los encantos de *Amarílida* y de *Dórida*, siguiendo el gusto arcádico de la época.... Siempre amor y sólo amor respiran los más de sus sonetos.

Herrera conoció pocos de los de nuestro poeta, como puede colegirse de sus notas; pues, de haberlos conocido todos, seguramente hubiese reformado su juicio

y caído en la cuenta de que el primer poeta castellano que escribió sonetos comparables sin desventaja alguna á los italianos de Petrarca y á los que más tarde habían de escribir los Argensolas y el gran Quevedo, fué Cetina, muy superior en este linage de composiciones á los demás petrarquistas españoles, sin exceptuar ni al mismo Garcilaso.

De las 244 sonetos de Cetina que publicamos, todos aconsonantan los cuartetos en la forma acostumbrada *A*, *B*, *B*, *A*,-*A*, *B*, *B*, *A*, menos el 244 que combina sus terminaciones *A*, *B*, *A*, *B*,-*A*, *B*, *A*, *B*, diciendo así:

Yo, Señora, pensaba, antes creia,
Mas ¡ay! que no sabia lo que pensaba,
Que era amado el que amaba y no entendia
Que el hado á mi porfia contrastaba.
El Amor me engañaba y me decia
Que la fe que os tenia se pagaba;
Pero si ciego andaba y no lo vía
La justa opinión mía se engañaba. (1)

---

(1) Muchos de nuestros más celebrados ingenios de los siglos XVI y XVII y, no sólo Cetina, alteraron alguna que otra vez la combinación rítmica general del soneto. Véanse como muestra los dos cuartetos siguientes de uno de D. Francisco de Rioja, que combina *A*, *B*, *B*, *A*, -*B*, *A*, *A*, *B*.:

Lánguida flor de Venus, que escondida
Yaces y en triste sombra tenebrosa,
Verte impiden la faz del sol hermosa
Hojas y espinas, de que estás ceñida.
Y ellas el puro lustre y la vistosa

En los tercetos encontramos más variedad de combinaciones, si bien predominan las formas ahora usadas; así, en 165 sonetos aconsonantan los tercetos de esta manera: *A. B, C,-A, B, C;* en 62. *A, B, A,-B, A, B;* en 7. *A, B, C,-B, A, C;* (sonetos números 7, 32, 73, 101, 143, 167 y 182); en 6, *A, B, C,-B, C, A,* (números 131, 164, 180, 188, 208 y 222); en 3, *A, B, C,-A, C, B,* (números 106, 139 y 203); y sólo en uno, *A, B, C,-C, B, A,* (número 89.)

Los versos de todas estas composiciones son endecasílabos, excepto los del soneto 38, que dice así:

¿Cómo es posible poderse sufrir
Muy á la larga un mal tan pesado,
Que ni en el día afloja el cuidado,
Ni en toda la noche me deja dormir,
Mal que de nuevo me hace sentir
Todos los males que por mí han pasado;
Mal que el dolor que estaba enterrado
Ahora de nuevo me hace sentir?
¿Á quién podré triste de esto quejarme?
¿Con quién lloraré la pena que siento,
Pues nadie en el mundo me puede alegrar?
Tú, que algún tiempo pudiste ampararme,

Púrpura en que apuntar te ví teñida
Te arrebatan, y á par la dulce vida
Del verdor que descubre ardiente rosa.....

Entre las poesías de D. Diego Hurtado de Mendoza, (véase el tomo XI de la *Colección de libros españoles raros ó curiosos)* es muy frecuente encontrar sonetos aconsonantados como el de Cetina: *A, B, A, B,—A, B, A, B.*

Duélate ahora mi triste tormento,
Pues otro remedio no le puedes dar. (1)

En varias ocasiones Cetina repite una misma palabra en el final de versos que aconsonantan, según dejamos

---

(1) En el *Cancionero ms.* del siglo XV, que perteneció á Turner y que se cita en el *Ensayo de una biblioteca española de libros raros y curiosos*, tomo 1.°, columna 451, se contienen cuatro sonetos de Mosén Juan de Villalpando, escritos en versos de arte mayor, como los usados por Juan de Mena: pero aconsonantados de manera diversa que el de Cetina, en esta forma; *A*, *B*, *A*, *B*,—*A*, *B*, *A*, *B*.—*C*, *D*, *C*, —*D*, *C*, *D*, ó sea como los primeros sonetos italianos y como los que escribió el ilustre Marqués de Santillana.

Es muy raro encontrar en nuestro Parnaso, pasados aquellos tiempos del ilustre López de Mendoza, sonetos escritos en metro distinto del endecasílabo, por lo cual, solamente por vía de curiosidad, copiamos el siguiente de Pedro de Jesús, ó sea Pedro Espinosa, el colector de las *Flores de Poetas ilustres*, y que es el número 170 de la *Segunda parte* de aquella colección, que se conserva ms. en la Biblioteca del Duque de Gor, y que se está imprimiendo actualmente, por primera vez, en Sevilla:

SONETO EN ALEJANDRINOS

Como el triste piloto que por el mar incierto
Se ve con turbios ojos, sujeto de la pena
Sobre las corbas olas que vomitando arena
Lo tienen de la espuma salpicado y cubierto,
Cuando sin esperanza, de espanto y medio muerto,
Ve el fuego de Santelmo lucir sobre la antena,
Y adorando su lumbre, de gozo el alma llena
Halla su nao cascada surgida en dulce puerto;
Así yo el mar sulcaba de penas i de enojos,
Y con tormenta fiera, ya de las aguas hondas
Medio cubierto estaba, la fuerza i luz perdida,
Cuando miré la lumbre ¡oh Virgen! de tus ojos,
Con cuyos resplandores, quietándose las ondas,
Llegué al dichoso puerto donde escapé la vida.

notado en su lugar correspondiente, pero las más de las veces tomándola en diversas significaciones. Como curiosidad merece citarse el soneto CLV, que dice así:

¡Oh noche, para mí muy claro día,
Que enriqueciste tanto el buen deseo,
Que en siempre desear lo que deseo
Faltar será imposible en algún día!
Y tú, que tu presencia es siempre día,
No tomes por ofensa mi deseo;
Que sólo por loarte lo deseo
Y con esto acabar mi postrer día.
Y pues tal ha de ser mi pensamiento
En este desear, que la esperanza
Al vano imaginar quite su oficio,
Siendo tan puro y limpio el pensamiento,
No niegues este bien; que otra esperanza
Más del vivir no quiero en este oficio.

En las canciones, que imitaron nuestros poetas de los italianos, distínguese Cetina por la fluidez y hermosura del verso, al par que por la belleza de los pensamientos; todas ellas, once en número, son amorosas, y abundan en noticias de la vida de su autor, sobresaliendo entre las demás una pastoril, lindísima traducción de Ludovico Ariosto. Su extensión varía de 3 á 16 estrofas y el número de versos de cada una de éstas llega á 9, 11, 13, 14, 17 ó 20, constando las estrofas finales de 3, 5, 6 ú 8. En estas composiciones, canta el poeta sus sentimientos más íntimos y los viste con el hermoso ropaje italiano,

imitando á Petrarca, con quien llega casi á identificarse.

La señalada con el número IX, si es de Cetina, como se dice en el ms. de la Biblioteca Nacional, M. 258, único que la contiene, debemos referirla á los primeros tiempos del poeta, por no notarse en ella la influencia italiana, tan marcada en las demás.

Escritas en octavas ó estanzas, á la italiana, han llegado hasta nosotros nueve composiciones, cuya extensión varía entre una y veinte estrofas; dos son glosas de versos de Petrarca y en todas se manifiesta el gusto italiano del poeta. Otro tanto puede decirse de una ingeniosa *sextina*, imitada de las de los petrarquistas italianos (forma complicada que hizo poca fortuna en nuestro Parnaso), y de la única *oda* que de él conocemos.

Una sola *Anacreóntica*, no comprendida en ninguno de los códices que contienen poesías de Cetina, ha llegado hasta nosotros, por haberla insertado Sedano en su *Parnaso Español*, y difícilmente se encontrará una imitación más perfecta del poeta griego que esta delicadísima composición, que empieza:

De tus rubios cabellos,
Dórida, ingrata mía...,

y que no hubiera escrito sino un poeta que, como Cetina, podía decir, con Anacreonte, que su lira sólo cantaba al amor.

Las epístolas acaso sean entre las obras de Cetina las que revelen más facilidad. Todas están escritas en

tercetos, excepto una que lo está en verso suelto, y carecen de pretensiones horacianas, al decir de un ilustre crítico, (1) limitándose á fáciles narraciones escritas con gracia y muy bien versificadas.

En la primera se oculta el poeta con el pseudónimo de *Alisio* y la dirige á *Alconisa*, nombres nunca usados por Cetina para sí ni para su amada, á quien siempre llama, como dejamos dicho, *Dórida* ó *Amarílida*. Unida esta circunstancia á la de no aparecer esta poesía en ninguno de los códices de más autoridad que contienen obras de nuestro poeta, sino sólo en uno de la Biblioteca Nacional, que comprende poesías de diversos autores, nos hace sospechar que acaso no sea de Cetina, no obstante lo cual, la hemos incluído en esta colección.

Las que llevan los números 2 y 5 se encuentran en el códice de Álava y en las *Flores de varia poesía*. La última de éstas es contestación á otra de Jerónimo de Urrea, que también copiamos. (2)

De las *Heroidas* VII, II y I de Ovidio son traducciones las epístolas números 3, *Dido á Eneas*. 7. *Filis á Demofón*, y 15, *Penélope á Ulises*. Las dos últimas sólo se contienen en los códices, ya citados, de la Biblioteca Arzobispal de Sevilla y del Museo Británico; la primera, en las *Flores de varia poesía* y en el ms. de la Nacional, M. 223, y además ha sido impresa como de Her-

(1) Menéndez y Pelayo, *Horacio en España*, tomo 2.°, pág. 24.

(2) Tomo 2.°, pág. 36.

nando de Acuña en sus *Poesías* (Madrid, 1591), no siendo aventurado pensar, dada la fecha del códice mejicano (1577), que al coleccionar las obras del ingenio madrileño se cometió error por sus colectores atribuyéndole la paternidad de esta epístola. (1)

Sólo en el ms. de la Biblioteca de Álava se hallan las epístolas 6, 10, 12, 13, 14 y 17, y la 9, única de sus obras escrita en verso suelto ó blanco, como le llamaron los antiguos, interesantísimas todas ellas, por los muchos rasgos autobiográficos que contienen y que ya hemos notado.

La epístola 8.ª, *En alabanza de la cola ó rabo*, que como de nuestro poeta se contiene en los códices de la Biblioteca Arzobispal de Sevilla y del Museo Británico, ha sido atribuída por algunos á D. Diego Hurtado de Mendoza; pero basta leer la *Paradoja* de Cetina, para ver que ambas obras son indudablemente de un mismo ingenio. En las dos se sigue el mismo orden, examinando el Cielo, el Olimpo, el Infierno, la región del aire, el mar, y la tierra, para mostrar con cola ó con cuernos á los más de los seres que los pueblan. En la epístola se dice:

Cola tiene Cervero, y no hay harpía
Que no tenga su cola aguda y luenga;
Mas sin cola un demonio, ¿qué sería?

y en la *Paradoja* se lee: *bajemos al* (reino) *de Plutón y*

(1) Véase la nota de la pág. 15 del tomo 2.º

su infierno y hallaremos todos sus vasallos y gente con cuernos, tanto, que si alguno pintase hoy diablo, no pensaría haberlo sacado al natural si no le pusiese cuernos.

Epístola y *Paradoja* están salpicadas de chistosísimos cuentos y presentan grandes semejanzas en muchos otros pasajes.

También atribuyen á Cetina los mencionados códices de Londres y Sevilla la epístola de *La pulga*, que Knapp publicó como de D. Diego Hurtado de Mendoza, por aparecer á nombre de éste en los ms. Q. 21 y M. 223 de la Biblioteca Nacional. Cuestión harto difícil de resolver es la relativa á la paternidad de esta poesía: su carácter está en perfecta consonancia con obras de ambos poetas; pero su perfección técnica es tal, que más nos parece del poeta sevillano que del granadino, no obstante ser ambos excelentes versificadores.

Por último, la epístola 16, dirigida á Baltasar de León, es una hermosísima sátira de los vicios del siglo XVI, muy interesante para los sevillanos, por describirse en ella la vida de esta ciudad en los días de su mayor grandeza, cuando era, no ya la reina de Andalucía, que esto sigue siéndolo, sino la llave del comercio de América, cuyos tesoros se amontonaban en las orillas del caudaloso Guadalquivir.

También están escritas en tercetos una *elegía* y dos *capítulos*, con que termina la parte poética de esta colección. En la primera nótanse tantas y tan grandes analogías con otras de Hurtado de Mendoza y Acuña, que

hacen sospechar fundadamente que todas ellas sean traducciones libres de un mismo original, desconocido para nosotros, y probablemente italiano. Los *capítulos* son dos ingeniosísimas composiciones, amatorias, como las más de Cetina, poeta de quien puede afirmarse, como del desventurado Macías, que vivió para el amor y por el amor murió.

XI.

Que Gutierre de Cetina tradujo á los poetas italianos y que estos trabajos debieron de ser numerosos nos lo revela la circunstancia de que, no obstante haberse perdido muchas de sus obras, conservamos notabilísimas traducciones, algunas de ellas hechas, al parecer, en competencia con otros ingenios.

El soneto CLXXX, que empieza:

Querría saber, amantes, cómo es hecha
Esta amorosa red que á tantos prende....

lleva en los códices el rótulo de *traducción de un soneto toscano*, y lo es evidentemente del mismo modelo que tuvo presente Hernando de Acuña al escribir:

Dígame quien lo sabe cómo es hecha
La red de amor, que tanta gente prende...,

debiendo de haber sucedido lo mismo con una poesía que Cetina intituló *Elegía* y comienza:

Si aquel dolor que da á sentir la muerte
Es cual el mio, ¡ay Dios, cuánto más vale,
Cuánto el no haber nacido es mejor suerte!

y con la elegía de Acuña, *A una partida*, que dice así:

Si el dolor de la muerte es tan crecido
Que pueda compararse al que yo siento,
Duélase el que nació de ser nacido....

y, asimismo, con la epístola de Hurtado de Mendoza, que comienza:

Si el dolor del morir es tan crecido
Que iguale al que me da pensar no verte,
Cualquier hombre se duela en ser nacido.

También tradujo Cetina, según Herrera, á Baltasar Castigioni, en el soneto CVIII:

Excelso monte do el romano estrago...,

imitación del que empieza:

Superbi colli, é voi sacre ruine.....

que algunos creen de Giovanni Guidiccioni. (1)

---

(1) El doctísimo hispanófilo Morel-Fatio publicó en la *Revue d'Histoire litteraire de la France* (París, 15 Abril 1894) un estudio titulado *Historia de un soneto*, que no es otro que éste á que aludi-

Frecuentes son las traducciones de Petrarca, su poeta favorito, á quien siempre imitó con fortuna, como puede verse en el soneto XLII:

Como la simplecilla mariposa
Á torno de la luz de una candela...,

---

mos, y que el escritor francés analiza, partiendo de Castiglioni, á quien atribuye el soneto italiano, impreso como de incierto autor en Valencia, en 1547, pero citado como del ilustre autor del *Cortegiano* por Gabriel Fiamma y Antonio Beffa Negrini.

Cita Morel-Fatio una traducción francesa impresa en 1558, el soneto de Cetina ya citado, otros dos de Rey de Artieda y Lope de Vega y otro francés de Paul Scarron.

He aquí el soneto de micer Andrés Rey de Artieda:

Á LA POTENCIA DEL TIEMPO

Sacros collados, sombras y ruínas,
Que mostrais la que Roma un tiempo ha sido,
Y de los hombres que han prevalecido
Conservais las memorias peregrinas;
Arcos, teatros, fábricas divinas,
Que en cenizas el tiempo ha convertido,
Ya vuestra pompa se acabó y ruído
Que el nombre dilató y fuerzas latinas;
Y así puesto que al tiempo hicistes guerra,
Todo lo acaba el curso y movimiento
Del alígero viento cuando cierra.
Viviré, pues, con mi dolor contento,
Que, si con todo el tiempo da por tierra,
También dará al través con mi tormento.

El de Lope, publicado entre las *Rimas* de Tomé de Burguillos, dice así:

Á IMITACIÓN DE AQUEL SONETO: *SUPERBI COLLI.*

Sobervias torres, altos edificios,
Que ya cubristes siete excelsos montes,
Y agora en descubiertos horizontes

comparándolo con el de Petrarca:

Come talora al caldo tempo sole
Semplicetta farfalla al lume avezza....

y en el VIII:

Amor, Fortuna, y la memoria esquiva...

Apenas de haber sido dais indicios;
Griegos liceos, célebres hospicios
De Plutarcos, Platones, Jenofontes,
Teatro que le dió rinocerontes,
Olimpias, lustros, baños, sacrificios,
¿Qué fuerzas deshicieron peregrinas
La mayor pompa de la gloria humana,
Imperios, triunfos, armas y doctrinas?
¡Oh gran consuelo á mi esperanza vana!
Que el tiempo que os volvió breves ruínas
No es mucho que acabase mi sotana.

El Dr. William I. Knapp incluye el soneto de Cetina en las obras de D. Diego Hurtado de Mendoza (tomo XI de la *Colección de libros españoles raros ó curiosos)* entre las de dudosa autenticidad y con las variantes que se subrayan, si bien salva en el índice su error:

Excelso monte do el romano estrago
Eterna mostrará vuestra memoria;
Soberbios edificios de la gloria
Aun *permanece* de la gran Cartago;
Playa desierta, que apacible lago
Fuiste, lleno de triunfos y *victoria*,
Despedazados mármoles, historia
En que se ve cuál es del mundo el pago,
Arcos, anfiteatros, baños, templos,
Que *ya en un tiempo fuisteis celebrados*,
Y ahora apenas vemos las señales;
Gran *consuelo* á mi mal es vuestro ejemplo:
Que pues del tiempo fuisteis derribados,
El tiempo derribar podrá mis males.

traducción del que comienza:

Amor, Fortuna, e la mia mente schiva....

y en el precioso soneto CXLIV:

Ni por el cielo ver correr estrellas...,

en que se traslada el primer cuarteto del de Petrarca:

Ne per sereno ciel ir vaghe stelle....

Traducción de una estancia toscana es la segunda de Cetina y glosas de un verso de Petrarca y de otro también italiano las señaladas con los núms. VII y VIII.

De lo que Cetina se identificaba con sus modelos nos ha dejado gallarda muestra en la *Canción pastoril* número V de esta colección, que empieza con estos lindos versos:

Cuando la noche en el partir del dia
Encubre hombres y fieras
En altos bosques y cerrados muros....

y que es hermosa traducción de la de Ludovico Ariosto:

Quando 'l sol parte, e l' ombra il mondo cuopre,
E gli uomini e le fere,
Nell' alte selve, e fra le chiuse mura ...

trabajo en el que, salvo el cambio de nombres de los interlocutores, *Vandalio*. *Amarílida*. *Elpin* y *Dórida*, en vez de *Selvago*. *Ginebra*. *Fausto* y *Nisa*. está respetado el original cuanto puede exigirse por el más rigoroso preceptista.

Por último, la epístola XI, *La Pulga*, está, como dice su autor refiriéndose al *Capitolo del Pulice* del poeta veneciano Ludovico Dolce,

.....traducida
De cierta veneciana fantasía,
Y, *mutatis mutandis*, añadida;
Porque la traducción muy limitada
Suele ser enfadosa y desabrida.

Si interesante es la figura de nuestro poeta como traductor de los vates italianos, no lo es menos cuando le vemos trasladar al castellano los hermosos conceptos escritos por Ausias March en lengua catalana, cosa que implica una nueva prueba de la importancia del vate lemosín y de su influencia en el arraigo y desarrollo de las formas toscanas en Castilla. Tal vez sean muchas estas imitaciones y hayan pasado inadvertidas para el que esto escribe, que tiene la suerte de dar á conocer, por vez primera, al poeta sevillano como traductor del gran vate catalán. Los sonetos de Cetina XXXVII y XC, que comienzan:

Como enfermo á quien ya médico cierto
Dice que ha de morir si no se bebe
Un vaso de ponzoña.....
. . . . . .

y

El tiempo es tal, que cualquier fiera agora
Ama su igual y por él llora ó canta....

son admirable traducción é imitación de las octavas de Ausias

Si col malalt qui 'l metje lo fa cert
Que no 's pot fer que de la mort escap
Si de veri no beu un plen anap....

y

Lo temp es tal que tot animal brut
Requir amor, cascun trobant son par...

versiones que, tal vez con fundamento, pueda conjeturarse que fueran hechas en competencia con el otro feliz traductor de Ausias, amigo íntimo de Cetina, Jorge de Montemayor.

No debe pasarse en silencio, al hablar de Gutierre de Cetina como traductor, que entre sus obras se encuentran algunas versiones de poetas latinos, especialmente de Ovidio, en sus *Heroidas*. según queda dicho al hablar de las epístolas III, VII y XV, (1) y se hace notar en el soneto CII.

---

(1) Antes de espirar el siglo XVI, otro poeta sevillano, Diego Mejía, tradujo las 21 *Heroidas* de Ovidio, que incluyó en su *Primera parte del Parnaso Antartico de obras amatorias* .... (Sevilla. Por Alonso Rodríguez Gamarra, 1608). En la cual obra, dirigiéndose el autor á sus amigos, les explica el motivo de su traducción, y dice que, navegando el año de 1596 desde las riquísimas provincias del *Pirú* á los reinos de Nueva España, sufrió fuerte temporal la nave que lo conducía, viéndose precisado á desembarcar en Acaxu, puerto de Sonsonate, distante trescientas leguas de la ciudad de Méjico; y que compró á un estudiante, para entretenimiento durante el camino, un libro de las epís-

El soneto CCXX es, según Cetina, *traducción de un*

---

tolas de Ovidio y al llegar á Méjico había traducido las catorce primeras, terminando poco después su obra.

La epístola primera, *Penélope á Ulises*, consta de 256 versos, y comienza:

Tu desdichada esposa aunque constante
Penélope, que espera y ha esperado
La vuelta de su esposo y dulce amante....

y acaba:

Perdido hallarás aquel decoro
De mi belleza antigua, y vuelto en plata,
Que ya acabó tu ausencia este tesoro:
Y el veloz tiempo todo lo maltrata.

La epístola segunda, *Filis á Demofonte*, dice así:

Aquella, ¡oh Demofonte! tu querida
Filis, aquella que en su reino y casa
Te dió hospedaje un tiempo y acogida.....

Consta de 298 versos, terminando:

El huesped Demofonte, amante leve,
Á Filis que lo amó, siendo él tirano,
Dió con larga esperanza muerte breve:
Él dió la causa, y ella dió la mano.

Por último, la epístola séptima, *Dido á Eneas*, que tiene 415 versos, empieza así:

Cual suele el blanco cisne que en el vado
De Menandro se ve cercano á muerte
Cantar, sabiendo que le llama el hado.....

y termina:

Eneas dió la causa desta muerte,
La espada dió tambien como inhumano,
Y Dido, tan amante como fuerte,
Murió herida con su propia mano.

El tomo XIX de la *Colección de poetas españoles* publicado por don Ramón Fernández (el escolapio don Pedro Estala) contiene estas traducciones de Mejía.

epigrama latino, y el CXXIV, en opinión de Fernando de Herrera, está hecho en vista de una poesía de Marcial. (1)

---

(1) Es el soneto inspirado en la trágica muerte de Leandro. En la nota correspondiente van copiados ó citados los versos que el mismo asunto inspiró á varios poetas italianos, y á los nuestros Herrera, Hurtado de Mendoza, Garcilaso, Sáa de Miranda, Coloma y D.ª Hipólita de Narváez. Á ellos puede añadirse el siguiente de Mateo Vázquez de Leca, que fué incluído por Pedro Espinosa en sus *Flores de poetas ilustres:*

¡Cuerpo de Dios! Leandro enternecido,
¡Cuánto mejor te fuera haber pasado
En barcos de la vez el mar salado,
Que no pasar á nado desde Abido!
¿No te fuera mejor haber vivido,
Y á pies enjutos tu mujer gozado,
Y no llegar á Sesto resfriado
En la primera noche de marido?
No son tan necios otros amadores,
Que pasan á Triana de Sevilla
Todas las noches en barquetes nuevos.
Buen aliño tuvieron tus amores:
Tú pasado por agua, Hero en tortilla,
Y cenóse el dïablo el par de huevos.

D. Juan de Iriarte trató en serio la muerte de Leandro, en estos versos:

Cuando el mar pasó Leandro
Por ver á su dulce prenda,
Y se sintió de las olas
Oprimido, y ya sin fuerzas,
Cuentan que les dijo, viendo
Su inexorable violencia:
«Perdonadme mientras voy;
Sepultadme cuando vuelva.»

Bien es verdad que este asunto ha sido tratado por muchísimos otros poetas, entre los cuales recordamos á los siguientes:

Si á esto añadimos que el *Diálogo entre la cabeza y la gorra* recuerda por su gracia y por su intención los sabrosísimos *Diálogos* de Luciano y que tanto aquel trabajo como la *Paradoja* revelan un perfecto conocimiento de la antigüedad clásica, no podremos menos de asegurar que la ilustración de Cetina fué de las más vastas y sólidas de su tiempo y que, uniendo á ella un gusto delicadísimo, debe, sin vacilación alguna, ser colocado á la cabeza de los petrarquistas españoles y en un lugar muy preferente entre los traductores de extrañas literaturas.

Anónimo. Dos romances que comienzan:

Por el brazo de l'Esponto
Leandro va navegando....

y

Aguardando estaba Hero
Al amante que solía....

Quevedo. Un soneto:

Flota de cuantos rayos y centellas
En puntas de oro el ciego Amor derrama....

y un romance:

Esforzóse pobre luz
Á contrahacer el Norte....

Trillo y Figueroa. Un romance:

Al mar se arroja Leandro,
Con su esperanza midiendo....

Y Luzán. Un *idilio anacreóntico:*

Musa, tú que conoces
Los yerros, los delirios....

XII.

De las obras que escribió en prosa Gutierre de Cetina sólo dos han llegado hasta nosotros: el *Diálogo entre la cabeza y la gorra* y la *Paradoja en alabanza de los cuernos.*

El primero de estos trabajos ofrece algunos datos para la biografía de su autor, tales como la cita de países por él visitados y la descripción de costumbres palaciegas, hecha con gran sencillez y revelando perfecto conocimiento de la corte. La dicción del *Diálogo* es castiza y su estudio importa mucho para el de la lengua castellana; el asunto, interesantísimo y muy en armonía con el gusto de la época en que se escribió; el diálogo, fluído y bien cortado, pasa entre una cabeza sin seso, como el busto á quien hablaba la raposa, y una gorra prudente y sabia; si dijéramos que la obra tiene, en cierto modo, un carácter autobiográfico, quizás acertaríamos; y en tal caso, tendríamos que afirmar que la cabeza representa al necio vulgo y tras de la gorra se oculta Cetina, mostrándonos su gran talento, su mucha ciencia y su admirable conocimiento del mundo.

Aunque la forma dialogada y el especial empeño de aparecer erudito que en él puso su autor, según puede notarse desde las primeras líneas, dan alguna pesadez al

trabajo de que venimos hablando, es tal la oportunidad de las sentencias con que Cetina supo sazonarlo y son tan notables y poco conocidos los usos y costumbres descritos, que aun solas estas circunstancias harían de la obra un tratado ameno, instructivo é interesante.

La famosa *Paradoja en alabanza de los cuernos* fué, en parte, publicada por el doctísimo D. Aureliano Fernández-Guerra en uno de los *apéndices* del Gallardo, con notas y observaciones propias. Según tan ilustre crítico, este trabajo fué escrito para dar lectura de él en la casa del valeroso D. Hernando Cortés, marqués del Valle, que reunió en su morada una de las más famosas academias del siglo XVI, y á quien se nombra en el escrito, así como á la provincia de Méjico; si bien parece como que el autor no había visitado aún el reino de Nueva España y habla de referencia, como bien podía hacerlo, por haber pasado á aquellas tierras, según hemos visto, casi toda su familia. Escrita esta *Paradoja* con gran desenfado, tiene la excelencia de que, siendo eruditísima, no se hace pesada y en todas sus partes revela muy lozano ingenio, constituyendo un verdadero arsenal de gracias, en el cual han entrado á saco muchos escritores, que no se han tomado ni la molestia de indicar las fuentes en que habían bebido, siendo esto causa de que en sus obras hallemos frecuentemente como originales algunos de los sazonados chistes que sembró en tan donoso escrito el poeta sevillano.

Si existe alguna obra dramática de Gutierre de Ce-

tina, debe de ser de extremada rareza, cuando su nombre no figura en el rico *Catálogo del Teatro español* que formó el erudito D. Cayetano Alberto de la Barrera. Es, sin embargo, innegable que Cetina escribió para el teatro. Pacheco nos dice que en el tiempo en que residió en una aldea fuera de Sevilla, hizo *aquella famosísima comedia de la bondad divina, en cuya representación se gastó una gran suma;* y más adelante añade que, residiendo en Méjico, hizo muchas obras que por su temprana muerte se perdieron, y entre ellas *un libro de comedias morales en prosa* y *verso,* y *otro de comedias profanas;* y en el primer caso, al citar la *comedia de la bondad divina*, habla Pacheco como de cosa sabida de todos. Juan de la Cueva. en su *Ejemplar poético.* al tratar del teatro cómico, dice:

Ya fueron á estas leyes obedientes
Los sevillanos cómicos, Guevara,
Gutierre de Cetina, Cózar, Fuentes.....

El testimonio de estos autores desvanece toda duda y nos hace lamentar el extravío de estas obras, que acaso corren, en las colecciones de nuestro antiguo teatro, á nombre de otros autores.

XIII.

Como resumen del estudio de las obras de Gutierre de Cetina, podemos decir que la nota predominante en todas ellas es la amorosa; que la pureza del estilo corre parejas con la belleza de los pensamientos, y que si en algunas ocasiones peca un tanto de difuso, la oportunidad del chiste y la galanura de la dicción disimulan tan exiguo defecto. En las obras poéticas hace gala de su rica fantasía, distinguiéndose por su sencillez y su dulzura; él fué el primero que imitó felizmente á Anacreonte en lengua castellana, como dice Mr. Sismondi, y sus madrigales, según hemos consignado, aún no tienen rivales en España y son el constante modelo de nuestra literatura. Su autor no puede ser comprendido entre los partidarios de ninguna de las distintas escuelas en que los críticos han dividido la poesía española, porque todas éstas nacieron de la italo-hispana, única entre cuyos adeptos podemos clasificar á nuestro poeta.

La pérdida de sus obras dramáticas nos impide juzgarlo como cultivador de este género. Sus obras en prosa lucen un lenguaje lleno, sonoro, sencillo, exento de ampulosidades y de otros defectos, sin que la estancia

en Italia y el trato con poetas extranjeros le hicieran corromper la hermosa lengua de Castilla. (1)

El nombre de Cetina sonará siempre con gloria al lado de los de Boscán, Mendoza y Garcilaso, como innovador de la métrica española, y aun entre estos cuatro poetas ilustres, Garcilaso y Cetina, como opina un docto crítico, (2) aventajan á Boscán y á Mendoza en la extensión que dieron á la reforma literaria, á la cual consagraron sus superiores talentos.

Á Cetina no se le ha podido juzgar cumplidamente antes de ahora. porque no se le conocía; publicadas hoy sus obras, pasa desde el lugar secundario que ocupaba entre los líricos del siglo XVI á colocarse á la cabeza de los petrarquistas españoles; su nombre debe ser incluído en el catálogo de nuestros dramáticos, por más que no conozcamos sus comedias; sus escritos en prosa serán considerados como modelo del lenguaje castellano, y, al fin, aunque algo tarde, se habrá hecho justicia á los grandes méritos del elegantísimo poeta sevillano, de cuyas obras podemos decir lo que D. Antonio Ferrer del Río decía de *La Araucana*: serán estimables mien-

---

(1) Sólo hemos notado el empleo de alguna palabra ó verso completo italiano, cosa que no puede imputarse como defecto á quién escribía en Italia y para leer en una sociedad compuesta de italianos y españoles.

(2) Mr. Alfred Morel-Fatio, *L' Espagne au XVI.e et au XVII.e siècle*, pág. 493.

tras la hermosa lengua de Castilla suene en labios de hombres y mientras sea base principal de crítica sana el buen gusto.

Sevilla, 30 de Junio de 1895.

JOAQUÍN HAZAÑAS Y LA RUA.

ABREVIATURAS

A	Códice de la Biblioteca del Sr. D. José María de Álava, hoy de sus herederos. (Sevilla.)
B. A. de S.	Biblioteca Arzobispal de Sevilla. *(Códice 33, 180.)*
B. Camp. . .	Biblioteca Campomanes. (Madrid.)
B. C.	Biblioteca Capitular, vulgarmente llamada Colombina. (Sevilla.) *(Códices AA. 141-4* y *AA. 141-5.)*
B. N.	Biblioteca Nacional. (Madrid.) *(Códices M. 86, M. 233. M. 258, M. 268, M. 381, Q. 21* y *V. 366.)*
B. S. R. . .	Biblioteca del Sr. D. José Sancho Rayón. (Madrid.)
M. B.	Museo Británico. (Londres.) *(Códice Add., 20790.)*

Obras Poéticas

MADRIGALES

I.

(A. fol. 30—B. N.-V. 366 fol. 131 vto.)

Ojos claros, serenos,
Si de un dulce mirar sois alabados,
¿Por qué, si me mirais, mirais airados?
Si cuanto más piadosos,
Más bellos pareceis á aquel que os mira,
No me mireis con ira,
Porque no parezcais menos hermosos.
¡Ay, tormentos rabiosos!
Ojos claros, serenos,
Ya que así me mirais, miradme al menos. (1)

---

(1) Sedano, en el Parnaso Español; Ticknor, en su Historia de la Literatura; D. Adolfo de Castro, en el tomo XXXII de la B. de AA. EE. y otros muchos han transcrito este precioso madrigal, constante modelo de estas composiciones. Algunos lo copian con las siguientes variantes:

Ojos claros, serenos,
Si de un dulce mirar sois alabados,

II.

(A. fol. 159)

gL255.206

¡Ay, qué contraste fiero,
Señora, hay entre el alma y los sentidos,
Por decir que os dolais de los gemidos!
Ninguno de ellos osa:
Cada cual se acobarda y se le excusa
Al alma deseosa,
Que de su turbación la lengua acusa.
Ella dice confusa
Que os dirá el dolor mío,
Si la deja el temor de algún desvío;

¿Por qué, si me mirais, mirais airados?
Si cuanto más piadosos
Más bellos pareceis á quien os mira,
¿Por qué á mí solo me mirais con ira?
Ojos claros, serenos,
Ya que asi me mirais, miradme al menos.

Varias son también las composiciones que se han escrito imitando este delicadísimo madrigal.

Aunque nos hemos propuesto seguir el orden alfabético de las composiciones dentro de cada género, hacemos esta única excepción en favor de la transcrita, siquiera en gracia á que es el verdadero fundamento de la gloria de Cetina, como poeta.

Muchas obras selectas de la literatura italiana tradujo é imitó Cetina, como tendremos lugar de ir notando en esta colección; en cambio el bellísimo madrigal transcrito ha sido traducido al italiano por Canini—tomo 1, pag. 364—según nota el diligente escritor D. Juan Luis Estelrich en su *Antología de poetas líricos italianos traducidos en verso castellano.*—Palma de Mallorca, 1889.

Pero de un miedo frío
La cansa el corazón, y de turbada,
Cuando algo va á decir, no dice nada.
Al corazón no agrada
La excusa, y dice que es della la mengua;
Que el quejarse es efecto de la lengua.
El uno al otro amengua;
El vano pensamiento
No sabe dar consejo al desaliento.
La razón sierva siento,
Que solía un tiempo entre ellos ser señora
Y el esfuerzo enflaquece de hora en hora.
La mano no usa agora
Del medio que solía;
Que el temor la acobarda y la desvía.
La sangre corre fría
Á la parte más flaca, y, de turbado,
El triste cuerpo tiembla y suda helado.
¡Ay, rabioso cuidado!
Pues si el alma contrasta á los sentidos,
¿Quién dirá que os dolais de mis gemidos? (1)

---

(1) Publicado por D. Adolfo de Castro en el tomo XXXII de la Biblioteca Rivadeneyra.

III.

(A. fol. 45.—B. N.-V. 366, fol. 56)

Cubrir los bellos ojos
Con la mano que ya me tiene muerto,
Cautela fué por cierto;
Que ansí doblar pensastes mis enojos.
Pero de tal cautela
Harto mayor ha sido el bien que el daño;
Que el resplandor extraño
Del sol se puede ver mientras se cela.
Así que aunque pensastes
Cubrir vuestra beldad, única, inmensa,
Yo os perdono la ofensa,
Pues, cubiertos, mejor verlos dejastes. (1.)

IV.

(A. fol. 144)

No mireis más, señora,
Con tan grande atención esa figura,

(1) Publicado por Sedano en el *Parnaso Español*, Don Adolfo de Castro en el tomo XXXII de la Biblioteca Rivadeneyra, y la Sociedad Económica de Sevilla en su colección de poesías,—Sevilla, 1850, en 8.º, por Francisco Alvarez y C.ª—En esta última obra se dan algunas noticias biográficas del poeta, confundiéndolo lastimosamente con el Vicario de Madrid; se cita el ms. del Sr. Alava, individuo de aquella sociedad, pero no se copia bien el madrigal *Ojos claros, serenos....*

No os mate vuestra propia hermosura.
Huid, dama, la prueba
De lo que puede en vos la beldad vuestra.
Y no haga la nuestra
Venganza de mi mal piadosa y nueva.
El triste caso os mueva
Del mozo convertido entre las flores
En flor, muerto de amor de sus amores. (1)

V.

(A. fol. 71)

Á DOÑA MARÍA DE MENDOZA

Yo diría de vos tan altamente,
Que el mundo viese en vos lo que yo veo,
Si tal fuese el decir cual el deseo.
Mas si fuera del más hermoso cielo,
Acá en la mortal gente,
Entre las bellas y preciadas cosas,
No hallo una que os semeje un pelo,
Sin culpa queda aquel que no os atreve.
El blanco del cristal, el oro y rosas
Los rubís, y las perlas, y la nieve,
Delante vuestro gesto comparadas,

(1) Publicado por D. Adolfo de Castro en el tomo XXXII de la Biblioteca Rivadeneyra.

Son ante cosas vivas, las pintadas.
Ante vos las estrellas,
Como delante el sol, son menos bellas.
El sol es más lustroso,
Pero á mi parecer no es tan hermoso.
¡Qué puedo, pues, decir, si cuanto veo,
Todo ante vos es feo!
Mudad el nombre, pues, señora mía,
Y vos llamad beldad, beldad María.

SONETOS

I.

(A. fol. 44)

Aires süaves que mirando atentos
Escuchais la ocasión de mis cuidados,
Mientras que la triste alma, acompañados
Con lágrimas, os cuenta sus tormentos.
Así alegres veais los elementos,
Y en lugares do estais enamorados
Las hojas y los ramos delicados
Os respondan con mil dulces acentos.
De lo que he dicho aquí, palabra fuera
Dentre estos valles salga á do sospecha
Pueda jamás causarme aquella fiera.
Yo deseo callar; mas ¿qué aprovecha?
Que la vida, que ya se desespera,
Para tanto dolor es casa estrecha.

II.

(A. fol. 174.—B. N.-V. 366 fol. 39 vto.)

Alma del alma mía, ardor más vivo,
Extremo de beldad única y rara.
Ejemplo de valor por quien tan cara
La vida me es de que antes era esquivo,
Fuera el decir cómo el concepto altivo,
Ó mi musa cruel menos avara
Viérades, si en el mundo se os mostrara
Cuanto de vos dentro del alma escribo.
Mas ¿qué puedo hacer si amor me inspira?
Cantar vuestro valor alto y divino
Al són desta vulgar rústica lira.
No saber más mis versos de un camino:
Esto me dicta aquél que á amar me tira
Por pensada elección, no por destino.

III.

(A. fol. 125)

Al pié de una alta haya muy sombrosa, 91253
Cuando más alto el sol mostraba el día,
Mirando el agua clara que corría

Por la ribera del Thesin hermosa,
  Pensando está Vandalio en la rabiosa
Ocasión que turbó su fantasía,
Tan obstinada el alma en su porfía
Cuanto por la ocasión triste y cuidosa.
  ¡Ay, suerte desigual!—dijo, llorando,—
Si está el alma de mí tan separada,
Tan lejos della, ¿cómo ó por qué vivo?
  Dolor, que. sin matarme, así apretando
Me vas, ó tu poder no puede nada.
Ó se hace inmortal el hado esquivo.

IV.

(A. fol. 151)

  Al pié de un monte que divide á España
De Francia, do más alto el cuello asoma,
En las faldas de aquel que el nombre toma
Del ladrón más sutil, de mayor maña;
  En un valle hermoso á do la extraña
Cabeza el blanco monte abaja y doma,
No lejos de la fuente por quien Roma
Dió nombre á la región que en torno baña;
  Cerca de do perdió el francés famoso
La gloria de que aún hoy soberbio viene,
Allí nació la causa del mal mío.

Después lo crió el Tago, y de envidioso
Pisuerga lo robó; Betis lo tiene.
Intenda me chi puó, che m'intend'io. (1)

V.

(A. fol. 125)

Al rebaño mayor de sus cuidados
Que á la orilla del Pó paciendo se iba,
Dijo Vandalio con la mente esquiva,
Los ojos de sus lágrimas bañados:
—Paced, mis ovejuelas, pues los hados
La envidia ajena y la aspereza altiva
De la ribera de Pisuerga os priva
Y de sus verdes y floridos prados.
Si en las hierbas hallais amargo el gusto,
Si el agua es menos clara que solía,
Si os muestra el cielo invierno en primavera,
No es fuera de razón, antes muy justo,
Pues tan lejos estais del alma mía,
Que sea todo al revés lo que antes era.

---

(1) Publicado en el «*Ensayo de una Biblioteca Española de libros raros y curiosos, formada con los apuntamientos de don Bartolomé José Gallardo, coordinados y aumentados por D. M. R. Zarco del Valle y D. J. Sancho Rayón,*» tomo 2.°, columna 430. A esta obra nos referimos siempre que citamos á Gallardo.

VI.

(A. fol. 229.)

—Amor, ¿qué es ésto?=Amor.—Mayor mal siento
Que amor.=¿Pues qué es?—No sé.=¿Dónde te ofende?
—En el alma.=¿Con qué fuego lo enciende?
—¡Fuego sí! ¿Quién lo enciende?=El pensamiento.
¿Arde?—Abrasa que parte el sentimiento.
=¿Cómo de imaginar no te defiende
La causa?—Nó.=¿Por qué?—Porque desciende
Muy alta.=¿A buscar qué?—Mi perdimiento.
=¿Luego no es fuego?—Nó, que será rabia.
=¿Huyes del agua?—Nó.=¿Cómo?—Llorando.
=Descanso es desear.—Nó.=¿Es pestilencia?
—¡Pluguiera á Dios!=¿Por qué?—Que á quien me agravia
Se pegara.=¿Es recelo?—Recelando
Muero.=¡Ya sé lo que es!—¿Qué es pues?=Ausencia.

VII.

(A. fol. 58.—B. N.-V. 366, fol. 155 vto.)

—Amor: ¿de dónde nace un tan gran miedo?
¿Soy causa yo deste temor que siento?
¿Por qué no piensa el bien mi pensamiento
Ni de recelar mal tirarlo puedo?
¿Qué es esto que me quita el vivir ledo

Como solía cuando más contento?
Si me quita el descanso el sentimiento,
¿Quién me quita el esfuerzo y el denuedo? (1)
Estas congojas y estas bascas tales,
¿De qué proceden? ¿Son por aventura
En los otros amantes desta suerte?
—Sí, respondió el Amor, tu desventura;
Que ni pueden hallar medio tus males,
Ni en tus males hallar medio la muerte.

VIII.

(A. fol. 99.)

Amor, fortuna y la memoria esquiva
Del mal presente, atenta al bien pasado,
Me tienen tan perdido y tan cansado,
Que de triste vivir la alma se priva.
Fortuna me constrasta; amor aviva
El fuego; la memoria un desusado
Dolor me causa, y en tan triste estado
Quieren á mi pesar los tres que viva.
Ya no espero ver más alegres días;
Mas de mal en peor preso y revuelto
Me hallo en la mitad de la carrera,
Teniendo de delante las porfías:

(1) En el códice de Alava falta este verso.

La esperanza de vidro se me ha vuelto
Y rompió cuando más durar debiera. (1)

---

(1) Traducción del siguiente soneto de Petrarca:

Amor, Fortuna, e la mia mente schiva
Di quel che vede é nel passato volta,
M'affligon si, ch'io porto alcuna volta
Invidia a quei che son su l'altra riva.
Amor mi strugge 'l cor; fortuna il priva
D'ogni conforto onde la mente stolta
S'adira e piagne: e cosi in pena molta
Sempre conven che combattendo viva.
Nè spero i dolci di tornino indietro,
Ma pur di male in peggio quel ch'avanza:
E di mio corso ho giá passatto il mezzo.
Lasso, non di diamante ma d'un vetro,
Veggio di man cadermi ogni speranza,
E tutt'i miei pensier romper nel mezzo.

Enrique Garcés «*vecino de Lima en el Perú*» en su libro «*Los Sonetos y Canciones del Poeta Francisco Petrarca*—*Madrid, 1591*»—traduce así este mismo soneto:

Amor, fortuna y aun mi mente esquiua
por lo que veo á lo passado, buelta,
me congoxan ansí, que alguna buelta
juzgo el biuir por cosa muy nociua.
Amor me afflige, y la fortuna priua
mi pecho de consuelo, y no resuelta
mi mente en el saber, va de yra enbuelta,
conuiene ansi qu'en pena siempre biua.
Ya no espero ver dias como de antes,
que de mi vida ya vá mas qu'el medio,
y de mal en peor van mis mudanças,
de fragil vidrio son mis esperanças,
no (como algunos piensan) de diamantes,
pues todo se me rompe antes del medio.

IX.

(A. fol. 1.—B. N.-V. 366, fol. 116.)

Amor me tira y casi á vuelo lleva
Por do mi presunción hizo la vía:
Tan alta va mi loca fantasía,
Que las nubes pasar volando prueba.
No espero yo que el fin de Ícaro mueva
La dura obstinación de mi porfía,
Pues veo que el ardor que la desvía
Él mesmo la rehace y la renueva.
Está el alma una nueva *fœnix* hecha,
Y en fuego del dolor que ha fabricado
Se consume y renace cada hora.
Quiérelo así el amor; y es ley derecha
Que siendo *fœnix* vos, fuese forzado
Fœnix la mísera alma que os adora. (1)

X.

(A. fol. 53)

Amor me trae en el mar de su tormento,
Al placer de las ondas de mudanzas;
Mil fortunas tal vez, tal vez bonanzas,
Traen acá y allá mi sentimiento.

---

(1) Publicado en Gallardo, tomo 2.°, col. 417.

Sígueme alguna vez próspero viento;
Meten velas entonces esperanzas;
Mas salen de través desconfianzas,
Y acobardan el triste pensamiento.
Siéntome alguna vez alzar al cielo
Y otras mil abajar hasta el abismo.
Ya me esfuerzo, ya temo, ya me atrevo.
Hora huyo, hora espero, hora recelo;
Y en tanta variedad, no sé yo mismo
Qué quiero, aunque sé bien qué querer debo. (1)

XI.

(A. fol. 168)

Amor mueve mis alas y tan alto
Las lleva el amoroso pensamiento,
Que de hora en hora así subiendo siento
Quedar mi padecer más corto y falto.
Temo tal vez mientra mi vuelo exalto;
Mas llega luego á mí el conocimiento
Y pruébase que es poco en tal tormento
Por inmortal honor mi mortal salto.
Que si otro puso al mar perpétuo nombre
Do el soberbio valor le dió la muerte,
Presumiendo de sí más que podía,
De mí dirán: «Aquí fué muerto un hombre

(1) Publicado en Gallardo, tomo 2.°, col. 421.

«Que si al cielo llegar negó su suerte,
«La vida le faltó, nó la osadía.»

XII.

(A. fol. 169.—B. N.-V. 366, fol. 40)

Amor, si por amar amor aquista,
Si alguna fe de tanta fe procede,
Si premio por servir ganar se puede,
Si un grave padecer mi alma contrista;
Si dura obstinación venció conquista,
Si pidiendo merced dureza cede,
Si á grande mal piedad se le concede,
Si á luengo importunar no hay quien resista;
Si de tu mano escrito ya en la frente
Lo que siento en el alma al mundo muestro,
Debría mi dolor hallar remedio.
Mas ¡ay! ni podrá ser, ni lo consiente (1)
Mi mal, si por algún caso siniestro
No muestra á tu pesar fortuna el medio.

---

(1) El códice V. 366 dice:

Mas ya ni podrá ser ni lo consiente

XIII.

(A. fol. 72)

Á DON LUIS DE COTES

OBISPO DE EMPURIAS

Ando siempre, señor, de pena en pena,
De llanto en llanto y de uno en otro fuego:
Ni por andar ni por tener sosiego
Dolor afloja ó mi fortuna es buena.
El alma de años ya, y de daño llena,
Que ciega nuestros apetitos, luego
Debría volver de tan dañoso juego
Á vida más tranquila y más serena.
Si el alma mesma es causa de su daño,
¿Por qué lo causa? Y si la fuerza el hado,
El arbitrio ¿qué es dél? ¿Qué libre tiene?
Pues yo no sé entender mal tan extraño,
Suplícoos me digais deste pecado
Quién es primera causa, ó dónde viene.

XIV.

(A. fol. 177)

Aquella luz que de la gloria vuestra.
Invicto Alfonso, tanto resplandece
Mientra de otros errores escurece,
La fama, más que el sol, clara se muestra.

Animoso valor la mano diestra
Os rige, antes á ella se engrandece;
Y aquello que entre nos valor parece
Es hechura de vos; nó cosa nueva.
Si así como es razón escrita en suma,
Vuestra tanta virtud veros agrada
Y que escritor no usurpe vuestra gloria,
Á imitación de César con la pluma,
Mientras que reposar dejais la espada.
Haced eterna vos vuestra memoria. (1)

---

(1) Aunque en el Códice de la Biblioteca de Álava, único en que se encuentra este soneto, no expresa á quién está dirigido, creo, que se refiere á D. Alonso de Ávalos, Marqués del Vasto, grande amigo de Garcilaso y de otros poetas castellanos. También dedicó nuestro poeta alguna composición á la Marquesa del Vasto.

Un soneto muy parecido al copiado y que empieza:

Mientra el fiero furor franco se muestra...

dedicó Cetina al Conde de Feria, excitándole asimismo á ser cronista de sus proezas militares, pero el presente no puede referirse á aquel magnate que no llevaba el nombre de Alfonso.

Fué don Alfonso de Ávalos, Marqués del Vasto, hijo de un hermano del Marqués de Pescara, descendiente de familia castellana establecida en Italia, habiendo recibido don Iñigo, de Fernando el Católico y en premio de sus servicios en Nápoles, el título de Marqués del Vasto. Don Alfonso sirvió á las órdenes de su tio el famoso Marqués de Pescara, y luego en la flota de Moncada, cayendo prisionero del Almirante Doria. Fué el jefe de aquella gloriosa expedición á Túnez que hizo famosa el asalto de la Goleta, y cuando la peste quitó á nuestros ejércitos de Provenza el glorioso capitán llamado Antonio de Leyva, le sucedió el del Vasto en aquella empresa. Fué Gobernador del Milanesado y tuvo la desgracia de ser derrotado en Cerisola lo cual le hizo caer en desgracia con el Emperador, retirándose á sus posesiones de Lombardia y murien-

XV.

(A. fol. 147)

Aquel nudo que ya debía ser suelto,
Después que pude ver claros mis daños
Llevándose tras sí los tristes años,
En perpétua prisión me tiene envuelto.
¡Quién pensara jamás viendo tan vuelto,
Tan mezclado un amor con mil engaños,
Pudiera el corazón, en tan extraños
Lazos, permanecer preso y revuelto!
Mas si la voluntad de un firme amante
Puede el tiempo mudar, si libre verme
Puedo una vez de este enojoso nudo,
De aquel mismo valor, de aquel diamante
Que es agora mi fe, pienso hacerme
Á los ojos un yelmo, al alma escudo.

XVI.

(A. fol. 61)

Aquel rumor que de improviso suena
Como de la experiencia está entendido,

---

do en Milán en 1546. En la Biblioteca Nacional (sala de manuscritos Aa 105. p. 167) se conserva una relación muy curiosa de su entierro.

Entre las poesías de Hernando de Acuña—Madrid, 1591—se encuentran dos sonetos escritos con ocasión de la muerte del Marqués del Vasto y dirigido el primero á la Marquesa.

Robando la color, turba el sentido;
Al alma de recelo ó gozo llena.
Pero nace tal bién de aquella pena,
Que queda el tal rumor más conoscido,
Siendo el entendimiento socorrido
De las potencias que de sí enajena.
Assi la vez que os veo, el sentimiento
Se turba y los espíritus penados
Así correr, así alterarse siento;
Mas siendo al alma á dar favor llegados,
Cuanto son de más claro entendimiento,
Quedan vencidos más y enamorados.

XVII.

(A. fol. 163)

AL PRÍNCIPE (1)

Á restaurar tornaba el nuevo día
La aurora, cuando el sueño le mostraba
Al pastor principal que nos guardaba
La imagen que ya muerta en él vivía.

---

(1) de Ásculi. Íntima fué la amistad que unió á Cetina con este prócer, también poeta, al que dedicó once composiciones. Antonio de Leyva, poéticamente *Lavinio*, que así se llamaba el príncipe, también dirigió á Cetina un soneto que más adelante transcribiremos. Véanse los sonetos 61, 69, 106, 121, 164, 179, 182, 202, 240 y una epístola de esta colección, todos dedicados al mismo príncipe.

Diciendo, aparte, que del alma mía
Fuiste la que viviendo más amaba,
Del reino que en el trino acá esperaba
(Por consolarte) el señor dél me envía. (?)
Cesen, pues, ya las lágrimas y el luto:
¿Á qué sirve llamarme, si mi suerte
Pasó de grande á muy mayor estado?
Alégrate, pastor; y con el fruto
Del árbol mío, que cortó la muerte,
Consuela á tí y al español ganado.

XVIII.

(A. fol. 101.)

Á un hombre loco llamado Carbón, que, estando furioso, arremetió á besar á una dama.

Atrevido Carbón, tan animoso
Cuan falto de favor y de contento:
No se alabe Faetón de atrevimiento,
Pues fué el tuyo más alto y más famoso.
Aquél, guiando al Sol, de temeroso
Hizo á los temerarios escarmiento;
Tú pensaste gozar sin fundamento
Un nuevo sol más claro y más hermoso.
¿Cuál seso hay que iguale á tu locura?
¿Qué esfuerzo llega al bien de aventurarte.
Si tuvieras más fuerza ó más ventura?

Aunque, siendo Carbón, ponerte en parte
Tan cerca de aquel sol de hermosura,
Ya es ventura llegar y no abrasarte. (1)

XIX.

(A. fol. 8)

¡Ay, dulce tiempo, por mi mal pasado,
En el cual me ví yo de amor contento!
¡Cómo se fué volando con el viento,
Y sólo la memoria en mí ha quedado!
¡Ay, triste tiempo, lleno de cuidado,
De pesar y dolor, pena y tormento!
¿Quién hace así tardar tu movimiento?
¿Cómo vas tan despacio y tan pesado?
Si tanto bien no mereció mi suerte,
¿Cuál desdicha ordenó que lo gustase?
Y si era bien, ¿para qué fué mudable?
Y si había de venir un mal tan fuerte
Tras él, para que más me lastimase,
¿Por qué es mi mal más que mi bien estable? (2)

---

(1) Véase el soneto XXVI, dedicado al mismo.

(2) Publicado por D. Adolfo de Castro en el tomo XXXII de la Biblioteca Rivadeneyra.

XX.

(A. fol. 146)

¡Ay, falso burlador, sabroso sueño!
Malamente, traidor, me has ofendido.
¡Ay! ¡Nunca hubiera yo jamás dormido,
Ó nunca se acabara tu beleño!
La saña injusta y el turbado ceño
Me mostraste en amor ya convertido,
Y en llegándome al vivo del sentido
El mal, me huyó el bien como su dueño.
¿Para qué fué, traidor, aquel mostrarme
Tan llena de piedad á mi señora
Y tan de su crueldad arrepentida?
Dejárasme así estar sin engañarme;
Ó fuera un sueño tal nó por un hora,
Mas lo poco que queda de mi vida. (1)

XXI.

(A. fol. 33.)

¡Ay, mísero pastor! ¿Dó voy huyendo?
¿Curar pienso mi ardor con otro fuego?
Cuitado, ¿á dónde voy? ¿Estoy ya ciego,
Que ni veo mi bien, ni el mal entiendo?

---

(1) Publicado en Gallardo, tomo 2.°, col. 429.

¿Dó me llevas, amor? Si aquí me enciendo,
¿Tendré do voy más paz ó más sosiego?
Si huyo de un peligro, ¿á dó voy luego?
¿Es menor el que voy hora siguiendo?
¿Fué más ventura el Betis por ventura,
Que es agora Pisuerga? Aquél no ha sido
Tan triste para mí como éste agora,
Si falta en Amaríllida mesura,
Como la tendrá Dórida, sabido
Que llevo ya en el alma otra Señora.

XXII.

(A. fol. 136)

¡Ay, qué plazo tan largo y tan extraño! YL256,259
¡Ay, qué término luengo y enojoso!
¡Ay, qué tiempo prolijo y trabajoso!
¡Ay, qué tardío remedio á tan gran daño!
¡Ay, salud perezosa y con engaño!
¡Ay, crüel dilatar tan peligroso!
¡Ay, pesado esperar triste y forzoso!
¡Ay, qué día mayor que el mayor año!
Si el sol, para el extraño nacimiento
Del hijo de Alcumena, anduvo errando,
En una dos jornadas convirtiendo,
¿Por qué no pasa ahora en un momento
Ésta que tanto bien va dilatando,
Ó hace que la pase yo durmiendo?

XXIII.

(A. fol. 25)

¡Ay, sabrosa ilusión, sueño süave!
¿Quién te ha enviado á mí? ¿Cómo viniste?
¿Por dónde entraste al alma, ó qué le diste
Á mi secreto por guardar la llave?
¿Quién pudo á mi dolor fiero, tan grave,
El remedio poner que tú pusiste?
Si el ramo tinto en Lete en mí esparciste,
Ten la mano al velar que no se acabe.
Bien conozco que duermo y que me engaño,
Mientra envuelto en un bien falso, dudoso,
Manifiesto mi mal se muestra cierto:
Pero, pues excusar no puedo un daño.
Hazme sentir ¡oh sueño pïadoso!
Antes durmiendo el bien que el mal despierto. (1)

XXIV.

(A. fol. 132.)

¡Ay, vivo fuego! ¡Ay, fiero pensamiento!
¡Ay, rábioso dolor, pasos cansados!
¡Ay, recelos de amor desesperados!
¡Ay, triste, congojoso sentimiento!

(1) Publicado por D. Adolfo de Castro en el tomo XXXII de la Biblioteca Rivadeneyra.

¡Ay, alto desear sin fundamento!
¡Ay, vana empresa, llena de cuidados!
¡Ay, ríos, fuentes, selvas, bosques, prados!
¡Ay, esquiva ocasión de mi tormento!
¡Ay, verdes huertas, árboles hermosos!
¡Ay, lugar que ya fué ledo y jocundo,
Do gastaba mi tiempo en dulce canto!
Espíritus alegres y amorosos:
Si alguno vive acá en el bajo mundo,
Muévaos hora á piedad mi triste llanto. (1)

XXV.

(*A. fol. 162*)

Bastar debiera, ¡ay Dios! bastar debiera,
Señora, el ser crüel, áspera y dura,
Sin que por adornar la hermosura,
Que al mundo es hoy un sol, tal nombre os diera.
Bastar debiera, ¡ay Dios! mostraros fiera
Siempre á la obstinación de mi locura,
Sin que por la color mi desventura
De nueva crüeldad temor tuviera.
Si quereis que á entender me dé el vestido
Cuál es la condición dura y esquiva,
Volvedlo del revés y será cierto.

---

(1) Publicado por don Adolfo de Castro en el tomo XXXII de la Biblioteca Rivadeneyra.

Lo encarnado crüel quede escondido;
Mostrad lo blanco, que es limpieza pura:
Será el engaño así más encubierto.

XXVI.

(A. fol. 75.)

Carbón, si dar favor suele fortuna
Á un fuerte corazón determinado,
¿Quién como tú jamás fué tan osado
En cuanto rodea el sol ni ve la luna?
¿Quién tuvo, dí, jamás razón alguna
Para quejarse, como tú, del hado,
Viniendo así á perder, por desdichado,
Una ocasión tan alta y oportuna?
Mas, ¿qué digo perder, si acometiste
Gozar del mayor bien que hay en el cielo,
Que ya el acometer fué gran ventura?
Pero como Carbón tú te encendiste;
En medio de tu ardor quedaste un hielo:
Pudo más su beldad que tu locura. (1)

(1) Véase el soneto XVIII, dedicado al mismo.

XXVII.

(A. fol. 182.)

Cercado de temor, lleno de espanto,
En la barca del triste pensamiento,
Los remos en las manos del tormento,
Por las ondas del mar del propio llanto,
Navegaba Vandalio; y si algún tanto
La esperanza le da propicio el viento,
La imposibilidad. en un momento,
Le cubre el corazón de oscuro manto.
«Vandalio, ¿qué harás hora? decía.
Fortuna te ha privado de la estrella
Que era en el golfo de la mar tu guía.»
Y andándola á buscar ciego sin ella,
Cuando por más perdido se tenía,
Vióla ante los nublados ir más bella. (1)

XXVIII.

(A. fol. 91.—B. N.-V. 366, fol. 206.)

Como al pastor que, en la ardiente hora estiva,
La verde sombra, el fresco aire agrada,
Y como á la sedienta su manada
Alegra alguna fuente de agua viva,

(1) Publicado por don Adolfo de Castro en el tomo XXXII de la Biblioteca Rivadeneyra.

Así á un árbol do se note ó escriba
Mi nombre en la corteza delicada,
Alegra, y ruego á Amor que sea guardada
La planta, por que el nombre eterno viva.
Ni menos se deshace el hielo mío,
Vandalio, ante tu ardor, cual suele nieve
Á la esfera del sol ser derretida:
Así decía Dórida en el río,
Mirando su beldad, y el viento leve
Llevó la voz que apenas fué entendida.

XXIX.

(B. N.-V. 366. fol. 138 vto.)

Como al que grave mal tiene doliente,
Después de haber con la paciencia larga
Faltado la virtud, que el mal se alarga
La rabia y el dolor hace impaciente;
Y como cuando afloja el accidente
La lengua, el pesar, la culpa carga,
La conciencia se duele, el alma amarga,
Y de cuanto ha hablado se arrepiente:
Así en la furia yo de aquel tormento
Que me causais, me quejo y me maldigo,
Y ruego á Dios que cual me veis os vea.
Después me reconozco y arrepiento;
Mas no puedo hacer, por más que digo,
Que lo que dije ya dicho no sea.

XXX.

(*A. fol. 76.*)

Á LA PRINCESA DE MOLFETA (1)

Como al rayo del sol nueva serpiente
En virtud del calor sale y se aviva,
Muéstrase más lozana y más altiva,
Y el esfuerzo y valor doblado siente;
Y como mientra el sol no es tan caliente,
La falta del calor hace que viva
Tímida, solitaria, oscura, esquiva,
Do ni la pueda ver ni vea la gente;
Tal ha sido de mí, señora mía,
Que en virtud del calor de los favores,
Mientra el sol me duró, ledo vivía,
Hasta que los helados disfavores
Hicieron encoger mi fantasía,
Esconderme y huir de los amores.

---

(1) Publicado por Castro en la Biblioteca Rivadeneyra, y antes por la Sociedad Económica Sevillana en la colección ya citada.

Á la Princesa de Molfeta dedicó Cetina, además de este soneto, el que va marcado con el número 34 en esta colección y dos epístolas, una de ellas en verso suelto.

XXXI.

(A. fol. 166)

AL DUQUE DE SESSA (1)

Como al salir del sol se muestra el cielo
Más claro y más alegre y más gozoso,
Y como en el venir de Abril hermoso
De flores se matiza y lustra el suelo,
Tal, movido por vos de honesto celo,
Se muestra ufano el mundo, deseoso
De veros ya llegar al gloriöso
Término á que llegó el único abuelo.
Sólo en veros salir, sólo del nombre
De Gonzalo Fernández tiene espanto
Cuanto ciñe Apenín, Adria y Tirreno.
¿Cuál será, pues, Señor, que no se asombre
Viéndoos volver con el honrado manto
De palmas, de trofeos, de glorias lleno?

---

(1) Publicado por D. Adolfo de Castro en el tomo XXXII de la Biblioteca Rivadeneyra.

Con el Duque de Sessa unió á Cetina una franca é íntima amistad, de la que son buena muestra este soneto y el que empieza

«Sesenio, pues que vás do vengo agora...»

Sesenio era el nombre arcádico del Duque entre los poetas de su tiempo.

Llamábase éste Don Gonzalo Fernández de Córdoba y era nieto del

XXXII.

(A. fol. 176)

Como de duro entalle una figura
Con gran facilidad se imprime en cera,
Y como queda siempre aquélla entera
Mientra que otra imprimir no se procura;

Gran Capitán é hijo de Don Luis de Córdoba; fué poeta y de él nos han quedado las siguientes composiciones:

COPLA

Si os place de ser querida,
Yo no puedo no os querer;
Pesar habeis de tener
Mientras yo tuviere vida.

Fué esta copla glosada por el famoso portugués y organista granadino Gregorio Silvestre, y se imprimió en el «*Libro y primera parte de los victoriosos hechos del muy Valeroso Caballero Don Alonso de Bazán.... por Baltasar del Hierro.... Granada, 1561.*»

Del mismo Duque es este

SONETO

Quien dice que pobreza no es vileza,
En poco tiene el título de honrado;
No sabe á lo que un hombre está obligado
Que no pensó jamás hacer bajeza.
Sepultura es de buenos la pobreza
Y ocasión de hacer lo no pensado;
Y donde muchas veces se ha anegado
El valor, el aviso y la nobleza.
En el pobre no luce entendimiento,
Ni se le echa de ver cosa que haga,
Y es odioso á los ojos de la gente;

Tal en mi alma vuestra hermosura
Ha esculpido el amor cual en vos era,
Y hala dejado siempre en la primera,
Viendo que de algún otra no se cura.
El cuerpo, que á seguir al alma aspira,
Por no haber parte en él de vos ajena,
Muestra en sí mil imágenes iguales:
Como sala que está de espejos llena,
Que la imagen de aquel que en uno mira
En todos muestra siempre unas señales.

XXXIII.

(A. fol. 180)

Como el calor de la celeste esfera
Calienta y vivifica y da consuelo,
Cuanto hay elementado acá en el suelo,
Arbol, planta, animal, flor, hierba ó fiera;
Así, Señora, Amor de esta manera
Los pechos arde de amoroso celo,

La pobreza de espíritu es contento;
Mas la del cuerpo, cuerpo y alma estraga.....
¡Y que sólo lo sabe el que lo siente!

Ambas composiciones han sido impresas en el Cancionero que con el título de «*Los Príncipes de la Poesía española. Colección de poesías en su mayor parte inéditas de Príncipes, grandes y títulos,*» publicó en 1892, en Madrid, mi buen amigo el distinguido escritor D. Juan Pérez de Guzmán. Es libro rarísimo del que sólo se hicieron 30 ejemplares.

El soneto 191 de esta colección está dedicado al mismo Duque.

Si no es el vuestro, que por ser de hielo,
De mal tan general se queda fuera.
Pero si el sol al mayor hielo ofende,
Lo consume y deshace como vemos,
El vuestro ante mi ardor. ¿quién lo defiende?
Y si ambos de su ardor nos defendemos,
¿Cómo se hiela en vos y en mí se enciende?
¿Caben en un sujeto dos extremos?

XXXIV.

(*A. fol. 71.*)

Á LA PRINCESA DE MOLFETA (1)

Como el que de escorpión fué ya mordido,
Si de allí en algún tiempo se le acuerda,
Se altera, se demuda y desacuerda
Y pierde la color y aun el sentido;
Mi alma que improviso acaso vido
La beldad, que á mi mal tan mal concuerda,
Hizo que la color del rostro pierda
La memoria de haber sido ofendido.
No fué flaqueza, nó, ni son amores:
La injuria al corazón ha salteado

(1) Véase el soneto XXX.

Y dió de justa cólera testigo.
No hace al caso, nó, mudar colores,
Señora, porque un hombre demudado
Acomete mejor á su enemigo.

XXXV.

(A. fol. 55)

Como el que enfermedad de muerte tiene,
Que está de su salud desconfiado,
Ni se puede alegrar del mal pasado,
Ni gozo entero haber del bien que viene,
Pensando en el morir si se detiene
Es porque el plazo cierto no ha llegado,
De cuya causa el mejorar de estado
Ni lo asegura ya, ni lo entretiene,
Tal el triste Vandalio en la estrecheza,
Envuelto en un temor con mil temores,
Á la bella Amaríllida decía:
Poca seguridad, menos firmeza.
No me dejan gozar vuestros favores;
Que un recelo mortal me los desvía.

XXXVI.

(A. fol. 39)

Como en cera imprimir sello podría
Lo mismo que en aquel fuese esculpido,
De aquel anillo que en señal ha sido
Dado de la fe vuestra á la fé mía,
El nombre me quedó que en él leía
Desde el dedo en el alma así imprimido,
Que en el mismo metal fué convertido
El corazón, que mal se defendía.
Bien fué que fuese así, porque mudado
En oro el corazón siempre se vea
Mientras se abrasa más, más afinado.
Vencerme otra beldad ninguna crea;
Que nadie compra esclavo señalado
Do el nombre del Señor escrito sea. (1)

XXXVII.

(A. fol. 135)

Como enfermo á quien ya médico cierto
Dice que ha de morir si no se bebe
Un vaso de ponzoña. y no se atreve,

(1) Publicado en la «*Revista Literaria*» de Sevilla, núm. 4, correspondiente al 30 de mayo de 1891.

Siéndole el daño de ello descubierto,
Teme, si dura el mal, que ha de ser muerto
Antes que el medio peligroso pruebe,
Y si para proballo al fin se mueve
Está de su salud también incierto,
Á tal término, Amor, soy allegado,
Que me mata el temor, y el desengaño
Me tiene de la muerte temeroso.
Pensar venir en duda es excusado;
Y habiendo de pasar por el un daño
De entrambos igualmente estoy dudoso. (1)

---

(1) Este soneto y otros varios de esta colección corroboran la idea, apuntada en nuestro estudio sobre Cetina, de la gran influencia de Ausias March en el petrarquismo castellano. El soneto transcrito es traducción en sus primeros versos del canto 81 de amor del eminente poeta catalán, que dice así:

Si col malalt qui 'l metje lo fa cert
que no 's pot fer que de la mort escap
si de veri no beu un plen anap,
e lo perill no li esta cubert.....

que también tradujo Jorge de Montemayor, en los siguientes versos:

Como el enfermo á quien le hace cierto
el médico, que á no beber de presto
un vaso de ponzoña, será muerto,
y su peligro ve tan manifiesto.....

XXXVIII.

(B. N.-M. 258, fol. 34 vto.)

¿Cómo es posible poderse sufrir
Muy á la larga un mal tan pesado,
Que ni en el día afloja el cuidado,
Ni en toda la noche me deja dormir,
Mal que de nuevo me hace sentir
Todos los males que por mí han pasado;
Mal que el dolor que estaba enterrado
Ahora de nuevo me hace sentir?
¿Á quién podré triste de esto quejarme?
¿Con quién lloraré la pena que siento,
Pues nadie en el mundo me puede alegrar?
Tú, que algún tiempo pudiste ampararme,
Duélate ahora mi triste tormento,
Pues otro remedio no le puedes dar. (1)

---

(1) Como queda dicho en el trabajo que precede á esta colección de poesías, frente á la nueva escuela de Garcilaso, Cetina y Boscán, levántase protestando la antigua poesía castellana, representada por Cristóbal de Castillejo. Poetas hubo por aquellos tiempos, que, como Silvestre, empezaron según el patron de la vieja manera y acabaron su vida escribiendo poesías de gusto italiano; y como D. Diego Hurtado de Mendoza, que escribió según los cánones de ambas escuelas. ¿No podria considerarse este soneto de Cetina como un ensayo de concordia entre ambas? La composición copiada pertenece por el número de las sílabas á la antigua poesía castellana, y, sin embargo, en la rima y combinación de los versos, á la italiana.

XXXIX.

(A. fol. 10.)

Como está el alma á nuestra carne unida,
En los miembros las partes igualmente,
Y como cada miembro el alma siente
Entera en sí y en todas repartida,
Y como si una parte es dividida
Del cuerpo por algún inconveniente,
El alma queda entera y tan potente
Cual siempre, sin que pueda ser partida,
Así el amor en mí no se acrecienta
Por más favor, ni cuanto más padece
El triste corazón muda el estado.
Muéstrase Amor en mí como tormenta
De mar, que cuando más con furia crece,
Su término no pasa limitado. (1)

XL.

(A. fol. 1.)

Como garza real alta en el cielo
Entre halcones puesta y rodeada,
Que, siendo de los unos remontada,

(1) Publicado por D. Adolfo de Castro en el tomo XXXII de la Biblioteca Rivadeneyra.

De los otros seguirse deja á vuelo,
  Viendo su muerte acá bajo en el suelo,
Por oculta virtud manifestada,
No tan presto será de él aquejada,
Que á voces mostrará su desconsuelo,
  Las pasadas locuras, los ardores,
Que por otras sentí, fueron, Señora,
Para me levantar remontadores.
  Pero viéndoos á vos, mi matadora,
El alma dió señal en sus temores
De la muerte que paso cada hora. (1)

XLI.

(A. fol. 145.)

Como la obscura noche al claro día
Sigue con inefable movimiento,
Así sigue al contento el descontento
De amor, y á la tristeza la alegría.
  Sigue al breve gozar luenga porfía;
Al dulce imaginar sigue el tormento,
Y al alcanzado bien el sentimiento
Del perdido favor que lo desvía.
  De contrarios está su fuerza hecha,
Sus tormentas he visto y sus bonanzas,

(1) Publicado por don Adolfo de Castro en el tomo XXXII de la Biblioteca Rivadeneyra.

Y nada puedo ver que me castigue.
Ya sé qué es lo que daña y aprovecha;
Mas, ¿cómo excusará tantas mudanzas
Quien ciego tras un ciego á ciegas sigue? (1)

XLII.

(A. fol. 132)

Como la simplecilla mariposa,
Á torno de la luz de una candela,
De puro enamorada se desvela,
Ni se sabe partir, ni llegar osa;
Vase, vuelve, anda, y torna, y no reposa,
Y de amor y temor junto arde y hiela,
Tanto que al fin las alas con que vuela
Se abrasan con la vida trabajosa.....
Así ¡mísero yo! de enamorado,
Á torno de la luz de vuestros ojos,
Vengo, voy. torno, y vuelvo, no me alejo.
Mas es tan diferente mi cuidado,
Que, en medio del dolor de mis enojos,
Ni me acaba el ardor ni de arder dejo. (2)

---

(1) Publicado por D. Adolfo de Castro en el tomo XXXII de la Biblioteca Rivadeneyra.

(2) Publicado en Gallardo, tomo 2.°, col. 428. Es traducción de un soneto de Petrarca, que dice así:

Come talora al caldo tempo sole
Semplicetta farfalla al lume avvezza

XLIII.

(A. fol. 89)

Como se turba el sol y se oscurece
Si nube se interpone ó turbio el cielo,
Dejando oscuro y triste acá en el suelo
Todo cuanto con él claro parece;
Y como estando así nos aparece
Fuera de aquella nube y de aquel velo,
Y llevando lo oscuro el aire á vuelo,
La claridad del sol más resplandece,
Tales me son á mí vuestros enojos;
Que, mirándoos airada ó descontenta,
Se torna obscura noche el claro día;
Mas en viendo la luz de vuestros ojos,

Volar negli occhi altrui per una vaghezza,
Ond' avven ch' ella more, altre di sole;
Cosi sempr'io corro al fatal mio sole
Degli occhi onde mi ven tanta dolcezza,
Che 'l fren della ragion Amor non prezza,
E chi discerne è vinto da chi vole.
E veggo ben quant' elli a schivo m' hanno;
E so ch' i' ne morró veracemente;
Che mia vertu non puó contra l' affanno:
Mas si m' abbaglia Amor soavemente,
Che i' piango l' altrui noia e no 'l mio danno;
E, cieca, al suo morir l'alma consente.

Alegre luego el alma os me presenta
Mil veces más hermosa que solía. (1)

XLIV.

(A. fol. 53)

q L258

Como teniendo en tierra bien echadas
Las raíces un árbol se sostiene,
Y como del humor que de ellas tiene
Las ramas son criadas y guardadas;
Como si le serán todas cortadas,
No por eso se seca ó se detiene,
Antes torna á brotar y á mostrar viene
Otras en su lugar luego criadas,
Así de mi esperar siendo cortado
Por la mano cruel de algún desvío
Con las ramas el fruto deseado,
De la raiz, que está en el alma, envío
Humor á la esperanza, y de obstinado
Con nuevas ramas á esperar porfío.

---

(1) Publicado por D. Adolfo de Castro en el tomo XXXII de la Biblioteca de Rivadeneyra, y por la Sociedad Económica de Sevilla, en su colección de poesías.

XLV.

(A. fol. 24.—B. N.-V. 366, fol. 135)

Con ansia que del alma le salía,
La mente del morir hecha adivina,
Contemplando Vandalio la marina
De la ribera bética. decía:
«Pues vano desear, loca porfía
Á la rabiosa muerte me destina,
Mientras la triste hora se avecina,
Oye mi llanto tú, Dórida mía.
«¡Oh, si tu crüeldad contenta fuese
Por premio de esta fe firme y constante,
Que sobre mi sepulcro se leyese,
«No en letras de metal, mas de diamante:
—Dórida ha sido causa que muriese
El más lëal y el más sufrido amante!» (1)

XLVI.

(A. fol. 93.)

Con aquel poco espíritu cansado
Que queda al que el vivir le va dejando,
En brazos de Amaríllida llorando

(1) Publicado por don Adolfo de Castro en el tomo XXXII de la Biblioteca Rivadeneyra.

Vandalio, de salud desconfiado,
«No me duele el morir desesperado
—Dijo—pues con mi mal se va acabando;
Mas duéleme que parto y no sé cuándo,
Señora, habrás dolor de mi cuidado.»
La ninfa, que con lágrimas el pecho
Del mísero pastor todo bañaba,
«Sin premio no será tu amor»,—decía.
Mas él, puesto en el paso más estrecho,
Mucho más que el morir pena le daba
No poder ya gozar del bien que vía.

XLVII.

(A. fol. 167.—B. N.-V. 366, fol. 59)

Con aquel recelar que amor nos muestra
Mezclado el desear con gran cuidado,
Viendo soberbio el mar, el cielo airado,
Hero estaba esperando á la fenestra,
Cuando fortuna, que hacer siniestra
Quiso la fin de un bien tan deseado,
Al pié de la alta torre ya ahogado
Del mísero Leandro el cuerpo adiestra. (1)
Ciega, pues, del dolor extraño, esquivo,
De la fenestra con furor se lanza
Sobre Leandro, en el caer diciendo:

(1) Así dicen los dos códices citados.

«Pues á mis brazos que llegase vivo
No quiso el hado ¡oh sola mi esperanza!
Espera, que á do vas te voy siguiendo.» (1)

XLVIII.

(B. N.-V. 366, fol. 63)

Con gran curiosidad, con gran cuidado,
Por la rara beldad que en ellos vía,
Curaba sus cabellos noche y día
Del famoso David el hijo amado.

---

(1) Este soneto parece continuación del que comienza:

«Leandro, que de amor en fuego ardía»

quedando con ambos completa la historia de Hero y Leandro, cantada por todos los poetas de este tiempo.

Hernando de Acuña trató este mismo asunto con el siguiente

SONETO

De la alta torre al mar Hero miraba,
Al mar que siempre más se embravecia
Y esperando á Leandro se temía,
Mas siempre con temerse le esperaba:
Cuando la tempestad ya le acababa
De su vida la lumbre y de su guía,
Y el cuerpo sin el alma á dar venía,
Do el alma con el cuerpo deseaba:
Esclareciendo en ésto, la triste Hero
Vió muerto á su Leandro en la ribera,
Del viento y de las ondas arrojado;
Y dejóse venir sobre él diciendo:
«Alma, pues, otro bien ya no se espera,
Éste al menos te será otorgado.»

Cuando crecidos ya, siendo aquejado
Del valiente Joab que lo seguía,
De los cabellos que él cuidado había
Para su mal se vió quedar colgado.
Así un luengo esperar, dudoso, incierto,
Á costa del vivir crió el deseo
Y puso toda en él su confianza,
Hasta que, ya el engaño descubierto,
Siguiéndome el dolor, quedarse veo
Colgado el desear de la esperanza.

XLIX.

(B. N.-M. 258, fol. 12.)

¿Con qué cara podrá la que me vende
Volver los ojos á mirar la mía?
Y, cierto, mucho más me dolería
Si no me entiende á mí quien tanto entiende.
No hago cuenta de lo que me ofende;
Que quien tanto sufrió más sufriría,
Y de mí mismo poquedad sería,
Si no fuese por quien lo reprehende.
Que, pues debo mirar lo que á ella toca,
Pienso que está en decillo el remediallo,
Si acaso alguna vez se lo contase.
Y no puedo para esto abrir la boca,

Porque ella sabe tanto, que, aunque callo,
Me entiende muy mejor que si hablase.

L.

(A. fol. 11)

Contento con el mal de amor vivía,
Habiendo el alma en él hábito hecho;
Su daño principal ni su provecho
No me alteraba ya ni lo sentía.
Hora ha querido la desdicha mía
Con otro nuevo mal herirme el pecho;
Éste me desbarata y me ha deshecho,
Mientras menos del otro me temía.
Como enfermo que está ya confiado
Que no puede morir de un mal que tiene,
Por haberse en el uso así guardado,
Cualquier nuevo accidente que le viene
Diferente de aquel que había pensado,
Le hace recelar más que conviene. (1)

---

(1) Publicado por D. Adolfo de Castro en el tomo XXXII de la Biblioteca Rivadeneyra.

LI.

(A. fol. 7)

Contra el influjo del contrario cielo,
Que á nuestra voluntad cegar porfía,
Ha andado trabajando el alma mía
Por defendella de amoroso velo.
Y no bastando aquel divino celo
Con que me ha desvíado y me desvía,
Pudo en el cuerpo más su fantasía,
Como en cosa compuesta acá en el suelo.
No debe el alma ser reprehendida,
Pues libre sin lesión ninguna queda
Y sola la mortal parte ofendida.
Ni basta aquella que nos vuelve en rueda
Por ser elementada nuestra vida
Que contra el cielo defendella pueda.

LII.

(A. fol. 99.—B. N.-V. 366, fol. 77 vto.)

Corre con tempestad furiosa y fuerte
El más cuerdo piloto, el más experto,
Y en viendo cerca el deseado puerto,
El miedo en esperanza se convierte;
Mas queriendo surgir la mala suerte,

Los torna con extraño desconcierto;
Sale un viento cruel, contrario, incierto,
Que atrás lo vuelve á recelar la muerte.
Así yo, en la fortuna del deseo,
Á vos vengo, que sois el puerto mío,
Donde de tanto mal pienso salvarme;
Mas ¡ay, hado crüel! que apena os veo
Cuando el contrario viento de un desvío
Hace que en el dolor vuelva á engolfarme.

LIII.

(A. fol. 66.—B. N.-V. 366. fol. 14 vto)

Cosa es cierta, Señora, y muy sabida,
Aunque el secreto della está encubierto,
Que lanza de sí sangre un cuerpo muerto,
Si se pone á mirarlo el homicida.
Así yo (aunque estoy vivo) estoy sin vida,
Siendo visto de vos, que me habeis muerto:
Con mi sangre mostré lo que más cierto
Mostrais vos con mostraros desabrida.
Pero si no fué así, fué que corriendo
La sangre al corazón, para valelle,
Por saliros á ver erró el camino;
Salvo si no fué el alma, que, sintiendo
Su agravio, así ante vos quiso ponelle
Con señal tan costoso y tan divino.

LIV.

(A. fol. 26.—B. N.-V. 366, fol. 172.)

Crüel y venturosa celosía,
Si de humano sentido alcanzas parte,
¿Por qué enemiga así quieres mostrarte
Al mundo, á mí y á la señora mía?
Cuanta el mundo beldad mirar podría,
Celas con importuna invidiosa arte;
Á mí causas dolor con tu cerrarte,
Y á mi señora ofende tu porfía.
Ella quiere ser vista, por que vea
La tierra el mayor bien que puede verse,
Y el cielo la beldad que allá desea.
Aquel fuego que en mí pudo encenderse
Te abrase.... Pero nó: porque no sea
Tu encenderte ocasión de su esconderse. (1)

LV.

(A. fol. 258.— B. N.-V. 366, fol. 88 vto.)

Cual doncella hermosa y delicada
Que en verde prado está de flores lleno,

---

(1) Impreso en Gallardo, tomo 2.º, col. 418. En el original, dice el primer verso:

Cruel y venturosa jelosía....

El ánimo del mal de amor ajeno.
Tejiendo una guirnalda descuidada;
Estando en su labor toda ocupada,
Fría serpiente se le entró en el seno,
Y apenas se apercibe del veneno
Que en el alma se siente atravesada,
Descuidada se andaba el alma mía,
Recreándose sola entre las flores
Que en el prado de amor había cogido,
Cuando turbarse vió la fantasía,
Y entrar helado entre el ardor de amores
Un áspide celoso en el sentido. (1)

LVI.

(A. fol. 31)

Á LA MARQUESA DEL VASTO (2)

Cual en la deseada primavera
Suelen venir á nos Favonio y Flora;
Cual se suele mostrar la bella aurora
Ante el rector de la celeste esfera;

---

(1) Impreso en Gallardo, tomo 2, col. 445.

(2) Aunque en el ms. de la Biblioteca de Álava parece leerse *A la marquesa del Gasto*, y así lo copió D. Adolfo de Castro, que publicó este soneto en el tomo XXXII de la Biblioteca Rivadeneyra, creemos que hay error y que el soneto debe entenderse dedicado á la esposa de don Alonso de Ávalos, Marqués del Vasto, grande amigo de poetas y á quien suponemos, según queda consignado, que está dedicado el soneto 14 de esta colección.

Cual en aquella dulce edad primera
Diana en selva se mostró á deshora;
Tal vos, excelentísima Señora,
Pareceis á este pueblo que os espera.
Alégrate hora pues, Liguria mía;
Que si grande ocasión para gozarte
Deseabas hallar, hoy es el día.
Si de dolor te queda alguna parte,
Sea por no haber visto en compañía
De la nueva Diana al nuevo Marte.

LVII.

(A. fol. 138.—B. N.-V. 366, fol. 121 v.to.)

¿Cuál fiera tempestad, cuál accidente,
Mi tan sereno mar ha vuelto airado?
¿Qué es del fuego, Señora, en que abrasado
Fué vuestro corazón tan dulcemente?
Si en el perpétuo olvido Amor consiente
Que así se haya deshecho y apagado,
¿Qué fué, si no fué amor, mi bien pasado?
Y si fué amor, ¿qué es de él? ¿Dó está presente?
Ya que justa ocasión de mí os partiese,
¿Cómo puede hora ser que en sola un hora
Tanto amor, si era amor, de vos se fuese?
Sombra de amores fué, no amor, Señora;

Mostrástesme la luz por que sintiese
Mayor obscuridad sin ella agora. (1)

LVIII.

(A. fol. 6.)

¿Cuál hombre fué jamás tan sin sentido,
Que si entiende de Amor el dulce estado,
Viendo en claros ejemplos lo pasado
Quiera seguir su bando ó su partido?
Yo sólo soy á quien el hado ha sido
Tan contrario, que siendo destinado
Á amar, sabiendo el daño, soy forzado
Quedar si me defiendo al fin vencido.
Si trabajo tal vez por alegrarme
Como cosa contraria al mal que siento
Luego se vé lo falso descubierto;
Si en otro que en Amor quiero ocuparme,
El hábito que ha hecho el pensamiento
Hace lo más dudoso en mí más cierto.

---

(1) Publicado en la «*Revista Literaria*» de Sevilla, núm. 1, correspondiente al 15 de Abril de 1891.

LIX.

(A. fol. 148.)

Cuando á contemplar vengo el curso breve
Desta vida mortal, vana, ligera,
Y cómo saltear airada y fiera
Suele la muerte á aquel que morir debe,
Viene el sentido á ser casi de nieve,
Ante el sol del temor que desespera,
Viendo cuán tarde y mal, ya que andar quiera,
El mal uso á virtud los pasos mueve.
Y es el mal que me quejo y muestro ceño
De fortuna, de Amor, de mi Señora,
Sabiendo que la culpa es toda mía:
Que como hombre engolfado en dulce sueño,
Me duermo sin pensar siquiera un hora
Que siendo el morir cierto, ignoro el día. (1)

---

(1) Nótanse en este soneto y en muchas otras composiciones defectos de rima que el buen sentido del lector sabrá atribuir al poco cuidado que en esto había en lo antiguo. Así, por ejemplo, en el soneto transcrito las terminaciones de los versos 1.º, 4.º, 5.º y 8.º, están escritas en el original *breue*, *deue*, *nieue* y *mueue*, conforme al uso de la época en que se escribió.

LX.

(A. fol. 65.—B. N.-V. 366, fol. 264)

Cuando á escribir de vos el alma mía
Se mueve, tanto que alabar se ofrece,
Que el ingenio y el arte desfallece
Y sólo el desear queda por guía,
Este deseo la tira y la desvía
De cuanto acá hermoso nos parece,
Y en la eterna beldad do resplandece
La que vemos acá mira y porfía.
De aquí nace otro efeto; que mirando
Vuestra beldad en la beldad del cielo,
Entre los otros puesta en alta cima,
Se inflama de otro ardor que sentía cuando
Acá os miraba, y de un más limpio celo:
¡Que el bien, más conocido más se estima!

LXI.

(A. fol. 100.)

AL PRÍNCIPE DE ÁSCOLI (1)

Cuando algún hecho grande y gloriöso
Ó victoria de ejército alcanzaban,

(1) Véase la nota del soneto 17. Este fué impreso por D. Adolfo de Castro en el tomo XXXII de la Biblioteca Rivadeneyra.

Arcos, colosos, mármoles alzaban
Los romanos al que era victorioso.
Quedaba el nombre así de aquél famoso,
Y de una envidia honesta despertaban
Los ánimos de aquellos que aspiraban
Venir á un fin tan alto y glorioso. (*sic*)
Estos escudos de armas, los trofeos,
Las memorias que veis en cada parte,
Príncipe digno de inmortal historia,
Despertadores son de los deseos
Que á un hijo tal cual vos del nuevo Marte
Harán subir á la paterna gloria.

LXII.

(A. fol. 38.—B. N.-V. 366, fol. 244)

Cuando del grave golpe es ofendido
El cuerpo, de improviso lastimado,
Ó por nuevo accidente es asaltado
Por caso de que no fué prevenido,
La sangre corre luego al desvalido
Corazón, como á miembro señalado,
Y de allí va á parar do el golpe ha dado,
De do nace el quedar descolorido.
Hizo en mi pecho Amor mortal herida;
Corrió luego la sangre allí alterada
Y separóse de do estaba el daño.

De allí quedó con la color perdida:
Al rostro el corazón se la ha usurpado
Para favorecer su mal extraño. (1)

LXIII.

(B. N.-M. 258, fol. 258)

Cuando la alegre y dulce primavera
Á partir sus riquezas comenzaba,
Y de los verdes campos desterraba
Aquella estéril sequedad primera,
Un pastor triste y solo en la ribera
De Tesín, gravemente suspiraba,
Y ví que en un gran pino que allí estaba
Con un hierro escribió de esta manera:
«Si de Amor libre por aquí pasare
Acaso algún pastor, cualquier que fuera,
Huya desta ribera y deste llano;
Que cuando más sin pena se hallare
Si á silbido crüel pastora viere
Por ella morirá con..... (2)

---

(1) Gallardo, al hacer el índice del códice de Álava, copia asi el primer verso de este soneto:

«Cuando del grave peso es ofendido....»

pero en los dos manuscritos citados se encuentra tal como lo trascribimos.

(2) Ininteligible en el códice.

LXIV.

(A. fol. 172.)

Á D. JUAN DE ROJAS SARMIENTO

enviándole á pedir unos papeles que le pidió (*sic*. (1)

Cuando oro bajo y de grosera mina
Suele hallar tal vez minero experto,
Si con otro metal sale cubierto
Al fuego lo consagra y lo destina;
Allí se purifica, allí se afina,
Allí descubre su valor más cierto;
Si dél acaso está dudoso, incierto
El fuego lo quilata y determina.
Yo, que, apesar de Febo y de Parnaso,
De Helicona hallé, no digo vena,
Mas cierto humor peor que de locura,
Para saber si debo dar más paso
En seguilla, ó dejar tan loca pena,
Consagro al fuego vuestro esta escritura.

(1) Aunque falta de sentido, así se lee en el Códice de la Biblioteca de Álava esta dedicatoria. El texto del soneto indica bien claramente que Cetina enviaba sus versos á Rojas en consulta de su mérito.

LXV.

(A. fol. 178)

Cuanto pienso me da dolor doblado;
Ningún pensar me da contentamiento;
Ni fuera de pensar deleite siento,
Ni sé entenderme á mí ni á mi cuidado,
Entre mi mal el bien viene mezclado;
Ni lo sé conocer, ni tomar tiento;
Que en gustando del bien el sentimiento,
Ó se convierte en mal, ó ya es pasado.
En medio del deleite llega luego
El recelo del mal, considerando
Que es un tal bien un poco de agua al fuego.
Así el mónstruo marino está llorando
Mientra el cielo y el mar muestran sosiego,
De futura tormenta recelando. (1)

LXVI.

(A. fol. 93.—B. N.-V. 366, fol. 435)

Dama, tan claro en vos Amor me muestra
De su cautela la experiencia clara,
Que si el alma engañar no se dejara,

(1) Gallardo en el índice, ya citado, copia así el primer verso de este soneto:

Cuando pienso me da dolor doblado.

En vuestro gesto vió clara la muestra.
La culpa fué de Amor; la gloria es vuestra;
La pena mía, y tal, que me bastara,
Sin que os sacara el mal todo á la cara
El ciego que por vos mi vida adiestra.
El calor desta fiebre que os ofende
Ha hecho en mi dolor efecto extraño,
Muy contrario de aquél que yo tenía.
A vos os hiela el fuego; á mí me enciende;
En vos crece beldad; en mí el engaño
Hace el deseo mayor que ser solía.

LXVII.

(A. fol. 45.)

De aquella voluntad que á mi tormento
Pudo entregarme así tan de su grado,
No puedo en nada ya ser ayudado,
Ni en mi favor ni como mía la siento.
Perdió razón su acostumbrado asiento,
Que el nuevo mal nueva razón me ha dado,
Y en tanta confusión sólo ha quedado
Por verdugo del alma el pensamiento.
Tampoco me quedó libre el deseo
Que entre vida y morir busca y no acierta
De cuál se agrada más, cuál me conviene.
Pensad cuál debo estar; ved cuál me veo,

Que el morir por entrar corre á la puerta
Y el vivir por salir se lo detiene.

LXVIII.

(B. N.-V. 366, fol. 62 vto.)

De error en error, de daño en daño,
De una desdicha en otra desventura,
De un desvarío en otra gran locura,
De un viejo engaño en otro viejo engaño,
De un grave mal en otro mal extraño,
De una necesidad á otra jactura, (*sic*)
Me ha traído el Amor y mi ventura
Á que huya mi propio desengaño.
Conozco que me ofende el pensamiento,
Y sólo de pensar me paso y vivo;
En él hallo el descanso y el tormento.
¡Oh nuevo padecer, extraño, esquivo!
Que nacen de una causa el mal que siento
Y el bien que me hace ir soberbio, altivo.

LXIX.

(A. fol. 163)

AL PRÍNCIPE (1)

Deje el estilo ya la usada vena;
Mude el süave en doloroso canto;
Mudar conviene el llanto en mayor llanto
Y pasar de una grande á mayor pena.
Muerto es el que hacer solía serena
La vida, y nuestra edad alegre tanto;
Muerta es virtud y muerto el vivir santo;
No viva puede haber ya cosa buena.
Eterno lamentar, lloroso verso,
Lágrimas de dolor, oscuro luto
Hagan al mundo fe de común daño;
Lloran, príncipe invicto, á quien adverso
Hado cortó en el dar el primer fruto
El árbol más hermoso. ¡Ay, fiero engaño!

---

(1) Parece que se refiere al de Ascoli, con motivo de su muerte. Véase la nota del soneto 17.

El presente fué impreso por D. Adolfo de Castro en las noticias biográficas de Cetina contenidas en el tomo XXXII de la Biblioteca Rivadeneyra. También se imprimió en Gallardo, tomo 2, col. 432.

LXX.

(A. fol. 157)

De la contemplación del pensamiento
Crece la voluntad mi fantasía;
Del dulce imaginar del alma mía
Hace el Amor en mí firme cimiento.
Del pensar nace en mí el contentamiento
Que da más viva fuerza á mi porfía;
Tanto mi desear las olas cría
Cuanto nacen de más conocimiento.
Las partes que de vos este alma entiende,
Mientra que más las voy considerando,
Mayor ardor al corazón envío;
Como el fuego, que tanto más se enciende
Cuanto más leña en él irán echando:
¡Ved, pues, si es inmortal el fuego mío!

LXXI.

(A. fol. 105.—B. N.-V. 366, fol. 253.)

De la incierta salud desconfiado,
Mirando cómo va turbio y furioso
Betis, corriendo al mar, dijo lloroso
Vandalio, del vivir desesperado:
«Recibe ¡oh caro padre! este cansado

Cuerpo de un hijo tuyo, deseoso
De hallar en tus ondas el reposo
Que negó la fortuna á mi cuidado.
»Haz, padre, que estos árboles que oyendo
La causa de mi muerte están atentos,
La recuenten después de esta manera:
—»Aquí yace un pastor que amó viviendo;
Murió entregado á Amor, con pensamientos
Tan altos, que, aun muriendo, amar espera.»

LXXII.

(A. fol. 147)

De las doce á las cuatro había pasado;
Por la quinta carrera el sol corría,
Sin que, del resplandor que dar solía,
Muestra de su beldad, luz haya dado.
Ó escondido, ó traspuesto, ó de un nublado
Negro, lleno de horror, se le cubría
Al mísero Vandalio, el cual no vía
Sin él por dó seguir con su ganado.
Llenos de un triste humor tenía los ojos
El cuitado pastor, mirando al cielo,
Mostrando, sin hablar, su desventura.
Cuando, por renovar viejos enojos,
Quitándose y poniendo el sol un velo,
Mostró y tornó á esconder su hermosura.

LXXIII.

(A. fol. 7.)

Del dulce fuego que en el pecho me arde
No sé cómo decir que estoy quejoso,
Ni en medio del ardor fiero, rabioso,
Sé de quién fíe, ni de quién me guarde.
Contra la ley de Amor soy tan cobarde,
Que aun al mismo dolor pedir no oso
Tanto tiempo de venia y de reposo,
Que me pueda quejar, aunque es ya tarde,
Pero si, á dicha, alcanzo tanta suerte,
Que la turbación pierda del sentido,
Y al corazón torná el valor osado,
Aún espero, Señora, que el sonido
Del triste lamentar podrá moverte
Á piedad de haberme maltratado.

LXXIV.

(A. fol. 174)

Del más subido amor, del más precioso
Olor de gloria y del más alto grado.
Nació en mi alma el mal de su cuidado,
Antes no, sino el bien de su reposo.
Mi mal nació de allí fiero y rabioso,

À mi bien sin igual igual en grado;
Razón en mi dolor se ha transformado
Y el dolor sin razón se está quejoso.
¿À quién se dió jamás, pues, tal tormento?
¿Dónde se vió, decid, que un mal tan alto
Venga envuelto en un bien que par no tiene?
Amor, gracias te doy por lo que siento:
Razón sobra al dolor, y della falto,
Teme el honroso mal que de tí viene.

LXXV.

(A. fol. 130)

Á una dama que lloraba un su servidor muerto.

De Menalca pastor la ninfa Flora
Lloraba el duro caso extraño y fuerte,
Y del hermoso rostro, ¡dura suerte!
Las rosas oscurece y descolora.
Ya se hace llorar, ya vuelve y llora
Y en dulces perlas su llorar convierte;
Ya queda muerta y fría, y si la muerte
La deja respirar, dice algún hora:
«Parca, si de mi bien te enamoraste,
Cortarás de mi vida el hilo incierto;
Gozarás del poder; yo del engaño.
»Más ¡ay! que digo yo que no acertaste:

Que por matarle á él, á mí me has muerto;
El golpe has hecho en él; yo siento el daño.» (1)

LXXVI.

(*A. fol. 180*)

De sola la ocasión ledo y gozoso,
Dijo Vandalio á Amor: «Por un halago
Corra en cama dorada el rico Tago;
Pactolo sea de perlas abundoso;
»Desee con su virtud quedar famoso
El que el sacro laurel quiere por pago;
Vaya arando la mar, cual hizo Lago,
Aquel que de riquezas es cuidoso;
»Gobierne el reino aquel que lo procura;
Sea el mundo de aquel que lo conquista,
Y cada cual se goce con su estado.
»Yo no pido ni quiero más ventura,
Salvo que pueda de una dulce vista
Solamente mirar y ser mirado.» (2)

---

(1) Impreso por don Adolfo de Castro en el tomo XXXII de la Biblioteca Rivadeneyra.

(2) Publicado asimismo por don Adolfo de Castro, *ibid.*

LXXVII.

(A. fol. 13.—B. N.-V. 366, fol. 138.)

De sólo religión vana movido,
Bárbaro que en su ley piensa salvarse,
De la patria tal vez suele alejarse
Y en la extraña pasar desconocido.
Pobre, cansado, solo y afligido,
Adorado el lugar do fué á votarse,
Por no ver más, quiere del ver privarse,
No creyendo ya haber más bien que vido.
Si el ver otra beldad no he procurado,
De aquí viene, Señora, y de aquel fuego
Que en mi alma se enciende de miraros.
De ver otras yo mismo me he privado,
Y en medio de mi mal quedé (aunque ciego)
Contento con el bien de contemplaros.

LXXVIII.

(A. fol. 61.—B. N.-V. 366, fol. 183 vto.)

¡Dichoso desear, dichosa pena,
Dichosa fé, dichoso pensamiento,
Dichosa tal pasión y tal tormento,
Dichosa sujeción de tal cadena;
Dichosa fantasía, de gloria llena,

Dichoso aquel que siente lo que siento,
Dichoso el obstinado sufrimiento,
Dichoso mal, que tanto bien ordena;
Dichoso el tiempo que de vos escribo,
Dichoso aquel dolor que de vos viene,
Dichosa aquella fe que á vos me tira;
Dichoso quien por vos vive cual vivo,
Dichoso quien por vos tal ansia tiene,
Felice el alma que por vos suspira! (1)

LXXIX.

Divino y alto Alcázar eminente
De hermosa barbacana circuído,
Donde Apolo y las nueve hicieron nido,
Olvidados de Pindo y de su fuente.
Pues que gozais de clima tan clemente
Que entre la nieve y hielo empedernido
Teneis vuestro jardín, verde, florido,
Que apoca la fragancia del Oriente,
Benigno, grato, franco, favorable,
Permitilde á mi musa algunas flores,
Por reparo y restauro de su inopia.
Que si alcanza este bien incomparable,

(1) Publicado por D. Adolfo de Castro en el tomo XXXII de la Biblioteca Rivadeneyra.

Demostrarán sus plumas sin temores
Recibiendo valor de vuestra copia. (1)

LXXX.

(A. fol. 18.)

Dulce enemiga mía, hermosa fiera:
Si las obras de amor mirar queremos,
Iguales con el sol las hallaremos
Una regla guardar y una manera.
Cerca la tierra el sol dentro y de fuera;
Y la cera derrite como vemos;
¿De dónde vienen, pues, tales extremos?
¿Los rayos no son todos de una esfera?
Amor os hiela á vos y á mí me enciende;
En mí acrecienta amor y en vos desvío;
Yo soy un fuego ya, vos toda un hielo.
Pues ¿cómo puede ser, hay quien lo entiende?
Si procede de amor el ardor mío,
El hielo vuestro es permisión del cielo. (2)

---

(1) He hallado este soneto escrito de mano del diligentísimo don Bartolomé José Gallardo con nota en la que éste dice creer que el soneto es de Cetina, dirigido á Alcázar en pago de los que este ingenio le dirigió y que copia Pacheco. Posee estos apuntes de Gallardo mi buen amigo el Marqués de Jerez de los Caballeros.

(2) Gallardo olvidó poner este soneto en el índice que formó del Ms. de la Biblioteca de Álava.

LXXXI.

(A. fol. 39.— B. N.-V. 366, fol. 244 vto.)

Dulce, sabrosa, cristalina fuente,
Refugio al caluroso ardiente estío,
Á donde la beldad del ídol mío
Hizo tu claridad más transparente,
¿Qué ley permite, qué razón consiente
Un pecho refrescar helado y frío,
En quien fuego de amor, fuerza, ni brío,
Ni muestra de piedad jamás se siente?
¡Cuánto mejor harías si lavases
De este mi corazón tantas mancillas,
Y el dolor que lo abrasa mitigases!
Aquí serían, Amor, tus maravillas,
Si en estas ondas un señal mostrases
De mis penas á quien no quiere oillas. (1)

LXXXII.

(B. N.-M. 258, fol. 21 vto.)

Durases, noche; no viese yo el día:
Que tu tiniebla me es luz clara y pura,

(1) Impreso por D. Adolfo de Castro en el tomo XXXII de la Biblioteca Rivadeneyra.

Y el día me parece noche obscura,
Ausente de aquel sol del alma mía.
Quien pierde su descanso y alegría
Descansa con las cosas de tristura;
Yo no te viendo, imagen de hermosura,
Ver otro bien, doblado mal sería.
Alegres días busquen los contentos;
Yo con las noches pasaré cautivo
Mis lágrimas, mis dulces pensamientos.
Allí tu ausencia y mi dolor esquivo
Me dejan por müerto á mí el tormento;
Mas ¡ay! que en el pesar quedo muy vivo.

LXXXIII.

(*A. fol. 113.*)

Á D. JUAN DE GUEVARA

Ejemplo del valor de las Españas,
Don Juan, si así supiese hora alabarte,
Cuanto tus obras dan de gloria á Marte
Darían á mi pluma tus hazañas.
Las francesas insidias y las mañas,
Que en falta de virtud sufren con arte,
Acrecen en la tuya, y de tu parte
Cosas de admiración muy más extrañas.
Gloriosa nación, pues que vencido

El enemigo, su vencer os honra
Mucho más que os pudiera honrar perdiendo.
De ellos fué la victoria y la deshonra,
¡Dichosas vidas que ganais muriendo
Do se suele perder la vida y honra!

LXXXIV.

(A. fol. 79)

Á DOÑA CECILIA MILLAS

El amoroso piélago corría
La nave del curioso entendimiento
Y no sin ocasión miraba atento
Las islas más hermosas que en el vía.
Al fin del navegar arribé un día,
Cansado ya de ver islas sin cuento,
En la bella Çicilia, do contento
Quedé de aquel deseo que tenía.
Y visto todo el bien que puede verse,
Exclamaba diciendo: «¡Oh soberano
Aquel que habrá de ti la alta corona!
«Si por milagro, Amor, puede hacerse.
Haz que sea una hora çiciliano,
Ya que no puedo ser de Barcelona.» (1)

---

(1) En este soneto juega Cetina de las voces Cecilia, Çicilia y çiciliano que están en la dedicatoria y en los versos séptimo y décimo tercero.

LXXXV.

(A. fol. 35.)

El cielo de sus altos pensamientos
Con las alas de amor ledo subía
Vandalio, y ni el peligro lo desvía,
Ni le ponen temor mil escarmientos.
Las nubes deja atrás; deja los vientos
Vencidos del valor de su osadía,
Cuando de las palabras que decía
Al sol, suenan acá tales acentos.
«Si fué temeridad, ojos, del cielo
Osar, tan sin valor, volar tan alto,
Sabiendo de Faetón el caso fiero,
»Consentidme una vez que sin recelo
Mire vuestra beldad: después, si el salto
Viniese á ser mortal, mortal le quiero.» (1)

LXXXVI.

(A. fol. 76.)

AL SEPULCRO DE DIEGO DE ESQUIVEL

El despojo mortal yace aquí solo;
La beata alma es ya tornada al cielo

(1) Publicado en Gallardo, tomo 2, col. 420.

Del pastor Esquivel, que fué en el suelo
Un émulo de Orfeo, un nuevo Apolo.
Rabiosa muerte de entre nos llevólo;
Inmortal fama con piadoso celo
Haga que su virtud, tendido el vuelo,
Se manifieste al uno y otro polo.
Mirad, pues, musas, ninfas y pastores,
No ya flor en Parnaso ni Helicona
Destile humor que el lauro os tenga verde.
Y pues fué en el cantar de sus amores
El que puso más alta su corona,
Amor lo llore. que es el que más pierde. (1)

LXXXVII.

(*A fol. 137*).

El dulce fruto en la cobarde mano.
Y casi puesto á la hambrienta boca,
De turbado lo suelta y no lo toca,
Vencido de un temor bajo, villano,
Vandalio, y el Amor, fiero tirano,
Que al alma asombra con sospecha loca,
Mientra la vida deseando apoca,
La hambre crece y crece el temor vano.
En tanto, el caro fruto deseado
De la vista al pastor se aparece

(1) Publicado en Gallardo, tomo 2, col. 423.

Y ni comer se deja ni tocarse,
  Cuando con un suspiro apasionado
Dijo: «¡Tal sea de aquel á quien se ofrece
Un bien de que no sabe aprovecharse!»

LXXXVIII.

(A. fol. 44.)

  El más alto y más dulce pensamiento
Del cuidado mayor que más quería,
Un suspiro secreto en que escondía
La hermosa ocasión de su contento,
  Todo cuanto favor, cuanto contento
Tuvo jamás, cuanto tener podría,
Vandalio, pastor bético, ofrecía
Al Amor, muy lloroso y descontento.
  «Señor,—dijo al fin—si el sacrificio
Miras, cual puede ser que mayor sea,
Si á la intención tú sabes bien mi historia,
  »Sólo te pido, en premio del servicio,
La salud de Amaríllida, no vea
El mundo así perder su mayor gloria.»

LXXXIX.

(A. fol. 74.)

  El que está como yo tan desvalido,
Tan sujeto á su mal, tan desmayado,

No puede su dolor mostrar pintado,
Ni con palabras ser bien referido.
Liviano es aquel mal (ya lo has leído)
Que el seso puede en sí tener guardado;
Pero muy más liviano el que contado
Puede ser de la suerte que es sentido.
No quieras pues, pastor, importunarme
Que te muestre en dibujo mis pasiones
Para que la ocasión se entienda luego;
Que como por la luz se saca el fuego,
Se puede de tan altas ocasiones
Entender quién las causa y condenarme (1).

XC.

(*A. fol.* 5.)

El tiempo es tal, que cualquier fiera agora
Ama su igual y por él llora ó canta;
Muestra el ciervo en bramar fiereza tanta,
Mas á la cierva es dulce y la enamora.
La ronca voz del ciervo de hora en hora
Cualquier dureza de su par quebranta,
Y el triste ruiseñor su amiga espanta,
Por lo cual se lamenta, aflige y llora.
Si yo me quejo, la razón me sobra;
Pues ni tener respeto al ser constante

(1) Publicado en Gallardo, tomo 2, col. 423.

Vale, ni tanto amor á ser amado,
Amor lo hace y muestra bien ser obra
Suya hacer que valga un ignorante
Dichoso más que un cuerdo desdichado. (1)

---

(1) Este soneto está hecho sobre el LXII canto de amor de Ausias March, que dice así:

Lo temps es tal que tot animal brut
requir amor, cascun trobant son par:
lo Cervo brau sent en lo bosch bramar,
e son fer bram per dolç cant es tingut.
Agrons e Corbs han melodía tanta
que llur parell de tal cas s'enamora;
lo Rosinyol de tal cas s'entrenyora
si lo seu cant sa'namorada 'spanta.
E donch si 'm dolch, lo dobre 'm es degut
com veig amats menys de poder amar,
e lo grosser per apte veig passar,
amor lo fa no esser conegut: &c.

Véase el soneto XXXVII, calcado también sobre una poesía del mismo autor.

El célebre lusitano Jorge de Montemayor, que trasladó del catalán en castellano las obras de Ausias, traduce así estas estrofas:

El tiempo es tal que todo animal ama,
y busca el semejante á gran porfía:
el bravo ciervo por la cierva brama
y aquella voz para ella es melodía:
la garza, el cuervo, á sus iguales llama;
el canto de uno al otro dá alegría:
y el ruiseñor se corre, si da espanto
á su querida, con su dulce canto.
Pues si me duelo nadie ha de espantarse,
en ver amar quien nunca lo ha entendido:
por avisado el necio veo contarse
y causa amor que no sea conocido: etc.

Conviene tener presente la íntima amistad que unió á Montemayor con Cetina.

XCI.

(A. fol. 98)

El triste recordar del bien pasado
Me representa el alma á mi despecho,
Y el pensar que pasó me tiene hecho,
De esperar qué será, desesperado.
Ando de un no sé qué mal aquejado,
Que me parece que me roe el pecho;
Pienso que es desear, pero sospecho
Que no da el desear tanto cuidado.
Pues si no es desear, ¿qué es lo que siento?
Yo sé que no es temor; tampoco es celo;
Que no me da vuestro valor licencia.
¿Si es fuerza de amoroso pensamiento?
No, que el pensar consigo trae consuelo.
Mas ¡ay! que ya sé qué es; no es sino ausencia. (1)

XCII.

(A. fol. 23.—B. N.-V. 366, fol. 134 vto.)

¿En cuál región, en cuál parte del suelo,
En cuál bosque, en cuál monte, en cuál poblado,
En cuál lugar remoto y apartado,
Puede ya mi dolor hallar consuelo?

(1) Publicado en Gallardo, tomo 2.º, col. 427.

Cuanto se puede ver debajo el cielo,
Todo lo tengo visto y rodeado;
Y un medio que á mi mal había hallado,
Hace en parte mayor mi desconsuelo.
Para curar el daño de la ausencia
Píntoos cual siempre os ví, dura y proterva;
Mas Amor os me muestra de otra suerte.
No querais á mi mal más experiencia,
Sino que ya, como herida cierva,
Doquier que voy, conmigo va mi muerte. (1)

XCIII.

(A. fol. 54)

En el gozo mayor, en el contento
De mayor cualidad que se desea,
En el bien que no hay bien que igual le sea,
Y en la gloria mayor de mi tormento,
Me sale de través un pensamiento
—¡Ay Dios! ¡Qué gran error, qué cosa fea!—

(1) Publicado por D. Adolfo de Castro en el tomo XXXII de la Biblioteca Rivadeneyra.

Petrarca tiene un soneto que comienza:

«In qual parte del Ciel, in quale idea.....»

cuyo primer verso parece haber inspirado el principio de este soneto de Cetina.

Y haceme creer que no los crea.
Ved cuál queda con esto el sentimiento.
Díceme que es ficción, que es una sombra,
Cierto disimular, falsa apariencia,
Que no vienen de Amor tales efectos.
Y el alma, que de tal visión se asombra,
Tanto le amarga al gusto esta dolencia,
Que apenas siente el bien de estos afectos.

XCIV.

(A. fol. 136)

En el paso más duro y más estrecho,
En el más peligroso, en el más fuerte,
En el que temo más que no la muerte,
Y en el que más deseé por mi provecho,
Me tiene puesto Amor, que Amor lo ha hecho,
En el dudoso arbitrio de la suerte,
Á que viva contento en que se acierte
Ó que no y muera en lágrimas deshecho.
Solía el alma ya vivir segura,
Confiada del bien sin merecello,
Esperando ese trance en que ha de verse;
Mas quien tiene su vida en aventura,
Colgada, como dicen, de un cabello,
Ved si tiene razón para temerse.

XCV.

(A. fol. 17.)

En esto podeis ver, Señora mía,
La razón que teneis de maltratarme;
Que si tengo aún voz para quejarme
El temor me acobarda y me desvía.
Anda tan ciega ya mi fantasía,
Que llego alguna vez á aventurarme;
Mas un no sé qué es viene á estorbarme
Y no es, aunque parece, cobardía.
Ved cuál debe de estar quien no se entiende;
Que siendo causa vos del mal que siento,
De vos, que lo causais, me cubro y celo.
Pues si mata el callar, decillo ofende,
¡Qué remedio tendrá quien su tormento
Le tiene á vuestros pies ya por el suelo!

XCVI.

(A. fol. 46)

En medio de mi mal vino cubierto
Un tan hermoso bien, tan dulce engaño,
Que el alma enamorada de su daño
Fué luego con el seso de concierto.

À tiempo ví el peligro descubierto.
Que pudiera valerme del engaño,
Si consintiera Amor que en bien tamaño
Tuviera la razón discurso cierto.
Si pudiese apartar del pensamiento
Un temor peligroso, obscuro y triste,
¿Con quién trocara yo mi buena suerte?
Mas no quiere el vencido sentimiento;
Porque el alma, que tal hábito viste,
No lo puede dejar salvo por muerte.

XCVII.

Entre armas, guerra, fuego, ira y furores,
Que al soberbio francés tienen opreso,
Cuando el aire es más turbio y más espeso,
Allí me aprieta el fiero ardor de amores.
Miro el cielo, los árboles, las flores,
Y en ellos hallo mi dolor expreso;
Que en el tiempo más fiero y más avieso
Nacen y reverdecen mis temores.
Digo llorando: «¡Oh dulce primavera!
¡Cuándo será que á mi esperanza vea
Ver de prestar al alma algún sosiego!»
Mas temo que mi fin mi suerte fiera

Tan lejos de mi bien quiere que sea,
Entre guerra y furor, ira y más fuego. (1)

XCVIII.

(A. fol. 137.—B. N.-M. 258, fol. 22 vto.)

Entre osar y temer, entre esperanza,
Y un triste recelar desesperado,
Entre gozo y dolor, entre un cuidado
Y un cierto no sé qué de confianza;
Entre aquel bien que un firme amante alcanza
Mientra espera gozar lo deseado,
Y entre aquel mal que siente un desdichado
Que teme de fortuna la bonanza,
Vandalio, namorado y temeroso,
Está entre un cierto sí y un no más cierto,
No suceda á su bien fortuna aviesa;
Cuando dijo: «Dolor, fiero y rabioso,
Hoy triunfarás de mí, hoy seré muerto
Si Amaríllida falta á su promesa.» (2)

---

(1) Publicado en Gallardo, tomo 2, col. 423.

(2) Tal como queda copiado este soneto se encuentra en el códice citado de la Biblioteca de Álava: en el de la Nacional se notan variantes en el primero y último verso, que dicen así:

«Entre esfuerzo y temor y entre esperanza,»

. . . . . .

«Si Dórida no cumple hoy su promesa.»

XCIX.

(A. fol. 181)

En un bastón de acebo que traía,
Por sostener el cuerpo trabajado,
Vandalio de su mano había entallado
La imagen que en el alma poseía;
Y como que presente la tenía,
Mirando della el natural traslado,
Envuelto en un suspiro apasionado,
Con lágrimas llorando le decía:
«Dórida, si mirando esta figura,
Siento el alma encender, siento abrasarme,
Piensa qué será ver tu hermosura.
»Si así puedes hablar como mirarme,
Dí cuándo acabará mi desventura.....
Mas no querrás hablar por no hablarme.

C.

En un florido campo está tendido,
Á voces su fortuna lamentando,
Su pena con suspiros declarando,
De su pastora Silvio despedido;
De cuyo llanto y queja conmovido,

Le dijo otro pastor: «No estés llorando,
Silvio; pues que aborreces tenga mando
Amor en tí, llorar no es buen partido.
»Aparta la ocasión que tu alma hiere;
Mira que el suspirar remedio es vano;
No cures en culpar más la fortuna;
»Que en el arena estéril sembrar quiere
Y arar piensa en el agua con su mano,
El que pone esperanza en hembra alguna.» (1)

CI.

(*A. fol. 16.*)

En un olmo Vandalio escribió un día,
Do la corteza estaba menos dura,
El nombre y la ocasión de su tristura;
Después mirando al cielo, así decía:
«Tanto crezcas, ¡oh bella planta mía!
Que al más alto ciprés venzas de altura,
Y tanta sea mayor tu hermosura
Cuanta aquella de Dórida sería.

---

(1) No se encuentra este soneto en ninguno de los códices que contienen poesías de Cetina. Sedano lo publicó como de este poeta en el tomo 8.º del *Parnaso Español*, y D. Adolfo de Castro lo insertó en las noticias biográficas del mismo, tomo XXXII de la Biblioteca Rivadeneyra.

Dudo que sea de Cetina, pues se refiere á un poeta que usaba el nombre arcádico de *Silvio*, cuando el de Cetina fué siempre *Vandalio*.

»Crezcan á par del olmo en su grandeza
Las letras del amado y dulce nombre,
Y en él hagan perpétua su memoria.
»Porque los que vendrán sepan que un hombre
Levantó el pensamiento á tanta alteza,
Que es digno al menos de inmortal renombre.» (1)

CII.

(A. fol. 55)

SOBRE UN VERSO DE OVIDIO

Escrito aunque imposible al fin parece (?)
Misterio es muy sabido y muy tratado
Que el amor en el firme enamorado
Con los celos se aviva y engrandece.
Cuanto dura el temor el ansia crece
Y el deseo de verse asegurado,
Sin que pueda aflojar un tal cuidado
Mientra vive el recelo y prevalece.
Ni el furor ni el más duro tratamiento,
Ni aquel dulce gozar de cosa amada
Aseguran un alma temerosa.
No basta discreción ni sufrimiento,

(1) Publicado por D. Adolfo de Castro en el tomo XXXII de la Biblioteca Rivadeneyra.

Ni esperanza en ajeno mal probada,
Por que no cura Amor ninguna cosa. (1)

CIII.

(A. fol. 32.)

Es lo blanco castísima pureza;
Amores significa lo morado;
Crüeza ó sujeción es lo encarnado;
Negro obscuro es dolor, claro tristeza.
Naranjado, se entiende que es firmeza;
Rojo claro es vergüenza, y colorado
Alegría; y si obscuro es lo leonado,
Congoja; claro es señoril alteza.
Es lo pardo trabajo; azul es celo;
Turquesado es soberbia, y lo amarillo
Es desesperación; verde, esperanza.
Y desta suerte, aquel que niega el cielo
Licencia en su dolor para decillo,
Lo muestra sin hablar, por semejanza. (2)

---

(1) En el ms. de la Biblioteca de Álava se copia así el verso de Ovidio:

«Sit quoques longus amor queraí
Difidentia notut..... etc.

Gallardo al hacer el índice de este códice hizo notar la rudeza del copiante.

(2) Publicado en Gallardo, tomo 2, col. 419.

CIV.

(A. fol. 9.)

Está en mi alma mi opinión escrita
Con tal fuerza de amor, tan bien guardada,
Que si de vuestra saña no es borrada,
Á la par con la vida en ella habita.
Bien me podeis vos dar pena infinita:
Amor os dá el poder como le agrada;
Mas excusar que no seais amada
De mí, con tal beldad, ¿quién me lo quita?
Aborrecerme vos podeis, Señora,
Afecto tan contrario al ardor mío,
Y aun desearme, si quereis, la muerte;
Mas que no os ame esta alma que os adora,
Ni vos ni vuestra saña, yo lo fío,
Podeis borrar lo que me cupo en suerte. (1)

---

(1) Publicado por don Adolfo de Castro en el tomo XXXII de la Biblioteca Rivadeneyra.

CV.

(A. fol. 129)

Sobre la cubierta de un libro donde iban escritas algunas cosas pastoriles.

Esta guirnalda de silvestres flores,
De simple mano rústica compuesta
En los bosque de Arcadia, aquí fué puesta
En honra del cantar de los pastores,
Á los cuales, si Amor en sus amores
Quiera jamás negar demanda honesta,
Ruego, si bien el dón tan bajo cuesta,
Pueda este olmo gozar de mis sudores.
Que si algún tiempo con más docta mano
Las acierto á tejer como maestro,
Guardando á los pasados el decoro,
Esperó, y mi esperar no será en vano,
Que el nombre pastoral del siglo nuestro
Será tal cual fué ya en la edad de oro.

CVI.

(A. fol. 85.)

AL PRÍNCIPE DE ÁSCOLI (1)

Este andar y tornar, ir y volverte,
Lavinio, el caminar y no mudarte,
Este incierto partir y no apartarte,
Y el irte á despedir y detenerte,
Tengo miedo, pastor, que han de encenderte,
Como á la mariposa, aquella parte

---

(1) Véase la nota del soneto 17.

Tiene este soneto contestación en otro de Antonio de Leiva, Príncipe de Áscoli, que dice así:

Vandalio, mi destino y fiero hado
Con tan grande rigor me ha perseguido,
Que del paterno monte me ha traido
Á aqueste valle triste y despoblado,
De mi lira y rebaño despojado,
De duros infortunios oprimido,
Do presto seré en llanto consumido,
Si no vivo por más vivir penado.
El alma y libertad dejé en las manos
De aquella que podía su hermosura
Librarme de otra más sangrienta guerra;
Á otros más que yo libres y sanos
Podrán las castas ninfas de esta tierra
Sujetar con amores y blandura.

Ambos figuran en el códice de la Biblioteca de Álava y fueron publicados por D. Adolfo de Castro en las noticias biográficas de Cetina, tomo XXXII de la Biblioteca Rivadeneyra.

De libertad que amor quiso dejarte
Sana por descuidarte y ofenderte.
Lo mejor del nadar es no ahogarse;
Jugar y no perder es buen aviso,
Si lo puede excusar quien busca abrojos:
Mas ¿quién podrá, quién bastará á guardarse
De la hermosa vuelta de unos ojos,
De una boca que os muestra un paraiso?

CVII.

(A. fol. 36.)

Estrella que mi mal todo influiste,
Del bien que ya pasó eclipsada esfera,
Que al florir de mi verde primavera
En invierno enojoso convertiste:
Sigue tu curso, pues, obscuro y triste;
Muéstrate, si sabrás, airada y fiera;
Que yo siempre seré el que antes era,
Y tú ya no serás quien siempre fuiste.
De mal vaya á peor mi mala suerte,
Que no podrá estorbarme aquella gloria
Que en la mente quedó del bien perdido;
Salvo si, de piedad, hace la muerte
Que pague con la vida la memoria
El lago obscuro del eterno olvido.

CVIII.

(*A. fol. 113.*)

AL MONTE DONDE FUÉ CARTAGO

Excelso monte do el romano estrago
Eterna mostrará vuestra memoria;
Soberbios edificios do la gloria
Aun resplandece de la gran Cartago;
Desierta playa, que apacible lago
Fuiste, lleno de triunfos y vitoria;
Despedazados mármoles, historia
En que se lee cuál es del mundo el pago;
Arcos, anfiteatros, baños, templo,
Que fuisteis edificios celebrados,
Y ahora apenas vemos las señales;
Gran remedio á mi mal es vuestro ejemplo:
Que si del tiempo fuisteis derribados,
El tiempo derribar podrá mis males. (1)

---

(1) Publicado por Fernando de Herrera en las *Anotaciones* á las obras de Garcilaso y por D. Adolfo de Castro en el tomo XXXII de la Biblioteca Rivadeneyra.

Este soneto es evidente traducción de uno de Giovanni Guidiccioni, que dice así:

Superbi colli, e voi sacre ruine,
Che'l nome sol di Roma ancor tenete,
Ahi che reliquie miserande avete
Di tante anime eccelse e pellegrine!

CIX.

(A. fol. 167)

Fuego queme mi carne y por incienso
Baje el humo á las almas del infierno;
Pase la mía aquel olvido eterno

Colossi, archi, teatri, opre divine,
Trionfal pompe, gloriose e liete,
In poca cener pur converse siete,
E fatte al vulgo vil favola al fine.
Cosi se in alcun tempo al tempo guerra
Fanno l'opre famose, a passo lento
Il nome e l'opre loro il tempo atterra.
Vivró dunque fra' miei martir contento;
Che se 'l tempo dá fine a ció ch'e in terra
Dará forse ancor fine al mio tormento.

Herrera atribuye este soneto, que copia con ligeras variantes, á Baltasar Castellón, el famoso autor de *El Cortesano* y añade: «*Cetina pasó todo este aparato y ornamento de edificios y fábricas romanas á Cartago, donde él por ventura no vió rastro alguno de ellas, ni las debió leer en escritor alguno; pero cuando esto se condene será error de accidente, y por esto liviano. Baste que lo trasladó ilustremente y que es uno de los buenos sonetos que tiene la lengua española.* (*Anotaciones, pág. 216*). Cree Herrera que el soneto 35 de Garcilaso, que comienza

«Boscán, las armas y el furor de Marte...»

es imitación del que él atribuye á Castellón.

En la *Biblioteca Classica* de Sonzogno, tomo 62, Milán, 1879, se inserta como de Guidiccioni, poeta nacido en Lucca en 1500, protegido del Cardenal Alejandro Farnesio, después Papa (Paulo III), quien lo hizo gobernador de Roma y lo envió como nuncio cerca de la corte de Carlos V, donde bien pudo conocer á Cetina. Murió en Macerata en 1541.

De Lethe, por que pierda el bien que pienso.
El fiero ardor, que ora me abrasa intenso,
Ni melle corazón ni haga tierno; *(sic)*
Niégueme pïedad, favor, gobierno,
El mundo, Amor y el sumo Dios inmenso.
Mi vivir sea enojoso y trabajado,
En estrecha prisión dura y forzosa,
Siempre de libertad desesperado.
Si viviendo no espero ya ver cosa
—Dijo Vandalio—y con verdad jurado
Que sea cual Amarílida hermosa.

CX.

(A. fol. 152)

Golfo de mar con gran fortuna airado
Se puede comparar la vida mía:
Van las ondas do el viento las envía,
Y las de mi vivir do quiere el hado.
No hallan suelo al golfo, ni hallado
Será cabo jamás en mi porfía;
En el golfo hay mil monstruos que el mar cría;
Mi recelo mil monstruos ha criado.
En el mar guía el Norte, á mí una estrella;
Nadie se fía del mar, de nada fío;
Vase allí con temor, yo temeroso;
Por mí cuidados van, naves por ella;

Y si en algo difiere el vivir mío,
Es que se aplaca el mar; yo no reposo. (1)

CXI.

(*A. fol. 32*)

Gran señal es el ver que me arrepiento,
Para pensar que ya conozco el daño;
Pues me quiero apartar de un mal tamaño,
Señal es que lo entiendo y que lo siento.
Mas ¿quién me dará, Amor, atrevimiento?
¿Quién me dará un esfuerzo tan extraño,
Que aquel gesto sabroso del engaño
Pueda desarraigar del sentimiento?
Tanta luz de razón razón me ha dado,
Que conozco el error y el desvarío
Del que pretende amando ser amado.
Mas tiene tanta fuerza el ardor mío,
Que aunque conozco bien que voy errado,
Del camino que voy no me desvío.

---

(1) Publicado por D. Adolfo de Castro en el tomo XXXII de la Biblioteca Rivadeneyra.

En la copia del códice de la Biblioteca de Álava, que se conserva en la Biblioteca Nacional, falta esta composición.

CXII.

(A. fol. 77)

Á los huesos de los españoles muertos en Castelnovo.

Héröes gloriosos, pues el cielo
Os dió más parte que os negó la tierra,
Bien es que por trofeo de tanta guerra
Se muestren vuestros huesos por el suelo.
Si justo desear, si honesto celo
En valeroso corazón se encierra,
Ya me parece ver, ó que sea tierra
Por vos la Hesperia nuestra, ó se alza á vuelo.
No por vengaros, nó, que no dejastes
Á los vivos gozar de tanta gloria,
Que envuelta en vuestra sangre la llevastes,
Si no para probar que la memoria
De la dichosa muerte que alcanzastes
Se debe envidiar más que la victoria. (1)

---

(1) En la Biblioteca Nacional, sección de manuscritos, se encuentra un códice marcado M. 42, en el que se leen los tres sonetos siguientes, que, con el mismo motivo que el de Cetina, escribio el célebre poeta Luis Tansillo, de quien dice Fernando de Herrera que «fué contino del Virey D. Pedro de Toledo y uno de los más hermosos y excelentes é ingeniosos poetas de Italia.., aventajado entre los napolitanos»:

Tre sonetti di L. Tansillo ni lo dediquei tremila soldati spagnoli che furon morti da Turchi a Castelnovo della Bosnia.

Questi che 'l mondo in riverenza tiene
Et terra sempre, poggi et monti d' ossa;

CXIII.

(A. fol. 143.—B. N.-V. 366, fol. 171)

L257

Hiere el puerco montés cerdoso y fiero,
Y la alterada sangre, detenida,
Tarda del corazón á la herida,
Y una blanca señal muestra primero.
Así del amador que es verdadero,
En lágrimas la sangre convertida,
No llegan así presto á su salida,
En llorando un pesar muy lastimero.

Che senza honor de pira ne di fossa
Bian cheggian in su queste stranie arene.
Di qua di Calpe et di la di Pirene
Gente nata sin qui, da valor mossa
Sen venne á par la terra et l' acqua rossa
Co i fiumi delle proprie el l' altrui vene.
Trecento Fabri estinti al patrio regno
Dier gloria al Thebro: in si lontana guerra
Hoggi al' Ibero orche faran tremila.
Il numero é maggior; il fin piu degno
Questi broncar del viver lorle fila
Per la patria del ciel, quei de la terra.

—

Non perche 'l vento volva, el l' aere bagne
Quia giu questi ossa di sepolcro prine
Bandite audran lungo l' estigie rine
L' alme, che fur di lor dome, el compagne:
E lle sen girben stolto e chi ne piagne
La su tral alme piu lodate, et dine
Lasciando lossa, el l' altro onde si vine
Aguisa di trophei per le campagne.

Da el corazón señal que está alterado;
Hace que de dolor el fiero diente
En lo vivo del alma ha penetrado.
Entonces muestra el daño el accidente,
Y la blanca señal de estar turbado
Matiza con el llanto el mal que siente. (1)

Piu gloria assai che sangue le ferite
Lor versaro; o belle et inmortali
Piagne: et chi nen dovrebbe invidia haberne.
Ciascun die de la sua per cento vite
Agli avversari; et mentre a lor le frali
Vite vendean, da Dio comprar l' eterne.

—

Mentre questi sassosi horridi monti
Che cingon questo mare, et questa terra,
L' ebra di sangue human, terran sotterra
Y gravi piedi; et in aria l' alte fronti:
Mentre negri torrenti, el chiari fonti
Correvano nel sen, che qui ne serra;
O sieda 'l mondo in pace, ó corra á guerra,
Saran guerrier di Dio nostre honor conti.
Ne pur l' Iberia, che ni die la cuna
Et la Dalmatia, chor ni da la tomba,
Risoneran di noi fin sovra 'l cielo:
Ma la ove 'l di rischiara; et dove imbruna
De 'l caldo ha piu forza, et dove 'l gelo,
Mal grado degli siti; udran la tromba.

(1) Publicado por don Adolfo de Castro en el tomo XXXII de la Biblioteca Rivadeneyra.

CXIV.

(A fol. 176).

Hora podrás venir, fiero recelo;
Hora te hartarás, furia rabiosa;
Hora quedas, fortuna, victoriosa,
Que estoy puesto á tus pies ya por el suelo.
Ya no hay de qué temer, pues quiere el cielo
Que, ausente de mi bien, tan trabajosa
Vida viva, muriendo en sospechosa
Congoja y en llorar mi desconsuelo.
Mas no harás en ser movible y fiera,
Con no estar en vencer un hora estable,
Que no sea mi pasión lo que antes era.
Tan honroso es mi mal y tan loable,
Que si puedes hacer que dél yo muera,
Yo sé que no harás que sea mudable.

CXV.

(A. fol. 30.—B. N.-M. 258, fol. 17.)

Horas alegres que pasais volando
Por que á vueltas del bien mayor mal sienta;
Sabrosa noche que en tan dulce afrenta
El triste despedir me vas mostrando;
Importuno reloj que, apresurando
Tu curso, mi dolor me representa;

Estrellas con quien nunca tuve cuenta,
Que mi partida vais acelerando;
Gallo que mi pesar has denunciado,
Lucero que mi luz vá obscureciendo,
Y tú, mal sosegada y moza aurora;
Si en vos cabe dolor de mi cuidado,
Id poco á poco el paso deteniendo,
Si no puede ser más, siquiera un hora.. (1)

CXVI.

(A. fol. 65)

Huyendo baja el monte aquella fiera
Que de pequeños canes es seguida,
Y apenas en lo llano ya es venida,
Que no puede volver donde partiera,
En otros da mayores, do cualquiera
La aprieta y le podrie quitar la vida;
De estos es peligrosa la salida;
De otros sin peligro se saliera.
Así, huyendo yo los viejos males,
Pequeños en respecto á los de ahora,
En otros más crüeles he caido,
Y tanto en el peligro desiguales,
Cuanto siendo por vos estoy, Señora,
Cierto de no volver donde he salido.

---

(1) Impreso en Gallardo, tomo 2.°, col. 419.

CXVII.

(A. fol. 36.—B. N.-V. 366, fol. 239)

Huyendo va la trabajosa vida
Del cansado vivir que no la quiere,
Y el alma, de contento en ver que muere
De sus males, no acierta á dar salida.
La esperanza cansada, embebecida
Tras un bien que será más mal si fuere,
Viendo que falta ya fuerza en que espere,
Á los pies del dolor queda rendida.
Poco puede tardar el bien que espero:
Si el curso natural se ha detenido,
Acabará el dolor tantos enojos.
Ya siento yo la muerte, y si no muero,
Es que quiere el dolor, que me ha vencido,
Poco á poco gozar de los despojos.

CXVIII.

Á DOÑA MARÍA DE CARDONA

Ilustre honor del nombre de Cardona,
No décima á las nueve de Parnaso,
Mas la primera del oriente á ocaso,
A quien rara beldad honra y corona,
Y á quien la fama por sin par pregona

De virtudes colmado y rico vaso,
Por elección, y no por suerte ó caso,
Dignísima de cetro y de corona;
Perdería la pena y el trabajo
Donde la envidia su malicia enfrena,
Si cantase de tí aun el más instruto,
Pues tu santa virtud tomó á destajo,
Con pura castidad de afectos llena,
Producir para el cielo eterno fruto. (1)

---

(1) No aparece este soneto en ninguno de los códices que contienen poesías de Cetina. Herrera, en sus *Anotaciones*, es quien lo trae, de donde lo copió don Adolfo de Castro para el tomo XXXII de la Biblioteca Rivadeneyra.

Este soneto está dirigido á D.ª Maria de Cardona, marquesa de Pádula, condesa de Avelino, hija de D. Juan de Cardona: casó esta señora dos veces, la primera con su primo hermano don Artal de Cardona, conde de Colisano y la segunda con don Francisco de Este, hermano del duque de Ferrara. «Por ella, dice Fernando de Herrera, escribió Mario de Leo *El Amor preso*, y á ella dedicó el Gesualdo sus comentos en Petrarca. Fué muy discreta y valerosa, é inclinada al conocimiento de la historia y poesía; y aunque no muy hermosa, tuvo mucha gracia y donaire.»

A esta señora dedicó Garcilaso un soneto, que dice:

Ilustre honor del nombre de Cardona,
Décima moradora de Parnasso
Á Tansilo, á Minturno, al culto Tasso
Sugeto noble de inmortal corona:
Si en medio del camino no abandona
La fuerza y el espirtu á vuestro Lasso;
Por vos me llevará mi osado passo
Á la cumbre difícil d' Elicona.
Podré llevar entonces sin trabajo
Con dulce son que el curso al agua enfrena

CXIX.

(A. fol. 148)

Ira y Amor me están dentro del pecho
Y cada cual me causa un mal extraño.
El Amor fué principio del engaño;
Después, del mismo Amor nació el despecho.
Deseo aborrecer por mi provecho,
Visto que del Amor me viene el daño;
Mas no basta la ira en mal tamaño
El nudo deshacer que Amor ha hecho.
Ira me mueve á ser vuestro enemigo
Y muéstrame razón porque lo sea;
Mas ¿qué vale, si Amor á amar me tira?
Y así, mientras los dos tratan conmigo,
Es fuerza que la triste alma se vea
Siendo esclava de Amor sujeta de ira.

Por un camino hasta ahora enjuto
El patrio celebrado y rico Tajo;
Que del valor de su luciente arena
Á vuestro nombre pague el gran tributo.

Al terminar el comento de esta composición, dice Herrera:

«Este soneto contrahizo, según se dice, Cetina: no sé si tan bién que mereciese alabanza por ello; quien lo leyere con atención verá claramente el efecto que consiguió; porque yo no tengo por ingenioso obligarse á cosas semejantes, que tienen más dificultad que arte; y después de trabajadas no alcanzan en alguna parte á la imagen que escogieron por ejemplo.» Y copia después el soneto atribuido á Cetina.

CXX.

(*A. fol. 254.*)

La nueva luz en el nacer del día
Al mísero Vandalio, que guiaba
Sus ovejuelas, por su mal mostraba,
Cosa que su dolor mayor hacía.
Una avecilla, que caído había,
En la encubierta liga vió que estaba,
Y mientra por soltarse trabajaba,
Más la enredaba el visco y la prendía.
Mirando el mal ajeno estaba atento,
Y pensando hallar en el consuelo,
Duro ejemplo le trajo al pensamiento.
«¡Mirad, dijo el pastor, qué ha hecho el cielo
Por mostrar en dibujo aquel tormento
Que padece el que ha dado en un recelo!»

CXXI.

(A. fol. 228.)

Á LA CONDESA LAURA GONZAGA (1)

Laura, si cuando en la gran selva Idea
Hizo el juicio aquel pastor troyano
Donde á Venus fué dado el soberano
Premio, á pesar de la una y otra dea, (2)
Fuérades vos, ante vos fuera fea
La más hermosa, y presumiera en vano
Haber lo que es tan vuestro y que tan llano
Confesará cualquier dama que os vea.
Si Zeusis de vos sola tomara
Cuanto bueno entre mil tomar pudiera,
Cuando en Croton la bella imagen hizo,
Más gracia, más verdad, más sér mostrara
Y á Juno más perfecta pareciera:
¡Tanto el cielo de vos se satisfizo!

---

(1) En la epístola á la Princesa de Molfeta, dice:

«pondráse más de la condesa Laura
los ojos, de que tiene el sol envidia».

(2) *Dea* por diosa, aludiendo á Juno y Minerva en el juicio de Paris.

CXXII.

(A. fol. 72.)

AL PRINCIPE DE ÁSCOLI (1)

Lavinio, ni el hallarme el alma ajena
Del ardor en que había hábito hecho,
Te hace de mi fé mal satisfecho,
Sin saber la ocasión que el hado ordena,
La historia de disculpa y razón llena,
Que me tiene ya en lágrimas deshecho,
Podrás leer do hallarás que el pecho
El objeto mudó, mas no la pena.
Baste, pues, un recaudo al más honrado:
La más justa ocasión para mudarme
Que pudo un corazón mudar cuidado.
Sólo una razón hay para culparme;
Que las alas de bajo vuelo usado
No debieran tan alto levantarme.

(1) Aunque en el ms. de la Biblioteca de Álava no tiene dedicatoria este soneto, no puede entenderse dirigido sino al Príncipe, que poéticamente se llamaba Lavinio. Véase la nota del soneto 17.

CXXIII.

(A. fol. 65.—B. N.-V. 366, fol. 261.)

La víbora crüel, según se escribe,
Si á alguno muerde, es ya caso sabido
Que no escapa de muerto el tal mordido,
Por poco que el veneno en él se avive;
Pero si, por ventura, acaso vive,
(Que aunque es dificultoso, ya se vido),
Queda de otro veneno defendido,
Que ni le empece ni hay por qué lo esquive.
Ya que por mayor mal quiso ventura
Que no muriese yo, después que el cielo
Me dejó ver en vos su hermosura,
No tengais en mí fe, dama, recelo;
Que el ser sujeto vuestro os asegura
Que no me encenderá beldad del suelo. (1)

CXXIV.

(A. fol. 46.—B. N.-V. 366, fol. 59)

Leandro, que de amor en fuego ardía,
Puesto que á su deseo contrastaba,

(1) Publicado por D. Adolfo de Castro en el tomo XXXII de la Biblioteca Rivadeneyra.

Al fortunoso mar, que no cesaba,
Nadando á su pesar, vencer quería.
Mas viendo ya que el fin de su osadía
Á la rabiosa muerte lo tiraba,
Mirando aquella torre en donde estaba
Ero, á las fieras ondas se volvía.
Á las cuales con ansia enamorada
Dijo: «Pues aplacar furor divino,
Enamorado ardor, no puede nada,
»Dejadme al fin llegar de este camino,
Pues poco he de tardar, y á la tornada
Secutad vuestra saña y mi destino.» (1)

---

(1) Publicado por D. Adolfo de Castro en el tomo XXXII de la Biblioteca Rivadeneyra y antes por Herrera en sus *Anotaciones* á Garcilaso. Véase el soneto XLVII, que parece continuación de éste.

Herrera, en su libro citado, dice: *Cetina que parece que quiso contender con Garcilaso en algunos sonetos* escribió el soneto copiado, siendo la fuente de todos los que tratan este asunto *el agudísimo Marcial*, á quien traduce de este modo el príncipe de los poetas sevillanos:

Cuando el osado Leandro,
olvidado de temor,
iba por el mar estrecho
á gozar su dulce amor;
cansado y puesto en peligro
del mar lleno de furor,
ya que las hinchadas aguas
causaban su perdición;
á las ondas que lo siguen
dijo así el triste amador
(como si jamás las ondas
se muevan á compasión:)
perdonadme mientras llego.

CXXV.

(A. fol. 229.—B. N.-V. 366, fol. 228 vto.)

Luz de estos ojos tristes que solía
Alegrarlos mirando alegremente;
Vida por quien la mía ahora siente
Harto más que el morir vuestra porfía;

á do dejé el corazón,
y mostrad en mí á la vuelta
vuestro ímpetu y furor.

Cita después Herrera los versos de las Geórgicas que él tradujo y que tratan de este asunto, otros de D. Diego Hurtado de Mendoza, en su Adonis, que comienzan:

«Quien dió fuerzas al joven, que de hecho....»

y otros de Faustino, Estacio, Fenarolo, el Mentovato y este soneto de Francisco Saa de Miranda:

Entre Sesto y Abido en mar estrecho,
Luchando con las ondas sin sosiego,
Con noche alta Leandro prueba el ruego,
Prueba lágrimas tristes sin provecho.
Viendo que es todo vano, pone el pecho
De nuevo al bravo mar, ojos al fuego,
Que en la alta torre luce. ¡Oh, Amor ciego
Que tanta crueldad has visto y hecho!
Nadaba, mientras pudo, hacia la playa,
De Sesto deseado y dulce puerto,
Porque siquiera allí muriendo caya.
«En fin, ondas, venceis,—dijo cubierto
Ya dellas,—mas no hareis que allá no vaya.
¿Vivo no quereis vos? pues iré muerto.»

¿Por cuál razón ¡ay bien del alma mía!
Turbado por un súbito accidente,
Lugar á mi verdad no se consiente?
¿Cuál injusta ocasión de mí os desvía?

El soneto de Garcilaso dice así:

Pasando el mar Leandro el animoso,
En amoroso fuego todo ardiendo,
Esforzó el viento y fuese embraveciendo
El agua con un ímpetu furioso.
Vencido del trabajo presuroso,
Contrastar á las ondas no pudiendo,
Y más del bien que allí perdía muriendo,
Que de su propia vida congojoso,
Como pudo esforzó su voz cansada,
Y á las ondas habló de esta manera,
Mas nunca fué su voz de ellas oída.
«Ondas, pues no se excusa que yo muera,
Dejadme allá llegar, y á la tornada
Vuestro furor ejecutá en mi vida.»

En el interesante cancionero impreso en Zaragoza, en 1554, por Estéban G. de Nájera, de que sólo se conoce el ejemplar de la biblioteca ducal de Wolfenbüttel y que dió á conocer el doctísimo hispanófilo Morel-Fatio, en su libro *L' Espagne au XVI et au XVII siècle.* (Heilbronn, 1878), se contiene el siguiente soneto de don Juan de Coloma, que copiamos literalmente:

En el sobervio mar se vía metido
Leandro y de sus ondas trastornado,
Y menos del temor de muerte helado
Que del fuego de amores encendido,
Cuando de congoxoso y oprimido,
De aliento y fuerça ya desesperado,
De aquel estorvo ya desamparado
Mas que de su morir y entristecido
Habló desta manera, mas fue en vano,

Si mi vivir, Señora, os desagrada,
Si dura mucho ya una buena suerte,
Si privarme quereis del bien pasado,
No os me enojeis; no os me mostreis airada;
Que, como me quitásteis de la muerte,
Me la podeis volver de vuestro grado,

Echando ellalma en el postrer acento,
Duna cansada voz y dolorida:
«O riguroso mar y ayrado viento,
Dexadme adonde voy allegar sano
Y luego me ahogad á la venida.»

En el peregrino libro «*Flores de Poetas ilustres de España.... ordenado por Pedro Espinosa.....* Valladolid.... 1605, se incluye un soneto de doña Hipólita de Narváez, que, en cierto modo, es trasunto de los anteriores y que dice así:

Leandro rompe con gallardo intento
El mar confuso que soberbio brama
Y el cielo entre relámpagos derrama
Espesa lluvia con furor violento,
Sopla con fuerza el animoso viento....
¡Triste de aquel que es desdichado y ama!
Al fin al agua ríndese la llama
Y á la inclemente furia el sufrimiento.
Mas ¡oh felice amante! pues al puerto
Llegaste deseado de tí tanto,
Aunque con cuerpo muerto y gloria incierta.
Y desdichada yo, que, en mar incierto,
Muriendo entre las aguas de mi llanto,
Aún no espero tal bien después de muerta.

CXXVI.

(*A. fol. 166*)

Luz que á mis ojos das luz más serena;
Vida que da la vida al alma mía;
Beldad por quien se aparta y se desvía
De sentir el sentido, y se enajena;
Gloria de mi dolor; bien de mi pena;
De todo mi pesar sola alegría;
Fuego que hace arder mi fantasía
Del más sabroso ardor que Amor ordena:
¡Pudiese yo, como querría, mostraros
El pecho abierto, do el amor ha escrito
Cuanto quiero y no acierto á descubriros!
Mas, si no puede ser, para probaros,
Que llega ya mi mal á lo infinito,
¿Qué más cierta señal que mis suspiros? (1)

CXXVII.

(*A. fol. 164*)

Luz, que en el fuego vivo, en el tormento
Mayor que se haya visto entre mortales,
Ardeis mi corazón con ansias tales
Que en medio de su mal, vive contento;

(1) Publicado en Gallardo, tomo 2.°, col. 433. En el original el verso 12 dice así:

«Mas, si no puede ser, para moveros....»

Si las partes que en vos escribo y siento
Á vuestro merecer no son iguales,
Excúsenme con vos mis propios males,
Que embarazan el flaco entendimiento.
Y si no puede haber cosa que sea
Igual á lo que sois, ¿cómo podría
Mostraros comparando al que no os vea?
Salvo pintando un bien la fantasía
Con la imaginación, cual lo desea
Y cual os pinta agora el alma mia. (1)

CXXVIII.

(A. fol. 35.—B. N.-V. 366, fol. 231.)

Llorando vivo, y si en el fiero pecho
De la enemiga mía pudiese el llanto
Cuanto pudo en un tiempo el dulce canto,
Seríame el llorar honra y provecho.
Mas quien me tiene ya casi deshecho,
De mi bien ó mi mal no cura tanto;
Y, así, conviene á mi pesar que cuanto
Fué el bien, sea ahora el mal de que sospecho.
Y porque en mi llorar más dolor halle,
Quiso ordenar Amor, que era enemigo,
Que lo que más quería decir más calle.

(1) Falta este soneto en la copia que del códice de la Biblioteca de Álava se guarda en la Nacional de Madrid.

Ved cuál estoy, qué extremo es el que sigo:
Que, llorando mi mal, para contalle,
La causa callo y los efectos digo.

CXXIX.

(*A. fol.* 54.)

SOBRE EL SEPULCRO DE D.ª MARINA DE ARAGÓN (1)

Marina de Aragón yace aquí; espera,
Deten el paso, y apresura el llanto.
—¿Y éste á quien el dolor aflige tanto,
Quien és?—Muerto su bien, ya no es el que era.

---

(1) Publicado en Gallardo tomo 2, col. 421.

Fué doña Marina de Aragón hija del Conde de Ribagorza y muy celebrada de poetas, especialmente de don Diego Hurtado de Mendoza, grande amigo de Cetina, y de quien es este soneto:

En la fuente más clara y apartada
Del monte al casto coro consagrado,
Va entre las nueve hermanas asentada
Una hermosa ninfa al diestro lado.
En cabello se estaba, coronada
De verde hiedra y arrayan mezclado,
En traje extraño y lengua desusada,
Dando y quitando leyes á su grado.
Ví cómo sobre todas parecía;
Que no fué poco ver hombre mortal,
Inmortal hermosura y voz divina.
Y conocíla ser doña Marina,
La que el cielo dió al mundo por señal
De la parte mejor que en sí tenía.

¡Ay, rabioso pesar! ¡Ay, pena fiera!
—¿Es, Amor el que cubre obscuro manto?
—Sí, mas oye qué dice, y nota cuanto
El cielo nos debió, que no debiera,
Beldad, gracia, valor, virtud, cordura,
Ingenio, honestidad, seso, arte y gloria,
Linaje, y todo el bien que da ventura,
Se ha llevado la muerte, y por memoria
Su nombre mostrará esta piedra dura;
Yo tendré cargo de llorar su historia.

CXXX.

(A. fol. 50.)

Más fácil es, Señora, el abstenerse
De desear, á un hombre enamorado,
Que después que algún tiempo ha deseado
Medida al desear pueda ponerse.
Puede uno rehusar, puede tenerse
De no entrar en lugar que viere helado;
Mas si una vez entró, después de entrado,
No es en él esperar ni detenerse.
Bien pudiera no os ver cuando no os vía;
No viéndoos, no os amara; y no os amando,
No deseara el bien que ora deseo.
Mas después de sujeta el alma mía,

Amor que me sostiene deseando
No consiente poner freno al deseo. (1)

CXXXI.

(A. fol. 90.—B. N.-V. 366, fol. 205 vto.)

Mientra con gran temor por cada parte
De Roma ardían las moradas bellas,
Mientra que con el humo á las estrellas
Subía el clamor del gran pueblo de Marte,
Alegre está Nerón, subido en parte
Do viendo el fuego oía las querellas,
Mirando entre las llamas, cuáles dellas
Eran mayores, do su furia harte.
Así del alma mía la que gobierna
Mi vida mira el fuego, escucha el llanto,
Y tiene el mayor mal por mayor juego;
Y, á guisa de Nerón, se alegra tanto
Cuanto más viendo en mí durar el fuego
Piensa hacer su crüeldad eterna. (2)

---

(1) Publicado en Gallardo, tomo 2.º, col. 421.

(2) Publicado en Gallardo, tomo 2.º, col. 424.

CXXXII.

(A. fol. 152)

Mientra el fiero dolor de su tormento
Con mayor soledad Vandalio llora,
Con voz de su morir denunciadóra
Dijo triste, lloroso y descontento:
«¡Oh gloria de estas selvas y ornamento,
Sombras que tanto ardor templais agora!
¡Oh tú, Eco, perpétua habitadora
Del bosque que este llanto escucha atento!
»Quédese para vos solas guardado
Mi tan secreto bien, mi buena suerte,
Que tanto me costó por no mostralle.
»Y si tanto favor me niega el hado,
Ya que á alguno contar querais mi muerte,
Dígase sólo el mal, el bien se calle. (1)

CXXXIII.

(B. N.-V. 366, fol. 132 vto.)

Mientra el fiero león fogoso, ardiente,
Con furioso calor nos mueve guerra,

(1) Publicado por D. Adolfo de Castro en el tomo XXXII de la Biblioteca Rivadeneyra.

Mientra la madre de Aristeo atierra
Los árboles, las plantas, la simiente,
  Entre altos montes de soberbia gente
Que al Helvecio feroz el paso cierra,
Me hallo en otro clima, en otra tierra
De la mi cara patria diferente.
  Allá Febo no tiene hora reparo;
Acá muestra mudar orden el cielo
Y con helada nieve nos castiga.
  Entre estas diferencias se ve claro
Cuál es mi mal, pues ardo enmedio el hielo
Y en el fuego se hiela mi enemigo.

CXXXIV.

(A. fol. 177)

AL CONDE DE FERIA

  Mientra el franco furor fiero se muestra,
En uno con el bárbaro tremiendo;
Mientra el consorcio protestante horrendo
Turbar piensa la fe y la patria nuestra,
  Marte os arma, Señor, la mano diestra,
Á la cual la victoria está atendiendo,
Á aquel vestigio de valor siguiendo
Que á la inmortalidad virtud adiestra.
  Ya me parece ver de vuestra gloria

El alto resplandor ilustrar tanto,
Que al paterno poder hará la vista.
Sólo tengo temor que tanta historia
Puesta no quedará en eterno canto,
Si vos de vos no sois el coronista. (1)

CXXXV.

(A. fol. 101.— B. N.-V. 366, fol. 88 vto.)

Mientra en mí la esperanza florecía,
Alegre el corazón vivió cantando;
Mas hora que el temor la va secando,
Paso el tiempo en llorar la pena mía.
Entonces de un pensar dulce vivía;
Hora en pesar y en más pesar pensando,
En amargo dolor va transformando
Cuanto antes dentro dél de dulce había.
Ha tomado del alma mía gobierno
Un triste recelar, que con espanto
Amenaza hacer mi mal eterno.
Por lo cual, si tal vez en dulce canto
Me pruebo, sale del dolor interno
Interrota la voz y envuelta en llanto. (2)

---

(1) Publicado por D. Adolfo de Castro en el tomo XXXII de la Biblioteca Rivadeneyra.

(2) Impreso en Gallardo, tomo 2.°, columnas 427 y 446, tomándolo de los dos códices citados y con pequeñas variantes.

CXXXVI.

(A. fol. 26.—B. N.-V. 366, fol. 172)

Mientra, por alegrarme, el sol mostraba
La divina beldad que en sí tenía,
De pura envidia de la gloria mía
Nube enojosa obscura lo celaba.
Céfiro, que á mirar atento estaba
Aquel bien que la nube en sí escondía,
De enamorado, por mirar, la abría;
Mas luego, de celoso, la cerraba.
El Amor, que mirando estaba el juego,
Vencedor á la fin quiso mostrarse,
Ó encendido quizá de un mismo fuego;
Y á fuerza de saetas, alargarse
Hizo la nube que me tuvo ciego,
Ó por cegarme más, ó por holgarse. (1)

CXXXVII.

(B. N.-V. 366, fol. 206.)

Mientras las tiernas alas pequeñuelo
Mi nuevo desear firmes hacía,
Mientra de mí alejarse no podía,

(1) Publicado en Gallardo, tomo 2.°, col. 418.

Por ser nueva la pluma, á mayor vuelo,
  Obediente me estaba, y al señuelo
Á la primera voz luego acudía;
Ni de volar tan alto presumía
Que con los pies no fuese por el suelo.
  Hasta que, con el tiempo, ya crecida
La pluma, por su mal de puro ufano,
Sacándolo á volar mi mala suerte,
  Lanzólo á una esperanza tan perdida,
Que ni el deseo vuelve ya á la mano,
Ni parará hasta hallar la muerte.

CXXXVIII.

(A. fol. 251.—B. N.-V. 366, fol. 253)

  Mientras que de sus canes rodeado
El mísero Acteón seguro andaba,
Mientras con más amor los regalaba
Por habérselos él mismo criado,
  Habiendo, por su mal, un día mirado
La beldad que á una fuente se bañaba,
De aquellos de quien él más confiaba
Se vió el triste, á la fin, despedazado.
  Tal obra hace en mí el pensamiento,
Tan regalado mío y tan querido,
Tan confiado yo de sus hazañas,
  Que en viendo la ocasión de mi tormento,

Airada luego me ha desconocido
Y así me despedaza las entrañas.

CXXXIX.

(A. fol. 15)

Mil veces, mientra en vos estoy pensando
Á tanta perfección buscando falta,
No hallo parte que no sea tan alta,
Que el seso desfallece imaginando.
Pero, mientra así estoy considerando,
El sentido se queja y sobresalta,
Y prueba que piedad, Señora, os falta,
Pues tratais mal quien por vos muere amando.
Bien sé que no teneis desto disculpa;
Mas quiéroosla yo dar por encubriros
La falta que yo mismo os he hallado.
Quejaos de mí, ponedme alguna culpa
Que os disculpe de haberme maltratado;
Yo diré que es verdad, por más serviros.

CXL.

(A. fol. 231.)

Mirando como va soberbio, airado, cf L254
Á pagar su tributo al mar el Reno,
De su propia alma y de su bien ajeno,

Vandalio está cuidoso recostado
  Á la sombra de un olmo, y descansado
Ya de llorar, de mil congojas lleno,
Viendo partir de sí el pastor Tirreno,
Dijo con un suspiro apasionado:
  «Dichoso tú; tú sólo eres dichoso,
Que vuelves do verás tan presto el Tago,
Y el bien que te hace ir tan presuroso.
  »Yo, mísero, llorando me deshago,
De sólo ver Pisuerga deseoso:
¡Mira cuál es de Amor, Tirreno, el pago!»

CXLI.

(A. fol. 79.)

Á DON JERÓNIMO DE URREA

  Ni la africana sierra excelsa y brava,
Ni las bárbaras armas, crudas, fieras,
Ni tu sangre, esparcida en sus riberas,
Que el cielo de la honra derramaba;
  Ni la furia crüel que trastornaba
Ante tí tantas naves y galeras,
Ni el viento que en el campo las banderas
Del fiero Marte á su pesar postraba;
  Ni la Gálica espada y torre fuerte,
Ni en Buda el duro asalto y duro hado,
Contra del cual no hay fuerza que resista,

Pudieron por más mal darte la muerte,
Ibérico, pastor desventurado;
Y agora mueres de una dulce vista. (1)

---

(1) Publicado en Gallardo, tomo 2.°, columna 422; también lo copia D. Jerónimo Borao en su «*Noticia de D. Gerónimo Jimenez de Urrea* etc., *Zaragoza, 1866*,» en la pág. 150.

Fué Urrea descendiente de la noble familia aragonesa de su apellido; su padre fué vizconde de Biota. Abrazó la carrera de las armas, guerreó en Italia, Alemania y Flandes, y fué caballero de Santiago y Virey de la Apulia.

Andrés dice de él en su *Discurso:*

D. Gerónimo claro el apellido
de *Ximenez de Urrea* esclarecido
por el orbe derrama,
y coronado de laurel y grama,
sube á la cumbre excelsa del Parnaso
competidor del dulce Garcilaso.
Este que en nuestro idioma numeroso
el *Orlando* tradujo furïoso
y el *Carlos Victorioso*,
escribió del heróico Carlos quinto,
aunque en Mapa sucinto,
las victorias y hazañas
que consiguió en provincias tan extrañas.
Clarisel de las flores
contiene süavísimos amores
y la *Epilia* famosa
de Epila su patria gloriosa
las grandezas contiene.
Los discretos pastores
que en su *Arcadia* Sannázaro
al español idioma trasladaba;
que su ingenio perene
fué gloria numerosa de Pirene.

Además de las obras citadas en este elogio, escribió Urrea las si-

CXLII.

(*A. fol.* 227)

Ni la alta pira que de Cesar cierra
Las reliquias soberbias en el suelo,
Ni aquel famoso templo por quien Delo
Vivirá siempre en cuanto el mar encierra,
Ni todos los honores que en la tierra
Pueden de gloria alzarse en alto vuelo,
Os dieran tanto honor, héroes del cielo,
Cuanto os dan estas piedras y esta tierra.
De huesos de enemigos mayor pira,
Do los vuestros á guisa de trofeo
Se muestran, fabricando fabricastes.
El templo que á los otros más admira,
Y el honor muy más grande que el deseo,
Cristo os lo dió y vosotros lo ganastes. (1).

---

guientes: *Desafío del emperador Carlos V y rey Francisco y juicios de él según el duelo; Cartas sobre la guerra de Alemania; Discurso histórico de los reyes de España y Francia; Diálogo de la verdadera honra militar* y varias poesías sueltas. Tradujo, además del *Orlando*, *El Caballero determinado*, de Oliverio de la Marche.

Cetina le dedicó también una epístola en tercetos y otra composición en octavas.

(1) Publicado por don Adolfo de Castro en el tomo XXXII de la Biblioteca Rivadeneyra.

CXLIII.

(*A. fol. 184*)

Á CARITEO (1)

Ni la fuerza del mal, ¡oh Cariteo!
Ni estar lejos del bien desposeído,
Ni la mente, verdugo del sentido,
Cuando más apretada es del deseo,

---

(1) Este soneto es contestación á otro de Cariteo dirigido á Vandalio, que se copia en el códice de la Biblioteca de Álava y que dice así:

Lejos de cuanto bien triste he gozado
Con la memoria entera en todo ello;
Lejos de lo que fué sin poder vello
Quedándome en el alma bien fijado;
Lejos del hispalense, celebrado
Edificio, entre bellos el más bello;
Lejos del claro Betis, do mi cuello
Por mano de mi Cintia fué ligado;
Lejos de la figura, rara al mundo,
De mi señora, cuya igual belleza
No tuvo Chipre, ó Cintio, ó Delphi ó Delo,
Y habiendo yo, Vandalio, el desconsuelo
Piensa que tal será cual tu tristeza
Nó te parece estado sin segundo. (*sic*)

El nombre arcádico *Cariteo* parece encubrir el de un poeta sevillano, amigo y compañero de Cetina; pero no me ha sido posible descubrir cuál sea el nombre del personaje real á quien corresponde, distinto evidentemente de Benito Gareth, poeta barcelonés, que floreció en Nápoles, conocido también por el Caritheo, pero bastante anterior á Cetina.

Atormenta tu alma, á lo que creo,
Tanto, aunque tanto lo has encarecido,
Que si te acuerdas quién la causa ha sido
No juzgues tu llorar por caso feo.
Consuélate ¡oh pastor tan venturoso!
Pues que éstas del amor sólo las flores
Y sólo el ser ausente te atormenta,
Déjame á mí llorar; que en los amores
Un sólo recelar fiero, rabioso,
Hace que los demás apenas sienta.

CXLIV.

(A. fol. 173.)

Ni por el cielo ver correr estrellas,
Ni por tranquilo mar navíos cargados,
Ni en plaza tornear hombres armados,
Ni á caza en bosque ver ninfas muy bellas,
Ni en gran obscuridad volar centellas.
Ni llenos por abril de flor los prados,
Ni galanes en sala aderezados,
Ni en cabello bailar tiernas doncellas,
Ni el sol en el nacer de un claro día,
Ni árboles de flor y fruta llenos,
Ni fuego sobre nieve helada y fría,
Ni todo cuanto hay más ni cuanto hay menos

De hermoso en el mundo, igualaria
Vuestro dulce mirar, ojos serenos. (1)

---

(1) Este soneto, que en el códice tiene repetida la palabra *estrellas* al fin de los versos primero y quinto, está hecho en vista de uno de Petrarca, pero sólo tradujo Cetina el primer cuarteto, separándose del modelo en lo demás, muy especialmente en el final, que trae á la memoria el hermoso madrigal de los ojos serenos.

Dice así el soneto de Petrarca:

Né per sereno ciel ir vaghe stelle,
Né per tranquillo mar legni spalmati,
Né per campagne cavalleri armati,
Né per bei boschi allegre fere e suelle;
Né d' aspettato ben fresche novelle,
Né dir de amore in stili alti ed ornati,
Né tra chíare fontane e verdi prati
Dolce cantare oneste donne e belle;
Né altro sará mai ch' al cor m'aggiunga;
Si seco il seppe quella seppellire
Che sola agli occhi miei fu lume e speglio.
Noia m'è il viver si gravosa e lunga,
Ch' i' chiamo 'l fine per lo gran desire
Di riveder cui non veder fu 'l meglio.

Tradújolo así Enrique Garcés:

Ni ver muchas estrellas en el cielo,
Ni por la mar navíos despalmados,
Ni caballeros ver en campo armados,
Ni fieras por el bosque, ó de aves vuelo,
Ni nuevas que causar pueden consuelo,
Ni versos de amor altos y limados,
Ni canciones oir en verdes prados,
Entonadas por ángeles del suelo,
Ni cosa al fin habrá que satisfaga
Mi corazón, que con aquella es ido,
Que lumbre de mis ojos ser solía.

CXLV.

(A. fol. 37.—B. N.-V. 366, fol. 239)

Ni por mostrarse blanda ni piadosa
La imagen que en el alma Amor me sella,
Ni porque ceda á su color más bella
El blanco lirio y la bermeja rosa,
Ni por mostrarse fiera y desdeñosa,
Ni por fingir de mí falsa querella.
Ni por estar presente ó nunca vella,
Ni por estar contenta ni quejosa,
Mi alma se verá que de otro fuego
Arda jamás, ni que se borrá un punto
La imagen que ya en ella está esculpida;
Tan dulce hizo Amor el nudo ciego,
Que no puede amargar, si todo junto
Fuese de ajenjo el resto de mi vida.

CXLVI.

(A. fol. 73.)

No es falta de dolor faltarme el llanto,
Antes dulce memoria enamorada;

Tanto el vivir me pena y empalaga,
Que su curso concluso ver querría,
Por ver á quien no ver mejor ha sido.

Que mientras contemplando está ocupada,
Del usado llorar se deja al cuanto.
Estoy deste mi mal pagado tanto,
Por la gloria que entre él viene mezclada,
Que mi propio sentir me desagrada
Si la fuerza del mal le causa espanto.
Así viene el dolor á adelgazarse;
Así el mal se transforma y se enajena,
Y hace que del llanto el uso pierda.
Mas ¿quién podrá, señor, desagradarse
Del mal que tanto bien causa y ordena,
Ni llorar mientra en él piensa y se acuerda? (1)

CXLVII.

(*A. fol. 211.*)

Á una dama que le pidió alguna cosa suya para cantar.

No es sabrosa la música, ni es buena
Aunque se cante bien, señora mía,
Si de la letra el punto se desvía;
Antes causa disgusto, enfado y pena;
Mas si á lo que se canta acaso suena
La música conforme á su armonía,
En lugar del pesar que el alma cría,
De un dulce imaginar la deja llena.

(1) Impreso en Gallardo, tomo 2.º, col. 422.

Vos, que podeis mover, al són del canto,
Los montes, no querais cantar enojos
Ni el secreto dolor de mi cuidado.
Quédese para mí solo mi llanto;
Vos cantad la beldad de vuestros ojos:
Conformará el cantar con lo cantado. (1)

CXLVIII.

(A. fol. 162.)

AL EMPERADOR

No fuera Alcides, nó, famoso tanto
Ni durara en el mundo hoy su memoria,
Si menos cara hubiera la victoria
De los montruos que aun hoy causan espanto.
La fuerte emulación con todo cuanto
Contrasta casi al par con vuestra gloria,
Harán al fin, Señor, que vuestra historia
Nos dure con eterno é inmortal canto.
El vencer tan soberbios enemigos,
Sujetar tantos monstruos, tanta gente,
Con el valor que el cielo en vos derrama,
Al siglo por venir serán testigos

(1) Publicado por don Adolfo de Castro en el tomo XXXII de la Biblioteca Rivadeneyra.

Del honor que dará perpetuamente
Á Carlos Quinto Máximo la fama. (1)

CXLIX.

(A. fol. 172.—B. N.-V. 366, fol. 111.)

—No hallo ya en el mal inconveniente,
Ni en el bien, si lo alcanzo, me detengo;
El tiempo que no os veo, aunque es muy luengo,
Con el alma os estoy siempre presente.
Con tal orden templais un accidente,
Que en el mayor favor, si alguno tengo,
Cuando en el disfavor á pensar vengo,
Paso por él así livianamente.
Y el placer, el pesar, el riso, el llanto,
Gozar y padecer, daño y provecho,
Igualmente por vos me satisface.
Sola una novedad me causa espanto:
Teniendo de contrarios lleno el pecho,
Cómo la división no lo deshace.

(1) Publicado por D. Adolfo de Castro en el tomo XXXII de la Biblioteca Rivadeneyra.

CL.

(A. fol. 73.)

AL SECRETARIO GONZALO PÉREZ (1)

«No más, como solía, jocundo y vago,
Te veo correr dorando tu ribera;
Mas turbio de mis lágrimas, la fiera
Llama acrecer que yo llorando apago.
»Ya no te muestra el cielo aquel halago
Con que suele adornar tu primavera;
Ya no es tu claridad la que antes era,»
Decía Pireno contemplando el Tago.
«¿Qué será de tí, mísero Pireno,
—Tornó á decir, llorando,—si el pasado
Tiempo no torna alegre cual solía?»

---

(1) Fué secretario del príncipe D. Felipe, y arcediano de Sepúlveda. Don Jerónimo de Urrea lo celebra como poeta en su *Orlando*; y Blasco de Garay, en la traducción de la *Arcadia* de Sannázaro hecha por el canónigo Diego López de Ayala é impresa en Toledo en 1547, que dedicó al dicho Gonzalo Pérez, también dice que era poeta.

Hernando de Hoces, en su traducción de *Los triunfos de Francisco Petrarca*, impresa en Salamanca, año de 1581, dice: ....*tantos, como los que en el día de hoy son de voto que al pié de la letra se imite también en esto la manera del verso italiano, como en todas las otras cosas; puesto caso que no es justo que ninguno condene por malo aquello que don Diego de Mendoza, y el Secretario Gonzalo Pérez, y don Juan de Coloma, y Garci-Laso de la Vega, y Juan Boscan y otras muchas personas doctas tienen aprobado por bueno.*

Vandalio, que el dolor de mal ajeno
Hacía recordar su propio estado,
Lloraba de piedad mientras le oía. (1)

CLI.

(A. fol. 146)

No me engañarás más, vana esperanza;
Mi desengaño ya cerró la puerta,
Y esa falsa salud, que os trae cubierta,
Con el sueño se irá, como es usanza.
Solía desear una mudanza,
Hacer muy gran caudal de cosa incierta,
Y agora el desear no se concierta
Con mudar, que consiste en confianza.
Ya sé, falsa, quién sois: quitaos el velo;
No me engañarán más vuestras blanduras.
Vivir podeis de hoy más con otro dueño.
¡Ay, dura ley de Amor! Permite el cielo
Que al cabo de tan grandes desventuras
Sea mostrarme el bien durmiendo, en sueño.

---

(1) Publicado por D. Adolfo de Castro en el tomo XXXII de la Biblioteca Rivadeneyra.

CLII.

(B. N.-M. 258, fol. 19 vto.)

No puede ausencia resfriar un pecho
Que es de amoroso desear llagado,
Ni amor mantiene tan astroso estado
Que tema ser de tal poder deshecho.
Antes allí se extiende su derecho
Y á dár la guerra se nos muestra osado,
Llevando pensamientos á su lado
Con que nos da placer y da despecho.
Amor en el ausente se refuerza,
Así como hace aquel que se retira
Por levantar el salto con más fuerza.
Que el acordaros á morir os tira
Y en esperánza de volver se esfuerza
Si acaso luego el amador no espira.

CLIII.

(A. fol. 38)

No puede un corazón apasionado
Claro tener de Amor conocimiento;
Mas si la pasión cesa, el sentimiento
Puede bien hablar dél como avisado.
Yo sé decir quién es: que lo he probado;

Toda su calidad entiendo y siento,
Y si artero no soy del escarmiento,
No es poco bien quedar escarmentado.
Jamás ví amor honesto ó provechoso,
Ni puede ser del todo detestable
Naciendo de apetito codicioso;
Porque si la esperanza no es estable,
Si el trabajo es más cierto que el reposo,
¿Qué deleite dará que sea durable?

CLIV.

(A. fol. 92.—B. N.-V. 366, fol. 206 vto.)

No tenga yo jamás contentamiento
Ni páre hasta el alma el dolor mío;
Ira, saña, desdén, pena, desvío
Sean la paga, al fin, de mi tormento.
Fálteme al mejor tiempo el sufrimiento;
Nunca suspiro oigais de los que envío;
El corazón tengais de nieve frío
Ante el ardor que á vuestra causa siento.
De otro os pueda ver enamorada,
Reiros de mi mal, menospreciarme,
Ni de cuanto os dijere creais nada,
Si basta otra beldad á enamorarme;

Ni la busco, ni quiero, ni me agrada,
Ni puede, sino vos, cosa agradarme. (1)

CLV.

(B. N.-M. 258, fol. 21)

¡Oh noche, para mí muy claro día.
Que enriqueciste tanto el buen deseo,
Que en siempre desear lo que deseo
Faltar será imposible en algún día!
Y tú, que tu presencia es siempre día,
No tomes por ofensa mi deseo;
Que sólo por loarte lo deseo
Y con esto acabar mi postrer día.
Y pues tal ha de ser mi pensamiento
En este desear, que la esperanza
Al vano imaginar quite su oficio,
Siendo tan puro y limpio el pensamiento,
No niegues este bien; que otra esperanza
Más del vivir no quiero en este oficio.

CLVI.

(B. N.-V. 366, fol. 207.)

¡Oh pasos, tan sin fruto derramados!
¡Oh rudo y peligroso pensamiento!

(1) Publicado en Gallardo tomo 2, col. 446.

¡Oh memoria, ocasión de mi tormento!
¡Oh ardor, no mortal, mas de dañados!
¡Oh flaco corazón, graves cuidados!
¡Oh vano desear, fundado en viento!
¡Oh grande y obstinado sufrimiento!
¡Oh ojos, de llorar, fuentes tornados!
¡Oh vida triste, de trabajos llena!
¡Oh dulce error, que andar me hace errando!
¡Oh esperanza incierta, ó cierto engaño!
¡Oh vos, que estais en la amorosa pena,
Almas que en este infierno ardeis amando.....!
¡Ved cuál debe de ser mi mal extraño!

CLVII.

(A. fol. 100.—B. N.-V. 366, fol. 88)

Ojos, ¿ojos sois vos? No sois vos ojos:
Antes ira del cielo extraña y fiera;
Mas, ojos, si lo sois, ¿de qué manera
Roban vuestra beldad vuestros enojos?
Ojos, ¿ojos sois vos?—Tristes enojos, *(sic)*
Que no sois ojos ya, sois fin postrera;
Mas, ojos, si lo sois, antes que muera
Mostradme os agradais de mis despojos.
Ojos, no os pido yo que el ceño airado
Lo levanteis de mí; más limitada
Hace mi petición mi mala suerte.

Mas, ojos, pues tan claro habeis mostrado
Que mi vivir os cansa y desagrada,
Mostrad hora agradaros de mi muerte. (1)

CLVIII.

B. N.-V. 366, fol. 111 vto.)

Ojos, rayos del sol, luces del cielo,
Que, con un volver manso y pïadoso,
En el trance más fuerte y peligroso
Me solíades dar mayor consuelo;
¿Qué ceño tan crüel, qué oscuro velo,
Es el que me mostrais tan temeroso?
¿Qué es del blando mirar, grave, amoroso,
Que apartaba de mí cualquier recelo?
¿Qué es esto? ¿No sois vos aquellos ojos
Que me suelen valer y asegurarme?
¿No me habeis dado vos mil desengaños?
Pues ojos, ocasión de mis enojos,
¿Por qué agora mirais para matarme?
¿Caben en tal beldad tales engaños?

(1) Publicado en Gallardo, tomo 2.º, col. 427.

CLIX.

(A. fol. 60.—B. N.-V. 366, fol. 256.)

Padre Oceano que del bel Tirreno
Gozas los amorosos abrazados:
De gloria, si sintieses mis cuidados,
Cuanto yo de pesar estarías lleno.
En la parte del cielo más sereno,
Para colmar la cima de tus hados,
Ví á tu hijo bañar los delicados
Pies de una ninfa que nació en su seno.
«¡Ay! ¿Quién fuese ora tú?» yo le decía;
Y de puro celoso, lo enturbiaba
Con llanto que del alma me salía.
Mas él, que tanto bien comunicaba,
Mientra con mi llorar lo revolvía,
Claro en sus ondas mi dolor mostraba. (1)

CLX.

(A. fol. 156)

Padre se llama al sol de la alegría;
Á mí la vista dél más me entristece;
Apenas alejándose anochece,

(1) Publicado por D. Adolfo de Castro en el tomo XXXII de la Biblioteca Rivadeneyra.

Cuando muero por ver venido el día.
Todo cuanto en la tierra el cielo cría
Reposa con la noche; en mí parece
Que con fuerza mayor á la par crece
También la obscuridad del alma mía.
Y si del que mal hace es deseada,
Que luz ver no querría en todo el año,
¿Por cuál razón á mí me desagrada?
Que demás de tratar de día mi daño,
En la noche, al descanso aparejada,
Soy más cierto ministro de mi engaño. (1)

CLXI.

(A. fol. 169.—B. N.-V. 366, fol. 40)

Para justificarme en mi porfía,
Tal vez muevo la pluma que os alabe,
Y antes de comenzar pide que acabe
De celoso temor la fantasía.
Pónesele delante al alma mía
Temor que os perderé si tal se sabe,
Y no decir de vos lo que en vos cabe
Dice Amor que es traición y cobardía.
Hágome alguna vez más atrevido

(1) Publicado en Gallardo, tomo 2.°, col. 432. No se encuentra en la copia que del ms. de la Biblioteca de Álava existe en la Nacional.

Y digo: «¡Qué temor tan sin prudencia!
Ámenla cuantos hay debajo el cielo.»
¡Ved si debo de estar ya bien perdido,
Cuando, siendo incurable mi dolencia,
Pienso en ajeno mal hallar consuelo!

CLXII.

(A. fol. 16)

Para ver si sus ojos eran cuales
La fama entre pastores extendía,
En una fuente los miraba un día
Dórida, y dice así, viéndolos tales:
«Ojos, cuya beldad entre mortales
Hace inmortal la hermosura mía,
¿Cuáles bienes el mundo perdería
Que á los males que dais fuesen iguales?
»Tenía, antes de os ver, por atrevidos,
Por locos temerarios, los pastores
Que se osaban llamar vuestros vencidos.
»Mas hora, viendo en vos tantos primores,
Por más locos los tengo y más perdidos
Los que os vieron, si no mueren de amores.» (1)

(1) Publicado por D. Adolfo de Castro en el tomo XXXII de la Biblioteca Rivadeneyra.

CLXIII.

(A. fol. 49)

Pasan tan presto los alegres días
Volando sin parar apresurados,
Y del perdido bien acompañados
Llevan tras sí las esperanzas mías;
Mas los que traen las ansias, las porfías,
Temor, recelos, bascas y cuidados,
Éstos pasan de espacio, tan pesados,
Que parecen que van por otras vías.
Pues si no muda el sol su movimiento,
Si regla cierta en sus caminos guarda,
Si no se puede errar orden del cielo,
Las horas enojosas del tormento
¿Por qué tan luengas son? ¿Cómo se tarda?
Y las alegres, ¿quién las lleva en vuelo? (1)

CLXIV.

(A. fol. 31.)

AL PRINCIPE DE ÁSCOLI (2)

Pastor, ¿cuál ocasión, cuál cosa extraña,
Qué infortunio crüel, cuál fiero hado

(1) Publicado en Gallardo, tomo 2.º, col. 420.
(2) Véase la nota del soneto 17.

Te trujo á apacentar nuevo ganado,
Tan lejos de tu bien, á esta montaña?
La nueva novedad de tal hazaña
Me ha tenido confuso y alterado,
Sabiendo que no estás sin el cuidado
Que solías traer allá en España.
Mira bien cómo vas por esta tierra;
Si tienes libertad mira por ella,
Que las ninfas de acá son cautelosas.
Por tal beldad, pastor, podrás perdella;
Que te dará mil muestras amorosas
Y haráte después bárbara guerra.

CLXV.

(A. fol. 183.—B. N.-V. 366, fol. 89 vto.)

Pincel divino, venturosa mano,
Perfecta habilidad, única y rara,
Concepto altivo do la envidia avara,
Si te piensa enmendar, presume en vano.
Delicado matiz, que el sér humano
Nos muestra cual el cielo lo mostrara;
Beldad cuya beldad se vé tan clara,
Que al ojo engaña el arte soberano.
Artífice ingenioso, ¿qué sentiste
Cuando tan cuerdamente contemplabas
El sujeto que muestran tus colores?

Dime: si como yo la ví la viste,
El pincel y la tabla en que pintabas,
Y tú, ¿cómo no ardeis, cual yo, de amores? (1)

CLXVI.

(A. fol. 18.)

Ponzoña que se bebe por los ojos;
Dura prisión, sabrosa al pensamiento;
Lazo de oro crüel; dulce tormento;
Confusión de locuras y de antojos;
Bellas flores mezcladas con abrojos;
Manjar que al corazón trae hambriento;
Daño que siempre huye el escarmiento;
Minero de placer, lleno de enojos;
Esperanzas inciertas, engañosas;
Tesoro que entre el sueño se parece;
Bien que no tiene en sí más que la sombra;
Inútiles riquezas, trabajosas;
Puerto que no se halla, aunque parece,
Son efectos de aquel que Amor se nombra. (2)

---

(1) Publicado por don Adolfo de Castro en el tomo XXXII de la Biblioteca Rivadeneyra.

(2) Publicado asimismo por don Adolfo de Castro, *ibid.*

CLXVII.

(B. N.-M. 258, fol. 20 vto.)

¿Por cuál camino á maltratar probaste,
Crüel y aborrecible calentura,
Los rayos de la angélica figura
Y al cielo tan contraria te mostraste?
¿En qué tan loca fuerza te fiaste
Cuando afear quisiste la pintura
Que de mortal fiereza está segura,
Y hurtar la joya del divino engaste?
¿No sabes que la muerte allí no puede,
Ni tira golpe que no vaya en vano
Contra beldad que sola es tan perfeta?
Dar muerte y destruirla es en su mano;
No es mucho á quien tal mando se concede
Que esté mi triste vida tan sujeta.

CLXVIII.

(A. fol. 104. —B. N.-V. 366, fol. 246)

Por el airado mar á la ventura
Va el marinero con tormenta fiera,
Y, viéndose perder, salvarse espera
En el batel do su morir procura.
Porque lo ordena así su desventura,

Que allí donde pensó salvarse muera,
Volviendo al puerto, al fin, salva y entera
La nave que juzgó menos segura.
Así, Señora, yo, buscando un medio
Que me pueda escapar de un mal tan fuerte,
Do me pensé ganar vine á perderme.
Mas ¿qué puede hacer quien su remedio
Vió puesto en el arbitrio de la suerte?
¿De quién, sino de vos, puedo valerme?

CLXIX.

(A. fol. 182.—B. N.-V. 366, fol. 63)

Por esta faz, por esta bella mano, (1)
Que tan impresa está en el alma mía;
Por estos ojos que hicieron vía
Dentro en mi corazón á aquel tirano;
Por esta boca que igualar en vano
Á cosa terrenal presumiría,
Y por este color que me desvía
Mirando su beldad del sér humano;
Por esta vaga frente que refrena,
Ornada del color destos cabellos,
El vano desear cuando más ciego,

(1) Gallardo, en el índice que hizo del códice de Álava, copia así este verso:

Por esta luz, por esta bella mano.,...

Juro que otra beldad no me da pena
Y llamo en testimonio de mí y dellos
El cielo, el aire, el mar, la tierra, el fuego.

CLXX.

(A. fol. 164)

Por los ojos Amor entra y derrama
En el alma un ardor que la enflaquece;
El ansia del gozar fuego parece;
Templada obstinación su fuerza trama.
De un hijo que Amor tiene, el cual se llama
Deseo, la Esperanza nace y crece;
Mas contra el hijo y nieta el hado ofrece
Un bastardo temor que los desama.
El fin que amor pretende es ser amado;
Temor, que ningún bien del padre alcanza,
Viene contra los dos acompañado
De enojos, de sospechas, de mudanza,
Desdén, ingratitud, celos, cuidado,
Armado de mortal desconfianza.

CLXXI.

(A. fol. 32)

Por nuestro polo el sol no parecía;
Al venturoso antártico alumbraba.

Cuando un pastor, que, sin él, ciego estaba,
Con lágrimas llorando así decía:
«¡Oh luz sola que luz da al alma mía;
Mas ¡ay! ¿qué digo luz? que no la daba:
Cuando dejaros ver ya os agradaba
¿Quién de veros me aparta y me desvía?
»Si no merece ver beldad del cielo
Un mísero pastor desventurado,
Si no os quereis mostrar porque no os vea,
»Considerad, por Dios, gloria del suelo,
Que el alma, que ya en vos se ha transformado,
No os dejará de ver doquier que sea.»

CLXXII.

(A. fol. 56.)

¿Por qué es ciego el amor? ¿Por qué con ojos
Ajenos, ya que ver puede se guía?
¿Por qué tan niño por la incierta vía
Que tiene en gobernarse por antojos?
Desnudo, por mostrar que sus enojos
Natura los produce, ella los cría.
¿Por qué tiene alas? ¿Por qué en solo un dia
Da y quita libertad, vida y despojos?
¿Por qué le dan el arco y las saetas?
¿Por qué el libre poder que en todos tiene
Y el fuego con que arder almas le agrada?

¿Por qué son de oro, pues, las más perfetas
Y otras de plomo? Porque amando pene
El desamado de la cosa amada.

CLXXIII.

(A. fol. 179)

Por separarse de una gran tormenta
Con que el cielo una noche amenazaba,
Debajo de un alto olmo suspiraba,
Temeroso, Vandalio en tal afrenta.
No que con las ovejas tenga cuenta;
Ni el temor de los lobos recelaba:
Antes un ruiseñor, que allí cantaba,
La historia de su mal le representa.
Piadoso, á la avecilla enamorada,
Dijo: «¿Qué así te afliges y cantando
Muestras la tempestad tener en nada?
¿Qué haremos los dos, pues que, llorando,
Nuestro triste cantar tan poco agrada?»
«¿Qué?—dijo el ruiseñor—Morir amando.»

CLXXIV.

(A. fol. 184.—B. N.-V. 366, fol. 168 vto.—B. N.-M. 381, fol. 204 vto.)

Por una alta montaña, trabajando
Por llegar á la cima deseada,

Una piedra muy grande y muy pesada
Sube Sísifo á cuestas, suspirando.
Mas no tan presto arriba llega, cuando
Rodar la deja abajo; y no es llegada,
Que subir otra vez y otra le agrada,
De un trabajo otro nuevo comenzando.
Así sube, Señora, el alma mía
Con la carga mortal de mis cuidados
La montaña de la alta fantasía,
Y aún no son unos males acabados,
Cuando la obstinación de mi porfía
Sigue los que me están aparejados. (1)

---

(1) Publicado en Gallardo, tomo 2.°, col. 446.

En el códice de la Biblioteca Nacional, M. 381, se encuentra este soneto con notables variantes, pero por ser su pensamiento el mismo é iguales casi todos sus versos, no lo hemos incluído como obra distinta.

Dice así el del citado códice:

De la pena de Sísifo se cuenta
Que sube un grave peso á una montaña
Áspera, inhabitable, escura, estraña,
Do cuanto puede ver más le atormenta.
Subido á la tierra antes que sienta (*sic*)
Des..n si alguno el desear le engaña (*sic*)
Y soltando la carga que le daña,
De nuevo torna á la pesada afrenta.
Así sube, Señora, el alma mía
Por ásperos caminos desusados,
Á la cumbre *de la alta fantasía;*
Mas *no son unos males acabados,*

CLXXV.

(A. fol. 43.—B. N.-V. 366. fol. 39.)

Por vos ardí, Señora, y por vos ardo
Y arder por vos mientras viviere espero,
Ó contraste el deseo el hado fiero,
Ó sea favorable al bien que aguardo.
Tan á lo vivo ha penetrado el dardo
De Amor, que, cuando menos bien os quiero,
Morir por vos deseo, y por vos muero,
Y por vos sola de morir me guardo.

Cuando la obstinación de mi porfía
Sigue los que le están aparejados.

Las palabras subrayadas son iguales en los dos sonetos.
Entre las rimas de Luis Barahona de Soto se encuentra el siguiente:

Sísifo, ya cansado del quebranto,
Pára la piedra y siéntase sobre ella,
Y allí de su fortuna se querella
Con triste voz y miserable llanto.
Recibe de su pena alivio cuanto
Se ocupa en contemplalla y encendella,
Y de este modo puede suspendella,
Suspendiendo de sí el pesado canto.
En su castigo las Helides viven;
De su pena descansa Prometeo
Del águila que el pecho le está abriendo:
Ticio y Xion, y Tántalo reciben
Descanso. Sólo á mí faltarme veo,
En un tormento eterno padeciendo.

Vos el primer ardor fuísteis al alma;
Vos último sereis en la última hora,
Y creed á mi fe lo que os promete.
Bien podrá de mi muerte haber la palma,
Mas después se verá, cual es ahora,
Pasar el fuego mío allá de Lete. (1)

CLXXVI.

(B. N.-M. 258, fol. 11 vto.)

Pues se conforma nuestra compañía,
No dejes, soledad, de acompañarme;
Que con tu ausencia y con desampararme
Muy mayor soledad padecería.
Tú haces ocupar mi fantasía
Sólo en el bien que basta á contentarme,
Y no es parte sin tí para alegrarme
Con todo su poder el alegría.
Contigo partiré, si no me dejas,
Los altos bienes de mi pensamiento,
Que me escapan de manos de la muerte.
Y no te daré parte de mis quejas,
De mi tristeza, ni de mi tormento;
Ni dártela osaré por no perderte.

(1) Publicado en Gallardo, tomo 2.°, col. 420.

CLXXVII.

(B. N.-V. 366, fol. 72.)

Pues todavía quereis ir, mis suspiros,
Do siempre soleis ser tan mal tratados,
Trabajad de llegar disimulados:
Quizá con tal ardid querrán oíros.
Sabe Amor si quisiera hora seguiros,
Para ver si osareis ser tan osados;
Mas ¿para qué, si van dos mil cuidados
Míos allá tras vos para serviros?
Si os llegais al llegar con la osadía
Que hora partís de mí, decidle manso:
«Señora, pïedad. ¿Por qué tan fiera?»
Mas, si como el temor de sí os desvía,
Básteos darle á entender con un descanso
Cómo el verme sin él hace que muera.

CLXXVIII.

(A. fol. 156)

¿Qué alteración es ésta, Amor, que siento?
¿De dónde viene en mí tan gran mudanza?
Si muero de temor, esta esperanza
Que tengo, ¿sobre qué funda su asiento?
Si no quiero mi mal, ni lo consiento,

¿Por qué tengo del bien desconfianza?
Si el uso de razón el seso alcanza,
¿Cómo se ciega así el entendimiento?
Y si una mutación tan repentina
Natura la aborrece, ¿cómo vivo?
Un sujeto tan flaco, ¿en qué se esfuerza?
Mas ¡ay! que pues tormenta tan contina
No se amansa, es señal que el hado esquivo
Quiere mostrar en mí toda su fuerza. (1)

CLXXIX.

(*A. fol. 49.*)

AL PRINCIPE DE ÁSCOLI

¿Qué aprovecha, Señor, andar buscando
Ora el puerco montés, cerdudo y fiero?
¿Qué aprovecha seguir ciervo ligero,
Ni con yerba crüel andar tirando?
¿Qué aprovecha, Señor, ir remontando
La garza con halcón muy altanero?
¿Qué aprovecha, Señor, tirar certero,
Allí una liebre, aquí un faisán matando,
Si va siempre tras vos vuestro cuidado,

(1) Publicado en Gallardo, tomo 2.°, col. 432. Falta este soneto en la copia que del ms. de Álava existe en la Nacional.

Si en el alma llevais el pensamiento,
Si estais asido dél cuanto más suelto,
Si traeis el pensar tan regalado,
Que donde estais más libre y más contento,
Á las presas andais con él envuelto? (1)

CLXXX.

(*A. fol. 113.*)

TRADUCCIÓN DE UN SONETO TOSCANO

Querría saber, amantes, cómo es hecha
Esta amorosa red, que á tantos prende;
Cómo su fuerza en todo el mundo extiende,
Ó cómo el tiempo ya no la desecha.
Si Amor es ciego, ¿cómo se aprovecha
Á hacer las saetas con que ofende?
Si no las hace Amor, ¿quién se las vende?
¿Con cuál tesoro compra tanta flecha?
Si tiene, como escriben los poetas,
En una mano el arco, en otra el fuego,
Las saetas, la red, ¿con qué las tira?
Las armas del Amor, tirano ciego,

(1) Publicado en Gallardo, tomo 2.°, col, 421. Véase la nota del soneto 17.

Un volver de ojos es que alegre os mira:
No el arco, ni la red, fuego y saetas. (1)

CLXXXI.

(A. fol. 57.—B. N.-V. 366, fol. 73 vto.)

Quien tanto de su propio mal se agrada.
Señora, como yo, razón le falta:
Ni por nuevo dolor se sobresalta.
Ni del que ha de vivir recela nada.

---

(1) El original italiano de este soneto, que no he podido encontrar, fué imitado por Hernando de Acuña, en el que dice:

Dígame quien lo sabe cómo es hecha
La red de amor, que tanta gente prende,
Y cómo, habiendo tanto que la tiende,
No está del tiempo ya rota ó deshecha;
Y cómo es hecho el arco que amor flecha,
Pues hierro ni valor se le defiende,
Y cómo, ó dónde halla, ó quién le vende
De plomo, plata y oro, tanta flecha.
Y si dicen que es niño, ¿cómo viene
Á vencer á gigantes? Y si es ciego,
¿Cómo toma al tirar cierta la mira?
Y si, como se escribe, siempre tiene
En una mano el arco, en otra fuego,
¿Cómo tiende la red y cómo tira?

En las obras de Acuña—Madrid, 1591—siguen tres sonetos en contestación al anterior, que empiezan respectivamente:

De amor se hace, y por él mismo es hecha....
La red de amor, pues por amor es hecha....
La red de amor es invisible y hecha....

Quien el alma ya tiene transformada
En vos, por ocasión justa tan alta,
Si de un extremo grande en otro salta,
Bástale la memoria enamorada.
Si no puede gozar que os ha gozado
Quien no puede con lágrimas moveros,
Con la esperanza puede remediarse.
Mas ¿en qué esperará un desesperado?
Quien tan lejos está del bien de veros,
Basta pensar que os vió; basta acordarse. (1)

---

(1) Tal como queda copiado este soneto se encuentra en el códice de la Biblioteca de Álava: en el V. 366 de la Nacional, se halla con estas variantes:

Quien tanto de su propio mal se agrada,
Señora, como yo, razón le falta,
Si del que ha de venir se sobresalta,
Ni del que ha de venir recela nada.
Quien tiene el alma ya tan transformada
En vos por ocasión justa tan alta,
Si de un extremo grande en otro salta
Bástale la memoria enamorada.
Quien tan lejos está del bien de veros,
Basta pensar que vió, basta acordarse,
Si no os puede gozar que os ha gozado.
Quien no puede con lágrimas moveros,
Con la esperanza puede remediarse;
Mas ¿en qué esperará un desesperado?

CLXXXII.

(A. fol. 130.)

AL PRINCIPE DE ÁSCOLI (1)

Quien tiene tan honrado pensamiento,
Lavinio, como yo, no es tan ligero
Mudar de voluntad, sin que primero
Pierda con el vivir todo el contento.
No fué el primer ardor el que ahora siento;
Mas sé yo bien, al fin, será el postrero;
Éste fué el muy sabroso, este más fiero,
Déste fué el bien igual con el tormento.
Si me quejo, pastor, de mi pastora,
Si digo que es crüel, que es una ingrata
Á tí, que de mi ardor sabes la historia,
Es la contemplación que me maltrata,
Que, ora el bien, ora el mal pasado, llora,
Según Amor lo trae á la memoria.

(1) Véase la nota del soneto 17.

CLXXXIII.

(A. fol. 17.— B. N.-M. 258, fol. 18.—B. N.-M. 381, fol. 204 vto.) (1)

Remedio incierto que en el alma cría
La ponzoña que da vida al tormento;
Madrastra del cuitado sufrimiento;
De nuestros bienes robadora harpía; (2)
Obscura luz, que por tinieblas guía;
Falso esfuerzo del loco pensamiento; (3)
Dificultoso bien del sentimiento;
Peligroso manjar de la porfía;
Sierpe fiera con rostro de doncella; (4)
Fuego que blandamente nos consume;
Jarabe dulce de alargar los males;

---

(1) Este soneto fué impreso por Fernando de Herrera, en sus *Anotaciones* á las obras de Garcilaso, de donde se ha copiado. También lo incluyó D. Adolfo de Castro en el tomo XXXII de la Biblioteca Rivadeneyra. En los códices presenta las variantes que se anotarán.

(2) En los tres códices citados, dice este verso:

De nuestros años robadora harpía.

(3) En el códice de la Biblioteca Nacional, M. 381, se leen así este verso y el siguiente:

Esfuerzo loco del entendimiento;
Dificultoso bien del pensamiento.

(4) Castro equivocó este verso, copiándolo así:

Siempre fiera con rostro de doncella.

Bien do el daño mayor se anida y sella, (1)
¿Quién será tal que tus maldades sume?
¡Oh mísera esperanza de mortales!

CLXXXIV.

(A. fol. 6)

Remorder de dolor el alma siento
Mil veces un temor de cosa incierta;
Un nuevo sobresalto en mí despierta
De venidero daño el sentimiento.
¡Oh desaventurado pensamiento,
Tan pronto siempre á abrir al mal la puerta!
¿No basta que al entrar la halle abierta,
Sin que entre antes el miedo que el tormento?
Si por desdicha duermo, á despertarme,
Helado, sin color, llega el recelo,
Pronosticando algún inconveniente.
Y es tan familïar en visitarme,
Que tengo, porque así lo ordena el cielo,
Siempre el mal por venir ya por presente.

---

(1) En el códice M. 258, dice:

Que en el daño mayor se anida y sella.

Y en el M. 381,

Bien á do el mal se anida siempre y halla.

CLXXXV.

(A. fol. 131.)

Sabe Dios si saber de vos deseo,
Y témolo saber más que la muerte:
Ved, Señora, cuál es mi mala suerte;
De qué contrarios tormentar me veo.
De no saber de vos tal mal poseo,
Que en fiera rabia el desear convierte;
Y por no saber nunca en qué no acierte,
El triste desear huyo y rodeo.
Así, el que ve la nave irse abrasando,
Estando dentro en ella en la batalla,
Modo para salvarse anda buscando;
Mas doquiera que va, su muerte halla:
El enemigo, el contrastar nadando,
Y en la nave ella viene sin buscalla.

CLXXXVI.

(A. fol. 92)

Señora, si es Amor, como se entiende,
Deseo de gozar la cosa amada,
De do viene que esta alma enamorada
En el gozo mayor su fuego enciende;

Si tanto dura amor cuanto contiende
Al desear la cosa deseada,
Pues la causa de Amor es ya acabada,
Como dura el efecto y se defiende,
No es amor tal amor; mas desconcierto;
No es el favor el fin de esta porfía,
Aunque muestra ser fin de los amores.
Amor nace del alma; el alma es cierto
Que en parte es voluntad, y así la mía
Desea la voluntad: no los favores.

CLXXXVII.

(B. N.-M. 258, fol. 8 vto.)

Señora, pues mis ojos merecieron,
No por su merecer, mas por ventura,
Ver el hermoso sol de tu figura,
No padezca yo el mal del bien que vieron;
Que de la presunción que en sí tuvieron
De osar mirar tan alta hermosura,
Se le ofrece á mi alma una tristura,
No sé por qué; mas sé que ellos lo hicieron.
Y sé también que si el remedio viene,
Ha de venir, Señora, de tu mano,
Porque es el sólo que á mi mal conviene.
Y sé que no será poder humano

Para apartar la fuerza que en mí tiene:
Antes todo será dañoso y vano.

CLXXXVIII.

(A. fol. 165)

AL DUQUE DE ALBA

Señor, mientra el valor que en vos contemplo,
El ánimo, el saber, alabar quiero,
Con el bajo decir torpe y grosero
Del alto desear la furia tiemplo.
Vuestras obras serán, pues, vuestro ejemplo;
Vos vuestro coronista verdadero;
Vuestra virtud será el más cierto Homero
Que á la inmortalidad os abre el templo.
No dejareis, Señor, ser alabado;
Mas al principio que llevais tan alto,
Dad en lo porvenir alegre efeto;
Que si el triunfo del mundo es pobre y falto,
Si corresponde mal con tal sujeto,
Allá os le tiene el cielo aparejado. (1)

---

(1) Falta este soneto en la copia que del códice de la Biblioteca de Álava existe en la Nacional. Fué impreso por don Adolfo de Castro en el tomo XXXII de la Biblioteca Rivadeneyra.

CLXXXIX.

(*A. fol. 50.*)

Á DON PEDRO DE SOSA

Señor, si vuestro andar continuo errando
Por provincias remotas muy extrañas,
Si travesar la mar, bosques, montañas,
Nuevas costumbres y hábitos mirando,
Pudiesen el ardor ir mitigando
Que os convierte en cenizas las entrañas;
Si los males de amor, iras y sañas,
Pudiesen aliviarse caminando,
No sólo sería poco un tal camino,
Mas cuanto Alcide anduvo en su conquista
Debeis andar para hallar un medio.
Pero, pues tanto bien niega el destino,
Tornad, Señor, á ver la amada vista,
Que donde nace el mal nace el remedio. (1)

CXC.

(*A. fol. 158*)

¿Será verdad? ¡Ay, Dios! ¿Serán antojos?
¿Será temor villano este recelo?

(1) Impreso en Gallardo, tomo 2.º, col. 421.

¿Será verdad ¡ay, Dios! el desconsuelo
Que de nuevo da fuerza á mis enojos?
¿Será verdad ¡ay, Dios! que vean mis ojos
Gozar hombre mortal beldad del cielo?
¿Será verdad ¡ay Dios! que hay en el suelo
Quien merece ganar tales despojos?
¿Será verdad ¡ay, Dios! que de aquel gesto,
De aquel valor que es hoy al mundo extremo,
Goce otro sin gozarle yo de nuevo?
¡Ay, Dios! Si esto es verdad, muera yo presto;
Acábeme el dolor del mal que temo.
Y no la vista del á que me atrevo.

CXCI.

(A. fol. 43.)

AL DUQUE DE SESSA (1)

Sesenio, pues que vas do vengo agora,
Antes do siempre estoy, do ir quisiera
Cuando á ver llegarás la gran ribera
Del Betis, que por tí tanto se honora;
Si aquella Brisis, que tu alma adora,
Jamás se mueve á tus suspiros, fiera,

(1) Á este mismo personaje está dedicado el soneto XXXI de esta colección.

Á Dórida dirás que desespera
La mía ya de verse alegre un hora.
  Pero si aquel antiguo nuestro río
Fuera el otro do suelen los mortales
El peso descargar de sus cuidados,
  No por eso dejara el ardor mío
De atormentarme acá, por que mis males
No quiero ni podrán ser remediados.

CXCII.

(A. fol. 57.—B. N.-V. 366, fol. 41.)

  Si así durase el sol sereno cuanto
Dura la noche tenebrosa, obscura;
Si en medio del placer mi desventura
No transformase el gozo en triste canto,
  ¿Cuál vida podría ser alegre tanto?
¿Cuál mal que iguale al bien de tal ventura?
¿Cuál remedio mayor de mi tristura
Que mudar en alegre el triste canto? *(sic)*
  En la gloria mayor de mi tormento,
Voy por tranquilo mar ledo cantando,
Mientra alegre se muestran vuestros ojos.
  Mas ¡ay! que cuando más, más gloria siento,
Se me deshace el bien, considerando
Cuál me suelen parar vuestros enojos. (1)

(1) Impreso en Gallardo, tomo 2.°, col. 445.

CXCIII.

Á JORGE DE MONTEMAYOR

Si como vas, Lusítano, yo fuese
Do el alma dejé, que no debiera;
Si como verás presto la ribera
Del hermoso Pisuerga así la viese,
Si como partirás do yo partiese
Y llegarás do yo llegar quisiera,
Si el bien que verás tú yo ver pudiera
Y el poder ir como tú vas tuviese,
Estos húmedos ojos que llorando
Te mueven á piedad, vieras gozosos
Andar, su mayor bien manifestando;
Mas ordenan los hados enojosos,
Por que lo sienta más, irme alargando
Los días del destierro trabajosos. (1)

---

(1) Se encuentra este soneto en el rarísimo libro «*Las Obras de Amores de Jorge de Montemayor, M.D.LIIII.*» (sin lugar de impresión), con el siguiente encabezamiento:

«*Soneto de Gutierre de Cetina siendo enamorado en la corte para donde Montemayor se partía.*»

Y á continuación se lee:

«*Responde Montemayor siendo enamorado en Sevilla, adonde Gutierre de Cetina quedaba.*

Vandalio, si de estar muy descontento
Trocaras tu quedar con mi partida,

CXCIV.

(A. fol. 181.—B. N.-V. 366, fol. 62)

Si con cien ojos como el pastor Argo,
Antes si con cien mil mirase atento;
Si alcanzase la vista al pensamiento;
Si de Nestor tuviese el vivir largo;
Si el alma libre más, más sin embargo
Pusiese en sola vos su entendimiento,
No basta ver las partes que, sin cuento,
El cielo de beldad os hizo cargo.

Hallara yo en tu muerte nueva vida
Y tú en mi gran pesar contentamiento.
Aquí me mata Amor, yo lo consiento,
Pues pudo renovar vieja herida;
Aquí el alma del cuerpo se despida;
De aquí no pase ya mi pensamiento.
Amor nuestros placeres ha trocado,
Y en solo ver su efecto estoy tan frío,
Pues no sé si es Amor quien me ha mudado.
No ves, Vandalio, tú, tal desvarío
Que lleve yo conmigo tu cuidado
Y tu quedas acá guardando el mío.»

Jorge de Montemayor nació en Mondego, cerca de Coimbra, abrazando, como Cetina, la carrera de las armas y muriendo en desafío en Turín, en 1561. Es autor de la *Diana Enamorada*, hermosa novela pastoril, de una *Exposición moral del salmo 86 del real profeta David*, de un poema de *Píramo y Tisbe*, de una glosa á las *Coplas* de Jorge Manrique y de muchas poesías líricas, coleccionadas en su mayor número en un *Cancionero* del que preferentemente se han extractado las obras de amores.

La envidia, que poner suele defeto
Do no lo puede haber, arde y suspira
Mirándoos y á sí misma se reprueba.
Y el mundo, que subir con el conceto
No puede desde acá, mientra que os mira,
Cree por fe, sin desear más prueba.

CXCV.

(*A. fol. 153.*)

Si contra Amor, Señora, estais armada
De aquel frío saber que amor contiende,
Si os guía la razón, si ella os defiende,
No es gran caso no estar enamorada.
De poco amor Amor se desagrada;
No puede Amor crecer do el seso entiende;
Si el juicio gobierna. Amor se ofende;
Do no hay pasión, Amor no puede nada.
Pero si permitiese el hado mío,
Cosa que podría ser, que amor hallase
Entrada en ese pecho de diamante,
Á pagar de mi alma aquel deseo,
En blando consentir se transformase:
¿Qué freno hay que tener pueda un amante? (1)

---

(1) Gallardo se olvidó de incluir este soneto en el índice que hizo del códice de la Biblioteca de Álava.

CXCVI.

(A. fol. 158)

Si de amor y de vos tan poco fío,
Del amor y de vos nace este celo:
De vuestra honestidad nada recelo;
Menor es contra vos mi desvarío.
Que vuestra voluntad me dé un desvío
Hace que tema Amor; dél nace un celo (*sic*)
Tal, que vengo á temer si amais al cielo.
¡Ved hasta dónde llega el miedo mío!
Jamás tuve de vos una sospecha,
Ya que tenella cierta es imposible,
Ni cosa deseé que otros desean.
Que con mi voluntad la vuestra estrecha
Estuviese deseo, y, si es posible,
Tan juntas que las dos un alma sean.

CXCVII.

(A. fol. 66.—B. N.-V. 366, fol. 261)

Si de Roma el ardor, si el de Sagunto,
De Troya, de Numancia y de Cartago,
Si de Jerusalem el fiero estrago,
Belgrado, Rodas y Bizancio junto;

Si puede á piedad moveros punto
Cuanto ha habido de mal del Indo al Tago,
¿Por qué del fuego que llorando apago
Ni dolor ni piedad en vos barrunto?
Pasó la pena déstos, y en un hora
Acabaron la vida y el tormento.
Puestos del enemigo á sangre y fuego.
Vos dais pena inmortal al que os adora;
Y así, vuestra crueldad no llega á cuento,
Romano. turco, bárbaro, ni griego. (1)

CXCVIII.

(A. fol. 23.—B. N.-V. 366, fol. 136 vto.)

Si de una piedra fría enamorado
Pudo Pigmalëon mover el cielo;
Si pudo á tanto ardor poner consuelo
Falso espíritu, en ella transformado.
Siendo retrato vos tan bien sacado
De la mayor beldad que hay en el suelo,
Y siendo ante mi ardor el suyo un hielo,
¿Por qué no me ha el Amor á mí engañado?
¡Ay de mí! ¿Para qué? ¿Qué es lo que pido?
Si espíritu tuviese esta pintura,
¿Podría mejorarse mi partido?

---

(1) Impreso en Gallardo, tomo 2.°, col. 422.

No, porque en caso tal, ¿quién me asegura
Se os hubiese en las mañas parecido
Tanto como os parece en la hermosura? (1)

CXCIX.

(A. fol. 252.—B. N.-V. 366, fol. 110)

Si el celeste pintor no se extremara
En haceros extremo de hermosura,
Si cuanta puede dar beldad Natura
Tan natural en vos no se mostrara,
Ni el retrato imperfecto se juzgara,
Ni me quejara yo de mi ventura:
Porque correspondiera la pintura
Al vivo original do se sacara.
Pero, dama, pues ya no vive Fidia
Ni humano genio basta á retrataros
Sin que quede confusa ó falsa el arte,
Debeis, para que no mueran de envidia
Las menos que vos bellas, contentaros
Con ver de lo que sois sola esa parte.

(1) Publicado por D. Adolfo de Castro en el tomo XXXII de la Biblioteca Rivadeneyra.

CC.

(A. fol. 212.)

Si el justo desear, padre Silvano,
Jamás pudo moverte entre pastores;
Si del rabioso mal de los amores
El corazón salvaje has hecho humano,
Ruego al numen celeste que la mano
De su piedad extienda á los clamores
Que Dórida le hace, en los ardores
De una fiebre cruel, llorando en vano.
Si alcanzo de los dos tanta ventura,
Vuestra gloria será más verdadera,
Y más para sufrir mi desventura;
Y cuando lo contrario el hado quiera,
No perezca, Señor, tal hermosura;
Menor mal es que yo en su lugar muera. (1)

CCI.

(A. fol. 58)

Si el mudarse el color, si el alterarme,
Si el súbito alegrar y entristecerme,

(1) Publicado por don Adolfo de Castro en el tomo XXXII de la Biblioteca Rivadeneyra.

Si el irme de do estais y detenerme,
Si el partirme de vos y no apartarme,
  Si aquel, viéndoos airada, ardiendo helarme
Y en el hielo de olvido el encenderme,
Si el huir de mi bien para perderme
Y el procurar mi mal para ganarme,
  Indicios pueden dar, si son, Señora,
Pruebas del gran dolor que me atormenta,
¿Para qué me tratais de esta manera?
  Si el alma de esta vida que os adora
De vuestra vida vive y se alimenta,
¿Por qué os mostrais, cuando me veis, tan fiera?

CCII.

(A. fol. 257.)

AL PRINCIPE DE ÁSCOLI (1)

  Si estás en opinión, Lavinio caro,
Del más dulce pastor, del más sabroso,
Si por mil buenas partes gloriöso
Te ha hecho el cielo señalado y claro,
  ¿Por qué de tu cantar único y raro,
Del estilo tan alto y tan famoso,
De las pinturas de tu mal rabioso,

(1) Véase la nota del soneto 17.

Pues tan honrosas son, eres avaro?
Ya que el mundo escuchar no te merece,
¿No miras que no es bien entre los bienes
Si no se comunica y se reparte?
Ni en leyes de amistad se compadece,
Pues das á todo el mundo lo que tienes,
Que de tanta virtud no nos des parte.

CCIII.

(A. fol. 138.—B. N.-V. 366, fol. 133)

Si es verdad como está determinado,
Como en caso de Amor es ley usada,
Transformarse el amante en el amada,
(Que por el mismo Amor fué así ordenado),
Yo no soy yo: que en vos me he transformado,
Y el alma puesta en vos, de sí ajenada,
Mientra de vuestro sér sólo se agrada
Dejando de ser yo vos se ha tornado.
Mi seso, mis sentidos y mis ojos,
Siempre vos los moveis y los movísteis
Desde el alma do estais hecha señora.
Si cosa he dicho yo que os diere enojos,
Mi lengua sólo fué pronunciadora;
Mas vos que la moveis, vos lo dijísteis.

CCIV.

(V. 366, fol. 109 vto.)

Siendo de vuestro bien, ojos, ausentes,
¿Qué vereis donde vais que no os ofenda?
Obscuro sol, monstruosa luna horrenda,
Tigres, osos, leones y serpientes.
Oídos, ¿qué oireis entre las gentes?
Llanto, suspiros, lágrimas, contienda,
¿Por qué camino ireis, ó por cuál senda,
Que espinas no piseis, pies diligentes?
Boca, ¿qué gustarás? Mortal veneno.
Manos, ¿qué es lo que hareis? Crüel oficio.
¿Y tú, mi corazón? Dolor sin calma.
Alma, ¿qué hareis vos? Penar cual peno.
Pues ¡sus! aparejaos al sacrificio,
Oídos, ojos, pies, manos, boca, alma.

CCV.

(B. N.-V. 366, fol. 61 vto.)

Sigue a la obscura noche el claro dia,
Y aquella obscuridad que el aire hace
El sol la aclara toda y la deshace
Y la sombra y temor de sí desvía;

Así de mi verdad, señora mía,
El sol que alguna vez mirar os place
Aclara, justifica y satisface
La obscuridad que mala lengua envía.
Desterrad, pues, por Dios, aquella sombra
Que el aire os ocupó claro y sereno,
Para que el sol de la verdad se vea;
Y entonces, si de mí cosa os asombra,
Vereis de un tal amor mi pecho lleno,
Tan claro, que no hay sol que más lo sea.

CCVI.

Sigue su curso el sol ya destinado,
Y de su Hacedor tal orden lleva,
Que ni por ir más alto abajo mueva,
Ni se aparte ni deje el hilo usado.
Podrá la obscuridad de algún nublado,
Noche, luna, ó eclipse, ó cosa nueva,
Hacer que no dé luz; no que remueva
El paso del camino acostumbrado.
Así sigue, Señora, el alma mía
El camino que Amor quiso hacerme,
Dando á mi voluntad fuerza el destino.
Bien podeis vos turbar mi fantasía,

Privarme de la luz y obscurecerme,
Mas nó apartarme ya de este camino. (1)

CCVII.

(A. fol. 103.— B. N.- V. 366, fol. 94.)

Si jamás el morir se probó en vida,
Yo triste soy el que lo pruebo y siento
Con extraño dolor, pena y tormento
En esta trabajosa mi partida.
Mi alma, en vuestro gesto embebecida,
Mirándoos se hincha de un contento
Tal, que, de ufano ya mi sufrimiento,
Gloria le era la pena más crecida.
Mas, hora que de vos me alejo tanto,
¿Cuál consuelo será que me consuele,
Que no sienta en partir la misma muerte,
Si me muestra el temor visión de espanto,
Que, asombrándome, hace que recele
De vos, de Amor, del tiempo y de la suerte?

(1) Este soneto sólo se encuentra en la copia que del ms. de la Biblioteca de Álava se conserva en la Nacional.

CCVIII.

(A. fol. 10.)

Si no fuese juzgado atrevimiento,
Si vuestra crüeldad lo comportase
Que vuestro servidor llamarme osase,
De sólo el nombre viviría contento.
Tal os pinta en mi alma el pensamiento,
Que no os miré jamás que no juzgase
Temeridad el bien que desease;
Y de tal desvarío me arrepiento.
Enójome de haber más deseado,
Y acusando á mí mismo mi locura.
De cuanto deseé no quiero nada.
Sólo en veros consiste mi ventura;
Todo lo porvenir me desagrada;
El bien presente es más que el mal pasado. (1)

CCIX.

(A. fol. 42.—B. N.-M. 258, fol. 17)

Si no os digo verdad, si en algo os miento.
Sobre mi vida torne el desengaño;
Si falta hay en mí, si os trato engaño,

(1) Impreso por D. Adolfo de Castro en el tomo XXXII de la Biblioteca Rivadeneyra.

Dolor no quepa en vos del mal que siento.
  Si no sois causa vos de mi tormento,
De vos sea yo tratado como extraño;
Si no es mayor de lo que muestro el daño,
No pueda en vos caber consentimiento.
  Si no estais hecha ya sólo señora
De cuanta libertad en mí tenía,
Plegue á Dios que sin vos y ella me vea;
  Mas si la mísera ánima os adora,
Si está llena de vos mi fantasía,
¿Qué puedo yo decir que ansí no sea? (1)

CCX.

(A. fol. 34.—B. N.-V. 366, fol. 231)

Si no socorre Amor la frágil nave,
Combatida de vientos orgullosos,
Que entre bravos peñascos peligrosos
La hace entrar un fresco aire süave,
  Tal carga de dolor lleva y tan grave
De pensamientos tristes, congojosos,
Que no pueden durar tan enojosos
Días, sin que el morir me desagrave.

---

(1) Copiado del ms. de la Biblioteca Nacional. El de la de Álava ofrece esta variante en el séptimo verso:

Si por vos tengo en algo el mayor daño....

Desdén rige el timón, furor la vela,
Trabajo el mástil y la escota el celo;
Lágrimas hacen mar, suspiros, vientos.
Nublado obscuro, la soberbia cela
El norte mío, y sólo veo en el cielo
Pena, dolor, afán, rabia y tormentos.

CCXI.

(A. fol. 91.)

Si os amo, si os he amado, si he de amaros
Más que es ó fué mujer ni será amada,
No me lo agradezcais: ni os pido nada,
Ni vale el ardor mío para obligaros.
Aquel que tantas partes quiso daros
Cubiertas de beldad tan extremada,
Á sólo aquél podeis ser obligada,
Que puso tanto en vos para adoraros.
No puedo yo llamarme en esto á engaño:
Muy claro ví el camino de perderme,
Tanto, que agora me parece extraño.
Lo que vos no podeis negar de verme
Es que entendí al principio el desengaño
Y no quise, aunque pude, defenderme.

CCXII.

(A. fol. 229)

Sin poderse alegrar de cosa alguna,
De envidia y de ira y rabia ardiendo el pecho,
Mirando la ocasión de su despecho,
En brazos de Endimión decía la luna:
«¡Ah, dichosa Amaríllida! fortuna
Que el más fiel pastor siervo te ha hecho
Te asegura del mal, de quien sospecho
Que, si no tú, escapar puede ninguna.
»Tú sola vivirás leda y contenta
De aquel disimular amor segura
Que en los hombres sin fé se anida y sella.»
Endimïón, que oyendo esto se afrenta,
Responde así: «Hizo igual ventura
Á la fé del pastor la beldad della.»

CCXIII.

(A. fol. 228)

Á DON JERÓNIMO DE LA CERDA

sobre un retrato

Si por prueba mayor de su victoria
Mostrando vá Perseo la peligrosa
Cabeza de Medusa, y por tal cosa

Fué consagrado á la inmortal memoria,
¡Cuánto sois digno vos de mayor gloria;
Que otra nueva Medusa y más hermosa
Os ha vencido, y cuánto más honrosa
Que fué su vencimiento es vuestra historia!
Estad, señor, con tal retrato ufano:
Que si Perseo lo viese, él trocaría
En vos su vencimiento y sus loores.
Pero no lo mostreis tan á la mano;
Que si aquella mató mientras vivía,
La sombra désta matará de amores.

CCXIV.

(A. fol. 73.)

Á un lacayo muerto debajo de un carro en que iba Lucía Labela. (1)

Si puede honrar una famosa muerte
La más infame y deshonrada vida,
Si la muerte con honra recibida
En gloria del que muere se convierte,
Venturoso lacayo, á quien la suerte
Concedió tanto bien, del homicida
Duélete que haya sido en su venida
Presurosa al pasar, pero no fuerte.

(1) Gallardo en su índice dice Hariela.

¡Morir debajo un peso tan hermoso
Que hace feo al que sostuvo Atlante!
¿Cuál vida debe ser tan estimada?
¡Ojalá fuera yo tan venturoso!
Tan dulce muerte en un mísero amante
Fuera con más razón bien empleada.

CCXV.

(A. fol. 74)

AL MAESTRE DE CAMPO LUIS PÉREZ DE VARGAS

Si saber del amor sola esta parte,
Valeroso Señor, tanto os agrada,
Necesario será olvidar la espada,
Que tanta gloria ha dado al fiero Marte.
Sabed por experiencia con cuál arte
Se transforma el amante en el amada,
Y sabreis cómo el alma separada
Paresce que de vos mil veces parte.
Así sabreis, Señor, que un accidente,
Mientras su propio sér el alma olvida,
Con tan grave dolor el cuerpo siente;
Y entonces sentireis cómo la vida
Se va exhalando así visiblemente,
Por no estar la virtud al alma unida. (1)

---

(1) Publicado en la *Revista Literaria* de Sevilla, n.º 4, 30 de Mayo de 1891.

CCXVI.

(*A. fol. 168.*)

Si tantas partes hay por vuestra parte
Para que os ame y que por vos suspire,
¿Cómo quereis, mi bien, que me retire
De tal empresa y que de amar me aparte?
Si el cielo en sola vos muestra y reparte
Tal gracia y tal verdad que el mundo admire,
¿Cómo quereis, mi bien, que el alma aspire
Á nueva hermosura, ó con cuál arte?
Si son nieve, oro, perlas y corales
Los cabellos, la boca, el cuello, el pecho,
¿Cómo quereis, mi bien, que no me encienda?
Si vuestros modos, más que naturales,
Me tienen tan vencido y tan estrecho,
¿Cómo quereis, mi bien, que me defienda? (1)

CCXVII.

(*A. fol. 9.*)

Si tras de tanto mal me está guardado
Algún bien de que estoy tan fuera agora,
Aún espero por vos cantar, Señora,
Con estilo más alto que he llorado.

---

(1) Publicado en Gallardo, tomo 2.º, col. 433.

Entónces será el bien más estimado,
Por no haber dél jamás sabido un hora,
Cual madre que por muerto al hijo llora,
Se alegra en verlo vivo á sí tornado.
Entonces contaré de la tormenta,
Seguro de zozobras en el puerto,
Y placeráme la pasada afrenta.
Desterraré al dolor, que sin concierto
Me suele fatigar, do nunca sienta
Nueva, ni sepa dél si es vivo ó muerto. (1)

CCXVIII.

(B. N.-M. 258, fol 23.)

Si un dulce sueño mi perfecta gloria
La gloria más perfecta me ha mostrado;
Si un pago y galardón de lo pasado
Es una remembranza de victoria;
Y si la obscura noche en mi memoria
Con repentino sueño ha figurado
El bien que por mí ha sido deseado,
Prestándome alegría tan notoria;
Y si mi corazón muy deseoso
Lo que por su penar ha merecido

(1) Publicado por D. Adolfo de Castro en el tomo XXXII de la Biblioteca Rivadeneyra.

Ahora por visión se le mostró,
No durará mi alma en tal reposo:
Que el día de mi muerte ya es venido
Y el sueño de mi vida feneció.

CCXIX.

(*A. fol. 179.*)

Si vos pensais que por un ceño airado,
Por abajar los ojos y enojaros,
Ó por huir de mí, por alejaros,
Torcer el rostro con mirar turbado,
Saldreis del alma mía. ó que el cuidado
Pueda en otro ocupar que en adoraros,
Justa causa será para apartaros
Estar en ella vos sin vuestro grado.
Tal gracia, tal beldad, cierto se ofende,
Pues es mi alma rústica, grosera,
Tan pobre de valor, tan defetuosa;
Pero si el hado vuestro á vos defiende
Mejor morada, proveed, siquiera,
Que ésta os pueda agradar, pues es forzosa.

CCXX.

(A. fol. 77)

TRADUCCIÓN DE UN EPIGRAMA LATINO

Sobre las ondas del helado Ibero
Incáuto niño y sin saber corría,
Cuando el hielo, que fuerza no tenía,
Quebrándose, mostró crudo y severo.
El río, que veloze iba y ligero,
Con el tributo el cuerpo al mar envía:
La cabeza que el hielo sostenía
Por memoria quedó del caso fiero.
La madre, que buscando el niño andaba
Por la ribera, viendo el rostro luego,
Asió dél y sacó lo que quedaba.
«¡Ay, crüel hado—dijo —extraño y ciego!
Pues de lo que parí no me tocaba
Más parte que ésta, ésta consuma el fuego.»

CCXXI.

(A. fol. 77.—B. N.-V. 366. fol. 89)

Solía cantar de amor dulces clamores;
Ahora lloro triste, y de año en año
Se seca la esperanza y cresce el daño;

Falta seguridad, sobran temores.
Vosotros, que al frescor de los favores
Vivís alegres, sin temor de engaño,
Sabed que nuevo mal, tormento extraño,
Se os apareja al fin de los amores.
¡Dichoso aquel á quien concede el cielo
Medir con su fortuna sus cuidados
Y vive en un estado satisfecho!
Las altas esperanzas vanse á vuelo
Con el humo del mundo y los estados,
Y pierde más quien más aquesto ha hecho. (1)

CCXXII.

(A. fol. 175.—B. N.-V. 366, fol. 226 vto.)

Tan alta el desear halla la vía,
Tanto peligro en ella comprehendo,
Que ni contrasto ya, ni me defiendo,
Rendido á la crüel señora mía.
Mas si bien siento el bien de mi porfía,
Es irme poco á poco deshaciendo,
Y que lo que me está mejor entiendo
No se verá mudar mi fantasía.

---

(1) Publicado en Gallardo, tomo 2.°, cols. 428 y 446, con una pequeña variante en el verso 12, que dice así, en el códice de la Biblioteca Nacional:

Las altas esperanzas van de vuelo.

No se dirá jamás que de inconstante
No osé seguir tan gloriosa empresa,
Ni que me puso algún temor la pena.
Tan ufana está el alma en verse presa,
Que, si á limar probase la cadena,
Hallará que es del más duro diamante.

CCXXIII.

(*A. fol. 60.*)

Tan puesto tengo en vos el pensamiento,
Que ya ni pienso en mí, ni pensar quiero.
Si tengo bien, por vos pasa primero;
De vos viene, si tengo algún tormento.
Hace mi voluntad su fundamento
En la vuestra, y recíbela por fuero:
En mi propio querer soy el postrero:
Sólo lo que quereis quiero y consiento.
Si alegre os veo á vos, luego me alegro;
Si tristeza teneis, luego estoy triste;
Si os volveis á alegrar, vuelvo á alegrarme.
Lo negro es blanco y lo más blanco es negro,
Como quereis: luego el alma viste
El afecto que vos quereis mostrarme. (1)

(1) Publicado en Gallardo, tomo 2.°, col. 422.

CCXXIV.

(A. fol. 33.—B. N.-V. 366, fol. 110 vto.) (1)

Tanto espacio de tierra y tan gran seno
De mar, tantas naciones tan extrañas,
Tantos tormentos, ásperas montañas, (2)
Ni el Alpe, de terror y fieras lleno;
Ni tanta soledad, ni el verme ajeno
De aquel bien que me rasga las entrañas,
Ni los males, las iras, ni las sañas (3)
De amor, ni el no tener un rato bueno;
Ni el temor de la muerte que presente
Traigo de cada hora, diferencia
Harán en mí de aquel que ser solía.
Era mi fe, Señora, indiferente:
Pero, ¿quién me asegura en tanta ausencia
Que la vuestra será cual es la mía?

---

(1) Publicado en Gallardo, tomo 2.º, col. 420.

(2) En el códice de la Nacional dice:

Tantos montes, tan ásperas montañas...

(3) Así en el citado códice de la Nacional. En el de Álava, de este modo:

Ni los mares las iras, ni las sañas...

CCXXV.

(A. fol. 178.)

Tanto tiempo he en amor perseverado,
Que el flaco ingenio, rústico y grosero,
Un pensamiento blando, á ratos fiero,
Poco á poco lo ha hecho delicado.
Y aquel sujeto vil, atrás dejado,
Que suele á un amador no verdadero
Desviar de aquel bien puro y sincero,
En los amantes de hoy tan poco usado.
Ya sé hacer de sabio diferencia
Entre amor y un deseo que es lascivo;
Sé cuanto el uno más que el otro vale.
Mostrádome ha mi mal por experiencia
Que un triste desear fogoso, esquivo.
No es amor, ni de amor nace ni sale.

CCXXVI.

(A. fol. 25.—B. N.-V. 366, fol. 171 vto.)

Temía hasta aquí de entristecerme,
Cansada el alma ya de un luengo llanto;
Érame hasta aquí visión de espanto
Ver un pesar y no saber valerme.

Mas ahora que vos holgais de verme
Triste, ningún placer procuro tanto;
Hora me es enojoso el dulce canto
Y alegre aquel que ya solía ofenderme.
Dama, pues de mi bien sois tan esquiva,
Descanso me será cualquier tormento
Que de tan alta causa se deriva;
Pero tengo temor que, de contento,
El rostro, cuando en más tristeza viva,
Muestre al revés señal de lo que siento.

CCXXVII.

(A. fol. 8)

Temor de mayor mal á algunos suele
Hacer correr á voluntaria muerte,
Pensando así excusar dolor más fuerte,
Si bien más que el morir ninguno duele.
Hizo Catón que su memoria vuele,
Y el nombre á tal morir muda y pervierte;
Uso de libertad llama á su suerte,
Y muestra que con ella se consuele.
Si nuestra religión lo permitiera,
Como aquella gentil, que solamente
De un hermoso morir tuvo cuidado,
Yo sé por menos mal lo que hiciera;

Que salvo á no morir siéndoos ausente,
En todo puedo ser de vos forzado. (1)

CCXXVIII.

(A. fol. 34)

Temor desventurado y trabajoso,
Trabajoso temor desventurado,
Quien supiese mostrar de tí un traslado
Bien se podría llamar pintor famoso.
Quien tu desasosiego sospechoso,
Tu recelar, tus bascas, tu cuidado,
Con palabras pintase, habría pintado
Lo que es, aun á pensar, dificultoso.
Eres sin proporción incomparable;
Eres mal que se siente y no se entiende;
Sueño que el alma aduerme y la desvela.
Eres fuego infernal, intolerable;
Hielo que de un rabioso ardor enciende;
Ardor que de un mortal hielo nos hiela.

(1) Publicado en Gallardo, tomo 2.º, col. 418.

CCXXIX.

(B. N.-V. 366, fol. 87)

Tiéneme en duda, Amor, por mi tormento,
Si será ó no será lo que deseo;
Del *sí* casi ningún camino veo;
Del *nó* dejo engañarme al pensamiento,
Del *sí* le viene esfuerzo al sufrimiento:
Del *nó* mayor terneza en lo que creo;
Con el *sí* me regalo y me recreo
Cuanto del *nó* se asombra el sentimiento.
Mi cuidado, que más tal duda piensa,
Dice que un cierto *nó* no me conviene,
Y del incierto *sí* se desagrada.
Y el alma, que entre el *sí* y el *nó* suspensa
Dudando vive, por mejor lo tiene
Que el peligro de ser desengañada. (1)

CCXXX.

(A. fol. 175.—B. N.-V. 366, fol. 133 vto..)

Tiéneme ya el dolor tan lastimado,
Está ya tan dañado el sentimiento,

(1) Publicado en Gallardo, tomo 2.º, col. 445.

Que ningún nuevo mal de nuevo siento,
Que no hiera en lugar de antes llagado.
Estoy ya del vivir tan enfadado,
Que habría dado fin á mi tormento;
Mas sale de través tal pensamiento,
Que me es fuerza rendirme á mi cuidado.
Dice la enamorada fantasía
Que de tal ocasión tal pena viene,
Que me esfuerce en la fuerza del deseo;
Mas tan lejos de vos, Señora mía,
Tanto menos mi mal consuelo tiene
Cuanta razón por vuestra parte veo.

CCXXXI.

(*A. fol. 16.*)

Tras lo que temo más voy trasteando,
Sin que espere hallar lo que quería;
Y es de tal calidad la pena mía,
Que lo que huye más anda buscando.
Váseme la verdad manifestando;
Yo, por no la topar, busco otra vía:
Si entendiese su mal mi fantasía,
Tendría por mejor vivir dudando.
Ha dado fé el temor á una sospecha
Que no puede parar sino en mi daño,
Y seguiréla hasta ver do para:

Querríala volver; mas ¿qué aprovecha?
Que, aunque sea en su favor el desengaño,
Sola la duda ya le cuesta carā.

CCXXXII.

(B. N.-M. 258, fol. 10)

Triste avecilla que te vas quejando
Por feos ramos y por turbias fuentes;
Pues que no son mis males diferentes,
Vente ahora aquí do estoy llorando.
Verasme de pesar desesperando,
Del placer apartado y de las gentes,
Después que aquellos ojos son ausentes
Por quien vivo muriendo y suspirando.
Lloras tu soledad y yo la mía;
Consolemos los dos, pues que tenemos,
Una misma razón de estar muriendo.
Ya aquí, desamparados de alegría,
Por aquestos desiertos andaremos
En llantos tristes contino gimiendo.

CCXXXIII.

(A. fol. 145.)

Un año hizo ayer, ya es hoy pasado.
¡Ay Dios! ¿Por qué lo traigo á la memoria?

Que pudiera acabar la triste historia
Que ora de nuevo Amor ha comenzado.
Tal día como ayer pudo un cuidado
Los despojos gozar de su victoria;
Pude y no quise asegurar mi gloria.
Porque pensaba ser asegurado.
Pensé, digo, y fué justo que pensase,
Quien tales muestras vió, que eran, señora,
Efectos, no ficción disimulada.
Tal fué un dar lugar que descansase
Este alma, á quien llevar haceis ahora
Menos honrosa carga y más pesada.

CCXXXIV.

(B. N.-V. 366, fol. 40)

Un nuevo sol vi yo en humano gesto,
Que en la tierra nos muestra un paraiso;
Una boca vi yo, que sólo un viso
En perpétuo llorar me tiene puesto:
De dos ojos salió un mirar honesto
Que el ánimo del alma trae diviso;
De entre perlas salió un cubierto aviso
Que me hace el vivir menos molesto.
No supe á quien quejarme del engaño;
Que el amor era ya desapartido
Cuando caí en la cuenta de mi daño:

Pedí socorro al alma, y el sentido
Me respondió por ella ¡ay caso extraño!
«¿No vés que la razón la ha ya rendido?» (1)

CCXXXV.

(*A. fol. 131.*)

Un temor me destruye el pensamiento,
Siendo sólo el pensar cuanto bien tengo:
Mi mal no es grave; mas, por ser más luengo,
Miedo es el que me acaba el sufrimiento.
Cuando está más caido el sentimiento,
Cuando más desvalido á sus piés vengo,
Pensando me sustento y me entretengo;
Que no cupo otra gloria en mi tormento.
¡Ay Dios, qué nuevo mal tan sin remedio,
Que ni la voluntad siento partida,
Ni está, salvo en morir, entera en cosa!
Señora, ¿qué haré?: dad vos remedio.
Acábame el dolor luego la vida,
Y no me llega prenda tan preciosa.

(1) Publicado en Gallardo, tomo 2.º, col. 445.

CCXXXVI.

(A. fol. 90.)

Ved si el Amor, Señora, es cauteloso;
Ved qué desigualdad guarda en sus fueros,
Que mi daño mayor nace de veros,
Y de no os ver un mal más peligroso.
Mirándoos, siento el alma en un rabioso
Deseo, que jamás puedo moveros;
No viéndoos, aquella ansia de quereros
Me hace el desear más trabajoso.
No viéndoos, se enflaquece el sufrimiento:
En viéndoos, me desmayo y acobardo
Y á los piés del dolor queda el sentido.
Ved, pues, si es nueva suerte de tormento:
Que el peligro mayor de que me guardo
Es el bien que con más congoja pido. (1)

CCXXXVII.

(A. fol. 27.—B. N.-V. 366, fol. 172 vto.)

Venturoso ventalle á quien ha dado
Fortuna todo el bien que pudo darte,
Tus obras y color han sido en parte
Pronóstico á mi mal desventurado.

---

(1) Publicado en Gallardo, tomo 2.°, col. 424.

Yo en los efectos soy enamorado,
Tú lo muestras estar con algún arte:
Viento sacas al fin de trabajarte,
Yo de mi trabajar viento he sacado.
Si el favor de que gozas conocieses,
¿Quién podría contigo de contento,
Ya que de ufano no ensoberbecieses?
Envidia habría de tí, si el mal que siento
Sintieras; pero, ya que lo sintieses,
Tú la debrías haber de mi tormento.

CCXXXVIII.

(*A. fol. 220*)

Vete, falsa ilusión, no me atormentes;
Déjame estar, que no quiero creerte;
Mi ventura consiste en que no acierte,
Tú quieres que lo sepa yo y las gentes.
Vete, temor villano, y no me cuentes
Cosa que con mi fe no se concierte;
Vete, sospecha loca; está en mi suerte
Que me maten mil sombras aparentes.
Vete, fuego infernal, celosa furia,
Fiera imaginación, crüel, dañosa,
No me deis, pues no os pido, el desengaño.
Creyendo el bien á nadie hago injuria;

¿Por qué quereis hacer tan sospechosa
Á mí, y á mi señora, un mal extraño?

CCXXXIX.

(*A. fol.* 157.)

Vos sois todo mi bien, vos lo habeis sido;
Si he dicho alguna vez, Señora mía,
Que habeis sido mi mal, no lo entendía,
Hablaba con pasión ó sin sentido.
Yo soy todo mi mal; yo lo he querido:
De mí viene, en mí nace, en mí se cría,
Tan satisfecha dél mi fantasía,
Que el mal no piensa haber bien merecido.
Vos fuistes, vos sereis mi buena suerte:
Si el mal desvariar me hace alcuanto,
Esta es mi voluntad libre y postrera.
Pues si con verme al punto de la muerte,
Por ser por vos, el mal lo tengo en tanto,
¡Ved qué hiciera el bien si lo tuviera! (1)

(1) Publicado en Gallardo, tomo 2.º, col. 432.

CCXL.

(A. fol. 211)

Á DOÑA MARINA SIGURIOSA

Vuestro nombre, Señora, que asegura
Cuanto vuestra beldad hace dudoso,
Demás de aquel mirar dulce y piadoso,
Han sido la ocasión de mi tristura.
Temía y con razón esta aventura,
Puesto que fué el principio venturoso;
No era por mi parte temeroso,
Mas de parte de vuestra hermosura.
El alma, en el tormento ejercitada,
De nueva sujeción quería librarse.
Del antiguo error escarmentada;
Pero ¿cómo podía ser salvarse
Quien tanto del primero mal se agrada
Y no quiere de vos saber guardarse?

CCXLI.

(B. N.-V. 366, fol. 205.—B. N.-M. 258, fol. 18) (1)

Ya mis males se van casi acabando, gL260
Ya su fuerza por tierra está tendida,

(1) Copiamos este soneto del códice M. 258, y por nota las variantes que presenta en el V. 366.

Poco puede durar tan triste vida (1)
Pues su bien principal le va faltando. (2)
Ya voy tras de mi muerte rastreando,
Ya el incierto esperar va de caida,
Poco puede tardarse esta partida (3)
Que el alma se vá toda alborozando. (4)
Ya no hay por qué pensar en lo pasado,
Ya no hay por qué llorar el mal presente,
Ni del que ha de venir tengo cuidado. (5)
Ya no hay en mi morir inconveniente,
Más ¡ay! que sé que el cielo al desdichado,
Por mayor mal, morir, no le consiente.

CCXLII.

(A. fol. 165.)

AL PRINCIPE DE ÁSCOLI (6)

Ya parece, pastor, que vas gustando
De los valles de acá, destas verduras;

(1) Ya no puedo correr tan triste vida
(2) Ya el manjar principal me va faltando
(3) Ya siento el fin de la última partida
(4) Ya el alma se va toda alborozando
(5) Ya no me da el que ha de venir cuidado
(6) Véase la nota del soneto 17.

Ya la manada veo de tus tristuras
Irse por estos prados alegrando.
Ya Amor te espera al paso, y tú llorando
Estas ora pasadas desventuras,
Y no miras que están mil hermosuras
El son de tu zampoña deseando.
Despierta, pues, pastor, de aquel pesado
Sueño, que te ha tenido en pena fiera;
Deja un poco olvidar la antigua llaga.
Cura con nuevo ardor viejo cuidado;
Mira la ninfa bárbara que espera
Que á su beldad tu lira inmortal haga.

CCXLIII.

(A. fol. 69.—B. N.-V. 366, fol. 183.—B. N.-M. 258, fol. 8)

Yo me vi de favor puesto tan alto,
De los bienes de amor tan regalado,
Tan cerca de gozar, tan bien tratado,
Que no temiera de fortuna el salto.
Mas ¡ay mísero yo! ¿De qué me exalto,
Si ahora de mi bien tan desdeñado,
Tan fuera de favor, tan agraviado, (1)
Me veo sin por qué tan pobre y falto?

(1) En el M. 258 dice:

Tan fuera de favor, tan desechado....

Ventura, ¿para qué, para qué han sido
Juntos tantos regalos y favores?
¿Para qué tanto bien? ¿Para perdello?
Mis altas esperanzas, ¿do se han ido? (1)
Mas ¡ay! que es ley de amor en los amores
Que quien muda de fé muera por ello. (2)

CCXLIV.

(A. fol. 102)

Yo, señora, pensaba, antes creía,
Mas, ¡ay! que no sabía lo que pensaba,
Que era amado el que amaba y no entendía
Que el hado á mi porfía contrastaba.
El Amor me engañaba y me decía
Que la fé que os tenía se pagaba;
Pero si ciego andaba y no lo vía
La justa opinión mia se engañaba.
Ya el temor me muestra el desengaño,

---

(1) En el V. 366 se lée:

Mis altas esperanzas ¿dónde han ido?

(2) Publicado en Gallardo, tomo 2.º, col. 423.

Si el gusto del engaño consintiera
Que apartarme pudiera de mi daño.
Mas el mayor engaño, ¡ay suerte fiera!
Es que aunque claro viera que era engaño,
Por un bien tan extraño el mal quisiera.

CANCIONES

I.

(A. fol. 121)

Alma enojosa de vivir cansada,
Espíritu tan falto de consuelo,
Sufrimiento obstinado, endurecido,
Vida llena de miedo y de recelo,
5 Esperanza rendida y desmayada,
Corazón tan sin fuerza y desvalido,
No pensado dolor ni merecido,
Y vos, tan regalado pensamiento,
Sentidos sin por qué tan maltratados,
10 Enojosos cuidados,
Y vosotros, á quien de mi tormento
La parte cupo que á mi suerte place,
Ojos, de todo mal causa primera:
Juntémonos en uno un poco agora;

15 Tratemos de mi mal tan sólo un hora;
Que no es menester más para que muera.
Si, como á mí, el morir os satisface,
No lo sabiendo la que el daño hace,
Podremos acabar; que así hablando
20 Os deshareis en lágrimas llorando.

Hora que, con la blanca, helada nieve,
El invierno se muestra obscuro y frío
De tempestades y de lluvias lleno,
Mientra corre tan turbio el claro río,
25 El llanto que de aquestos ojos llueve
Corra con el amar, mientra el sereno
Cielo se nos esconde, y hace lleno
De nosotros el sol, ya deseado.
No es pequeña ocasión, no es tan pequeña
30 La que el tiempo me enseña,
Viéndolo de hora en hora así trazado,
Mientra de aquellos tan alegres días
De otro tiempo mejor, la alma se acuerde,
Que rabioso dolor no la remuerde,
35 Cuando, aunque graves, las congojas mías
Envuelto entre cien mil desconfianzas
Con la presencia ví mis esperanzas
Verdes, y en el ardor de los amores
Nuevas hojas brotar, frutas y flores. (1)

(1) Todas las estrofas de esta canción tienen 20 versos, excepto ésta que sólo cuenta 19 y la final.

40 Mas después que mi sér trocó fortuna,
Después que el tiempo verde, alegre, ufano,
El ausencia turbó con mil nublados,
En triste invierno se volvió el verano.
No quedó de mi bien cosa ninguna:
45 Los más de mis afectos ví trocados;
De temor, de sospecha y de cuidados,
De congojas se armó luego la vida;
Todas hicieron contra el alma liga
Y la esperanza amiga
50 Á los piés del dolor quedó tendida.
Pensé viendo vivir juntos mis males
Que pudieran bastar para acabarme,
Visto que se acabó el contentamiento;
Mas cuando más sin fuerza el sufrimiento,
55 Rendido ya al dolor para matarme,
Se rehace de nuevo, y con señales
Todas, al parecer, fieras, mortales,
Apesar del dolor, la vida dura,
Que sólo contra el alma es la conjura.

60 Entre mil desventuras voy buscando
En qué pueda fundar una esperanza
Y al valor de mi bien, al fin, me atrevo.
Ved, pues, qué tal será esta confianza
Que si el engaño que hay del bien fiando
65 Y fio harto más de lo que debo
Todo lo tiento ya, todo lo pruebo;

Como los otros busco ya el remedio;
No hay medio en el amor que no he probado,
Salvo mudar cuidado;
70 Que, ni quiero, ni puedo usar tal medio.
Sé que el daño mayor es la memoria;
Querríala perder, si con perdella
De solas mis tristezas me olvidase;
Mas, ¿quién se olvidará, si se acordase
75 Que en medio de su pena, á vueltas della,
Gozó, sin merecer, de tanta gloria?
Envuelto en mi pesar leo la historia
Del perdido placer, porque se acuerde
Más veces de su mal quien su bien pierde.

80 Envuelto en el temor que me atormenta,
Viene otra nueva suerte de temores;
Otro nuevo dolor más peligroso;
No son enojos ya, no disfavores,
No el ansia con que vive el que se ausenta,
85 No es amor ya mi mal fiero, rabioso,
Un vivir con recelo y sospechoso,
Temor de ver un corazón mudado
Causan mi desventura y mi tristeza.
Si de poca firmeza
90 Me tuviese el Amor asegurado,
¿Qué mal puede venirme ó cuál tormento,
Ni de desconfianza ni de ausencia,
Ni de aborrecimiento ni de olvido,

Que el acuerdo del bien ya poseído,
95 La gloria que gocé con la presencia
No esforzase el más flaco entendimiento?
Mas ¡ay! que este cobarde sentimiento
Se ha dado ya á entender que amor extraño
Es sola la ocasión de un mal tamaño.

100 ¡Ay! bien único y solo al alma mía,
Ánima, que este cuerpo en vida tiene,
¡Cómo! ¿Será verdad que así lo entienda,
Amándoos tanto yo, de dónde viene
Me pueda persuadir mi fantasía
105 Sospecha al corazón que á vos ofenda?
¿Es posible que ardor nuevo os encienda?
¿Que pueda nuevo amor de mí apartaros?
¿Que la fé que era mía de otro sea?
¿Es posible que vea
110 El mundo cosa en vos que reprocharos?
¡Ay! villano temor, vana sospecha,
Flaca fuerza de fé, presunción loca,
¿Cómo puede en Amor caber tal medio?
Mas ¡ay! cuan poco dura este remedio
115 Apenas llega el alma, aun no lo toca,
Que lo tiene por falso y los desecha.
Querría os defender; mas ¿qué aprovecha
Si cuanto voy cubriendo y simulando,
Va vuestra crueldad claro mostrando?

120 Canción desesperada y sin concierto,
Nacida entre sospechas y temores,
Crecida en el dolor de mi recelo;
Si no se sufre medio en los amores,
Si no basta consejo ni consuelo,
125 Estando ya el vivir dudoso incierto,
Morir es lo más cierto;
Quédate y si querrá nuestra enemiga
128 Saber como nos vá, muerte lo diga.

II.

(A. fol. 159.)

Animal venturoso. (1)
Que con gozo tan alto
El morir limitó tu buena suerte,
¿Cuál vivir tan sabroso
5 No será pobre y falto
Ante la dulce causa de tu muerte?
¿Cuál ánimo tan fuerte,
Cuál alto atrevimiento
Al tuyo igualar puede,
10 Si tu atrever excede
Al más desenfrenado pensamiento?

(1) Publicada por don Adolfo de Castro en el tomo XXXII de la Biblioteca Rivadeneyra.

¿Cuál ingenio, cual arte
De tu gloria dirá la menor parte?

¡Animal atrevido,
Tan bien afortunado,
Que osaste así llegar ¡furioso hecho!
Al amoroso nido.
Al seno regalado
De Amor, al más hermoso y casto pecho!
De ser muerto y deshecho
Allí luego improviso,
Mayor bien se te sigue,
Porque el morir mitigue
La gloria que á sí solo Amor dar quiso;
Que el morir en tal punto
Fué un no sentir el mal al bien tan junto.

Cosa es clara y sabida,
Que de tan gran locura
Había de seguir un mal extraño.
Pagaste con la vida
Tu sobrada ventura,
Y á respecto del bien fué poco el daño.
¡Ay, qué sabroso engaño!
¡Ay, qué muerte sabrosa!
Que mientra contemplabas
El favor y gozabas,
Pasó disimulada y presurosa,

Con el bien tan mezclada,
Que cuando más dolió, no dolió nada.

40 ¿Quién hay tan sin sentido,
Que á trueque de tu suerte
Su sér por el sér tuyo no trocara?
Por un bien tan subido,
Con venturosa muerte
45 ¡Quién de su voluntad no la tomara?
¡Ay gloria única y rara!
¿Quién ahora sintiera
Lo que sentía muriendo,
Tanto gozo sintiendo,
50 Que mal puede sentirse. Aunque muriera
Tengo por cosa cierta
Que allí la muerte en vida se convierta.

Faetonte no se alabe
Más de su atrevimiento,
55 Pues él ni nadie al tuyo igualar puede;
No en pecho humano cabe
Tan gran contentamiento,
Que ante el bien de tu mal bajo no quede.
De un sol que al sol excede,
60 Donde aun el pensar loco
Apenas llegar osa,
Calma dulce y sabrosa
Hiciste, el mayor bien teniendo en poco,

Por que haga la fama
65 En memoria inmortal muerto en tal cama.

No puede ser pagado
Un atrever tan alto
Con castigo menor que de tal muerte;
Ni pudo ser mezclado
70 Con menor sobresalto
Porque el bien engañase un mal tan fuerte.
Sólo faltó á su suerte
Tal autor, que escribiera
Tu vida, muerte y gloria;
75 Y que para memoria
Perpétua en tu sepulcro se leyera:
«Aquí contento yace
Quien por tal ocasión morir le place.»
No pases adelante,
80 Canción, pues á los dos nos cabe en suerte
Llorar de envidia de tan dulce muerte.

III.

(A. fol. 51.)

Á LA ESPERANZA

¡Ay, mísera esperanza!
¿Qué me aprovecha andar desvanecido
Contra toda razón, sin fundamento,

Haciendo confianza
De cosas do jamás certeza ha habido,
Engañando al cuitado entendimiento?
¡Tristes tonos de viento,
Cuán cerca llega ya vuestra caida,
Pues no puedo esperar ni quiero vida!

¡Esperanza engañosa,
Que con promesas falsas, aparentes,
Me has tenido suspenso, embarazado!
¡Ay, alma deseosa
De salir ya de mil inconvenientes!
¿No es tiempo que se acabe este cuidado?
¡Ay, cuán desengañado
Está quien sabe bien que es mal que espere
El que por menos mal la muerte quiere!

¡Esperanza perdida!
¿Qué me puedes poner delante ahora;
Qué te puede quedar ya por mostrarme,
Si yo no quiero vida,
Que cuanto dura más, más empeora?
¿Piénsasme la alargar para matarme?
¡Ay! que no hay que mostrarme
Razones mal fundadas; que es locura
Hablar de vida al que morir procura.

¡Ay, esperanza incierta!
¡Cuánto fuera menor mi desventura

30 Si razón de esperar jamás tuviera!
Viera mi duda cierta;
Y pues no basta amor do no hay ventura
Con mi fortuna el desear midiera.
¡Ay, cuánto mejor fuera
35 Que la razón del esperar faltara,
Y en lugar de esperar, desesperara!

¡Ay, esperanza loca!
En fuerza de tu fé, sólo pensabas
Salvarte de un engaño que así engaña.
40 Ya la vida se apoca;
Que aquel mismo manjar que antes le dabas
De su pasado error la desengaña.
¡Ay, pena fiera, extraña!
¿Qué puedes ya hacer para dañarme
45 Ni para entretenerme ni engañarme?

¡Esperanza traidora!
Debajo de amistad me has engañado;
Súfrese, pues, prender sobre seguro,
Si mi mal no mejora,
50 Ni lo sufre un dolor de un tal cuidado,
¿Cómo tarda el morir, pues lo procuro?
¡Ay, hado triste y duro!
Que es el mismo morir quien me entretiene,
Porque donde hay vivir muerte no viene.

55 ¡Esperanza grosera,

De seso falta, falta de experiencia!
¿Sobre qué estribas ya? ¿Qué te sustenta,
Vida rabiosa y fiera?
Acábame, á lo menos, la paciencia,
60 Ya que acabarte tú, no se consienta.
¡Ay, peligrosa afrenta!
Si la esperanza ha visto el desengaño,
Qué puede ya esperar sinó más daño!

¡Esperanza cuitada!
65 ¡Ay, si supieses bien cuán caro cuesta
El manjar de que vives trabajoso!
¡Cuánto más descansada
Te sería una muerte alegre y presta
Que un vivir tan cansado y enojoso!
70 ¡Ay, último reposo,
No se dilate más nuestra partida;
Que al que se ha de morir, muerte le es vida!

Canción permita el cielo
Que sea ésta del cisne; y pues alcanza
75 De cuenta mi dolor á la esperanza,
Alcance ya el recelo
Que se acabe el vivir y el desconsuelo.

IV.

(*A. fol. 139.*)

Betis, río famoso, amado padre, (1)
Que con paso tardío
Haces tu curso al mar acostumbrado,
Mientra así obscura está la antigua madre;
5 Oye en el canto mío
Las quejas de un pastor desventurado,
De un hijo que algún tiempo ha celebrado
(Apesar del grosero y bajo estilo)
Del Indo al Tago y del Danubio al Nilo.
10 Oye pues mi pesar, mi desconsuelo
Mi temor y recelo;
Lleve consigo el viento embravecido
La memoria del mal fiero, rabioso,
Y mientra dura el son de mi gemido,
15 *Llora, padre piadoso.*
Y si el tributo usado al mar envías,
Do tus lágrimas van vayan las mías.

Lleve el viento la voz, como se lleva
La mísera esperanza;
20 El llanto lleva tú, y el sentimiento
Quede solo conmigo, y haga prueba
Si la desconfianza

(1) Esta canción y la anterior fueron impresas por D. Adolfo de Castro, en el tomo XXXII de la Biblioteca Rivadeneyra.

Pudiese destruirme el sufrimiento;
Mas ¡ay! que este vencido pensamiento
25 La fuerza de mi fé, la del deseo
Lo rehacen de nuevo y lo levantan
Cuando los males más, más me quebrantan
(Haciendo del sentido un otro Anteo)
A todo cuanto veo,
30 Los ganados, las yerbas y las fuentes,
A todo soy molesto y enojoso,
A las fieras, al cielo y á las gentes.
Llora. padre piadoso
Y si el tributo usado al mar envías,
35 *Do tus lágrimas van vayan las mías.*

No quiero perder tiempo en recontarte
Mis pasados ardores;
No pienso recitar viejas historias.
Estas riberas pueden acordarse,
40 Tus ninfas, tus pastores,
De mi perdido bien tristes memorias.
Los vencimientos sabes, las victorias
Que Amor hubo de mí, y dél he habido;
Mas no son éstos causa de este llanto;
45 No fué entonces el mal tan grave cuanto
Fué la alteza del bien no merecido
El haberlo perdido,
Y el acordarme dél, sin él agora,
Me hacen de la muerte deseoso;

50 Pero mientra su daño el alma llora,
Llora, padre piadoso,
Y si el tributo usado al mar envías,
Do tus lágrimas van vayan las mías.

Bien sé que deste mal la mayor culpa
55 Querrás atribuirme,
Porque estando tan bien osé mudarme;
Mas si aquella beldad no me disculpa,
Que pudo destruirme,
Baste el hado cruel para excusarme.
60 No me valió huïr, no el alejarme,
No aprovechó el discurso y la cordura,
No el hacerme yo fuerza resistiendo;
Todo lo fué gastando y deshaciendo
De Amaríllida el trato y la blandura.
65 Quiso mi desventura
Ponerme nuevo yugo,
Tan facil al principio y tan sabroso
Cuanto ha sido después pesado y grave.
Llora, padre piadoso,
70 *Y si el tributo usado al mar envías,*
Do tus lágrimas van vayan las mías.

Contento de mi suerte tal cual era,
Por no andar peregrino
Buscando mejor pasto á mi ganado,
75 Pasaba yo mi vida en tu ribera,

Cuando nuevo camino
Para nuevo pesar me mostró el hado.
De la bella Amaríllida avisado
Fué que el amado río atrás dejaba
80 Libre de sujeción, y que quería
Mudar patria, costumbre y fantasía,
De lo cual me juró que se alejaba
Por ver que se acercaba
A tus hermosas hondas, do tenerme
85 Cerca de sí quería y con reposo,
Segura para siempre de perderme.
Llora, padre piadoso,
Y si el tributo usado al mar envías,
Do tus lágrimas van vayan las mías.

90 ¡Cuántas veces la ví certificarme
Que dejaba aquel río,
Y el Tago do vivir también podía,
Por tenerme más cerca y por tratarme,
Porque el ganado mío
95 Gozara su pastor siquiera un día!
Jurar la ví también que ya tenía
De Pisuerga tan libres los cuidados,
Que no dejaba atrás rastro ninguno;
Que deseaba ver paciendo en uno,
100 Por tu ribera andar nuestros ganados.
Los ardores pasados
Veníamos mil veces acordando

Por hacer el camino más sabroso.
¿Para qué mi dolor voy relatando?
105 *Llora, padre piadoso,*
Y si el tributo usado al mar envías,
Do tus lágrimas van vayan las mías.

¡Ay Dios! si me durara aquel camino
Cuanto dura la vida,
110 O la vida con él se me acabara!
Si de un trato tan blando y tan contíno
Huía de dar caída,
¡Pluguiera á Dios que nunca lo gustara!
Mas ¿quién creyera tal, quién lo pensara,
115 Viéndose así tratar tan blandamente?
¿Quién se vió como yo que no creyese
Que tal contentamiento eterno fuese,
Siendo eterno el ardor que el alma siente?
¿Cuál piadoso prado, bosque ó fuente
120 Vimos en él pasar que no haya sido
Castigo de mi bien? ¡Ay, qué rabioso
Es el acuerdo, Amor, del bien perdido!
Llora, padre piadoso,
Y si el tributo usado al mar envías,
125 *Do tus lágrimas van vayan las mías.*

Pisuerga sabe bien que fué testigo
De mi dolor primero,
Si de todo mi mal recibo el pago;

Y si fuese mayor del mal que digo,
130 También lo sabe Duero,
Tormes lo sabe bien, sábelo Tago
Que la vieron pasar. ¿Con cuál halago
Me regaló viniendo hora por verte?
Y aun tú, Betis, también viste una parte
135 De mi felicidad, mientra con arte
Simulaba el engaño de mi muerte.
Pues quien tan buena suerte
Perdió viéndose tal, sin ella agora,
Mira si con razón vive quejoso
140 Del cielo, del amor de su pastora.
Llora, padre piadoso,
Y si el tributo usado al mar envías,
Do tus lágrimas van vayan las mías.

No descubrió, en llegando, las cautelas
145 Que agora ha descubierto
Por abrasarme más, por encenderme;
Mas atenta á pacer sus ovejuelas,
Con mañoso concierto,
Se comenzó á tratar y á entretenerme;
150 Ni mostraba soltarme
Ni dar vida á mi mal ni nueva muerte.
Cuando estaba más blanda y cuando dura,
Yo, que andaba engañado en mi locura,
Todo lo atribuía á buena suerte;
155 El nudo estrecho y fuerte.

Que sólo entre los dos ligó Himeneo,
Y en verme en posesión, menos cuidoso
Me hicieron del daño que hora veo.
Llora, padre piadoso,
160 *Y si el tributo usado al mar envías,*
Do tus lágrimas van vayan las mías.

Agora ni me trata ni entretiene
Ni mi vivir le agrada,
Antes huye de mí como de fiera;
165 Y si donde yo estoy acaso viene,
Se muestra tan trocada,
Que no parece ser la que antes era:
No la puedo entender ni sé qué quiera;
Lo mismo que me hiela, eso me enciende,
170 Y lo que más me ofende
Es no saber de qué se satisface:
Eso es pues el dolor fiero, rabioso,
Que en llanto me consume y me deshace.
Llora, padre piadoso.
175 *Y si el tributo usado al mar envías,*
Do tus lágrimas van vayan las mías.

Betis, río famoso,
Recibe esta canción en tus honduras,
Y mientras lloro aquí mis desventuras,
180 *Llora, padre piadoso.*
Y si el tributo usado al mar envías,
Do tus lágrimas van vayan las mías.

V.

(A. fol. 47.—B. N.-M. 258, fol. 24)

Cuando la noche en el partir del día (1)
Encubre hombres y fieras

---

(1) Traducción de la de Lodovico Ariosto, poeta italiano, nacido en 1474 y muerto en 1533, á quien por tanto no pudo conocer Cetina, aunque sí sus obras. Conservó Cetina el mismo número de versos que Ariosto y sólo trocó los nombres de Ginebra, Nisa, Selvago y Elpin en los de Amarílida, Dórida, Vandalio y Fausto, figurando los de Alba y Tirso en las dos composiciones.

La canción del poeta de Reggio dice así:

Quando 'l sol parte, e l'ombra il mondo cuopre,
E gli uomini e le fere,
Nell'alte selve, e fra le chiuse mura,
Le loro asprezze piú crudeli e fere
5 Scordan, vinti dal sonno, e le loro opre;
Quando la notte e piú queta e sicura;
Allor l'accorta e bella
Mía vaga pastorella
Alla gelosa sua madre si fura,
10 E dietro agli orti di Mosco soletta
A pié d'un lauro corcasi ed aspetta.
Ed io che tanto a me stesso son caro,
Quanto a lei son vicino,
O la rimiro, o 'n grembo le soggiorno,
15 Non prima dall'ovil torce il cammino
L'iniquia mia matrigna e 'l padre avaro,
Che annoveran due volte il gregge il giorno,
Questa i capretti, e quelli
I mansüeti agnelli,
20 Quando di mandra io i' levo, e quando io i' torno,

En altos bosques y en cerrados muros,

Che giunto sono a lei veloce e lieve,
Ov' ella lieta in grembo mi riceve.
  Quivi al collo, d'ogni altra cura sciolto,
L'un braccio allor le cingo,
25 Tal che la man le scherza in seno ascosa:
Coll'altra il suo bel fianco palpo e stringo,
E lei ch'alzando dolcemente il volto
Su la mia destra spalla il capo posa,
E le braccia mi chiude
30 Sovra 'l cubito ignude,
Bacio negli occhi e 'n la fronte amorosa,
E con parole poi ch'Amor m'inspira,
Cosí le dico; ella m'ascolta e mira:
  Ginevra mia, dolce mio ben, che sola,
35 Ov'io sia, in poggio o 'n riva,
Mi stai nel core, oggi ha la quarta estate,
Poi che, ballando al crotalo e alla piva,
Vincesti il speglio alle nozze d' Iola,
Di che l' Alba ne pianse piú fiate:
40 Tu fanciulletta allora
Eri, ed io tal ch' ancora
Non sapea quasi gire alla cittate.
Possa io morir or qui, se tu non sei
Cara vie più che l'alma, agli occhi miei.
45 Cosi dico io. Ella allor tuta lieta
Risponde sospirando:
Deh non t'incresca amar, Selvaggio mio,
Che, poi ch'in cetra e 'n sampogna, sonando
Vincesti il capro al natal di Dameta,
50 Onde Montan di duol quasi morio,
Tosto n'andrà 'l quarto anno,
S' al contar non m'inganno,
Pensa qual eri tu, cual era anch'io,
Tanto caro mi sei, che men gradita
55 M'è di te l'alma, e la mia propria vida.

Cuando las iras y asperezas fieras

Amor, poichè si tace la mia donna,
Quivi senza arco e strali,
Sceso per confermare il dolce affetto
Le vola intorno e salta aprendo l'ali:
60 Vago or riluce in la candida gonna;
Or tra' bei crini or sovra 'l casto petto,
D'un diletto gentile,
Cui presso ogni altro è vile,
N'empie scherzando ignudo e pargoletto:
65 Indi tacitamente meco ascolta
Lei, ch'ha la lingua in tai note già sciolta:
Tirsi ed Elpin, pastori audaci e forti,
E d' età giovanetti,
Ambi leggiadri e belli senza menda,
70 Tirsi d'armenti, Elpin d'agni e capretti
Pastor, co' capei biondi ambi e ritorti
Ed ambi pronti a cantar a vicenda,
Sprezzano ogni fatica
Per farmi loro amica:
75 Ma nullo sia che del suo amor m'incenda;
Ch'io, Selvaggio, per te cureria poco
Non Tirsi o Elpino, ma Narciso e Croco.
E me, rispond'io, Nisa ancor ritrova,
Ed Alba, e l'una e l'altra
80 Mi stringe, e prega che di sè mi caglia;
Giovanette ambe, ognuna bella e scaltra,
E non mai stanca di ballare a prova:
Nisa, sanguigna di colore, agguaglia
Le rose e i fior vermigli;
85 Alba, i ligustri e gigli,
Ma altre arme non sian mai con che m'assaglia
Amor n'altro legame ond'ei mi stringa,
Se ben tornasse ancor Dafne e Siringa.
Di nuovo Amor scherzando, come pria,
90 D'alto diletto immenso

5 El sueño las aparta y las desvía, (1)
Cuando todos reposan muy seguros;
Con miedo y maravilla
Mi cara pastorcilla
De la celosa madre y de los duros
10 Encerramientos parte, y, asustada, (2)
Debajo un olmo atiende mi llegada.

Yo que á mí mismo tanto bien me quiero
Cuanto le estoy presente,
Cuanto la miro mientra está contenta, (3)

N'empie e conferma il dolce affetto ardente.
Cosí le notte mie liete dispenso,
E pria ch'io faccia dalla donna mia
Partita, veggio al balcon d'orïente
95 Dall'antico suo amante
L' Aurora vigilante,
E gli angelletti odo soavemente
Lei salutar, ch'al mondo riconduce
Nel suo bel grembo la novella luce.
100 Canzon, crescendo con questo ginepro,
Mostrerai che non ebbe unqua pastore
Di me più lieto e più felice, Amore.

(1) Copiamos el texto del ms. de la Biblioteca de Álava, que es más completo y se hacen constar por notas las variantes que se observan en el M. 258 de la Nacional, en el que faltan las estrofas 6.ª, 7.ª, 8.ª y 10.ª

Los versos 5.º y 6.º, se léen así en el códice citado:

El sueño las olvida y las desvía
Cuando todos reposan más seguros.

(2) Encerramientos sale y asentada....

(3) Cuanto la miro y cuanto está contenta....

15 Tan presto del aprisco me veo ausente,
Mi madrastra crüel ó el tío severo,
Que dos veces al día el ganado cuenta,
Corderos y cabritos,
Los grandes y chiquitos,
20 Cuando el sol se levanta y cuando asienta,
Que vengo donde ya me está esperando (1)
Y alegre me recibe en allegando.

Al blanco cuello libre de cuidado
Le ciño un brazo luego,
25 De modo que la mano está en un pecho; (2)
Con la otra el costado aprieto y juego;
Ella, alzando aquel rostro delicado,
Lo arrima sobre el hombro mío derecho,
Y libre de embarazos
30 Me recoje en sus brazos.
Yo, que me hallo puesto en tanto estrecho, (3)
En sus ojos atento y contemplando,
Le digo mientras que ella está escuchando:

---

(1) Que llego donde ya me está esperando....

(2) Este verso y el siguiente dicen:

De suerte que la mano esté en el pecho;
Con la otra el costado aprieto luego....

(3) Este verso y los dos siguientes se léen:

Los ojos beso y puesto en tal extremo,
Con las pabras que el amor inspira,
Le digo así, y ella me escucha y mira...

«Amaríllida mía, ¡oh tú, que sola
35 Doquiera que yo sea (1)
En el alma me estás! hoy tres veranos
Se cumplen que en las bodas de Erithrea
En el bailar ganaste el premio sola,
Por lo cual Alba se mordió las manos:
40 Tú, moza sin consejo
Eras, yo, no tan viejo:
Que aún andaba sirviendo á mis hermanos.
Yo muera mala muerte, si más cara
No me eres que los ojos de la cara.»

45 Así lo digo y ella muy contenta
Responde suspirando:
«No te pese, Vandalio, amarme tanto;
Que después que en la cítara cantando
Saliste con tu honor de aquella afrenta
50 Do pensó morir Tirso de quebranto,
Ya pasa el tercer año
Que comenzó mi engaño, (2)
Si engaño hay en tu amor, ya sabes cuanto
Te ha amado y te ama ahora quien se olvida,
55 Por tu amor, de su alma y de su vida.»

---

(8) Doquier que yo me vea.....

(9) Este verso y los dos siguientes se léen:

Si al contar no me engaño
Piensa pues si era moza y piensa cuanto
Te amaba y te ama ahora quien se olvida....

Amor, después que calla mi pastora,
Sin armas ni pertrechos
Desciende á confirmar tan dulce efeto.
Allí se asienta en los hermosos pechos;
60 Ora en los ojos arde y se enamora,
Ora entre los cabellos va secreto,
De tanto bien tan loco,
Que el mundo tiene en poco;
Mas, ¿quién lo tendrá en más, que sea discreto?
65 De allí conmigo Amor escucha atento
Palabras que acrecientan mi contento.

Tirso y Fausto, pastores extremados,
Mozos sueltos, ligeros
Y ambos á dos hermosos sin enmienda,
70 De cabritos el uno, y de corderos
El otro, guardianes afamados,
Entrambos en amor suelta la rienda
Sin temor de fatiga,
Porque les sea amiga;
75 Mas, ¿quién será el que de otro amor me encienda
Vandalio, que de tí, si tengo en poco
No á Fausto y Tirso, mas Narciso y Troco?

Yo le respondo: «Dórida renueva
Los antiguos ardores;
80 Alba me ruega que me duela della;
Ambas mozas, hermosas como flores,

Una y otra de amor hacen gran prueba;
Alba es sanguina, colorada y bella
Como las frescas rosas;
85 De azucenas hermosas
Es el color de Dórida; mas ella
Ni otra habrá jamás que á amor me estringa,
Si bien fuese otra Dafne; otra Siringa.»

De nuevo amor, jugando cual primero
90 Lleno de un gozo inmenso,
Se alegra de entender nuestro secreto; (1)
Así la noche en tanto bien dispenso
Que de mi bien partir antes no quiero (2)
Que partir veo de Oriente y del dileto
95 Titón, su viejo amante,
La aurora vigilante;
Las aves la saludan del efeto
Que yo me duelo, alegres por que envía
El claro resplandor del nuevo día.

100 Canción creciendo par de este olmo verde
Muestra que jamás hubo entre pastores
Tan dichoso pastor, tales amores.

---

(1) Entretiene y confirma el dulce afeto.....

(2) Que antes que parta de mi bien postrero....

VI.

(A. fol. 19.—B. N.-V. 366, fol. 106 vto.—M. B.-Add. 20790, n.º 42) (1)

Guardando su ganado
Cerca el Bético río,
Vandalio al pié de un álamo sombroso,
En la yerba sentado,
5 Que llena de rocío,
Mostraba el verde prado más hermoso.
En un acto lloroso
La zampoña sonaba,
Y en las grutas obscuras
10 De sus desaventuras
Eco el último acento discantaba;
Y en voz baja cantando, (2)
Decía de cuando en cuando: (3)

---

(1) Además de los códices citados, se encuentra esta canción en un ms. de la Biblioteca Colombina marcado AA. 145. 5 fol. 52 vto., y en el Archivo Municipal de Sevilla, *Papeles del Conde del Águila*, volúmenes en 4.º, tomo 13, papel número 7, ocupando cuatro hojas de letra bastarda española de fines del siglo XVIII. Ha sido publicada por Sedano, en el *Parnaso Español*, tomo 9.º, y por D. Adolfo de Castro, en el XXXII de la Biblioteca Rivadeneyra. En el texto seguimos el códice de Álava.

(2) Sedano en el *Parnaso Español*:

Y voz baja cantando....

(3) Sedano y el ms. del Conde del Águila:

Decía el triste así de cuando en cuando....

«Dórida, tus cabellos
15 Más rubios son que el oro,
Y más claros que el sol de mediodía; (1)
Más cara prenda que ellos
Ni más rico tesoro
No lo alcanza á pensar la fantasía.
20 La triste vida mía
Colgada de ellos veo:
Ved si está bien librada,
De un cabello colgada,
Faltando la esperanza á mi deseo;
25 Pues se llaman cabellos,
¿Por qué estoy lejos de ellos?

»En sutil velo envueltos,
En trenzas por la frente,
Ó debajo de red tal vez guardados,
30 Ó prendidos ó sueltos,
Si el sol está presente,
De invidioso se enconde en los nublados.
¡Ay, rabiosos cuidados!
¡Oh. trabajosa suerte!
35 Cuando los veo, muero,
Cuando no, desespero,
Y en morir el deseo se convierte.

---

(1) Sedano y ms. del Conde del Águila:

Y más claro que el sol á mediodía....

¡Oh, dichosos cabellos
Y más quien puede vellos!

40 »Á veces imitando
Á la sacra Diana,
Los orna con guirnaldas de mil flores;
Y Amor, que está mirando
La beldad soberana,
45 Se enciende en el amor de sus amores.
Mil celosos temores (1)
Tengo de enamorado.
Digo: —Si Amor la hiere,
Si para sí la quiere,
50 ¿Para qué es mi pasión y mi cuidado?
Si Amor se inflama dellos,
¿Para qué quiero vellos?— (2)

»Pensar poder gozallos
Gran locura parece,
55 Que su valor cualquier valor apoca.
En vano es deseallos,
Pues sola los merece

---

(1) Sedano y ms. del Conde del Águila:

Mil celos y temores....

(2) Sedano, ms. del Conde del Águila y códice V. 366 de la Biblioteca Nacional:

¿A qué quiero querellos?

La mano delicada que los toca. (1)
¡Ay, esperanza loca!
60 ¡Ay, tristes ansias mías!
Si gozar no se puede
Bien que al mayor excede,
Desdichado deseo, ¿en qué confías?
Ni puedes gozar dellos,
65 Ni dejar de querellos.

»De cabellos tejida
Fué la bella cadena
En que mi corazón se halla envuelto,
Con tal cautela urdida,
70 Que entonces da mas pena
Cuando pienso que estoy della más suelto.
Si desta pena absuelto
Alguna vez me viese,
No prisión trabajosa,
75 Mas libertad dichosa
Sería para mí cuando así fuese;
Mas el no merecellos
Es el mal que hay en ellos.

»Para el arco homicida
80 Hizo Amor, con gran arte,
De tus cabellos, Dórida, la cuerda,

---

(1) Sedano:

La mano descuidada que los toca....

Por hacer que la vida,
Mientras del alma parte
La gana de morir del todo pierda;
85 Que como se me acuerda
De aquel color divino,
Luego, al vivir, el paso
Suelto, cansado y laso,
Do la contemplación muestra el camino,
90 Mas, ¿quién podrá con ellos,
Si el Amor se arma dellos?

»Aquel oro extremado,
Resplandeciente y puro,
Que el Aurora nos muestra antes del día,
95 Dicen que no es hurtado;
Pero yo afirmo y juro
De tus cabellos ser, Dórida mía,
La Aurora, que sabía
Tu beldad extremada, (1)
100 Te los robó durmiendo,
Y agora va huyendo
De aquel de quien fué ya tal vez burlada.
Febo sigue tras ellos;
Yo me pierdo por ellos.

105 »En la esfera del fuego,

(1) Sedano y ms. del Conde del Águila:

De tu beldá extremada....

De su calor más fuerte,
De tus cabellos fué el color sacado,
Cuya calidad luego
Dió nuevas de mi muerte
110 Al hielo que en tu pecho está encerrado.
Así será forzado,
Entre contrarios puesto,
Que mi vivir se acabe,
Porque en razón no cabe
115 Sufrir la crüeldad quien vió tu gesto.
Si hay fuego y hielo entre ellos,
¿Quién se guardará dellos?

»Cabellos, mientra os miro,
De la crüel Medusa
120 La bella forma y el peligro veo.
Ardo, hielo y suspiro,
Y el alma, de confusa,
En los brazos se deja del deseo.
¡Oh escudo de Perseo!
125 ¡Amor, si por hazaña
Hora yo lo tuviese,
Porque Dórida viese
De sus cabellos la beldad extraña....!
Mas si se vence dellos,
130 ¿Cómo podré más vellos?

»Canción, si en los cabellos,

Siendo la menor parte
De su beldad, hay tanta hermosura; (1)
Si la señora dellos,
125 Te llama, baja á darte,
Pues no cabe tal bien en tal ventura.
Dile que, para amallos,
Te sobra lo que falta en alaballos.»

VII.

(A. fol. 153.) (2)

Hermosísimos ojos
(Que ya no os osaré decir ojuelos,
Como para templar mis desconsuelos
Os solía llamar en mis enojos),
5 ¿Qué locura, qué antojos,
Qué atrevida osadía
Le ha venido de vos al alma mía?
¡Ay, desdén rabïoso!
¿Dó me llevas vencido y temeroso?

---

(1) Sedano y ms. del Conde del Águila:

De tu beldad á tanta hermosura....

(2) Publicada en Gallardo, tomo 2.º, col. 430. Seguimos el texto del docto bibliófilo, haciendo notar las variantes que ofrece con el códice de Álava.

10 Ojos, quien no entendió vuestra excelencia
Presente, ¿qué dirá á tan larga ausencia?

Mas, bien considerado,
No me está mal en esto el ser ausente:
Que si el bien que mirando un alma siente
15 Embaraza el sentido enamorado,
El verme hora alejado
Del mayor bien de veros
Me podría valer para entenderos.
Que si el sol no se puede
20 Mirar, porque su luz la vista excede,
La mano enmedio puesta es el remedio:
Y así, á vuestra beldad la ausencia es medio.

El alma enamorada,
Mientra vuestra beldad tiene presente,
25 Puesto todo el sentir, toda la mente
En vos, de lo demás queda olvidada.
Y así, toda ocupada
En el bien de miraros,
No le queda valor para alabaros.
30 Agora que no os veo,
Que diga algo de vos pide el deseo;
Y es justo que se haga lo que pide,
Si con la flaca fuerza el querer mide.

Mas, ojos, si sois tales
35 Que el humano saber no os comprehende,

¿Cómo se alabará quien sólo entiende
Que sois de cuyo sois todos iguales?
¡Ay, memorias mortales!
¡Ay, ingrata memoria!
¿Es posible que en vos hay pena y gloria?
Ojos, decí, ¿es honesto
Que mi bien y mi mal esté en vos puesto?
¡Ay, nueva calidad! ¡Ay, caso fiero!
Que muero porque os ví, y por veros muero

La lanza que traía
Aquiles, peligrosa, extraña y fuerte,
Tornándolo á tocar, libre de muerte
Dejaba al que ella mesma antes hería. (1)
Ningún medio tenía
Para que no muriese,
Si tocado otra vez della no fuese.
Á vos, ojos hermosos,
La mesma calidad hace famosos.
En vos hallé mi muerte conocida,
Y en vos, muerto de amor, hallo la vida.

Decir que sois piadosos,
Loor es; mas ¡ay Dios, qué impropio os viene!
¿Diré que no lo sois?—Menos conviene;
Que es más impropio en ojos tan hermosos.

---

(1) Dejaba aquella mesma á quien hería....

60 Que sois falsos, mañosos,
Diría, si creyese
Que á vuestra hermosura no ofendiese;
Mas ¿quién hay que esto vea,
Que la crueldad que en vos escondeis crea?
65 ¿Quién pensará de vos, hermosos ojos,
Que cause tal beldad tales enojos?

Aquel volador pece
He visto yo salir del mar volando;
Y mientras del morir va recelando,
70 Entre dos muertes puesto, una padece.
En el agua aparece
Quien su morir aguarda,
Y en el aire otra muerte si se tarda.
Yo, que muero mirando,
75 De vos, por no morir, me vó alejando;
Mas si en el aire de la absencia tardo,
Veo otra muerte de que más me guardo.

De la tormenta huye
El fuerte y el cobarde marinero;
80 Y mientras mira el mar turbado y fiero,
El temor de la muerte lo destruye;
Pero después concluye
Que quien no sabe otra arte
Conviene que de aquella no se aparte.
85 Así yo, mientra os miro

Airada me acobardo y me retiro:
Mientras con ceño estais. temo presente:
Mas ¿de qué viviré, de vos ausente?

Vuestro hermoso ceño,
90 Vuestro blando mirar, süave, honesto, (1)
Y aquel blando volver grave y apuesto
Con semblante dormido y zahareño,
¿A qué, salvo á su dueño,
Le iguala, que se entienda?
95 ¿Qué comparación hay que no os ofenda?
Ojos, en vos se encierra
Muerte, vida, pesar, placer, paz, guerra.
¡Pues si tales extremos son extremo
En vos, ved si de vos con razón temo!

100 Ojos, si los afetos
Que á sentir dais decir no se permiten,
Porque, por ser por vos, con vos compiten,
Mejor es que en el alma estén secretos.
Temerosos concetos
105 Son del que se os atreve
A mirar ni á decir lo que se os debe.
Y más es atrevido
El que os niega el loor que os es debido.
Y así yo, ni presente sé miraros,
110 Ni absente puedo estar sin alabaros.

---

(1) Vuestro suave mirar, suave honesto.....

Si como es cosa vuestra
Deseo saber decir lo que en vos cabe,
¡Ojos, vos lo sabeis, y Amor lo sabe!
Mas, canción, pues tan alto se nos muestra
El misterio que toco.
Callar mucho es mejor que decir poco.

VIII.

(A. fol. 149.)

Lo que buscaba tengo;
Y si no lo buscaba ni quería,
Tengo lo que merece aquel que busca;
Lo que hora ni á buscar ni á querer vengo.
No me quejo de amor; que no sería
Razón, pues su pasión el seso ofusca;
De mí sí, que, de mozo y de liviano,
En corazón mal sano
Buscaba el mio salud, y en deshonesto
Amor, honestidad, lëaltad pura
En ánimo de hombre á mudar presto.
Estaba en llorar puesto
Firmeza do jamás firmeza dura:
¡Ved si llegaba á puesto mi locura!

Ya entiendo el daño mío;
Ya conozco, aunque tarde, el desengaño

Y no muestro entendello, aunque lo entiendo;
Pues ni me salgo dél ni me desvio.
No es este arrepentir conforme al daño,
20 Pues que ni huyo dél, ni me defiendo,
Ni puedo más hacer, salvo enojarme,
Porque amar, desamarme,
Llegar alguna vez á arrepentirme,
Y aun casi á aborrecer; mas ¿qué aprovecha,
25 Si, como llego al paso á desasirme,
Hallo el nudo tan firme,
La costumbre tan hábito ya hecha,
Que de cualquier remedio estó en sospecha?

¿Qué aprovecha, cuitado,
30 Huir de la pasión desta manera,
Si llevo las cadenas arrastrando?
¿Qué vale acometer con esforzado
Vencido corazón, si en la carrera,
En lugar de correr, voy reparando?
35 Si de carcel tan dura escapar quiero,
Para salir, ¿qué espero?
Y si salí, ¿qué hago aquí atendiendo,
Deseando que tornen á prenderme?
Si me osé aventurar, ¿qué voy temiendo?
40 ¿Quién se para huyendo?
Si fuera de pasión muero por verme,
¿A qué busco á quien salga á detenerme?

Amor, ¿cómo es posible
Que, sabiendo mi mal cuánto me ofende,
45 Cuál es y cuánto es fácil de remedio,
Se me haga de probar tan imposible,
Que como de enemigo se defiende
La misma voluntad que busca el medio?
¡Ay, dura ley crüel! ¡Rabiosa, fuerte,
50 Desventurada suerte!
Si de mi voluntad libre me ofrezco
Al dolor, ¿de qué huyo y me acobardo?
Si no lo quiero yo, ¿cómo padezco?
Si huyo de mi mal, ¿por qué me tardo?
55 ¿Si no quiero huir, por qué no aguardo?

¿Cómo están, quién las tiene,
Las raices de amor tan bien trabadas,
Que no pueden salir del alma mía?
Y si en el alma están, ¿de dónde viene
60 Que las desee ver della arrancadas?
Este tal desear, ¿dónde se cría?
¿Pueden en un sujeto estar sujetos
Dos contrarios afetos?
Pues ¿cómo aquestos dos se compadecen?
65 Amor, ¿no es desear? sin duda es cierto.
Pues estas bascas que hora se me ofrecen
Odio puro parecen,
¿Pueden odio y amor tener concierto?
Nó: que la división me habría ya muerto.

70 ¡Ay, lengua mal mirada!
¿No te basta decir tantas locuras
Sin usar herejías y bajezas?
¿Piensas que, por estar apasionada,
Te es lícito, contando desventuras
75 Mías, dar claridad á otras flaquezas?
Debrías, pues, tener mil escarmientos
Destos atrevimientos.
¿No sabes que, sin ser descomedida,
Te suelen castigar? ¡Pues no ha mil años
80 Que te ví, sin hablar, arrepentida!
Mas ¡ay! que ya la vida
Busca, por acabar males tamaños,
Su fin, do acabarán también mis daños.

Canción loca, atrevida,
85 Aunque lleves razón que te defienda,
Quédate, que es méjor que no se entienda.

IX.

(B. N.-M. 258, fol. 27)

No pongo á mis males culpa;
Porque á mi terrible pena
La causa que la condena
La disculpa.
5 Ausente me condenastes,

Señora, por cuanto os quiero,
Y luego me disculpastes
En ser vos por quien yo muero.
Pues vuestra beldad disculpa
10 Todas las penas que ordena,
Quien por vos no tiene pena,
Tiene culpa.

X.

(*A. fol. 11.*)

¿Qué conciertos inciertos vas buscando, (1)
Corazón temeroso?
Si estás ya del vivir tan enfadado,
Si estás ya tan sujeto á la tristeza,
5 Si los males te van así apretando
Y el dolor tan rabioso,
¿Cómo piensas salir de tal cuidado?
Si la muerte no humilla su fiereza,
¿No miras que es bajeza
10 Querer vivir el que en miseria vive?
Lo que en mi alma escribe

(1) Gallardo, en el índice del ms. de la Biblioteca de Álava, copia así el primer verso de esta canción:

Qué consejos inciertos vas buscando...

La mano del sentido, en mal tan fuerte,
Haz que pueda leerse con mi muerte.

Yo sé que, por mi mal, se tarda el día
15 Del morir que deseo;
Menos mal será, pues, anticiparme;
Mas un traidor de mi esperar incierto
Me turba y me acobarda y me desvía,
Y es el mal que no veo
20 Ocasión para no desesperarme
Del bien cuyo esperar me tiene incierto.
Pues si el morir es cierto,
Si de esperar el bien ya desespero,
Muerte, ¿cómo no muero?
25 Mas, ¿qué digo? ¿No es muerte un tal tormento?
Nó, pues, si no es morir, ¿qué es lo que siento?

Nuevo mal, nuevo afán, nueva dolencia
Agora me maltrata;
Pasa del ser de amor mi desventura;
30 Yo mismo soy ministro de mi daño.
Hasta aquí me quejaba de la ausencia;
Hora me desbarata
Un nuevo recelar, nueva locura,
Y puede ser que yo mismo me engaño.
35 ¡Tormento fiero, extraño!
¿De dónde viene en mí tal desvarío?
Si es contra el querer mío,

Si el pensar es del alma, ¿por qué piensa
En cosa que á sí mesma hace ofensa?

40 Si es efecto del alma el pensamiento,
Como claro lo veo;
Si la elección está en su querer puesta,
¿Por qué se aplica al mal? ¿Por cuál bien huye?
Debiérale bastar el escarmiento
45 Que el ansioso deseo
Suele ponelle y que tan caro cuesta.
Ella misma se aflige y se destruye
Y contra sí se arguye;
Todo lo pinta á su querer disforme;
50 Nada halla conforme;
Si la razón alega alguna cosa
Que sea en su favor, es sospechosa.

Sobre sola opinión funda el recelo
La razón; ya no es parte
55 La culpa del sentido temeroso;
No hay esfuerzo que valga ni aproveche.
Solía para darme algún consuelo
Usar de astucia y arte;
Hora todo lo hallo peligroso;
60 Fuerza es que á lo peor mis cosas eche,
Que recele y sospeche.
Y sin querello á mi señora ofenda;
Mas ¡ay, triste! que enmienda

Le hago del agravio tan extraña.
65 Que si ella no se ofende, á mí me daña.

Cuando considerar mi temor puedo,
Que el sentido me deja
Poder para ponello en conjetura,
Alguna cosa hallo favorable;
70 Procuro entonces desechar el miedo.
«¿Qué sé yo si se queja,
—Digo entre mí,—quien causa mi tristeza?
Quizá piensa que yo soy el mudable,
Y ella, firme y estable,
75 Me espera, y quizá acuse mi tardanza.»
Entra aquí la esperanza
Y pruébame que es bien que así lo crea.
Yo, por ser bien, lo creo, aunque no sea.

No va muy sin razón tal fundamentò;
80 Que echada bien la cuenta
Hallo que está en razón que así lo piense,
Y piénsolo de puro enamorado.
Digo que tanta fé, tanto tormento,
Es del amor afrenta
85 Que en vano se padezca y se dispense;
En prueba desto tráeme el cuidado
De aquél tiempo pasado,
Junto todo mi bien á la memoria.
«Quien tan alta victoria,

90 —Dice—pudo alcanzar, ¿de qué se duele?
¿Cual ocasión le fuerza á que recele?»

Si en pensar esto alguna vez parase,
Sin pasar tan corriendo,
Que de lo que pensé me acuerdo apena,
95 Si un poco más la rienda detuviese,
Podría ser que el recelar quedase,
Mientra dél me defiendo,
Con menos fuerza, y yo con menos pena,
Y que algún hora sin temor me viese;
100 Mas quiso Amor que fuese
Tan contrario mi mal de su remedio,
Por que no tenga medio,
Que el uno me esté siempre atormentando,
Y el otro, si vendrá, pase volando.

105 Así torno á pensar lo que me ofende;
Vuélvome á los temores;
De todas mis sospechas hago alarde,
Corriendo más á lo que más me daña.
Nada de lo que pienso me defiende;
110 Los pasados favores
Llegan por socorrerme, y llegan tarde;
Mi propio pensamiento más se engaña.
Todo se vuelve en saña
Aquél amor de que pensé valerme,
115 Que ya quiso tenerme;

Pienso que lo pasado fué fingido
Y si no, que está puesto ya en olvido.

Tal valor, tal saber, tal hermosura,
Tal gracia y gentileza,
¿Cómo se puede ver sin desearse?
¿Cómo podría excusar de ser amada?
Pues ¿qué sé yo lo que hará ventura?
Que la humana flaqueza
En los más fuertes suele señalarse.
¿Qué sé yo si uno ú otro más le agrada?
Quizá que está trocada.
¿Qué sé yo si el Amor otro le ofrece
Que mejor le parece?
Y en tal contemplación, tomo por medio
Vello cual yo me veo: ¡ved qué remedio!

Vuelvo después que caigo en el engaño,
Acuso el error mío,
Digo que es poquedad pensar en esto,
Y en fuerza de mi fe salvarme espero.
Mas llega luego un sobresalto extraño,
Un miedo triste y frío,
Y tiéneme entre mil contrarios puesto;
A la fin, lo que dudo es lo que quiero;
Con lo que creo, muero;
Lo que temo es lo cierto y lo creible;
Lo que quiero, imposible;

Y huir de un temor que así me asombra
No puedo más que el cuerpo de su sombra.

Así paso la vida en tal estado,
145 Y es el mal que recelo
De venir á peor, y no sé cómo,
Si no se hace cierta mi sospecha.
Pudiese estarse en duda mi cuidado:
Que no es poco consuelo
150 Creer mil cosas que no tienen tomo,
De que á ratos se vale y se aprovecha.
En regla tan estrecha,
Vivo engañando el gusto en mil certezas,
Y sé que son bajezas
155 Todas las que me ofenden; más no puedo
Desengañar ni asegurar el miedo.

Canción, si adonde vas fueres notada
De poca fé, cobarde,
Muy llena de temor, muy sospechosa,
160 Dile que así lo quiere, así se agrada,
Quien mis entrañas arde,
Porque amar y temer no es nueva cosa.

XI.

(A. fol. 94.—B. N.-V. 366, fol. 200 vto.) (1)

gL 254

Sobre las ondas del furioso Reno, (2)
Lleno de nieves, turbio, helado y frío,
Al pie de un seco salce en la ribera,
Mientras Marte al furor daba un desvío,
5 Vi desmayado ya, de males lleno,
Á Vandalio quejar su pena fiera,
No jocundo pastor cual antes era:
Antes lloroso, triste y suspirando,
El veloce correr del río miraba;
10 Y mientra á su dolor, llorando, daba
Descanso, decía así, entre sí quejando: (3)
«¡Mísero! ¿en qué esperaba?
Para desesperar ¡triste! ¿qué espero?
Si es mortal mi dolor, ¿cómo no muero?

15 »Pues ni pedir merced, ni callar vale,
Ni vale un obstinado sufrimiento,
Ni de perseverar nada he ganado,

---

(1) Impresa en Gallardo, tomo 2.°, col. 424, según el texto del ms. de la Biblioteca de Álava. Notaremos las diferencias que se observan en el códice de la Nacional, arriba citado.

(2) Sobre las ondas del divino Reno.....

(3) Descanso, dice así entre sí quejando.....

Soltar quiero la rienda al sentimiento;
Y el dolor que del alma ardiendo sale
20 Descanse publicando mi cuidado,
(No porque mejorar piense de estado,
Que ya ni puede ser, ni lo consiente
La grandeza del mal más aliviarse, (1)
Ni un tan solo punto rëcrearse
25 Concede su pasión al que es doliente);
Y si bien mejorarse
No puede, es gran descanso al mal extraño
Hallar quien se apïade oyendo el daño.

»La desventura mía, que, corriendo
30 De una en otra mayor, siempre camina
Presurosa, por ver mi fin postrera,
Trocando calidad se determina
Irme así poco á poco deshaciendo,
Sin consentirme que del todo muera.
35 ¡Oh, nuevo padescer! ¡Ay, suerte fiera!
¡Oh, potencia de Amor extraña y fuerte!
¡Crüel ardor! ¡Rabioso fuego eterno,
Que toma calidad del del infierno,
Pues ni él se acaba, ni lo acaba muerte!
40 Si un dolor tan intenso

---

(1) Este verso y el siguiente dicen:

La grandeza del mal más alegrarse,
Ni ya tan sólo un punto recrearse....

No me puede acabar, sin duda creo
Que es infernal el fuego en que me veo.

»Alegre solía ser el vivir mío;
Süave el padescer y el mal liviano;
45 Menor era el dolor que el sufrimiento;
Entonces lo más áspero era llano:
Si hallaba en Amor algún desvío,
Bien pasaba por él el sentimiento; (1)
Cuando más me apretaba mi tormento,
50 Presencia daba esfuerzo al alma mía;
Con la causa del mal me consolaba;
Si no la podía ver, la contemplaba
En plantas, flores, piedras: cuanto vía
Se me representaba
55 La imagen que en el alma Amor me sella,
Piadosa de mi mal, alegre y bella.

»Si á alguna fuente cristalina y pura
Caluroso llegaba á refrescarme,
Ó por dar á beber á mi ganado,
60 En el centro la ninfa mía mirarme
Me parescía, y que de mi tristura
Tuviese pïedad ó algún cuidado.
Si algún árbol más alto señalado
Vía, allí contemplaba su grandeza,

(1) Bien pasaba por el sentimiento....

65 Que la mano me daba, y que del suelo
Me levantaba casi hasta el cielo.
Cualquier flor daba alivio á mi tristeza,
Mirando en aquel suelo
La extremada beldad de mi pastora
70 Dar vida á mi esperanza de hora en hora.

Hora que por mi mal quiso mi suerte
Que, sin mudar querer, mudase tierra
Y que probase lo que puede ausencia,
Convirtióse mi paz en cruda guerra;
75 El descanso en trabajo se convierte;
Todo hizo al contrario diferencia.
La memoria del bien que fué en presencia,
Es la que más me agrava y atormenta; (1)
Y si quisiese destruirme el seso,
80 Sería alivio el enojoso peso.
Mas así puesto en inmortal afrenta,
El fuego en que me ardo preso
Digo que es infernal, pues que tan privo
Da esperanza entre tantos males vivo.

85 Si en el infierno que escribió el poeta,
Para mayor tormento se desea
Un bien de que no tienen esperanza,
¿Quién duda que mi mal el mismo sea,
Viendo mi alma á un desear sujeta

(1) Es la que más me agravia y me atormenta.

90 En que caber no puede confianza?
Si luz jamás aquel infierno alcanza,
Ni el sol penetra la tiniebla obscura
Adonde se atormentan los dañados,
Yo por la obscuridad de mis cuidados
95 Voy sin el sol de aquella hermosura
Que me niegan los hados,
Tan ciego, sin la luz que ver solía,
Que la infernal es clara ante la mía.

Aquel Caronte, universal barquero,
100 Que las almas pasar de la otra parte
Suele por la ribera del Olvido,
Es mi viejo cuidado; el cual con arte,
Porque ya ni olvidar puedo, ni quiero,
Por muy luengos rodeos me ha traído
105 Al tormento infernal do estoy metido.
Y por que el mío más se señalase,
No quiere Amor que pierda la memoria;
Mas que de paso en paso aquella historia
De mi perdido bien me relatase.
110 Por que de aquella gloria,
Siendo hora la esperanza en mí perdida.
La memoria lastime más mi vida.

La Furia que guardar la infernal puerta
Suele con tres cabezas, y ladrando
115 Asombrar quien salir fuera quisiere,

La una es el Amor, que causa amando (1)
Tres suertes de pasión, y nadie acierta
À salir, si una vez dentro estuviere.
Con la que menos daña y menos hiere
120 Hirió mi alma, que de honesto celo,
De virtuoso amor mísero amaba.
Entónces de mirar se contentaba;
Ahora, ausente, ha permitido el cielo
Que las dos que dejaba
125 Por menos buenas, den mayor tormento
Con la contemplación al sentimiento.

Pues el tormento tan crüel que Ticio
Padesce, mientras ceba en sus entrañas
El cuervo que jamás dellas se harta, (2)
130 ¿Qué es sino aquel temor que, con extrañas
Sospechas, hace en mí hambriento oficio,
Y ni se harta, ni de mí se aparta?
¿Cómo puede negar que no reparta
Sísifo su trabajo con el mío
135 Y que no sea mejor harto su estado?
¿Cuál peso pesa más que mi cuidado?
¡Triste! ¡Cuánto es mayor mi desvarío!

---

(1) Es el humano amor, que causa amando....

(2) Gallardo dice, por evidente error:

El *cuero* que jamás della se harta....

¡Qué peso tan pesado!
Sube sobre sus hombros mi deseo,
140 Por do camino ni descanso veo.

El mísero Ixïón, que de una rueda
Á la contínua es sin paz traido (1)
Ora á lo bajo, ora mirando en alto,
El triste imaginar es, que, afligido,
145 Si en lo más alto de fortuna queda,
Allí teme hacer mortal el salto.
En bajo puesto, viéndose tan alto,
Ni merecer espera ni se fía;
De todo se acobarda y se recela;
150 Ni por subir tan alto se consuela,
Ni en lo bajo se aparta ó se desvía.
Todo me desconsuela
Y nunca paro un punto imaginando;
Mas ¿cómo parará quien vive amando?

155 Tántalo, que de hambre y de sed muere, (2)
Y ni puede morir, ni á su tormento
Satisfacer entre el remedio puesto,
Vuestros desvíos son; que si hambriento
Me llego á aquel manjar que el alma quiere, (3)

---

(1) A la contínua es sin parar traído....

(2) Tántalo que de sed y de amor muere....

(3) Así en el códice de la Nacional; el de Álava dice:
Aquel dulce manjar que el alma quiere....

160 Lo desvanecen y lo alejan presto.
Fundo sobre razón mi prosupuesto;
Todo lo hallo fácil, favorable;
Casi toco el manjar ya con la mano,
Cuando llega el temor bajo, villano,
165 Y ora lo muestra incierto, ora mudable;
Tórnase entónces vano
Aquel bien que bastaba á sustentarme,
Y la ansia fiera dél torna á matarme.

Aquel vaso que hinchen las hermanas
170 Con singular trabajo, y nunca llega
Á ser lleno porque le falta el suelo,
Es mi fantasear, que no se ciega
De hacer torres en el aire vanas,
Llegar pensando con la mano al cielo.
175 Y aquellas furias que de cada pelo
Nace serpiente extraña y espantosa,
Que después las devoran fieramente,
Los celos son que en amador ausente
Son la pena mayor, más peligrosa.
180 ¡Triste del que los siente!
¡Sola esta pestilencia me dejase,
Y todo el mal que hay en amor probase!

Pues los rabiosos tigres, las harpías,
Con rostros de doncellas muy hermosas,
185 En todo lo demás crüeles fieras,

Tan flacas, tan hambrientas, tan dañosas,
Son estas tristes esperanzas mías,
Más hambrientas, más flacas, más ligeras,
Con ciertos modos blandos, con maneras
190 Que prometen al fin contentamiento,
Se llegan en abriendo sus engaños;
Y comiendo después mis tristes años,
Me dejan tan dañado el sentimiento,
Que, sabiendo sus daños,
195 Cuando vengo á apurar mis esperanzas,
Hallo que al cabo son desconfianzas.

Así las otras furias, los tormentos,
Lagunas, fuegos, ruedas y calderas,
Sierpes, monstruos, suplicio, hielo, ardores,
200 En mí se hallarán mucho más fieras.
De todos se verán los sentimientos
En mi pecho más graves, muy mayores.
Los demonios, que son tormentadores
De las almas allá, que las fatigan,
205 Sin descansar un punto ellas ni ellos,
Mis pensamientos son, que, puesto entre ellos,
Contino me atormentan y castigan,
Tan hecho ya á tenellos,
Que cuando más me van atormentando,
210 Los voy yo entreteniendo y regalando.

Si donde vas, canción, por desventura,

Por haber sido en este infierno hecha,
Aquella te desecha
Que te debía tratar con más mesura,
215 Dí que no hay fresca flor en seco invierno,
Ni templanza de queja en el infierno.

ESTANCIAS

I.

(A. fol. 67.—B. N.-V. 366, fol. 254 vto.)

Alma que á mi vivir sólo da vida,
Vida por quien la mía sin alma vive,
¿Será verdad ¡ay Dios! que una partida,
Una ausencia crüel de mí os esquive?
Si teneis ya mi fe tan conocida
Cual en esta alma vuestro amor la escribe,
¿Por qué quereis, mi bien, con olvidarme
Darme justa ocasión para quejarme?

Si de mi amor teneis hecha la prueba,
Si sabeis ya que os amo y amo tanto,
Si nuevo amor, si hermosura nueva
Causa no me ha de dar de eterno llanto,
Piedad de mi dolor siquiera os mueva;

Y antes que de la tierra el negro manto
Cubra de mí los últimos despojos,
Haced que os puedan ver mis tristes ojos.

No sea la promesa en vano hecha
Que, al partir, del tornar presto hiciste;
No querais con tardar poner sospecha
En el amor que ya á entender me diste;
Mas ¡ay! ¡mísera yo! ¿Qué me aprovecha,
Qué me vale la fe que prometiste?
¿Podrán vuestras promesas, sin que os vea,
Alegrar la triste alma que os desea?

¿Cómo podrá vivir de vos ausente
Quien no gustó el vivir mientras no os vía?
¿Qué bien tendré sin vos que me contente,
Siendo vos sólo el bien del alma mía?
Tornad; que ya, mi bien, no consïente
Ni compadesce amor ni cortesía
Que os olvideis de aquella que se olvida
Por vos de su salud, honra, alma y vida.

Si aquel amor, si aquella fe tan pura
Que mostraste tenerme, agora fuera
Cual se mostraba entonces tan segura,
Tan cierta, tan constante y tan entera;
Si promesas de amante y lo que jura
Se han de tener por cosa verdadera,

Hubiérades al término venido,
Si nuevo amor, do estais no os ha traido.

Mas, ¿cuál amor será, cuál nueva cosa,
Cuál ajeno favor, cuál ardor fiero,
Cuál beldad, ya que sea muy más hermosa
Que yo, querrá quereros como os quiero?
¿Ni cuál dama será tan envidiosa,
De ánimo tan movible y tan ligero,
Que os quiera amar, si sabe que habeis dado
Tal paga á tanto amor. y tal cuidado? (1)

II.

(*A. fol.* 257.)

TRADUCCIÓN DE UNA ESTANCIA TOSCANA

Amor. que con destreza navegando,
El golfo de mis lágrimas pasaba,
Del velo hizo vela; iba remando
Con el arco; la nave era el aljaba;
Una saeta el mástil; y mudando
La cuerda en otras cuerdas transformaba;
Ansí en mi llanto Amor, y sin maestro,
Otro Tiphi ó Jasón se ha hecho diestro.

---

(1) Las tres últimas estancias de esta composición aparecen repetidas en el códice de Álava, al fólio 239.

III.

(A. fol. 232.)

EN UNA MÁSCARA DE DIEZ PEREGRINOS

Damas, cuyo valor hace en el suelo
Fe del sumo saber que os ha formado,
Cuya rara beldad de la del cielo
Vivo nos muestra en vos ansí un traslado:
Si justa pïedad, si honesto celo
Á un ánimo gentil más propio es dado,
Muevan-os á piedad estos mezquinos,
Tristes enamorados peregrinos.

La miseria mirad en que nos vemos,
Lejos de nuestro bien, desconfiados;
No pedimos favor ni lo queremos;
Ya estamos de salud desesperados.
Compasión deste mal que padecemos
Puede en parte aliviar nuestros cuidados,
Los cuales, cada cual como los siente
Dirá, si su dolor se lo consiente.

Yo, sin ventura, voy así perdido,
Amando aquella que me cupo en suerte,
Tan entregado al mal, tan desvalido,
Que recelo el vivir más que la muerte.
¡Triste, que, amando, soy aborrecido!

Ved si es grave mi mal, rabioso y fuerte;
(sic) Y yo amo, y cuanto es grande el amor mío,
Es su aborrecimiento y su desvío.

Damas, habed piedad de un peregrino
Á quien hace el amor agravio extraño;
Que, forzado del caso ó del destino,
Contento de mi mal, quise mi daño.
Vencido de un mirar dulce y divino,
Tan bien me pareció mi propio engaño,
Que estando en su poder la alma perdida,
Quiere que peregrine acá en la vida.

Si alguna hay entre vos, señoras mías,
Á quien fuego de amor el pecho enciende,
Duélase del dolor de mis porfías,
Pues mayor, ni se ha visto ni se entiende.
Yo, peregrino voy por largas vías,
Y no es éste el dolor que más me ofende;
Antes es un temor que desterrado
Tan lejos de mi bien, soy olvidado.

Damas, habed piedad de un sinventura
Que condenado va á rabiosa muerte,
Vencido de tan alta hermosura,
Que es imposible que á contarse acierte.
Hora, por galardón de mi locura,
Que no la vea jamás quiere mi suerte,

Mas que peregrinando y siendo ausente,
Cosa no pueda ver que me contente.

Si el mal más sin remedio y más rabioso,
Damas, el duro pecho os enternece,
Doleos de mi mal tan peligroso,
Que aun poderse decir no compadece.
Yo de un competidor más venturoso,
Que goza mayor bien del que merece,
Me quejo y, de envidioso de su estado,
Peregrinando voy desesperado.

Damas, si hace en vos mi perdimiento
Muestra de compasión, piedad os mueva
De quien puso tan alto el pensamiento,
Que las nubes pasar volando prueba.
Pero de tan ufano atrevimiento
La desusada paga, extraña y nueva,
Es que, pensando ausente y peregrino,
Pague mi soledad mi desatino.

Damas, habed piedad desta cuitada
Que por el mundo va peregrinando;
Si alguna hay entre vos enamorada,
Doléos desta que veis morir amando.
De promesas de amor mal engañada,
A un falso simular crédito dando,
Díle mi voluntad y él tiene agora
La suya en el poder de otra señora.

Damas, pues nuestro mal mal en vos hace
Señal de compasión ni mella alguna,
Mostrad siquiera ya que os satisface
Nuestra suerte crüel, grave, importuna.
Decid que nuestro mal siquiera os place;
Señálese entre vos al menos una;
Vámonos de aquí, amantes: que estas damas
Hacen pechos de hielo á nuestras llamas.

Si de ánimos celestes y divinos
Es haber compasión de los cuitados,
Habedla de estos pobres peregrinos,
Maltratados de amor, desesperados,
Que por incultos bosques y caminos,
De algún hombre mortal jamás pisados,
Vienen hora ante vos, para pediros
Que os movais á piedad de sus suspiros.

Andamos, como veis, peregrinando,
Mil tormentos, mil ansias padeciendo;
Nuestro pasado mal vamos llorando
Y del que ha de venir vamos temiendo.
Vamos de puerta en puerta demandando,
Pero sola piedad vamos pidiendo;
Dolor de nuestro mal sólo buscamos;
No pedimos más bien, si lo hallamos.

Dejamos, al dejar la patria nuestra,
En ajeno poder los corazones,

Por ver si hay medio alguno acá en la vuestra
Que bastase á aflojar nuestras prisiones.
Mas como place á Amor, que nos adiestra,
No nos vale hüir las ocasiones,
Porque este fiero ardor que nos enciende,
Cuanto más lejos dél, más nos ofende.

Ved si es rabioso el mal que nos persigue,
Pues, huyendo la causa, se acrecienta;
Con nosotros se va; siempre nos sigue;
En nuestra alma reposa; allí se asienta.
Damas, vuestra piedad, pues, nos obligue
Y tanta sinrazón no se consienta;
Muevan-os á piedad tales extremos:
Así jamás os veais cuales nos vemos.

IV.

(A. fol. 212)

SOBRE LA CUBIERTA DE UN RETRATO (1)

'El que el alma encender de honesto celo
Quiere y hacer mejor la mejor parte,
El que por levantarse en alto vuelo
Busca sujeto tal, que excede al arte,

(1) Publicada por don Adolfo de Castro, en el tomo XXXII de la Biblioteca Rivadeneyra.

El que procura ver beldad del cielo
Y junta la que en todas se reparte,
Para ver todo el bien de la edad nuestra,
Mire, si sabe ver, sola esta muestra.

V.

(A. fol. 86.—B. N.-V. 366, fol. 149 vto.)

Levanta ¡oh Musa! el soñoliento estilo;
Procura nueva voz, nueva armonía;
Óyanme el Indo, el Tajo, el Istro, el Nilo;
Supla el sujeto la poca arte mía;
Que si no corta avara parca el hilo,
Al vivir verá el mundo esta osadía,
Si vos, del alma mía la mejor parte,
Me prestáreis favor, ingenio y arte.

En alto mar, en débil barca puesto,
Sin guía y sin gobierno, estoy incierto,
Tan lejos de poder dar cabo en esto
Cuanto de no le haber tengo por cierto;
Mas si volveis aquel hermoso gesto
Que me suele volver de vivo muerto,
Tanto espero decir del valor vuestro,
Que entiendan lo que sois por lo que muestro.

No contaré hazañas fabulosas
De escritores antiguos fabricadas;

Ni ficciones poéticas hermosas,
Con mil colores falsos matizadas;
Ni las guerras inútiles, dañosas,
Que por ambición fueron comenzadas;
Sola vuestra beldad, Señora, canto,
Que es hoy al mundo admiración y espanto.

Dama de quien cantar Roma y Atena
Podían con más razón que de otra alguna:
Pues la certeza frágil y terrena
Fuera del uso alzais sobre la luna,
Vuestro sér, que tras si trae en cadena
Amor, la envidia, el tiempo y la fortuna,
Perdone el atrevido entendimiento,
Si no llega la pluma al pensamiento.

Mas ¿quién podrá jamás volar tan alto,
Que de lo que valeis al punto llegue,
Si el compás del ingenio es corto y falto,
Si tanta luz no hay vista que no ciegue?
Vos sola me ayudad en tan gran salto;
Sólo vuestro favor no se me niegue:
Que el ánimo me basta con él solo
Hacerme oir del uno al otro polo.

¿Por qué no fuiste vos cuando fué Homero,
Ó ahora, que sois vos, Homero fuera?
No fuera tan famoso Aquiles fiero:
Otro mayor sujeto en vos tuviera.

Si aquel gran mantüano que el postrero
Ardor cantó de Troya ahora os viera,
Vos fuérades á él digno sujeto,
Y él de vos pregonero más perfeto.

¡Oh justo, oh santo, oh puro inmortal cielo,
Que tanto bien acá darnos quisiste,
Para pompa del mundo, honor del suelo,
Por mostrar quién lo daba en lo que diste!
Ayúdame hora; alza tanto el vuelo,
Que desta obra tan alta que hiciste
Pueda decir, si no cuanto debría,
Al menos, todo el bien que yo querría.

Después que la bella alma fué infundida
En el cuerpo castísimo y hermoso,
Para el gobierno dél, por darle vida,
Para hacer por vos el cielo honroso,
La beldad pareció que era perdida
Y el tiempo se mostró mozo y gozoso,
Convirtiendo en alegre primavera
Aquella ceguedad que de antes era.

De la divinidad que alma tiene
En la parte mortal gran parte muestra
Y levantando á tanto el lugar viene.
Que apena el pensamiento allá se adiestra.
Lo que debeis huir, lo que os conviene
Seguir, la Providencia os es maestra;

Y porque nada os falte ó se os desee,
(sic) Divino es todo cuanto en vos se vee.

Hizo el cielo con vos hermoso el mundo,
Que sin vos fuera obscuro, extraño y feo;
El pronto ingenio y el saber profundo
En sola vos sólo en el mundo veo,
Pues la gracia sin par y sin segundo
Sola en vos fué á la par con el deseo.
¿Qué se dirá de vos sino que quiso
Mostrar el cielo en vos un paraiso?

Á la bella alma la más noble parte
Corresponden en vos, beldad divina,
Virtud, honestidad, ingenio y arte,
Gracias que á pocos ya el cielo destina.
Á vos sola dió el todo; á nos la parte;
Sola á vuestra beldad beldad se inclina,
Tal, que cualquier beldad vana se nombra,
Si no toma de vos dechado ó sombra.

Tan perfecta beldad en vos se acoge,
Que ante vuestra beldad, beldad es fea;
Cualquiera otra beldad huye y se encoge,
Que ante vuestra beldad poner se vea.
Sólo vuestra beldad en vos recoge
La beldad que entre tantas se desea;
Quiso beldad, después que os vió tan bella,
Por vestirse de vos, desnudarse ella.

A sólo vos pueden llamar, Señora,
Cortés, sabia, gentil, honesta, bella;
Sola vuestra beldad el mundo honora;
Si beldad tiene sér, vos sois aquélla;
Sólo vuestra beldad lustra y colora
El mundo, como el sol cualquiera estrella;
Sólo vuestra beldad mira la gente,
Del Bóreo al Austro y del Ocaso á Oriente.

Beldad perfecta á la imperfecta unida,
Vos sola nos mostrais: que en vos se mira
Beldad que á la beldad da cuerpo y vida
Y siempre á otra mayor beldad aspira.
Cuanto vuestra beldad es más subida,
Tanto más la del cielo á sí la tira;
Y así, tanto la vuestra es imperfecta,
Cuanto á la que aspirais es más perfecta.

Vuestro gesto es un sol de hermosura
Que la tiniebla del que os mira aclara;
El són de las palabras, la dulzura
De la conversación única y rara,
Muestran cómo del bien que la natura
En todo os pudo dar, nada faltara,
Pues la beldad que la bella alma esconde
En la de vuestro gesto corresponde.

¿Qué se puede decir de vuestro gesto,
Salvo que es todo el bien de la edad nuestra?

¿Qué diré del mirar süave, honesto,
Salvo que es bien que á bien obrar nos muestra?
De un rubí sobre perlas ricas puesto,
Que sólo mereció ser boca vuestra,
¿Qué diré en su loor, pues que se entiende
Que tal comparación tal boca ofende?

Teneis en el mirar descuido y arte;
Con dormido mirar, un mirar vivo;
Volveis los bellos ojos á otra parte,
Con cierto modo blandamente esquivo.
De las partes que el cielo en vos reparte
Se muestra el mundo ya rico y altivo;
Valor y calidad toman las damas
De vos, como del árbol va á las ramas.

Hacen de vos el seso y la prudencia
Fe del Sumo Saber acá en el suelo;
Vuestra gracia se pone en competencia
Con la beldad que á vos sola dió el cielo;
Y son tan sin igual, sin diferencia,
Que queda el que los mira con recelo
Qué sea en vos mayor: la hermosura,
Valor, honestidad, gracia ó cordura.

No teneis un sinó, sino que falta
Quien os sepa alabar como quereros;
No es del ingenio, nó, toda la falta,
Pues entiende que no sabe entenderos;

Del hado sí, que no os puso tan alta,
Que mortal hombre no alcanzara á veros.
Sólo el cielo de vos gozar debiera;
Mas ¿qué fuera del mundo si no os viera?

Pues si de lo que sois prueba tan clara
No puede alguno dar que satisfaga,
Si tanto merecer, virtud tan rara,
Con tan bajo loor tan mal se paga,
Si la más alta musa y la más clara
No os alcanza alabar por más que haga,
Aceptando, Señora, el buen conceto,
Supla la voluntad por el defeto.

VI.

(A. fol. 259.—B. N.-V. 366, fol. 86 vto.)

Si bastasen las lágrimas y el llanto
Á avivar el dolor que un alma siente,
¿Qué cosa hay de valor, que valga tanto
Cuanto valdría el llorar un accidente?
No son remedio, no, porque el quebranto
Del ánimo las da naturalmente.
Da el llanto un corazón apasionado
De la suerte que da flores un prado.

VII.

(A. fol. 227.— B. N.-V. 366, fol. 123.)

GLOSA SOBRE UN VERSO DE PETRARCA

Si me falta el valor de mereceros,
Bastarme debe aquél de osar amaros;
Y aunque el daño mayor nace de veros,
Mayor es el contento de miraros.
Lo fino de mi mal no está en quereros:
En las ansias está del desearos;
Poco hago en sufrir el dolor mío;
Ma contrastar non posso al gran disio.

VIII.

(A. fol. 19.)

Venga á ver la beldad de vuestro gesto,
De la del cielo al natural sacada:
Un hermoso mirar grave y honesto,
Un ánimo sin par, gracia extremada,
Un rubí sobre perlas ricas puesto,
Una nieve entre rosas delicada;
Mire vuestro saber, vuestra cordura,
Chi può veder quantunque può Natura.

IX.

(B. N.-V. 366, fol. 72 vto.)

Á DON JERÓNIMO DE URREA (1)

Vos, en quien del Parnaso el sacro estilo,
Por un celeste dón, señor, derrama,
Con más fertilidad que riega el Nilo
De Nínive la antigua, amada cama,
Así no corte avara parca el hilo

---

(1) Sorprende en estas estancias, dada la ilustración de Cetina, el error geográfico de hacer pasar el Nilo por Ninive.

De D. Jerónimo de Urrea, á quien está dedicada esta composición, ya se ha hablado en la nota del soneto 141. Este poeta aragonés contestó á la duda formulada por Cetina, con las siguientes estancias:

Quien de aquel monte la más alta punta
Pisa donde Hipocrene el lauro cría
Responderá, señor, á la pregunta
Con que ofuscar quereis mi fantasía,
La cual, mientra leyendo la pregunta,
Pone en gran confusión la musa mía;
Pero si ver quereis más colmo el vaso,
Oid lo que yo siento en este caso:

Cercado de contrarios un sujeto,
Hace el Amor porque se agrade dellos;
Efetos son que nacen de un afeto:
Sin él no puede amarse, ni sin ellos;
En sabellos templar está el secreto,
Haciendo la razón compás entre ellos;
Con esto el tiempo ordena algún rodeo,
Que vencido el temor, triunfa el deseo.

Á la inmortalidad de vuestra fama:
Responded á esta duda, por aquella
Que vos juzgais entre las bellas bella.

Yo amo y soy amado, y cierto creo
Que vuestra voluntad un fuego enciende;
Puedo gozar del bien, sino que veo
El temor de enojar que lo defiende;
Lo que niega el temor pide el deseo,
Y el contrastar los dos la vida ofende;
Decid: ¿qué medio tengo en estos males,
Si el temor y el deseo son iguales?

SEXTINA (1)

(A. fol. 27)

Tantas estrellas no nos muestra el cielo,
Ni tantas flores por Abril el prado,
Ni tantas yerbas tiene el verde campo,
Ni tantos animales hay en bosque,
Ni tiene tantos peces algún golfo,
Cuantas mi corazón rabiosas quejas.
Dórida, si al dolor destas mis quejas
Te hielas (porque así lo ordena el cielo),
¿Á qué, triste, me voy de prado en prado,
Renovando mi mal de campo en campo,
Y en el más solitario oculto bosque
Allí hago de lágrimas un golfo?
En débil barca, en peligroso golfo,
Cargado de mil ansias y mil quejas,
No hago sino dar quejas al cielo.

(1) Impresa en Gallardo, tomo 2.º, col. 418.

No da ya para mí flores el prado;
No veo cosa verde en algún campo,
Ni lugar de reposo en algún bosque.
¿Cuál fiera tan feroz se alberga en bosque?
¿Cuál fortuna se vió jamás en golfo,
Que no se amanse al són destas mis quejas?
Amor, deseo, temor, fortuna, el cielo,
Me hicieron dejar el verde prado,
Por llorar mi dolor de campo en campo.
El lecho siento de batalla campo,
Que alegre solía ser, en cualquier bosque;
Y si, por mejorar, me meto en golfo,
Los suspiros me abrasan de mis quejas;
Enójanme la mar, la tierra, el cielo,
El campo, el bosque y el florido prado.
Si salgo por mirar el verde prado,
Alli es luego el amor conmigo al campo;
Huyendo mi dolor me voy al bosque,
Y allí hace el dolor de llanto un golfo;
Do quier que voy, la causa de mis quejas
Me hace demandar merced al cielo!
¿Cuál destino crüel ¡oh airado cielo!
Me quitó de pisar el verde prado,
Siguiendo por descuido por el campo
Mis tristes ovejuelas, ó en el bosque,
Para sentir en tan extraño golfo
Caribdi y Scilla al són destas mis quejas?
¿Á quién podrían mover ya tantas quejas,

Si no pueden mover jamás el cielo?
Poco siente mi mal el verde prado,
Las flores que hay en él, ni en algún campo,
Ni sabe qué es dolor inculto bosque,
Airado mar, ni tempestuoso golfo.
Pasando á nado el tempestuoso golfo,
Con el alma cargada de mis quejas,
El mi polo cubrió turbado el cielo;
Y andándolo á buscar de prado en prado,
Sin hallar rastro dél en ningún campo,
Triste vílo esconder dentro de un bosque.
Alto, sombroso y solitario bosque,
De mi dolor tempestüoso golfo,
Ardentísima fuerza de mis quejas,
Y todo lo demás que rige el cielo,
Sed testigos que amor en verde prado
Á matarse salió conmigo á campo.
Ya se comienza á matizar el prado;
Ya de su verde se reviste el campo;
Ya las hojas adornan más el bosque;
Ya se tranquila el fortunoso golfo....
Sólo en la multitud de tantas quejas,
No ha querido mudar orden el cielo.
Pues el prado no siente ya, ni el cielo,
Mis tristes quejas, ni el desierto campo,
Como en el golfo me sepulte el bosque.

ODA

(A. fol. 255)

Si de la amada vista
La vida del amante se deriva,
¿Qué esfuerzo hay que resista
Ausencia tan esquiva?
¿Cómo es posible que sin pena viva?
Pues, bien del alma mía,
Si el partirme de vos fué atrevimiento,
Ya tiene mi osadía
El más duro escarmiento
Que cabe en el humano sufrimiento.
No me basta paciencia,
Pensando que pudiera excusar esto;
No salí de una ausencia
Que en otra entré tan presto
Y plega á Dios que acabe el mal con esto,
Entre los otros males,

El que me acaba el seso es acordarme
Que mis ansias mortales
Bastaban á acabarme
Y quíselas doblar con apartarme.
¿Qué mal puede sentirse,
Cuando más apretar suele un cuidado,
Que si puede decirse
Á la que lo ha causado,
No quede del dolor más aliviado?
Bien debiera bastarme
Lo que ausente de vos había llorado;
Bien pudiera excusarme;
Mas ¡ay! que es excusado
Huir de su fortuna un desdichado.
¿Cómo pude sufrirme
Cuando al partir de vos oí deciros,
Llegando á despedirme:
«Pues osais despediros,
Osad sufrir el mal que ha de veniros?»
Si en presencia temía,
Pensad si temeré siéndoos ausente;
Y si viéndoos ardía,
Con estaros presente
Ved cual será el ardor que el alma siente.
Presente, iba templando
El bien de os ver y el mal de desabriros;
Hora voy suspirando
Y no puedo deciros

Siquiera que os dolais de mis suspiros.
  Entonces, un regalo,
Ó por piedad, ó por descuido hecho,
Era dulce intervalo
Al mal que me ha deshecho;
Mas agora de nada me aprovecho.
  Mas ¿para qué me quejo?
¿De quién si no de mí me estoy quejando,
Si yo mismo me alejo,
Y muero deseando
Los ojos que veré Dios sabe cuándo?
  Pues quien osó apartarse
De su alma y su vida y de su gloria,
Haga por esforzarse
Y ruegue á la memoria
Que del pasado bien calle la historia.

ANACREÓNTICA

De tus rubios cabellos,
Dórida, ingrata mía,
Hizo el Amor la cuerda
Para el arco homicida.
«Ahora verás si burlas
De mi poder,» decía.
Y tomando una flecha,
Quiso á mí dirigirla.
Yo le dije: «Muchacho,
Arco y harpón retira;
Con esas nuevas armas,
¿Quién hay que te resista?» (1)

---

(1) Publicada por Sedano en el tomo 7.º del *Parnaso Español*, sin indicar de dónde la había tomado; D. Adolfo de Castro la insertó en el tomo XXXII de la Biblioteca Rivadeneyra. En ninguno de los códices que contienen poesías de Cetina se encuentra esta bellísima anacreóntica.

ÍNDICE

Páginas

Dedicatoria. V
Retrato de Gutierre de Cetina.
Introducción IX
Abreviaturas XCV

OBRAS POÉTICAS

MADRIGALES

I . . . . . Ojos claros serenos... 3
II . . . . . ¡Ay, qué contraste fiero... 4
III. . . . . Cubrir los bellos ojos... 6
IV. . . . . No mireis más, señora.... . . . . »
V . . . . . *Á doña María de Mendoza:*
Yo diría de vos tan altamente... 7

SONETOS

I . . . . . Aires süaves que mirando atentos... . . . 9
II . . . . . Alma del alma mía, ardor más vivo... . . 10
III. . . . . Al pié de una alta haya muy sombrosa... . . »
IV. . . . . Al pié de un monte que divide á España... . 11
V . . . . . Al rebaño mayor de sus cuidados... . . . 12
VI. . . . . —Amor, ¿qué es esto? = Amor. — Mayor mal siento.... 13
VII . . . . —Amor: ¿de dónde nace un tan gran miedo? »

Páginas

VIII . . . . Amor, fortuna y la memoria esquiva... . . 14
IX. . . . . Amor me tira y casi á vuelo lleva... . . . 16
X . . . . . Amor me trae en el mar de su tormento... . »
XI. . . . . Amor mueve mis alas y tan alto... . . . 17
XII . . . . Amor, si por amar amor aquista... . . . 18
XIII . . . . *A D. Luis de Cotes, Obispo de Empurias:*
Ando, siempre, señor, de pena en pena... . 19
XIV . . . . Aquella luz que de la gloria vuestra... . . »
XV . . . . Aquel nudo que ya debía ser suelto... . . 21
XVI . . . . Aquel rumor que de improviso suena... . . »
XVII. . . . *Al Príncipe:*
Á restaurar tornaba el nuevo día... . . . 22
XVIII . . . *A un hombre loco llamado Carbón, que, estando furioso, arremetió á besar á una dama:*
Atrevido Carbón, tan animoso... 23
XIX . . . . ¡Ay, dulce tiempo, por mí mal pasado... . . 24
XX . . . . ¡Ay, falso burlador, sabroso sueño!.. . . . 25
XXI . . . . ¡Ay, mísero pastor! ¿Dó voy huyendo?.. . »
XXII. . . . ¡Ay, qué plazo tan largo y tan extraño!.. . 26
XXIII . . . ¡Ay, sabrosa ilusión, sueño süave!.. . . . 27
XXIV . . . ¡Ay, vivo fuego! ¡Ay, fiero pensamiento!. . »
XXV. . . . Bastar debiera, ¡ay Dios! bastar debiera... . 28
XXVI . . . Carbón, si dar favor suele fortuna... . . . 29
XXVII . . . Cercado de temor, lleno de espanto... 30
XXVIII . . . «Como al pastor que en la ardiente hora estiva »
XXIX . . . Como al que grave mal tiene doliente.... . 31
XXX. . . . *Á la Princesa de Molfeta:*
Como al rayo del sol nueva serpiente... . . 32
XXXI . . . *Al Duque de Sessa:*
Como al salir del sol se muestra el cielo... . 33
XXXII . . . Como de duro entalle una figura... . . . 34

Páginas

XXXIII. . . Como el calor de la celeste esfera... . . . 35
XXXIV. . . *Á la Princesa de Molfeta:*
Como el que de escorpión fué ya mordido... 36
XXXV . . . Como el que enfermedad de muerte tiene.... 37
XXXVI. . . Como en cera imprimir sello podría... . . 38
XXXVII . . Como enfermo á quien ya médico cierto... . »
XXXVIII . . ¿Cómo es posible poderse sufrir.... . . . 40
XXXIX. . . Como está el alma á nuestra carne unida.... . 41
XL . . . . Como garza rëal alta en en el cielo..... . . 41
XLI . . . . Como la obscura noche al claro día..... . . 42
XLII. . . . Como la simplecilla mariposa..... 43
XLIII . . . Como se turba el sol y se oscurece..... . . 44
XLIV . . . Como teniendo en tierra bien echadas..... . 45
XLV. . . . Con ansia que del alma le salía..... . . . 46
XLVI . . . Con aquel poco espíritu cansado.... . . . »
XLVII . . . Con aquel recelar que amor nos muestra... . 47
XLVIII . . . Con gran curiosidad, con gran cuidado.... . 48
XLIX . . . ¿Con qué cara podrá la que me vende... . . 49
L . . . . . Contento con el mal de amor vivía..... . . 50
LI . . . . . Contra el influjo del contrario cielo.... . . 51
LII . . . . Corre con tempestad furiosa y fuerte.... . . »
LIII . . . . Cosa es cierta, Señora, y muy sabida.... . . 52
LIV . . . . . Crüel y venturosa celosía..... . . . . , . 53
LV . . . . Cual doncella hermosa y delicada.... . . . 53
LVI . . . . *Á la Marquesa del Vasto:*
Cual en la deseada primavera..... 54
LVII . . . . ¿Cuál fiera tempestad, cuál accidente.... . . 55
LVIII . . . ¿Cuál hombre fué jamás tan sin sentido..... 56
LIX . . . . Cuando á contemplar vengo el curso breve... 57
LX . . . . Cuando á escribir de vos el alma mía... . . 58
LXI . . . . *Al Príncipe de Áscoli:*
Cuando algún hecho grande y glorïoso.... . »

Páginas

LXII . . . . Cuando del grave golpe es ofendido.... . . 59
LXIII . . . Cuando la alegre y dulce primavera... . . 60
LXIV . . . *Á D. Juan de Rojas Sarmiento, enviándole á pedir unos papeles que le pidió:*
Cuando oro bajo y de grosera mina... . . 61
LXV . . . . Cuanto pienso me da dolor doblado.. 62
LXVI . . . Dama, tan claro en vos Amor me muestra... »
LXVII . . . De aquella voluntad que á mi tormento... . 63
LXVIII . . . De error en error, de daño en daño.... . . 64
LXIX . . . *Al Príncipe:*
Deje el estilo ya la usada vena... 65
LXX. . . . De la contemplación del pensamiento... . . 66
LXXI . . . De la incierta salud desconfiado.... . . . »
LXXII . . . De las doce á las cuatro había pasado.... . . 67
LXXIII. . . Del dulce fuego que en el pecho me arde... . 68
LXXIV. . . Del más subido amor, del más precioso... . »
LXXV . . . *Á una dama que lloraba un su servidor muerto:*
De Menalca pastor la ninfa Flora... 69
LXXVI . . . De sola la ocasión ledo y gozoso.... . . 70
LXXVII . . De sólo religión vana movido... 71
LXXVIII . . ¡Dichoso desear, dichosa pena... . . . . »
LXXIX. . . Divino y alto Alcázar eminente... 72
LXXX . . . Dulce enemiga mía, hermosa fiera... . . . 73
LXXXI. . . Dulce, sabrosa, cristalina fuente... 74
LXXXII . . Durases, noche; no viese yo el día:.. . . »
LXXXIII . . *Á D. Juan de Guevara:*
Ejemplo del valor de las Españas 75
LXXXIV . . *A D.ª Cecilia Millas:*
El amoroso piélago corría... 76
LXXXV . . El cielo de sus altos pensamientos... . . . 77

Páginas

LXXXVI . . *Al sepulcro de Diego de Esquivel:*
El despojo mortal yace aquí solo... . . . 77
LXXXVII . . El dulce fruto en la cobarde mano... . . . 78
LXXXVIII . El más alto y más dulce pensamiento... . . 79
LXXXIX . . El que está como yo tan desvalido... . . . »
XC . . . . El tiempo es tal, que cualquier fiera agora... 80
XCI . . . . El triste recordar del bien pasado... . . . 82
XCII . . . . ¿En cuál región, en cuál parte del suelo... . »
XCIII . . . En el gozo mayor, en el contento... . . . 83
XCIV. . . . En el paso más duro y más estrecho... . . 84
XCV . . . . En esto podeis ver, Señora mía..., . . . 85
XCVI . . . En medio de mi mal vino cubierto... . . . »
XCVII . . . Entre armas, guerra, fuego, ira y furores... . 86
XCVIII . . . Entre osar y temer, entre esperanza.... . . 87
XCIX . . . En un bastón de acebo que traia... . . . 88
C . . . . . En un florido campo está tendido.... . . . »
CI . . . . . En un olmo Vandalio escribió un dia.... . . 89
CII . . . . *Sobre un verso de Ovidio:*
Escrito, aunque imposible, al fin, parece... . 90
CIII . . . . Es lo blanco castísima pureza.... 91
CIV . . . . Está en mi alma mi opinión escrita... . . . 92
CV . . . . *Sobre la cubierta de un libro donde iban escritas algunas cosas pastoriles:*
Esta guirnalda de silvestres flores... . . . 93
CVI . . . . *Al Príncipe de Áscoli:*
Este andar y tornar, ir y volverte... . . . 94
CVII . . . . Estrella que mi mal todo influiste... . . . 95
CVIII. . , . *Al monte donde fué Cartago:*
Excelso monte do el romano estrago... . . 96
CIX . . . . Fuego queme mi carne y por incienso... . . 97
CX . . . . Golfo de mar con gran fortuna airado... . . 98
CXI . . . . Gran señal es el ver que me arrepiento... . 99

Páginas

CXII . . . . *A los huesos de los españoles muertos en Castelnovo:*

Héroes gloriosos, pues el cielo... 100

CXIII . . . Hiere el puerco montés cerdoso y fiero... . 101

CXIV . . . Hora podrás venir, fiero recelo... 103

CXV . . . . Horas alegres que pasais volando... . . . »

CXVI . . . Huyendo baja el monte aquella fiera... . . 104

CXVII . . . Huyendo va la trabajosa vida... 105

CXVIII . . . *A doña María de Cardona:*

Ilustre honor del nombre de Cardona... . . »

CXIX . . . Ira y amor me están dentro del pecho... . . 107

CXX. . . . La nueva luz en el nacer del día... 108

CXXI . . . *A la Condesa Laura Gonzaga:*

Laura, si cuando en la gran selva Idea... . . 109

CXXII . . . *Al príncipe de Áscoli:*

Lavinio, si el hallarme el alma ajena... . . 110

CXXIII . . . La víbora crüel, según se escribe.... . . . 111

CXXIV . , . Leandro, que de amor en fuego ardía... . . »

CXXV . . . Luz de estos ojos tristes que solía... . . . 113

CXXVI . . . Luz que á mis ojos das luz más serena.... . 116

CXXVII . . Luz, que en el fuego vivo, en el tormento... »

CXXVIII . . Llorando vivo; y si en el fiero pecho... . . 117

CXXIX. . . *Sobre el sepulcro de D.ª Marina de Aragón:*

Marina de Aragón yace aquí; espera... . . 118

CXXX . . . Más fácil es, Señora, el abstenerse... . . . 119

CXXXI. . . Mientra con gran temor por cada parte... . 120

CXXXII . . Mientra el fiero dolor de su tormento... . . 121

CXXXIII . . Mientra el fiero león fogoso, ardiente,... . . »

CXXXIV . . *Al Conde de Feria:*

Mientra el franco furor fiero se muestra... . 122

CXXXV . . Mientra en mí la esperanza florecía.... . . 123

CXXXVI . . Mientras, por alegrarme, el sol mostraba... . 124

Páginas

CXXXVII . . Mientras las tiernas alas pequeñuelo... . . 124
CXXXVIII . Mientras que de sus canes rodeado..... . . 125
CXXXIX . . Mil veces, mientra en vos estoy pensando... . 126
CXL . . . . Mirando cómo va soberbio, airado.... . . . »
CXLI. . . . *Á D. Jerónimo de Urrea:*
Ni la africana sierra excelsa y brava,.. . . 127
CXLII . . . Ni la alta pira que de César cierra... . . . 129
CXLIII . . . *Á Cariteo:*
Ni la fuerza del mal, ¡oh Cariteo!.. . . . 130
CXLIV . . . Ni por el cielo ver correr estrellas... . . . 131
CXLV . . . Ni por mostrarse blanda ni piadosa... . . 133
CXLVI . . . No es falta de dolor faltarme el llanto.... . »
CXLVII. . . *A una dama que le pidió alguna cosa suya para cantar:*
No es sabrosa la música, ni es buena... . . 134
CXLVIII . . *Al Emperador:*
No fuera Alcides, no, famoso tanto... . . 135
CXLIX . . . No hallo ya en el mal inconveniente... . . 136
CL. . . . . *Al Secretario Gonzalo Pérez:*
«No más, como solía, jocundo y vago.... . 137
CLI . . . . No me engañareis más, vana esperanza... . 138
CLII . . . . No puede ausencia resfriar un pecho... . . 139
CLIII. . . . No puede un corazón apasionado... . . . »
CLIV. . . . No tenga yo jamás contentamiento... . . . 140
CLV . . . . ¡Oh noche, para mí muy claro día... . . . 141
CLVI. . . . ¡Oh pasos, tan sin fruto derramados!.. . . »
CLVII . . . Ojos, ¿ojos sois vos? No sois vos ojos... . . 142
CLVIII . . . Ojos, rayos del sol, luces del cielo... . . . 143
CLIX. . . . Padre Oceano que del bel Tirreno... . . . 144
CLX . . . . Padre se llama al sol de la alegría... . . . »
CLXI. . . . Para justificarme en mi porfía,.. 145
CLXII . . . Para ver si sus ojos eran cuales... 146

Páginas

CLXIII . . . Pasan tan presto los alegres días... . . . 147
CLXIV . . . *Al Príncipe de Áscoli:*
Pastor, ¿cuál ocasión, cuál cosa extraña... .
CLXV . . . Pincel divino, venturosa mano... 148
CLXVI . . . Ponzoña que se bebe por los ojos... . . . 149
CLXVII. . . ¿Por cuál camino á maltratar probaste... . 150
CLXVIII . . Por el airado mar á la ventura... . . . . »
CLXIX . . . Por esta faz, por esta bella mano... . . . 151
CLXX . . . Por los ojos Amor entra y derrama... . . 152
CLXXI . . . Por nuestro polo el sol no parecía... . . . 152
CLXXII. . . ¿Por qué es ciego el Amor? ¿Por qué con ojos 153
CLXXIII . . Por separarse de una gran tormenta... . . 154
CLXXIV . . Por una alta montaña, trabajando... . . . »
CLXXV. . . Por vos ardí, Señora, y por vos ardo... . . 156
CLXXVI . . Pues se conforma nuestra compañía.... . . 157
CLXXVII . . Pues todavía quereis ir, mis suspiros.... . . 158
CLXXVIII. . ¿Qué alteración es ésta, Amor, que siento?... »
CLXXXI . . *Al Príncipe de Áscoli:*
¿Qué aprovecha, Señor, andar buscando... . 159
CLXXX . . *Traducción de un soneto toscano:*
Querría saber, amantes, cómo es hecha... . 160
CLXXXI . . Quien tanto de su propio mal se agrada.... . 161
CLXXXII . . *Al Príncipe de Áscoli:*
Quien tiene tan honrado pensamiento.... . . 163
CLXXXIII. . Remedio incierto que en el alma cría... . . 164
CLXXXIV. . Remorder de dolor el alma siento... . . . 165
CLXXXV . . Sabe Dios si saber de vos deseo... . . . 166
CLXXXVI. . Señora, si es Amor, como se entiende.... . . »
CLXXXVII . Señora, pues mis ojos merecieron.... . . . 167
CLXXXVIII . *Al Duque de Alba:*
Señor, mientra el valor que en vos contemplo... 168

Páginas

CLXXXIX . *A D. Pedro de Sosa:*
Señor, si vuestro andar contínuo errando... . 169
CXC . . . . ¿Será verdad? ¡Ay, Dios! ¿Serán antojos? . »
CXCI. . . . *Al Duque de Sessa:*
Sesenio, pues que vas do vengo agora... . . 170
CXCII . . . Si así durase el sol sereno cuanto... . . . 171
CXCIII . . . *Á Jorge de Montemayor:*
Si como vas, Lusitano, yo fuera... 172
CXCIV . . . Si con cien ojos como el pastor Argo... . . 173
CXCV . . . Si contra Amor, Señora, estais armada... . 174
CXCVI . . . Si de Amor y de vos tan poco fio... . . . 175
CXCVII. . . Si de Roma el ardor, si el de Sagunto... . . »
CXCVIII . . Si de una piedra fría enamorado... . . . 176
CXCIX . . . Si el celeste pintor no se extremara... . . 177
CC. . . . . Si el justo desear, padre Silvano... . . . 178
CCI . . . . Si el mudarse el color, si el alterarme... . . »
CCII . . . . *Al Príncipe de Áscoli:*
Si estás en opinión, Lavinio caro... . . . 179
CCIII. . . . Si es verdad como está determinado... . . 180
CCIV. . . . Siendo de vuestro bien, ojos, ausentes... . 181
CCV . . . . Sigue á la obscura noche el claro día... . . »
CCVI. . . . Sigue su curso el sol ya destinado... . . . 182
CCVII . . . Si jamás el morir se probó en vida... . . 183
CCVIII . . . Si no fuese juzgado atrevimiento... . . . 184
CCIX. . . . Si no os digo verdad, si en algo os miento... »
CCX . , . . Si no socorre Amor la frágil nave... . . . 185
CCXI. . . . Si os amo, si os he amado, si he de amaros... 186
CCXII . . . Sin poderse alegrar de cosa alguna... . . . 187
CCXIII . . . *A D. Jerónimo de la Cerda, sobre un retrato:*
Si por prueba mayor de su victoria... . . . »
CCXIV . . . *A un lacayo muerto debajo de un carro en que iba Lucía Labela:*
Si puede honrar una famosa muerte... . . 188

Páginas

CCXV . . . *Al Maestre de Campo Luis Pérez de Vargas:*

Si saber del amor toda esta parte... . . . 189

CCXVI . . . Si tantas partes hay por vuestra parte... . . 190

CCXVII. . . Si tras de tanto mal me está guardado... . . »

CCXVIII . . Si un dulce sueño, mi perfecta gloria... . . 191

CCXIX . . . Si vos pensais que por un ceño airado... . 192

CCXX . . . *Traducción de un epigrama latino:*

Sobre las ondas del helado Ibero... . . . 193

CCXXI . . . Solía cantar de amor dulces clamores... . . »

CCXXII. . . Tan alta el desear halla la vía... 194

CCXXIII . . Tan puesto tengo en vos el pensamiento... . 195

CCXXIV . . Tanto espacio de tierra y tan gran seno... . 196

CCXXV. . . Tanto tiempo he en amor perseverado... . 197

CCXXVI . . Temía hasta aquí de entristecerme... . . . »

CCXXVII . . Temor de mayor mal á algunos suele... . . 198

CCXXVIII. . Temor desventurado y trabajoso... . . . 199

CCXXIX . . Tiéneme en duda Amor por mi tormento.... 200

CCXXX . . Tiéneme ya el dolor tan lastimado... . . . »

CCXXXI . . Tras lo que temo más voy trasteando... . . 201

CCXXXII . . Triste avecilla que te vas quejando... . . . 202

CCXXXIII. . Un año hizo ayer, ya es hoy pasado.... . . »

CCXXXIV. . Un nuevo sol vi yo en humano gesto.... . . 203

CCXXXV . . Un temor me destruye el pensamiento... . . 204

CXXXVI . . Ved si el Amor, Señora, es cauteloso.... . . 205

CCXXXVII . Venturoso ventalle á quien ha dado... . . »

CCXXXVIII . Vete, falsa ilusión, no me atormentes.... . . 206

CCXXXIX . Vos sois todo mi bien, vos lo habeis sido.... 207

CCXL . . . *A Doña Marina Siguriosa:*

Vuestro nombre, Señora, que asegura... . . 208

CCXLI . . . Ya mis males se van casi acabando.... . . »

CCXLII. . . *Al príncipe de Áscoli:*

Ya parece, pastor, que vas gustando... . . 209

Páginas

CCXLIII . . Yo me vi de favor puesto tan alto.... . . . 210
CCXLIV . . Yo, Señora, pensaba, antes creía... . . . 211

CANCIONES

I . . . . . Alma enojosa de vivir cansada.... 218
II . . . . . Animal venturoso... . . . . »
III. . . . . *Á la esperanza:*
¡Ay, mísera esperanza!... 221
IV. . . . . Betis, río famoso, amado padre... 225
V . . . . . Cuando la noche en el partir del día... . . 232
VI. . . . . Guardando su ganado... 240
VII . . . . Hermosísimos ojos... 246
VIII . . . . Lo que buscaba tengo... 251
IX. . . . . No pongo á mis males culpa.... 254
X . . . . . ¿Qué conciertos inciertos vas buscando.... . 255
XI. . . . . Sobre las ondas del furioso Reno.... . . . 262

ESTANCIAS

I . . . . . Alma que á mi vivir sólo da vida.... . . . 272
II . . . . . *Traducción de una estancia toscana:*
Amor, que con destreza navegando... . . . 274
III. . . . . *En una máscara de diez peregrinos:*
Damas, cuyo valor hace en el suelo... . . 275
IV. . . . . *Sobre la cubierta de un retrato:*
El que el alma encender de honesto celo... . 279
V . . . . . Levanta ¡oh Musa! el soñoliento estilo.... . 280
VI. . . . . Si bastasen las lágrimas y el llanto... . . . 286
VII . . . . *Glosa sobre un verso de Petrarca:*
Si me falta el valor de mereceros... . . . 287
VIII . . . . Venga á ver la beldad de vuestro gesto... . »

Páginas

IX. . . . . *Á don Jerónimo de Urrea:*

Vos, en quien del Parnaso el sacro estilo... . 288

SEXTINA

Tantas estrellas no nos muestra el cielo... . 290

ODA

Si de la amada vista... 293

ANACREÓNTICA

De tus rubios cabellos... 296

FE DE ERRATAS (1)

Página	Línea	Dice:	Debe decir:
XXX	16	los de.	los nombres de
LVI.	14	Bocano	Bocarro
»	16	*Azima*	*Arima*
LVII	3	Surropita.	Surrupita
LXII	8	Baudug	Baudry
LXIII	17	*Manuscritos*	*Manuscrito*
LXXX	7	Valencia	Venecia
»	12	Scavon	Scarron
LXXXV	17	Fe dió	Te dió

(1) Como notarán los lectores, las tres cuartas partes, aproximadamente, de las erratas que se han deslizado en esta impresión y que ahora salvamos, no consisten en el indebido empleo de unas letras ó palabras por otras, sino en signos de puntuación impropiamente colocados, y suprimidos ó sustituídos ahora, para restablecer el sentido de los textos. Nuestra falta parecerá, sin duda, disculpable, si advertimos que los más de los códices de que hemos copiado las poesías inéditas de Cetina están deplorablemente escritos, sin puntos ni comas, y, lo que es peor, con no pocas palabras ininteligibles y con muchas que, de seguro, no son las que empleó el poeta sevillano.

Pág.	Verso	Dice	Debe decir.
13	14	¿Qué es pues?	¿Qué es, pues?
20	4	nueva..	nuestra.
21	penúltimo	suena	suena,
22	*nota*	121	122.
27	3	diste	diste,
28	20	dura y esquiva,	esquiva y dura,
31	1.º	Así á un	Así algún
35	12	consuelo,	consuelo
36	12	sentido;	sentido,
37	9	en el morir	en el morir,
38	2	aquel	aquél
41	15	real.	rëal
45	11	mi esperar.	mi esperar:
49	4	Para su mal	Para su mal,
60	2	usurpado.	usurpada
»	13	fuera,	fuere,
61	7	incierto.	incierto,
64	1	morir por entrar.	morir, por entrar.
»	2	Y el vivir por salir.	Y el vivir, por salir,
66	7	olas.	alas
71	6	votarse,	botarse,
75	último	vencido.	venciendo
77	1.º	El cielo	Al cielo
81	*1.º de la nota*	temps.	temp
85	3	tengo aún.	aún tengo
86	10	dejar salvo.	dejar, salvo
87	3	esperanza,	esperanza
88	14	hablar por.	hablar, por
95	16	tu	tú
96	*1.º de la nota*	vor	voi
100	1	Héröes.	Héroes
»	7	sea tierra	se atierra
»	12	Si no	Sino
107	8	El nudo	El nudo á
108	10	en el consuelo,	en él consuelo,
109	9	Zeusis.	Zeúsis

Pág.	Verso	Dice:	Debe decir:
110	1	ni el	si el
«	4	ordena.	ordena,
111	12	en mí fe	en mi fe
112	6	Ero,	Hero,
116	2	da la vida.	das la vida
117	último	queria.	querría
119	penúltimo	ora.	hora
122	12	enemigo.	enemiga.
126	1	Airada.	Airado
133	10	borra	borre
135	10	montruos.	monstruos
138	4	engañarás.	engañareis
138	penúltimo	al cabo	el cabo
144	9	¿Quién fuese ora tú?	¡Quién fuese hora tú!
»	penúltimo	entristece,	entristece;
147	8	parecen	parece
155	*nota*	é iguales	aunque desiguales
157	último	osaré por.	osaré, por
165	11	entre	éntre
171	7	por que	porque
»	20	más, más.	más más
»	penúltimo	Si me.	Se me
174	18	deseo,	*desio*,
179	7	dar; si son.	dar si son,
188	8	En vos	—Con vos
203	2	ora	hora
»	9	Efectos,	Afectos,
208	10	librarse.	librarse,
210	4	Estas ora.	Estás hora
214	12	con el amar,	con él al mar,
216	19	rabioso,	rabioso:
217	9	lo entienda,	lo entienda?
»	10	de donde viene	¿de dónde viene
»	21	cuan poco dura este remedio	¡cuán poco dura este remedio!
»	22	el alma	al alma
»	23	los desecha	lo desecha.

Pág.	Verso	Dice:	Debe decir:
220	11	sentía	sentías
»	13	puede sentirse	puede sentirse?
222	21	¿Piénsasme la	¿Piénsasmela
223	19	seguro,	seguro.
224	18	Cancion	Canción,
226	6	Anteo)	Anteo).
228	4	Fué	Fuí
230	19	tus.	sus
231	16	de que	de qué
235	2	seguros;	seguros,
239	19	Canción creciendo par	Canción, creciendo á par
240	6	hermoso.	hermoso,
248	1.°	se alabará	os alabará
250	2	Airada	Airados,
»	9	Le iguala	Se iguala
251	17	hombre	hembra,
255	17	que miseria	que en miseria
259	23	mas se engaña.	más se engaña.
261	14	más no puedo	mas no puedo
263	7	rëcrearse	recrearse
265	7	mi mal	más mal
»	18	en que me ardo	en que ardo
»	20	Da esperanza	De esperanza
276	2	*(sic)*	*(Sobra esa nota.)*
283	2	*(sic)*	*(Sobra esa nota.)*
293	penúltimo	esto,	esto.

40219 LS.
C4236

de

NAME OF BORROWER.

aker 2. Dist. Co.

Jennie 366 Mar. 20

BINDING SECT. JAN 27 1905